



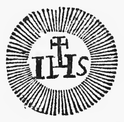


RELACION
HISTORIAL
DE LAS MISSIONES DE LOS Indios, que llaman Chiquitos, que estàn à cargo de los Padres de la Compañia de Jesvs de la Provincia del Paraguay.

ESCRITA
Por el Padre Juan Patricio Fernandez, de la misma Compañia.

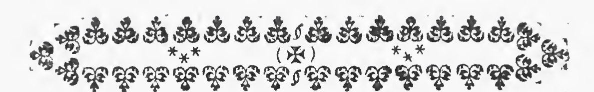
SACADA A LUZ
Por el Padre Geronimo Herràn, Procurador General de la misma Provincia.

QUIEN LA DEDICA
Al Serenissimo Señor Don Fernando, Principe de Asturias.

Año  1726.

CON LICENCIA:

En Madrid: Por Manuel Fernandez, Impressor de Libros, vive en la Calle del Almendro.



AL SERENISSIMO SEÑOR

DON FERNANDO,

PRINCIPE DE ASTURIAS.

SEÑOR.

LA pequeñèz del Dòn, desalienta mucho à quien ofrece, esto es comun; pero en quien ofrece (como yo) à aquel respeto, de cuya magnitud nada queda capàz de llamarse grande, falta desde luego esse motivo al temor reverente, y se excitan todos los que ay para el cariño respetoso. Entre los Astros, vnos nos parecen grandes, y otros pequeños, quando precisamente ponemos en ellos los ojos: lo mismo sucede entre los Montes; y entre estos, algunos, por su agigantada elevacion, se han grangeado sin disputa el titulo de Altissimos; pero en dexandose vèr la luciente Magestad del Sol, y en poniendo la atencion en la desmedida altura del Cielo, los Astros

todos ſon pequeños, y los Montes dexan de ſer Gigantes. El Sol, ſolo en la Eſcritura Sagrada tiene el renombre de grande, *Luminare maius*; y ſolo el Cielo es alto, entre los que ſaben, que reſpecto de èl, todo el Orbe de la Tierra ſe debe conſiderar como vn punto.

Quien puede dudar, que ay eſtimables precioſidades en la Naturaleza, curioſas maquinas en el Arte, ſutiliſsimas invenciones del Ingenio, eruditas, y profundas operaciones de la Ciencia, y hermoſas, y floridas compoſiciones de la Rhetorica, y de la Poesìa. Entre todas eſtas coſas; ſe hallarian muchas muy grandes, conſideradas en sì; pero al elegir entre ellas alguna que ofrecer à V. A. nada ſe hallaria no ſolo grande, pero ni aun digno de emplear vueſtro Real animo, mayor que todo. Entonces lo mas precioſo pareceria deſpreciable, la curioſidad deſaliño, la ſutileza toſquedad, y barbaridad la erudicion. Se hallaria la Ciencia ruda, è ignorante, muda la Rhetorica, y la Poesìa balbuciente. Tanto minora ſiempre, aun à lo mas excelſo, la comparacion con lo ſummo.

Y no obſtante la innegable verdad de eſte principio, yo me atrevo, Señor, à llamar grande lo que os ofrezco. Oy pongo yo en vueſtra alta comprehenſion los trabajos de los Jeſuitas, en la eſpiritual Conquiſta de las deſconocidas, incultas, y

bar-

barbaras Provincias del Paraguay, en el Paìs que llaman de los *Chiquitos*. Ved aqui yà, Señor, lo que con toda verdad puede llamarse Grande, aun puesto à los pies de V. A. y à vuestra vista: para lo que les bastaba el saberse mantener con el nombre de trabajos, y fatigas, contra todo el golpe de la dicha, que les ocasiona el aver llegado à vuestra noticia, y merecer vuestra atencion piadosa. Prueba es esta, que no necessitaba de otra alguna, y mas quando en nombre de los demàs Jesuitas puedo confiadamente dezir yo, que fuera de la gloria de Dios, que debe ser en ellos (como Hijos de Ignacio) el primer timbre de sus empressas, esta sola felicidad los haze, y los harà arrojarse gustosos al casi inevitable tropèl de los riesgos, y à la fatiga inmensa de tan continuados afanes. Mucho padecen, Señor, como en essa sucinta Relacion se puede vèr brevemente, pero les llena de vn gozo indecible, y de vn consuelo inexplicable, el vèr, à costa de sus sudores, hijos de Dios, los que eran esclavos del demonio; y felices Vassallos de vn Principe como V. A. los que padecian vna miserable libertad en la indomita servidumbre de su desdicha. Yà son deliciosos Jardines del Rey del Cielo, las enmarañadas Selvas de la Idolatrìa; y yà delicadas Flores, y tiernas Plantas, que produce, y adelanta el riego Evangelico, se atreven à recrear di-

vers

vertidamente vueſtros primeros Años, ſi antes pu-
dieran aſuſtar, y aſuſtaban temeroſamente los Años
mas endurecidos.

No avrà quien niegue (ſi ha tenido alguna vez la dicha de veros) que les quita lo mas de la realidad à los afanes, y fatigas la fortuna apetecible de llegar à vueſtra preſencia, que aunque por lo comun ſon deſcorteſes los males, y poco atentos los trabajos, ay dichas de tan ſuperior Esfera, à quien no ſe atreve ſu oſſadìa, y ſe dexa vencer, aunque preciſada ſu obſtinacion, de ſu grandeza. En la realidad, yà deſde oy ſomos los Jeſuitas del Paraguay dichoſos, aunque en eſſa Relacion, que os preſento, ſuenen todavia como fatigados. Y no ellos ſolos; que tambien los que al nacer Hijos de la Predicacion Evangelica, ſe cuentan al miſmo tiempo Hijos vueſtros, por ſujetos à vueſtro apetecible Imperio, ni les queda mas à que aſpirar, ni hallaràn nueva felicidad que apetecer. Por las Puertas de la Gracia del Dios Verdadero entraron dichoſamente à la del Principe mas poderoſo, y mas amable (que de otro modo no fuera poſsible) y yà que no tuvieron la dicha de nacer Eſpañoles, para nacer Vaſſallos de tanto Principe, tuvieron la ineſtimable fortuna de que los Eſpañoles Jeſuitas (que creo que lo ſon dos vezes) los hizieſſen renacer, para hazerlos lograr en vna muchas felicidades.

Buel-

Buelvo à dezir, Señor, que es grande lo que os ofrezco, aun ofrecido à V. A. à cuya vista, solo los trabajos, afanes, y fatigas de los Jesuitas, en qualquiera linea, pueden ser grandes, y en esta del mayor aprecio de vuestra alta estimacion: Y buelvo à dezir, que basta esta sola prueba para desempeño de mi proposicion, que en otro sentido debiera con razon juzgarse ossadìa. Pero además de esta, tengo otra, no menor, que dar en el sublime juicio del Generoso Padre de V. A. nuestro amabilissimo Monarca. Tambien su elevado dictamen ha juzgado grandes los afanes de los Jesuitas, y los frutos de ellos han merecido su aprobacion, su patrocinio, sus influxos, y sus liberalidades; y no puede ser pequeño, lo que ha podido merecer tanto. Assi lo publìca nuestro reconocido agradecimiento: pues aunque en su Catholico Zelo nada ay en esta especie, que su generosidad lo juzgue excesso: verdaderamente, que los favores, y expressiones hechas à los Jesuitas del Paraguay, pudieran parecer excesso en otro Amor, y en otro Rey.

Esto haze, Señor, que V. A. aya de mirar como estimables efectos de la generosa piedad de vuestro Padre, lo que se os ofrece como à tan amado, y tan amante Hijo: y este titulo lo haze crecer tanto, que fue en mi lo que vltimamente resolviò mi respetosa timidèz, para ofrecer à vn Fernando, Principe

cipe

cipe de Asturias, aquello que se dignò mirar como suyo vn Philipo, Rey de las Españas. Confiadamente me atrevo yà à suplicaros, que prosiga vuestra dignacion los favores de vuestro gran Padre, para lo que nos basta solo, que admitais benigno esta breve noticia de nuestras fatigas; que bien sè yo, y sabemos todos los Jesuitas, que la sombra solo de vuestro Augusto Nombre templarà nuestros afanes, enjugarà nuestros sudores, y harà, que respetosa aun la embidia de tanta fortuna, pronuncie, y pàra como aplausos, y alabanças, aun lo que aprenda, y conciba como dicterios, y calumnias. Y asegurados los Jesuitas (no digo envanecidos, aunque licitamente pudiera) assegurados digo en tanto Patrocinio, no nos quedarà mas que desear, sino es, el que aquel Dios, para cuya gloria, y servicio contribuye vuestra feliz vida tanto, dilate por siglos vuestros años, os colme de felicidades, y de triunfos, hasta que se vea la España embidiada de todas las demàs Naciones, solo por la dicha de lograr en V. A. tan singular Principe.

Muy rendido Vassallo de V. A.

Geronimo Herràn.

APRO-

APROBACION DEL PADRE ALBERTO PUEYO, *de la Compañia de Jesus, Calificador de la Suprema General Inquisicion de España, &c.*

DE orden de V. A. he visto con gusto la *Relacion Historial de los Indios, que llaman Chiquitos, &c.* y me persuado, que el Ministro Evangelico, que fuere menos fervoroso, la leerà con sentimiento, y rubor, comparando el Apostolico zelo de aquellos incomparables Missioneros, con su tibieza; y solo sentirà alivio en su dolor, pidiendo à Dios, que por su infinita piedad se compadezca de los años, que ha mal empleado en ociosidad. Me sirve tambien de singular consuelo el vèr, que por medio del fuego de la mayor gloria de Dios, que arde en los coraçones de mis Hermanos los Jesuitas, Missioneros de la Provincia del Paraguay, obra Dios los milagros, que obraba en la Primitiva Iglesia, porque cumplen estos à la letra lo que Christo manda à los que professan la vida Apostolica, discurriendo por las inmensas campañas de aquella parte de America, trepando inaccessibles Selvas, y Bosques, venciendo la fragosidad de los Montes, arrestados siempre à perder mil vidas, solo por darla à infinitos Barbaros, que ciegos con las tinieblas de la Gentilidad, viven mas como fieras, que como racionales. Y al mismo tiempo corresponde

¶¶ Chris-

Chriſto nueſtro Dueño, como infalible, que es en ſus promeſſas, con lo que nos dize por San Marcos, conſolando, y premiando abundantemente en eſta vida las glorioſas tarèas de ſus Siervos, comunicandoles el dòn de nuevas Lenguas, que ſon infinitas, como las Naciones, que los nueſtros aprenden caſi milagroſamente, para que prediquen el Evangelio; y es maravilla vèr, como aquellos Barbaros, à pocas razones de los Miſsioneros, y viendo enarbolado el ineſtimable Madero de la Cruz, y la Imagen de Maria Santiſsima, paſſan à ſer, caſi de repente, no ſolo Chriſtianos en el deſeo, ſino Miſsioneros fervoroſos, apoſtados à perder la vida, derramando la ſangre por la Ley Evangelica; y al heroyco creer, aſsi de Miſsioneros, como de recien convertidos, ſe ſigue lo que nos dize Chriſto en el Evangelio, que es echar los Miſsioneros, à viſta de todos, los demonios de las Rancherias, que ſon ſus Pueblos, de que han eſtado en pacifica poſſeſsion por muchos ſiglos; con ſolo dezir aquellos fervoroſos Jeſuitas el Evangelio, ò poner las manos ſobre los enfermos, ſe deſvanecen los contagios frequentes en aquellos Paìſes, obrando otras milagroſas curaciones; ni los venenos, ni la comida caſi corrompida, y muchas vezes tan eſcaſa, que ſe reduce à alguna frutilla ſilveſtre, ocaſiona el menor daño à la mas delicada ſalud del Miſsionero. El blanco, pues,

que

que tienen estos Jesuitas en sus fatigas, es solo convertir almas para Dios, y al mismo tiempo aumentar Vassallos à nuestro gran Monarca, agregando nuevas Provincias à su Corona, cumpliendo con la obligacion de Jesuitas, y de Vassallos, en señal de la justa gratitud, que debemos à este gran Principe, que se ha dignado, y digna tanto en favorecer à la Compañia, expendiendo al mismo tiempo su Real piedad muchos caudales, con que se ha fundado en tiempo de su Reynado, mantenido, y aumentado mas, y mas aquella numerosa, y nueva Christiandad de los Chiquitos. Aunque los Jesuitas, que se ocupan en estas gloriosas tarèas, son muchos, como es abundantissima la mies, son pocos los Obreros: *Messis multa Operarij autem pauci.* Quiera Dios, que es el dueño de la mies, mover los corazones de muchos, para que multiplicandose los Operarios, sea muchas vezes mas copioso el precioso fruto, que tan felizmente se coge. Sobre todo me parece, que en ningun tiempo mejor que en este, se pueden dezir, pero con lagrimas en los ojos, aquellas divinas palabras de Christo: *Parvuli petierunt panem, & non erat, qui frangeret eis*: porque en las Missiones, que llaman de los Chiquitos, ò de los Parvulillos, ay muchos, por no dezir innumerables Indios, que claman por Padres, como ellos se explican, que les enseñen la verdadera Ley.

Pero, ò lastima! No ay bastantes Operarios, que les repartan el inestimable, y necessario Pan del Evangelio, que con tanta ansia desean: *Et non erat, qui frangeret eis.* Què Jesuita avrà, à quien tan justos, como lastimosos clamores, no hieran el coraçon, ò no le saquen lagrimas à los ojos? Y à quien no encenderà en vivos deseos de socorrer necessidad tan extrema? Pudiera dilatarme mucho mas en ponderar las fatigas gloriosas de los Jesuitas; pero acabo, por no ser cansado, diciendo: que no aviendo hallado en este Libro cosa que se oponga à las Regalias de su Magestad, ni à nuestra Santa Fè Catholica, ni à las buenas costumbres, juzgo, que se le debe dar al Autor la Licencia que pide. Y quizàs Dios moverà los coraçones à muchos de los que leyeren esta Historia, para que afervorizados, pongan los mas eficaces medios, para ir à ayudar à la salvacion de aquellos infelizes Indios, que por falta de quien les comunique la luz del Evangelio, miserablemente perecen. Este es mi sentir. De este Colegio Imperial de Madrid, à veinte y quatro de Agosto de 1726.

Alberto Pueyo.

APRO-

APROBACION DEL P. JOSEPH DE SILVA, de la Compañia de Jesus, Predicadòr de su Mageſtad, y del Colegio Imperial.

DE orden de V. S. he viſto, y leìdo con gran guſto la *Relacion Hiſtorial de las Miſsiones de los Indios, que llaman Chiquitos, que eſtàn à cargo de la Compañia de Jesus, en la Provincia del Paraguay*; y ſi las quiſieſſemos cotejar con las Conquiſtas Evangelicas del Oriente, que fueron el glorioſo empleo de San Franciſco Xavier, por las quales mereciò el titulo de Apoſtol de la India, tendriamos muy poco que hazer para igualarlas; yà ſe miren las Naciones Barbaras, que en tan dilatado campo de la Idolatrìa han reconocido à Jeſu-Chriſto, y à ſu Santa Ley, yà la diverſidad de genios, y coſtumbres de eſtas Gentes, mas proprias de brutos, que de racionales, cultivadas por nueſtros Miſsioneros, con tanto afàn, y fatiga, en eſtos tiempos, al parecer mas reñidos, con los cuidados de la ſalvacion agena; me parece, que ha renovado Dios en ſu Igleſia, por medio de eſtos Operarios ſuyos, las ſeñales de la Primitiva, confirmando la predicacion del Evangelio con los milagros, que dixo S. Marcos, *Marc. 16.* que acreditaban la predicacion de los Apoſtoles en la Conquiſta del Mundo. Toda la Relacion eſtà llena de eſta verdad, y confirmada con la ſangre de muchos Miſsioneros, muertos cruelmente à manos de los Barbaros, por conſervar, y mantener en ſu pureza la Fè de Jeſu-Chriſto.

Puedo dezir ſin violencia, que atendidos ſus trabajos, y ſu zelo en adelantar las Conquiſtas, como ſe pueden vèr en las innumerables Reduciones, ò Pueblos, que han hecho de los convertidos à la Fè, que baſtarian ſin duda para enjugar las lagrimas de aquel ſiglo, en que San Gregorio lloraba la falta de Operarios en la Igleſia, ſiendo tan abundante la mies en las Naciones: *Ad meſſem multam Operarij ſunt pauci, quod non ſine mœrore, & lachrymis loqui poſſumus.* *Gregor. hom. 13. in Marc. 16.* Para eſtos Obreros Evangelicos reſervò Dios ſin duda gran parte de aquella gloria, que ſeñalò al Apoſtol de las Gentes en ſu vocacion, y deſtinò à la pro-

mul-

mulgacion de la Ley de Gracia, marcandole en la eleccion para que llevasse su Nombre à tantas, y tan diversas Na-
Actor. ciones: *Ut portet nomen meum coram Gentibus, & Regibus, & filijs Israel.* Y à la verdad, en esta Relacion Historial se verà, que han introducido la Fè de Jesu-Christo los Missioneros Jesuitas en la otra parte del Mundo, que confina con la Tierra Austral incognita, tocando en la que los Cosmografos dizen, que aun no està descubierta, y la llaman la Tierra del Fuego. Dignos por cierto de aquel premio, que tiene Dios destinado para los que à costa de afanes, fatigas, y sudores hizieron adorar su Nombre en los vltimos terminos del Mundo, como lo dexò escrito Isaìas, y lo explicò San Pablo, que fue el mas fiel testigo de la predicacion del Evangelio. Dexo para menos apassionadas plumas la confirmacion de este dictamen mio, que podrà parecer sospechoso, por interessado, y pongo por conclusion de la Censura, la que se merece vna Obra toda de la gloria de Dios, para que en la luz publica logren todos exemplos de la virtud mas heroyca, y del mas Apostolico zelo. Este es mi dictamen; salvo, &c. En este Colegio Imperial de la Compañia de Jesvs de Madrid, y Agosto 21. de 1726.

Joseph de Sylva.

MI-

MICHAEL ANGELUS TAMBURINUS,
Præpositus Generalis Societatis Iesu.

CUM Relationem Mißionum à Patribus nostræ Societatis apud Chiquitos, in Paraquaria Provincia, à Patre Ioanne Patritio Fernandez nostræ Societatis conscriptam, aliquot eiusdem Societatis Theologi recognoverint, & in lucem edi posse probaverint; facultatem facimus, ut typis mandetur; si ijs, ad quos pertinet, ita videbitur: cuius rei gratia, has Litteras manu nostra subscriptas, & Sigillo nostro munitas, dedimus Romæ 16. Aprilis 1726.

Michael Angelus Tamburinus.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Doctor Don Christoval Damasio, Canonigo de la Insigne Iglesia Colegial del Sacro Monte Ylipulitano Valparayso, extra muros de la Ciudad de Granada, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima la *Relacion Historial de las Missiones de los Chiquitos*, que estàn à cargo de los Padres de la Compañia de Jesvs de la Provincia del Paraguay, escrita por el Padre Juan Patricio Fernandez, de la misma Compañia; por quanto aviendose reconocido, parece no tiene cosa que se oponga à nuestra Santa Fè Catolica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à trece dias del mes de Agosto, año de mil setecientos y veinte y seis.

Doctor Damasio.

Por su mandado,

Lorenço de San Miguèl.

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Balthasar de San Pedro Acevedo, Escrivano de Camara del Rey nuestro Señor, y del Govierno de el Consejo, certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia por vna vez al Padre Juan Patricio Fernandez, de la Compañia de Jesvs, para que por vna vez pueda imprimir, y vender vn Libro, que ha compuesto, intitulado: *Relacion Historial de las Missiones de los Indios, que llaman Chiquitos, en la Provincia de Paraguay*; con tal, que la dicha Impression se haga por el Original, que và rubricado, y firmado, al fin, de mi mano; y que antes que se venda, se traiga al Consejo, con Certificacion del Corrector de estàr conforme à èl, para que se tasse al precio à que se ha de vender, guardando en la Impression lo dispuesto por las Leyes de estos Reynos. Y para que conste, doy la presente en Madrid à doce de Agosto de mil setecientos y veinte y seis.

Don Balthasar de San Pedro.

¶¶¶ FEE

FEE DE ERRATAS.

PAg. 17. aversos, *lee* adversos. Ibidem, ocupar, *lee* emplear. Pag. 23. à abrazar, *lee* para abrazar. Pag. 26. Parapitiy, *lee* Parapity. Pag. 28. quieren, *lee* quiere.

Este Libro, intitulado: *Relacion Historial de las Missiones de los Indios, que llaman Chiquitos, en la Provincia de Paraguay;* su Autor el Padre Juan Patricio Fernandez, de la Compañia de Jesvs; y advirtiendo estas erratas, corresponde à su original. Madrid, y Septiembre à 6. de 1726.

Lic. Don Benito de Rio Cao de Cordido,
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo Real este Libro, intitulado: *Relacion Historial de las Missiones de los Indios, que llaman Chiquitos, en la Provincia de Paraguay*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Don Balthasar de San Pedro Accevedo, Escrivano de Camara del Rey nuestro Señor, y del Govierno de su Consejo, en Madrid à nueve de Septiembre de mil setecientos y veinte y seis años.

Don Balthasar de San Pedro.

PRO-

PROLOGO

PARA ESTA OBRA.

EN vna breve Relacion de tan dilatadas, y gloriosas empressas de los Missioneros Jesuitas, que trabajan incessantemente en predicar la Fè de Jesu-Christo à tan innumerables, è incultas Naciones del Paraguay, y sus Provincias, no es facil poder escrivir, como era razon, las Vidas de muchos Apostolicos Obreros, que han padecido Martyrio à manos de los Infieles: y assi me es preciso referir muy sucintamente parte de sus heroycas virtudes, dexando para mejor ocasion el sacarlas à luz con mas extension. En este supuesto, y en el de no ser Historia, con las formalidades que piden sus reglas, como de esta Provincia la escriviò el erudito Padre Nicolas del Techo, en Lengua Latina, solo refiero las Regiones, en donde se vàn formando los Pueblos de los nuevamente convertidos; y al mismo tiempo se descriven sus situaciones, sus genios, y sus diversos Idiomas, para que se pueda comprehender, con menos dificultad, el assumpto de esta pequeña Obra; que si se lograsse con ella el encender en el coraçon de los que, ò tienen por Instituto la Conversion de las almas, ò por fervor Christiano la salvacion de los Infieles, vn zelo de dilatar la gloria de Dios, en las Conquistas del Evangelio, se darà por bien empleado el trabajo de sacarla à la luz publica, sin cuidar de que, ò la censura, ò la malicia le imponga aquellas acostumbradas notas, que en el juicio prudente, y Christiano solo pueden servir para el desprecio, y nunca para la atencion: ojalà tenga yo muy frequentes las noticias de estas Apostolicas tareas, para emplear con nuevo gusto el trabajo de publicarlas para mayor gloria de Dios, que es el fin principal de las Missiones de los Jesuitas.

PROTESTA DEL AUTOR.

SIendo precifo tocar en efta Relacion Hiftorial, aunque de paffo, las memorias de algunos Varones Apoftolicos, que murieron à manos de los Infieles, por la Fè que predicaban, dexando en fu muerte aquel olor de Santidad, que correfpondia à fus heroycas virtudes, afsi como fe refieren otros fucceffos milagrofos, que en confirmacion de la Fè, parece que los hazia Dios por medio de fus Siervos, para alentarlos à los trabajos de fu mayor gloria, no es mi animo en eftos puntos, y en otros femejantes, que contiene efta Relacion, el que fe les dè mas, que aquella Fè humana, que fe merecen los fundamentos que fe refieren, para efcrivirlos: y afsi eftoy muy lexos de prevenir en la Relacion de ellos el juicio de la Iglefia; antes bien protefto, el que los fujeto à la Correccion de la Santa Sede, obedeciendo à los Decretos de los Sumos Pontifices, y de la Iglefia.

RELA-



RELACION HISTORIAL

DE LAS MISSIONES DE LOS INDIOS, que llaman Chiquitos, que eſtàn à cargo de los Padres de la Compañia de Jeſus de la Provincia del Paraguay.

CAPITULO I.

SU PRINCIPIO, FUNDACION, y progreſſos.

NO es mi intento por aora eſcrivir la Hiſtoria de la Provincia del Paraguay de la Compañia de Jeſus, la qual comprehende cinco Goviernos, y otros tantos Obiſpados, en la longitud de cerca de ſeiſcientas leguas. El que quiſiere ſaber mas por extenſo lo que en eſta dilatada Provincia han

trabajado gloriosamente los Padres de la Compañia de Jesus, y padecido por la conversion de los Gentiles, podrà leer la Historia, que de esta Provincia escriviò el Padre Nicolàs del Techo; advirtiendo, que al tiempo, y quando escriviò dicha Historia, solo se avian fundado veinte y quatro Reduciones de Indios à las Riberas de los Rios Parannà, y Uruguay, que componen el caudaloso, y celebrado Rio de la Plata. Oy llegan à treinta y vna las Reduciones de solo los Indios Guaranys, mucho mas numerosas, que las antecedentes; pues el año de 1717. se contaban en dichas Reduciones ciento y veinte y vn mil ciento y sesenta y ocho Almas, bautizadas vnicamente por los Padres Missioneros de la Compañia de Jesus de dicha Provincia. Los nombres de las Reduciones, ò Pueblos de esta nueva Christiandad, son el Pueblo de los Santos Apostoles, el de la Concepcion, el de los Santos Martyres del Japon, el de Santa Maria la Mayor, el de San Francisco Xavier, el de San Nicolàs, el de San Luis Gonçaga, el de San Lorenço, el de San Juan Bautista, el de San Miguèl, el del Angel de la Guarda, el de Santo Thomàs Apostol, el de San Francisco de Borja, el de Jesus Maria, el de Santa Cruz, y el de los Santos Reyes. Estos à las Riberas del Rio Uruguay. Los que se han fundado à la Ribera del gran Rio Parannà, son el Pueblo de San Ignacio, que llaman el Mayor, el de Nuestra Señora de la Fe, el de Santiago Apostol, el de Santa Rosa, el de

la

la Anunciacion, el de la Purificacion, el de San Cosme, y San Damian, el de San Joseph, el de Santa Ana, el de Nuestra Señora de Loreto, el de San Ignacio, que llaman el Menor, el del Corpus, el de Jesus, el de San Carlos, y el de la Trinidad; aumentandose cada dia mas el numero de los Convertidos, y floreciendo en todos el primitivo fervor de la Fè, que recibieron en el Bautismo.

El fin, pues, de esta Relacion, se reduce à dar noticia de las nuevas Missiones, que esta Apostolica Provincia tiene al presente en la Nacion de Indios, que llaman Chiquitos.

Por donde la Provincia de Tucumàn confina por el Occidente con los Reynos del Perù, se descubre vn espacio de tierra, que desde Santa Cruz de la Sierra, donde remata, y desde Tarija, donde empieza, tiene trecientas leguas de largo. Por el lado de Levante tiene aquella parte del Chaco, que và à hazer punta en el Tucumàn; por el Poniente el Marañon, ò por mejor dezir, à Santa Cruz de la Sierra, con quien mas se afronta; por el Mediodia la Provincia de las Charcas: y por la Tramontana mira de lexos à la Provincia de los Itatines. Corre por medio de ella, de Septentrion al Austro, vna cadena de Montes, que empezando desde Potosi, llega hasta las vastissimas Provincias del Guayrà. En ellos tienen su nacimiento tres grandes Rios, el Bermejo, el Pilcomayo, y el Guapay, que bañan las Campañas, que estàn si-

à la falda, por vna, y otra parte, de ambos Montes: y de alli atravesando vn casi inmenso espacio de tierra, desembocan en el Rio Paraguay. Escogieron los Chiriguanàs para su habitacion este Paìs, avrà como cosa de dos siglos, abandonando el nativo del Guayrà; y me parece no serà fuera de proposito referir aqui brevemente la causa de esta mudança. Al tiempo que las dos Coronas de Castilla, y Portugal procuraban dilatar su Imperio en estas Indias Occidentales, Alexo Garcia, alentadissimo Portuguès, deseoso de servir al Rey Don Juan el II. su Amo, con las Conquistas de nuevas Provincias, tomando en el Brasil tres compañeros, de su mismo animo, y valor, despues de aver caminado por tierra trecientas leguas, hasta llegar à las Costas del Paraguay, alistò por Soldados dos mil Indios; y aviendo caminado con ellos otras quinientas leguas por aquel Rio, aportò à los confines del Imperio del Inga, donde aviendo recogido mucho oro, y plata, se bolviò al Brasil; pero los barbaros le quitaron à traicion la vida.

Temerosos estos, ò de que viniessen sobre ellos las Armas Portuguesas à vengar la muerte de los suyos, ò llevados del interès, se passaron, y vinieron à vivir en el Paìs yà dicho; y aunque pocos entonces, pues apenas passaban de quatro mil, aora estàn muy numerosos, pues passan de veinte mil, viviendo sin forma de Pueblo, en tropas, y dandose à correr, y robar las tierras circunvecinas; y

por

por el deſeo de carne humana, de que guſtaban mucho, hazian à muchos de ellos cautivos; y cebados por muchos dias, como ſe haze en Europa con los animales de cerda, celebraban banquetes de cruelisſima alegria, con lo qual ſe hizieron formidables à los confinantes: y ſolo con la venida de los Eſpañoles olvidaron la inhumana coſtumbre de comer carne humana, pero no la crueldad; de ſuerte, que ſe dize aver deſtruìdo, y aniquilado haſta el preſente, mas de ciento y cinquenta mil Indios.

A reducir à eſtos barbaros à vida politica, y chriſtiana, encaminaron ſus deſignios, deſde los principios del ſiglo paſſado, los Apoſtolicos Padres Manuel de Ortega, Martin del Campo, Diego Martinez, y ſuccesſivamente otros; pero por mas induſtrias de que ſe valiò ſu ardiente zelo, jamàs pudieron ablandar la dureza de coraçones tan obſtinados, ni domeſticar la ferocidad de animos tan ſalvages, cauſa porque los abandonaron, como tierra en que ſe derramaba invtilmente el grano Evangelico, para emplear ſus fatigas en Paìs que correſpondieſſe à ſu cultura, con fruto mas digno de ſus trabajos: haſta que el año de 1686. aviendo ido dos Misſioneros de eſta Provincia à exercitar los miniſterios de nueſtra Apoſtolica Vocacion à Tierra de Tarija, hizieron eco en aquellos deſiertos las maravillas que obraba la Divina palabra en las coſtumbres bien rotas, y perdidas de aquella Tierra. Entraron, pues, en acuerdo algunos

nos Caciques, y de comun consentimiento embiaron mensageros à los Padres, suplicandoles con eficacissimos ruegos se moviessen à compassion de sus almas, poniendolas en el camino de la salvacion; pero no tuvieron por entonces otra respuesta, sino que no podian assistirles, hasta dar aviso à su Provincial, que à la sazon era el Padre Gregorio de Orozco, Natural de Almagro, en la Mancha, Sugeto de mucho zelo, y fervor, quien no pudo tan presto condescender con tan justas suplicas, hasta abrir Colegio, como lo hizo, en la Villa de Tarija. En escoger, entre todos, los Sugetos que avian de dar principio à aquella Mission, tuvo el buen Provincial no poco que hazer para aquietar los deseos, suplicas, y lagrimas de tantos como se le ofrecieron à esta ardua empressa; pero no avia quien con mas ardor lo desease, ni à quien con mas razon se debiesse hazer esta gracia, como el V. Padre Joseph de Arce, Natural de las Islas Canarias, hombre de gran coraçon, y de igual zelo, premiado de Nuestro Señor con vna muerte gloriosa, de que darèmos noticia adelante. Parecè que San Francisco Xavier, antes que los Superiores, le destinò para esta Empressa; pues viendole estos dotado de gran talento, y felìz ingenio para las Cathedras, aunque con increible dolor de el buen Padre, le avian aplicado à ellas; pero no tardò mucho en que se vieron precisados à mudar de parecer: porque siendole al humildissimo Padre de in-

intolerable peso esta lustrosa ocupacion, no podia recabar con suplicas, y lagrimas le aliviassen de ella: con que recurriò al asylo de San Francisco Xavier, suplicandole con muchas lagrimas el cumplimiento de los deséos. Tuvo felìz despacho, con tan poderoso intercessor, su suplica: porque cayendo luego enfermo, le dieron, por descuidos del Enfermero, vn remedio recetado para otros, el qual le reduxo à los vltimos periodos de la vida. Viendose en este lance, pidiò licencia al Padre Provincial Thomàs de Baeza, para hazer voto à su grande Abogado San Francisco Xavier, de que si le alcançaba la vida, la emplearia en la conversion de los Infieles. El Padre Provincial, reconociendole yà desauciado, le diò grata licencia para hazer su voto; y luego que le hizo, le aceptò el Santo desde el Cielo, pues remitiendo de su fuerça el mal, en breves dias quedò sano del todo.

Y como en aquel tiempo se trataba con gran calor de la conversion à nuestra Santa Fè, de las Naciones que estàn àzia el Estrecho de Magallanes, que descubiertas pocos años antes por el V. Padre Nicolàs Mascardi, Italiano, Sugeto de la Provincia de Chile, y Martyr del Señor, pedian Predicadores de nuestra Santa Ley: y por orden de nuestro piadosissimo Monarca Carlos Segundo, estaban yà à punto algunos fervorosos Missioneros, para entrar en las Tierras de los Patagones; fue tambien señalado el Padre

Ar-

Arce. Pero à lo mejor de la obra se atravesò el infierno por medio de algunos Ministros del Rey, que atendiendo mas à sus particulares interesses, que al servicio de Dios, y de la Monarquia, pretendieron sujetarlos con armas, para hazerlos despues esclavos suyos. Desvanecida, pues, esta Mission, con incomparable dolor de todos los buenos, fue destinado à llevar la luz del Evangelio à los Chiriguanàs, y à abrir camino en otras Provincias à tantos hermanos suyos, que conducidos de su mismo espiritu, y zelo, avian de seguirle, para sembrar en ellas la semilla de la predicacion Evangelica, los quales, para hazerla mas fecunda, la avian de regar, no solo con sus sudores, sino tambien con su sangre. Pero antes de emprender esta obra, procurò armarse, y fortalecerse con aquellas virtudes, que reconocia necessarias para tan ardua, y dificil empressa, porque le adivinaba presagioso su coraçon, que el comun enemigo se avia de poner en armas, para no perder la tiranica possession, y señorìo de vna gente, que hasta entonces, con injuria de Dios Nuestro Señor, avia estado siempre à su devocion. En el interin, pues, que el Padre estaba con todo su espiritu recogido en Dios, tratando este negocio, vino del Pilcomayo vn Cacique con seis Vassallos suyos, pidiendole no difiriesse vn punto el ir à darles noticia de Dios Nuestro Señor; y luego manifestaron las veras con que lo dezian las obras, oyendo

do con gusto, y atencion la explicacion de la Doctrina Christiana, y estando siempre obedientes à su voluntad. Las muestras que dieron de sì estos pocos, le encendiò en su coraçon vn ardiente deseo de poner luego manos à la obra, pareciendole estas disposiciones muy à proposito para introducir la Fè en gente tan bien inclinada. Y à la verdad podia bien esperar esto de los Chiriguanàs, que viven à la orilla del Rio Pilcomayo, pero no de los del Rio Bermejo, pues antes estos, renovando las antiguas canciones, porque otras vezes avian echado à los Missioneros, porque queriamos hazerlos esclavos de los Españoles, y obligarlos al servicio personal, y otras mil mentiras de este jaez, le miraban con malos ojos, y le dezian, que si pusiesse el pie en sus Tierras, se avia de salir luego, ò que para quitarle de vna vez de sus ojos, le avian de quemar vivo.

Por esso, antes de passar mas adelante, me es preciso pintar aqui à lo vivo el genio, y natural de esta gente, para reconocerle siempre el mismo, porque se transforman en tan diversos, y contrarios semblantes, que de otra suerte seria imposible el conocerlos. Son de genio inconstante, mas de lo que se puede creer, mudables à todo viento, no guardan la palabra que dàn; oy parecen hombres, y Christianos, y mañana Apostatas, y animales, amigos de todos, aun de los Españoles, quando les està à cuento, para sus interesses; pero por la mas leve

causa rompen la amistad. Y con todo esso, no es este el mayor contraste que tienen para introducir en ellos el conocimiento de los Mysterios, y observancia de la Ley de Dios. El mas fuerte impedimento, es el mal exemplo de los Christianos viejos; gente ruda como los Indios: no entiende otro lenguage mejor, que el del exemplo; y de la vida de los Fieles infiere las calidades de nuestra Santa Fè: y muchas vezes les echan en la cara à los Missioneros, que son demasiado duros con ellos en no permitirlos el uso de muchas mugeres, quando vèn que los Europeos tienen à su gusto quantas se les antoja; y por mas que se les procura responder, nunca se les dize tanto, que baste à quietarlos. Por lo qual, con sapientissimo, y prudentissimo acuerdo, los primeros Operarios de esta Provincia se procuraron apartar lexos de las Ciudades, buscando para sembrar el Evangelio, Provincias remotas, si no del comercio, à lo menos de la habitacion de los forasteros, para que estos no deshiziessen, con su mal exemplo, lo que hazian ellos con su predicacion. Y se practica esto hasta el dia de oy con tanto rigor, mediante la piedad de nuestros Catholicos Reyes, que à ningun Europeo, ò Español de la Tierra, sino es de passo, se le permite poner el pie en las Reduciones de los Guaranies, excepto à los Governadores, y Prelados Eclesiasticos, à quien por su oficio les incumbe el visitarlos. Aora, pues, este impedimento en los Chiri-

gua-

guanàs es gravissimo. Comercian continuamente con las Ciudades confinantes; y como mas facilmente se pegan los vicios de los malos à los buenos, que las virtudes de los buenos à los malos, y viciosos, al vèr à vnos ocupados en sacar el dinero de los Paysanos, à otros darse sin freno à los deleytes de la carne, y en algunos, aunque pocos, tan muerta la Fè, que no hazen escrupulo de faltar à los Divinos Preceptos, y en mostrar menos reverencia à los Mysterios de la Iglesia, no es facil dezir quanto credito gana con ellos lo malo, y quanto odio, y desprecio cobran, assi à las personas, como à la Religion que professan. Y aunque la innata piedad de los Españoles resplandezca aqui tanto como en qualquiera otra parte, que en ella se pierde la malicia toda de algunos; con todo esso, como dixe, en los coraçones de estos barbaros se imprimen mas facilmente los vicios, y maldades, que las virtudes, y devocion. Y si tal vez, al oir la explicacion de la Doctrina Christiana, ò alguna de aquellas incontrastables verdades, que tienen fuerça de hazer bolver en sì à quien de sì vive olvidado, despierta en ellos algun buen pensamiento, apenas nace, quando le sufoca su inconstantissimo genio, y el mal exemplo de los forasteros, como muchas vezes lo vemos, y tocamos con las manos. Esto supuesto, bolvamos yà à nuestra narracion.

Aviendo el Padre Arce probado, y experimenta-

do por muchos dias el fervor de este Cacique, y sus Vassallos, le pareciò fundar aqui Reducion, con esperança de felìz sucesso. Con este fin los remitiò à su Tierra, acompañados de quatro Indios Guaranis, que llevaba consigo, dandoles orden à estos de que explorassen la voluntad del Pueblo, y corriessen las Rancherias situadas en la orilla del Pilcomayo; que en breve les seguiria, junto con Don Diego Porcèl, pijssimo Cavallero, y muy amado de los Infieles, por su afabilidad, y buen trato, para que le ayudasse en aquel negocio, y con su autoridad tuviesse refrenados à los Caciques del Rio Bermejo: pero Dios no quiso de este mas que la buena voluntad, para premiarla eternamente en el Cielo; porque siendo yà muy viejo, y de edad decrepita, à pocas leguas de camino, sorprendido de vn accidente, le fue preciso bolver atràs: pero en su lugar substituyò à vn hijo suyo, con quien poniendose en camino el Padre Joseph por el mes de Mayo del año de 1690. despues de algunas jornadas, llegò à ciertas Rancherias, que estaban à orillas del Pilcomayo, donde fue recibido con singular afecto de los Paysanos, que actualmente estaban llorando la muerte de algunos de los suyos, por causa de las discordias que avia entre Cambaripa, y Tataberiy. Eran estos los dos Caciques de mayor nombre, y poder de la Tierra; y para dar principio à la nueva Christiandad, era necessario concordarlos entre sì, y apagada toda ma-

le-

levolencia, bolverlos à hazer amigos. A este fin queria el Santo Varon ir en persona à meterse de por medio, y hazer las pazes; y huvieralo hecho, à no vèr, que era manifiestamente echarse à morir entre las armas de los Tobas, confederados con Tataberiy, que infestaban los caminos. En esta coyuntura vino vn mensagero de Cambaripa, pidiendole le diesse de su parte, si pudiesse hallar algun prompto, y eficàz remedio à su ruina, y à la de aquellos sus Vassallos, porque no tenia tiempo para detener, ò resistir à vn mismo tiempo à tantos enemigos, ni de buscar escape à su vida con la fuga, por estàr mal herido de los contrarios. Atravesò esta nueva el coraçon del Padre Arce; y para reparar de aquel fracaso al Paìs, bolviò luego atràs, à fin de recoger de la piedad de los Españoles algun socorro de armas; y à la buelta templò Dios, con alternados consuelos, el dolor de aquel accidente, porque los Chiriguanàs del Rio Bermejo, que antes se avian mostrado tan aversos, y duros, ablandados yà sus coraçones con las influencias de la gracia del Espiritu Santo, le salieron al encuentro, y Cambichuri, el Cacique mas poderoso, le mostrò grandes finezas de amor, combidandole à que fuesse à predicar à sus Vassallos, y que haria de èl quanto el Padre gustasse.

Llegò à Tarija, y alcançando de los Regidores vna Compañia de Soldados, se bolviò lo mas presto

que

que pudo, llevando por su Compañero al Padre Juan Bautista de Zea: y aunque el camino era aspero, y peligroso, y la poca comodidad con que tratavan su cuerpo estos Evangelicos Operarios, les hazia mas trabajoso el caminar, con todo esso estaban insensibles à toda molestia, y trabajo, por la abundante copia de delicias celestiales de que gozaban, bautizando en aquellas soledades gran numero de niños, y no pocos adultos, que viendose yà cercanos à la muerte, cambiaban de buena gana la vida con la esperança de la eterna Bienaventurança. Finalmente, à 26. de Septiembre entraron en las Rancherias de Tataberiy, donde se avia de tratar la paz. Saliò este à cumplimentarle, acompañado de quarenta de los suyos, y hospedòle en la casa mas acomodada del Pueblo; y empezando desde luego à tratar del negocio de la paz, supo darse tan buena maña el Padre Arce, que reduxo à los dos Caciques à que se prometiessen mutuamente la paz, y renovassen entre sì su antigua amistad; y fuera de esso concluyò, se hiziessen tambien las amistades entre los parientes de los muertos, y los matadores, que fue lo mas dificil de alcançar. Celebrò el Pueblo estas pazes con solemnidad, y alegria incomparable; pero sobre todos, quien diò mayores muestras de contento, fue Cambaripa: y Tataberiy se aficionò increiblemente à los Missioneros, y por medio de ellos à la Santa Ley de Christo; pidiòles, que se quedassen alli para enseñar-

ñarles los Divinos Preceptos, prometiendo aliſtarſe quanto antes en el numero de los Fieles; y en prendas de eſſo, le diò para que bautizaſſe vn hijo vnico, que tenia. Pero los Padres, antes de hazer pie firme en algun Lugar, querian correr toda la Provincia: por lo qual, dandoles buenas eſperanças, ſe partieron, aſsiſtidos ſiempre del hijo de aquel buen Cavallero, que jamàs quiſo apartarſe de ſu lado en aquella peregrinacion; y paſſando luego à las Riberas del Parapitiy, pobladas de muchas Rancherias, fueron recibidos de todos con ſeñas de grande afecto, y tratados lo mejor que la pobreza, y penuria del Païs permitia. De aqui tiraron àzia las Montañas de el Charaguay, à cuyas faldas viven la mayor parte de los Chanès, y muchos Chiriguanàs. Tuvieron aqui no poco que hazer en componer à los Payſanos con los Vaſſallos de Taquiremboti: pero pueſtos eſtos en acuerdo, proſiguieron ſu viage, no encontrando otra coſa, que Rancherias deſtruìdas, aviendoſe retirado à otras partes la gente, por no padecer los infortunios, y deſventuras, que trae conſigo la guerra. Finalmente, padecidos no pocos, ni ligeros peligros de perecer, llegaron al Rio Guapay, donde fueron recibidos de ſus moradores con increìbles finezas: y los Caciques Manguta, y Fayo le ſuplicaron vivamente ſe quedaſſen en aquel parage para inſtruirlos en los Myſterios de nueſtra Santa Fè, y enſeñarles el camino del Cielo. El Padre Arce, que por entonces

tenia otros deſignios, les prometiò, que en otra ocaſion les cumpliria ſus deſeos, con que adminiſtrando el Santo Bautiſmo à quatro que eſtaban en peligro de muerte, ſe prevenia yà para la partida.

A eſte tiempo vino vna India, hermana del Cacique Tambacurà, y ſe echò à ſus pies muy afligida, y deſconſolada, porque el Governador de Santa Cruz de la Sierra embiaba à prender à ſu hermano para caſtigarle; y manifeſtado ſu dolor, le dixo tantas razones, y la enſeñò tales ruegos, y ſuplicas el amor à la ſangre, para que le libraſſen de aquel golpe, que como dezia, le avian maquinado por rençor, y embidia ſus enemigos, que huvieron de condeſcender los Padres à ſus peticiones, para que tocaſſen con las manos, y vieſſen aquellas gentes, que ellos no miraban ſino à ſu vtilidad, y que en las ocaſiones eran ſu eſcudo, y refugio, para aficionarlos por eſte camino à nueſtra Santa Ley. Eſte fue ſu deſignio, è intento, pero no el de Dios, que muchas vezes ſe vale de los intereſſes humanos para llevar à ſu fin las diſpoſiciones de ſu eterna Providencia. Y tal fue la ida de eſtos Miſsioneros à Santa Cruz de la Sierra, porque yendo ſolamente à impetrar la vida temporal de vn Indio, los llevaba Dios, para que fuera de toda eſperança, reſcataſſen à innumerables Pueblos de la eſclavitud del demonio. Partieron, pues, del Guapay con Tambacurà à Santa Cruz, donde recibidos con mucha corteſanìa de el Governador Don

Aguſ-

Aguſtin de Arce, pijſsimo Cavallero, alcançaron por merced, y gracia la vida de aquel pobre hombre, que de otra manera lo huviera paſſado muy mal. Eſtas demoſtraciones de eſtima, y afecto obligaron à nueſtros Padres à que con confiança le manifeſtaſſen ſu deſignio de convertir à la Fè à los Chiriguanàs, y à que ſe dignaſſe interponer ſu autoridad contra qualquiera que oſaſſe oponerſe à eſta empreſſa. Pareciòle al ſabio Governador, que era gaſtar invtilmente el tiempo, y el trabajo con aquellos Indios, por lo qual les empezò à perſuadir con ſolidas razones, endereçaſſen à otra parte ſus penſamientos, y Apoſtolico zelo: porque eran gente obſtinada en la idolatrìa, ſalvage en las coſtumbres, y ſobremanera averſos à las leyes, y pureza de la vida Chriſtiana, è inconſtantes en lo que emprenden: que yà en otras ocaſiones avian probado à reducirles fervoroſiſsimos Miſsioneros; y deſpues de grandes trabajos, y fatigas, no avian ſacado otro fruto de ſus ſudores, ſino eſcarnios, oprobrios, y malos tratamientos. Vivia entonces muy freſca la memoria del fervoroſiſsimo Padre Martin del Campo, de la Provincia del Perù, que deſpues de aver gaſtado con ellos algunos meſes, viſta ſu obſtinacion, ſe viò preciſado à irſe à otra parte à ocupar ſus fervores. Por tanto les aconſejaba puſieſſen la mira en otros Payſes, donde no ſe perdieſſen à sì miſmos, y ganaſſen felizmente à los otros.

Confinaban con aquella Ciudad los Indios Chiquitos, que poco antes avian hecho pazes con los Españoles, y pedian Predicadores del Evangelio, que les enseñassen la Ley Divina. No podia el buen Governador darles gusto, embiando Missioneros de la Provincia del Perù, por estàr estos empleados en cultivar las Naciones de los Moxos; por lo qual ofrecia à nuestros Missioneros la copiosa mies de esta Gentilidad, donde su fervor hallaria en que satisfacerse à su gusto, y su zelo campo donde acrecentar la gloria Divina; que aqui no serian mayores los trabajos, que el fruto, ni derramarian gota de sudor en esta Tierra, que no fuesse semilla de que cogiessen la conversion de muchas almas. Y que para que emprendiessen con mas calor esta Mission, escriviria de su mano cartas muy eficaces al Provincial de esta Provincia, à nuestro Padre General Tyrso Gonçalez, su intimo amigo. Este razonamiento del buen Governador, despertò en el coraçon de aquellos Varones Apostolicos vn jubilo incomparable, viendo se les descubria otro campo en que padecer otro tanto en servicio de Dios: por lo qual, en quanto à ellos tocaba, se ofrecieron al bien de aquella Nacion, sin hazer caso de su vida, ni temer à los trabajos, y fatigas, que les pudiesse costar aquella nueva empressa, solo con que la insinuacion de los Superiores les destinasse à ella; y assi dixeron, que obtenida la licencia de sus Superio-

rio-

riores, correrian allà gustosos para domesticar aquellos barbaros, y reducirlos al conocimiento del verdadero Dios, y à la obediencia de la Magestad Catholica. Y con esto, despedidos del Governador, dieron la buelta.

Al passar el Rio Guapay, de buelta para Tarija, les cercaron vna gran multitud de Infieles, rogandoles fundassen vna Reducion en aquel parage, para cuidar, y atender al bien de sus almas, que les daban palabra, que en breve abrazarian todos la Ley de Christo. No les pareciò bien à los Missioneros dexarlos descontentos: por lo qual, levantando en aquel sitio vn Rancho, celebraron, à vista del Pueblo, el Santo Sacrificio de la Missa; y por ser aquel dia consagrado à la Presentacion en el Templo de la Virgen Maria Nuestra Señora, la pusieron debaxo de su patrocinio; y esto con tanto aplauso, y contento de los Naturales, que corriendo la voz de lo sucedido por las otras Rancherias, se ofrecieron muchos Caciques à fundar alli Ranchos con todos sus Vassallos. Partieronse de aqui los Padres para disponer en Tarija lo necessario, para llevar adelante aquella empressa; y Dios Nuestro Señor, para premiarles los trabajos passados en su servicio, y animarlos en las fatigas, que avian de padecer en adelante, les concediò luego vn fruto de bendicion, que apenas naciò, quando se transplantò en los jardines celestiales: este fue vn niño,

que apenas fue lavado de la mancha de la culpa original con las aguas del Santo Bautiſmo, quando incontinenti volò à gozar eternamente de Dios. Incomparable fue el conſuelo de eſtos Santos Varones con tan noble ganancia: pero no menor la rabia del demonio, que de tan buenos principios adivinaba el gran menoſcabo, que ſe avia de ſeguir à ſus intereſſes, y que ſi la Fè Chriſtiana fueſſe ganando credito, y ſeguidores, perderia en poco tiempo el dominio del Paìs; y como ſu mal, y daño eſtaba à los principios, y le podia reparar, procurò, con todo ſu esfuerço, arrancar de raìz aquellos buenos principios, para lo qual tenia alli de ſu vando ciertos Apoſtatas muy poderoſos, tanto peores que los otros en ſu vida, quanto es ordinario que ſea mas perdido en ſus coſtumbres quien abandona la Fè, que quien jamàs la profeſsò en ſu vida. Entre eſtos avia dos Caciques, llamados Urbano Garnica, y Pedro de Santa Maria, que teniendo para ſu placer muchas Concubinas, llevaban muy mal, tomaſſe campo en aquella Tierra Chriſto Señor Nueſtro, y ſu Ley Santiſsima, con lo qual ellos, ò ſe avian de vèr preciſados à deſamparar el Paìs, ò à ſalir del cieno de la deshoneſtidad. Por tanto, conmovidos eſtos del enemigo infernal, y mucho mas del amor à la carne, empezaron à eſparcir por el vulgo mil calumnias contra los Miſſioneros, y mucho mas aquellas que mejor les eſ-

ta-

taba creyesse el Pueblo: dezian, que eran espias de los enemigos, que no pretendian otra cosa, que sujetarlos à los Españoles, y con pretexto de reducirlos à la Fè Catholica, privarlos de su antigua libertad: que en breve se verian hambrientos, y deseosos de aquellos placeres de que aora à su gusto se saciaban: verian sus carnes flacas, sus espaldas acardenaladas de los golpes de los nuevos Señores, cuyo yugo cargaban sobre sus cuellos, junto con el de Christo; y en prueba de esso, tenian ellos aun en el cuerpo las cicatrices de los cruelissimos azotes, que llevaron quando Christianos, por mas que trabajaban de dia, y de noche, sin ninguna compassion, para llenar à su costa las bolsas de sus Amos; y semejantes à estas dezian otras innumerables mentiras, como les venia à cuento el fingirlas para su intento. No se dixeron al ayre: porque aunque aora el deseo que tenian los barbaros de hazerse Christianos, estaba en sus primeros fervores, no hizieron en ellos mucha mella estos dichos; no obstante, resfriandose de aì à poco aquel primer fervor, consiguieron los Apostatas su intento de alborotar el Paìs, y enfurecer el Pueblo, para que echassen à los Padres, y los remitiessen adonde avian venido.

Entrado yà el año de 1691. partieron los Padres Juan Bautista de Zea, y Diego Centeno por el Rio Guapay, à cultivar el nuevo Pueblo de la Presen-

ſentacion, y el Padre Arce al Valle de las Salinas, adonde acudiò gran numero de Infieles, de los quales muchos ſe le moſtraban aficionados, y otros le moſtraban mal roſtro, ſeñal de lo que maquinaban en ſu coraçon, que era darle la muerte, como lo huvieran executado, à no averles diſuadido de tan malvado intento los Indios de Tariquea. Procuraba aqui el Apoſtolico Padre poner forma à las coſas de la reciente Igleſia: pero el demonio, que ſoplaba en el coraçon de los Apoſtatas, quanto el buen Padre trabajaba en muchas ſemanas, lo deſhazia en pocas horas; y por apendix de eſtos deſaſtres, tuvo noticia de que los Tobas, cruelíſsimos enemigos de Dios, y de los Eſpañoles, viſtos ſus intentos, ſe avian pueſto en armas, y en gran numero venian deſtruyendo el Pais: con lo qual, eſperando de hora en hora ſus furias, ſe esforçaba à recibir con gran animo la muerte, ſi fueſſe voluntad de Dios Nueſtro Señor, imitando à ſus ſubditos, de quien corria fama, que avian caìdo en las manos de aquellos malvados, y ſido muertos con crueldad igual à ſu fiereza. Pero como Nueſtro Señor, con eſtas deſgracias, no queria de ſu Siervo otra coſa, ſino las primeras pruebas, y Noviciado de vna vida Apoſtolica, hizo deſvanecer en breve aquellos temores, y huvo luego aviſo de que los Padres Zea, y Centeno avian llegado à ſalvamento en el Pueblo de la Preſentacion, y de que los Tobas ſe avian retira-

tirado à ſus Tierras: con lo qual pudo ſeguramente paſſar à Tariquea, para diſponer mas aprieſa los animos de la gente à abrazar la Santa Fè. Aqui fue recibido, y hoſpedado con mucho amor, y benevolencia del Señor del Lugar, quien entendida la cauſa de ſu ida, mandò luego echar Vando por todas las Rancherias del contorno, que ſe juntaſſen dia ſeñalado todos los Caciques à Concejo, para reſolver el negocio de ſu converſion; y ſe executò aſsi el dia vltimo de Julio, conſagrado à nueſtro gran Padre, y Patriarca San Ignacio. Y porque ſerà del guſto de los Lectores ſaber las ceremonias, y modo de que vſaron en ſu Aſſamblea, darè de ello vna breve, y ſucinta noticia. Entrados à parlamento en lo mas obſcuro de la noche, dieron principio à la funcion con vna ſinfonia de Flautas, y Pifanos, y cantando, y baylando al ſon de ellos, diſcurrian ſobre el negocio, concluyendo cada bayle, que duraba tres, ò quatro Credos, con brindis. Al rayar del Alva, aunque hazia viento muy frio, que helaba, por ſer aqui eſte mes el coraçon del Invierno, ſe fueron todos à bañar en el Rio; y para hazer mas alegre la fieſta, adornaron ſus cabeças con hermoſos penachos, afeytandoſe el roſtro con colores muy feos, imaginando crecian en belleza, y hermoſura, quando parecian otros tantos diablos. Aviendo yà eſclarecido el dia, tomaron vn deſayuno para cobrar aliento, y brio, para proſeguir ſu

Acuer-

Acuerdo en la forma que antes. Quien creeria, ò por mejor dezir, quien se atreveria à esperar resolucion nada favorable en vn Consejo semejante? Pero no obstante esso, determinaron de comun consentimiento admitir en sus Tierras à Christo, y à su Ley Santissima, y embiaron à dar aviso de su resolucion al Padre Arce, quien debaxo de vna enramada estaba encomendando à Nuestro Señor con fervor este negocio; pero le pusieron tres condiciones: La primera, que la Reducion se fundasse en aquel parage: la segunda, que no fuessen obligados à desterrarse de sus Tierras los que quisiessen vivir en el Gentilismo, ò mantener muchas mugeres para su vso: y la tercera finalmente, que sus hijos no fuessen destinados al servicio de la Iglesia. Aceptò el Santo Varon el partido, esperando que el tiempo, y mucho mas la Sangre de Jesu Christo, les ablandaria los coraçones, y darian aquellos frutos de bendicion, que su zelo, y sus fatigas le prometian: ni eran mal fundadas sus esperanças, porque Taricù, principalissimo, en nombre de todos le diò las gracias de querer emplearse en provecho de sus almas; y las diò tambien à Nuestro Señor, porque se avia dignado de embiarles quien sin ningun interès suyo les enseñasse el camino del Cielo. Y porque todo esto sucediò, como dixe, en el dia consagrado à N. P. S. Ignacio, puso el Padre Arce la Reducion debaxo de su patrocinio. Mien-

tras que las cosas corren aqui con algun viento favorable, me es preciso dar vna sucinta relacion de la Provincia de los Chiquitos, en que al mismo tiempo se fundò, aunque con fin mas felìz, vna nueva Christiandad, y serà el blanco principal de esta mi Relacion.

CAPITULO II.

SITUACION DE LA PROVINCIA DE Chiquitos, costumbres, y calidades de los Naturales.

LA Provincia, à quien vulgarmente llamamos de los Chiquitos, es vn espacio de tierra de docientas leguas de largo, y ciento de ancho; por el Poniente mira à Santa Cruz de la Sierra, y algo mas lexos à las Missiones de los Moxos, que pertenecen à nuestra Provincia del Perù. Por Levante baxa hasta el famoso Lago de los Xarayes, à quien con razon llamaron el Mar Dulce los primeros Conquistadores, por su amplitud, y grandeza. Por la Tramontana la cierra vna gran cadena de montes bien larga, que corriendo de la parte de Levante à Poniente, remata en este Lago. Por el Mediodia mira al Chaco, y à vn gran Lago, ò por mejor dezir, golfo del Rio Paraguay, que forma aqui vna bellissima ensenada, cuyas riberas estàn pobladas

de gran multitud de arboles, y se llamò desde sus principios este Seno, ò Ensenada, el Puerto de los Itatines. Bañan à esta Provincia de Chiquitos dos Rios; vno el Guapay, que naciendo en las Montañas de Chuquisaca, baxa por vna llanura abierta, por junto à vn Pueblo de los Chiriguanàs, llamado Abapò: y corriendo àzia el Oriente, ciñe à lo largo, en forma de media luna, à Santa Cruz de la Sierra; y tirando de aqui entre Septentrion, y Poniente, riega, y baña las llanuras, que estàn à la falda por ambas partes; y finalmente desagua en la Laguna Mamorè, en cuya Costa estàn fundados algunos Pueblos, yà Christianos, de los Moxos. El otro el Aperè, ò San Miguèl, que nace en los Alpes del Perù: y atravesando por los Chiriguanàs (en cuyas Tierras muda su nombre en el de Parapitiy) se pierde finalmente en vnos Bosques muy espesos, por las muchas bueltas que dà hasta cerca de Santa Cruz la Vieja, donde los años passados se fundò la Reducion de San Joseph: y girando entre Septentrion, y Poniente, baña las Reduciones de San Francisco Xavier, y de la Concepcion, desde donde tira derechamente à Mediodia; y recibiendo en su madre muchos arroyos del contorno, passa por las Reduciones de Baurès, que pertenecen à las Missiones de los Moxos, y de aqui và à desaguar en el Mamorè, y este en el gran Rio Marañon, ò de las Amazonas. El Paìs, por la mayor parte es mon-

tuo-

tuoso, y poblado de espesissimos Bosques, muy abundantes de miel, y de cera, por la gran multitud de Abejas de varias especies; entre las quales ay vna casta, que llaman *Opemùs*, la mas semejante à las de Europa, cuya miel es odorifera, y fragrante, y blanquissima su cera, aunque algo blanda. Abundan tambien de muchos Monos, Gallos, Tortugas, Antas, Ciervos, Cabras Monteses, y tambien de Culebras, y Viboras de estraños venenos, porque ay algunas, que luego que muerden, se hinchan los cuerpos de los pacientes, y destilan sangre por todos sus miembros, ojos, oìdos, boca, narizes, y aun de las vñas; pero el doliente, como echa por tantas partes aquel pestilente humor, no muere. Otras ay, cuyo veneno (aunque ayan mordido en la punta del pie) se sube al punto à la cabeça, quitando las fuerças, y privando del juizio; y de aqui estendiendose por dentro de las venas, mata irremediablemente, causando delirio: y hasta aora no se les ha podido encontrar eficàz antidoto. El terruño de suyo es seco, pero en tiempo de lluvias, que duran desde Diziembre hasta Mayo, se anega tan disformemente la Campaña, que se cierra el comercio, y se forman muchos Rios, y grandes Lagunas, que abundan de muchos generos de Pescado, los quales pescan con cierta pasta amarga, con que atontados salen à la superficie del agua. Passado el Invierno, se secan luego los llanos, y pa-

para ſembrar es meneſter deſmontar con gran trabajo los boſques, y cultivar las colinas, y cumbres de los Montes, que rinden muy bien el maìz, ò trigo de las Indias, arroz, algodon, azuçar, tabaco, y otros frutos, proprios del Paìs, como platanos, piñas, manì, zapallos (que es vna eſpecie de calabazas, mejores, y mas ſabroſas, que las de Europa) el grano empero, y la vita no ſe puede coger en eſtas Tierras.

El Clima es calido, y deſtemplado, cauſa de muchos accidentes apopleticos, y frequentes contagios, que ſuelen hazer gran riza en los Naturales, porque eſtos barbaros no ſaben aplicar ſino dos remedios. El primero es, chupar los cuerpos enfermos, oficio proprio de ſus Caciques, y Capitanes, que en ſu Idioma llaman Iriabòs, los quales con eſte oficio ſe hazen mucho lugar entre los Naturales, con harta ganancia, porque en vez de guiſar la gallina, y las otras viandas mas exquiſitas para el enfermo, ſe lo come todo el Chupador, y al enfermo no le dàn ſino la ordinaria vianda de vn puñado de maìz bien mal cocido: y ſi no lo quieren comer, no les dà mucho cuidado, contentos con la reſpueſta del enfermo, *como he de comer, ſi no tengo gana?* Por lo qual tengo para mi, que los mas mueren de neceſsidad, mas que de enfermedades, de la qual no dàn otra relacion al ſobredicho Medico, que moſtrarle la parte dolorida, y dezirle por donde

han

han andado los dias antecedentes: de aqui passa este à examinar, si el enfermo ha derramado la chicha (bebida algo semejante à la cerveza) si ha echado à los perros algun pedazo de carne de Tortuga, Ciervo, ò de otro viviente: y si le halla reo de este delito, dize, que el alma de aquellos animales, para vengar su injuria, se le ha entrado en el cuerpo, y le atormenta à medida de su afrenta. De donde es, que para darle algun alivio, le chupan la parte lesa, ò tambien dàn en el suelo grandes golpes con la macana al rededor del enfermo, para espantar aquella alma, y ahuyentarla. Con esto se queda el doliente como antes, sino es que por ventura suceda tal vez, que sanan naturalmente. Hase observado en estos Medicos, que despues de recibido el Santo Bautismo, por mucho que hazen, no pueden vomitar vna materia sucia, y hedionda, como antes lo hazian, todas las vezes que chupaban algun miembro del enfermo, dandose el demonio por desobligado de mantener el pacto implicito, que con ellos tenia, porque explicito, y cierto no tenian ninguno. El otro remedio es bien cruel, y proprio de barbaros, y era matar à las mugeres, que se persuadian eran causa de la enfermedad (puede ser que sus mayores tuviessen alguna luz de que por vna muger avia entrado en el mundo la muerte) y echandolas de este mundo, creìan quedar ellos libres del tributo de la muerte. Por esso importu-

naban al Medico, les dixesse, què muger les havia puesto en su cuerpo aquella enfermedad: y este dezia, que era esta, ò aquella que primero se le ofrecia, ò con quien tenia algun enojo, ò con su marido, ò parentela, y cogiendo sola à la miserable, la quitaban à golpes, y palos la vida. Y no acababan de caer en la cuenta del engaño, aun viendo por experiencia, que no aprovechaba nada para escaparse de la muerte semejante receta. Proviene esto de vna necia imaginacion que tienen, de que los dolores, y enfermedades provienen de causa extrinseca, y no de la interior alteracion de los humores, porque no son capaces de llegar à penetrar con el entendimiento, adonde no alcança la grosseria de los sentidos corporales (propriedad de todos los Indios Occidentales) bien, que por otra parte son habiles, y despiertos para lo demàs. Y viendo que los Missioneros curaban con purgas, y sales, no acababan de persuadirse, que la sangre, y los otros humores, de que se alimenta la parte inferior del hombre, podia corromperse, y causar malignos efectos, y malas impressiones aun en el alma; por esto, por la mas leve indisposicion, se querian sangrar, y pidiendoles el brazo, respondian, que no en èl, sino en la parte que les dolia, avia de ser la sangria; y experimentando con estos remedios mejoria, dieron de mano à los antiguos Medicos, burlandose de sus fraudes, y engaños, y execran-

crando la crueldad que avian vſado contra las mugeres.

Son de temperamento igneo, y vivàz, mas que lo ordinario de eſtas Naciones, de buen entendimiento, amantes de lo bueno, nada inconſtantes, ni inclinados à lo malo, y por eſto muy ajuſtados à los dictamenes de la razon natural; ni ſe hallan entre ellos aquellos vicios, è inmundicias ſenſuales de la carne, que à cada paſſo ſe vèn, y ſe lloran en otros Payſes de Gentiles yà convertidos. Su eſtatura es por lo ordinario mas que mediana; las facciones del roſtro no deſemejantes de las nueſtras, aunque el color es de azeytuna, con que facilmente ſe diſtinguen de los Europeos: en paſſando de veinte años, ſe dexan crecer el cabello, y quien le tiene mejor, y mas grande, tiene ſobre los otros vna cierta hermoſura ſeñoril: no crian barba, ſino tarde, y poca. Quanto al veſtir, los hombres andan totalmente deſnudos: las mugeres traen vna camiſeta de Algodon, que llaman *Tipoy*, con mangas largas haſta el codo, y lo demàs del brazo deſnudo: los Caciques, y los Principales vſan tambien de eſte veſtido, aunque vn poco mas corto. Adornan el cuello, y las piernas con muchas ſartas de ciertas bolillas, que parecen à la viſta eſmeraldas, y rubìes, de que tambien vſan para hazer ſartas de caſcaveles, en los dias mas feſtivos. Oradanſe las orejas, y el labio inferior, del qual cuelgan plumas

de

de muchos colores, y de este traen pendiente vn pedazo de estaño: llevan tambien en la cintura vna bellissima faxa de plumas muy vistosas, por la diversidad, y proporcion de los colores. Son de animo valeroso, y guerrero, y bien dispuestos en lo personal para el manejo de las armas, vna de las quales es la flecha, en que son muy valientes, y diestros; y para prueba, y señal de su destreza, traen colgadas muchas colas de animales, y plumas de paxaros, que han cazado: otra de sus armas es la macana, ò maza, que es de vna madera muy dura, y pesada, en forma de palas, con que se juega en Europa à la pelota, solo que es mas larga, en el medio es gruessa, y por los lados aguda, como la espada, para poder pelear de cerca.

No tienen govierno, ni vida civil, aunque para sus resoluciones oyen, y siguen el parecer de los mas viejos. La Dignidad de Cacique no se dà por succession, sino por merecimientos, y valor en las guerras, y en hazer prisioneros à sus enemigos, à quien assaltan sin otro motivo, mas que por quitarles algun pedazo de hierro, ò por alcançar fama, y nombre de valerosos en la guerra. De genio totalmente contrario son las Naciones vezinas, que viven pacificas, y quietas en sus confines, y por esso les es de terror, y espanto la Milicia de los Chiquitos, los quales, despues de hazerles esclavos de guerra, como si fuessen sus parientes en sangre,

gre, ò muy amigos, los caſan muchiſsimas vezes con ſus miſmas hijas, aunque ſu matrimonio no ſe puede llamar tal, porque no es indiſoluble: los Particulares no ſe pueden caſar ſino con vna ſola muger, bien, que pueden echarla de caſa quando ſe les antoja, y tomar otra. Solamente los Caciques toman dos, y tres mugeres, y eſtas aunque ſean hermanas, las quales no tienen otro empleo, que cocer la chicha: corriendo por cuenta de los maridos el recibir, y hoſpedar à los foraſteros, y ſervirles con eſta bebida, que hazen de maìz, mandioca, y otras frutas: en el color ſe dà algun ayre al chocolate, y en los efectos es muy ſemejante al vino. La ceremonia que vſan en ſus caſamientos, es como ſe ſigue. Ningun padre darà ſu hija à marido, ſi eſte no ha hecho antes alguna proeza: por eſſo el que ſe quiere caſar, ſale antes à caza, y muertos quantos animales puede, dà la buelta con vn centenar de liebres, y ſin hablar palabra, las pone à la puerta de la muger, de quien eſtà enamorado, y por la calidad, y cantidad de la caza, juzgan los parientes ſi la merece por eſpoſa. La educacion de ſus hijos, es en todo conforme à ſu toſquedad barbara, dexandolos vivir ſin temor, ni reſpeto de los parientes, hechos ſeñores de sì miſmos, ſoltandoles las riendas para que corran adonde la diſolucion, y fervor juvenil de los años los arraſtra. Viven pocos juntos, como Republica ſin

cabeza, en que cada vno es señor de sì mismo, y por qualquier ligero disgusto, se apartan vnos de otros. Las casas no son mas que vnas cabañas de paja dentro de los bosques, vna junto à otra, sin algun orden, ò distincion: y la puerta es tàn baxa, que solo se puede entrar à gatas, causa porque los Españoles les dieron el nombre de Chiquitos: y ellos no dàn otra razon de tener asi las casas, sino que lo hazen por librarse del enfado, y molestia, que les causan las moscas, y mosquitos, de que abunda estrañamente el Paìs en tiempo de lluvias, y tambien porque sus enemigos no tengan por donde flecharlos de noche, lo qual seria inevitable, si fuesse grande la puerta: fuera de esta no tienen otro ajuar, que vna estera bien debil, que al mas leve soplo del ayre se cae. Los libres, y solteros, que despues de los catorce años yà no viven mas con sus padres, viven todos juntos en vna casa, que no es otra cosa sino vna enramada, descubierta por todos lados, la qual sirve tambien, en tiempo de sus visitas, y cumplimientos, para recibir, y alojar à los forasteros, que vienen de otras partes, à los quales regalan con lo mejor del Paìs, y con aquella su apreciada bebida, y acude todo el Pueblo para festejar, y participar, junto con los forasteros, del refresco; pero antes conjuran al demonio, para que no venga à perturbar la alegria del festin: la ceremonia es salir algunos de ellos de la choza, y con gran-

grandes exclamaciones dar en el ſuelo con las macanas.

Sus feſtines, y banquetes ſuelen durar dos, y tres dias, y noches enteras, poniendo ſu mayor magnificencia, y eſplendor en la copia, y fortaleza de aquel ſu vino, cuyos humos al punto ſe les ſuben à la cabeza, y los privan de aquel poco juizio, y ſeſſo, que antes tenian, por lo qual ſus fieſtas, y alegrias acaban en riñas, heridas, y muertes: porque los rencores, y odios guardados, y encubiertos, ò diſsimulados mucho tiempo en lo mas ſecreto del coraçon, por cobardia, y temor, brotan, y ſalen fuera en eſtas ocaſiones, y vienen à las manos con furia. Deſpues los foraſteros, en agradecimiento, los combidan, y llevan à ſus Rancherias, correſpondiendo con el miſmo trato, cumplimientos, y barbara corteſanìa: y eſtas ſon todas ſus andanças, y peregrinaciones. Bien, que aunque no tengan foraſteros à quien feſtejar, y banquetear, ſon entre sì muy frequentes los combites à beber la chicha: y eſte ha ſido el vnico, y no leve impedimento, que ſe ha hallado en la vida politica, y reducirlos por medio del Santo Bautiſmo al gremio de la Igleſia; ſiendo coſa muy cierta, y verdadera, que *fruſtra docentur in fide, niſi ab eis removeatur ebrietas*, que de ellos, y de las otras Naciones de eſtas Indias eſcriviò el doctiſsimo, y ſapientiſsimo Obiſpo, el Iluſtriſsimo ſeñor Don Alonſo de

la Peña Montenegro. Por esso nuestros Missioneros pusieron todo esfuerço desde los principios en exterminar, y arrancar este vicio, y juntamente aquellos festines, y banquetes: vsaron de muchos medios, yà suaves, yà severos, de romper los cantaros, reprehenderlos, derramarles la chicha, y deshazer sus brutales juntas, cosa que les provocaba à colera, y à vengança à aquellos barbaros, que se enfurecian, y exasperaban tanto, que muchas vezes echaron furiosamente mano à las macanas, y à las flechas, para matarlos. Quiso Nuestro Señor, finalmente, premiar sus industrias, y santo zelo, desterrando, y arrancando del corazon de aquellos barbaros vicio tan arraìgado, mediante los sudores, y virtud (como es constante opinion entre nosotros) del Padre Antonio Fideli, Italiano, que fue el primero que muriò en esta Apostolica empressa, por Março de 1702. consumido de las fatigas, y trabajos, que padeciò en cultivar esta nueva viña del Señor. Despues de su muerte, dexaron del todo estos Pueblos la embriaguèz, y las demàs barbaras costumbres, mudança por cierto de la mano del Altissimo, pues aun entre Christianos mas cultivados, se vè todos los dias, que los dados à la embriaguèz, es necessario vn milagro de la gracia Divina para que le dexen: pues quanto mas seria necessario para estos barbaros, que le avian mamado con la leche? Su distribucion, y re-

par-

partimiento del tiempo, es el ſiguiente. Al rayar del Alva ſe deſayunan, y juntamente tocan ciertos inſtrumentos de ſu muſica, ſemejantes à las flautas, haſta que ſe ſeca el rociò, de que ſe guardan, como nocivo à la ſalud: de aqui vàn à trabajar, cultivando la tierra con palos de madera, tan dura, que ſuple la careſtìa de arados, ò azadones de azero: trabajan haſta el medio dia, y entonces ſe buelven à comer. Lo reſtante del dia gaſtan en paſſeos, viſitas, y cumplimientos, y en brindis, y meriendas, en ſeñal de amor, y amiſtad, anda al rededor vn jarro, ò vaſo de chicha, de que todos toman vn ſorbo: y tambien ſe exercitan en muchos juegos deleytables, y cavalleros. Uno, entre otros, es ſemejante al de la pelota de Europa: juntanſe muchos en la Plaza con buen orden, echan al ayre vna pelota, y luego, no con las manos, ſino con la cabeza, la rebaten con maravilloſa deſtreza, arrojandoſe aun en tierra para cogerla. El miſmo ceremonial de viſitas practìcan entre sì las mugeres, que tienen tiempo para hazer eſto, y mucho mas, porque las haziendas domeſticas ſe reducen à ſolo proveer la caſa de agua, y leña, y guiſar con ſolo agua vn puñado de maìz, legumbres, zapallos, ò alguna otra coſa, que han encontrado en el boſque, y ſolo ſuelen hilar quanto les baſta para hazerſe el *Tipoy*, ò à lo mas para texer vna camiſeta, y vna red, ò amaca en que dormir con ſus maridos; pero les

cueſ-

cuesta mucho el labrar, por no tener aptos instrumentos. No duermen sino en el suelo, sin otra cama, que vna estera, y à lo mas vnos palos toscos, y desiguales, juntos entre sì; y à no tener hechos callos, que les defienden de lo aspero de su cama, les seria de no leve mortificacion. Al ponerse el Sol, tienden su mesa para cenar, y poco despues se retiran à dormir. Solo los libres, ò solteros se juntan de noche à baylar entre sì, y à tocar junto à su Rancho, y de aqui vàn continuando la dança por los caminos, de esta manera: Hazen vna gran rueda, y enmedio ponen à dos, que tocan las flautas, à cuyo compàs canta, y dà bueltas toda la rueda, sin mudança alguna: detràs de los hombres hazen otro semejante bayle las mugeres, y estos bayles duran dos, y tres horas, hasta que cansados se echan à dormir. El tiempo de la caza, y pesca, es despues de aver hecho la cosecha del maìz, y del arroz. Repartidos en muchas quadrillas, vàn à los bosques por dos, ò tres meses, y cazan javalìes, monos, tortugas, ossos hormigueros, ciervos, cabras monteses: y para que no se corrompa la carne, vsan chamuscarlas, de manera, que se pone dura como vn palo: y se tiene por dichoso quien trae su cesta, ò canasta (à que llaman panaquies) muy llena, porque todos le dàn el parabien, y le aclaman de esforçado, y valiente. Por el mes de Agosto yà estàn todos de buelta, porque es el tiempo de la sementera.

En

En materia de Religion, ſon brutales totalmente, y ſe diferencian de los otros barbaros: pues no ay Nacion, por inculta, y barbara que ſea, que no reconozca, y adore alguna Deidad; pero eſtos no dàn culto à coſa ninguna, viſible, ni inviſible, ni aun al demonio, aunque le temen. Bien es verdad, que creen ſon las almas inmortales, y à ſus difuntos los entierran, poniendoles en la ſepultura algunas viandas, y ſus arcos, y flechas, para que en la otra buſquen, à coſta del trabajo de ſus manos, con que poder vivir, y de eſta manera quedan perſuadidos, que no les preciſarà la hambre à querer bolver à eſte mundo. Aqui paran, ſin paſſar adelante à inveſtigar à donde vàn à morar, ni quien es el Artifice de tan bellas criaturas, que les diò el sèr, y las ſacò de la nada, ni ſaben dar razon de eſto. A ſola la Luna honran con titulo de Madre, pero ſin darla culto: y quando ſe eclipſa, ſalen con grandes gritos, y aſpavientos, diſparando al ayre vna gran tempeſtad de flechas, para defenderla contra los perros, que dizen, que allà en el Cielo andan tras ella, y la muerden, haſta que la hazen derramar ſangre de todo el cuerpo, que à ſu juicio es la cauſa del eclipſe; y todo el tiempo que eſte dura, permanecen ellos en eſta funcion, haſta que buelve à ſu reſplandor, y eſtado antiguo. Quando truena, y caen Rayos, creen que algun difunto, que vive allà con las eſtrellas, eſtà enojado con ellos;

y aunque muchas vezes caen Rayos, y Centellas; no ay memoria de que ayan hecho daño, ni muerto à ninguno. No tienen, pues, ni adoran à otro Dios, que à ſu vientre; ni entienden en otra coſa, que en paſſar buena vida, la mejor que pueden, viviendo en todo como brutos animales. Aborrecen mucho à los hechizeros, y à los otros familiares del demonio, como à capitales enemigos del Genero Humano: y los años paſſados hizieron en ellos vn cruel eſtrago, quitandoles las vidas; y aora con vna ligera ſoſpecha, de que alguno exercita eſte oficio, al punto le deſpedazan à grandes golpes de ſus macanas. Son muy ſuperſticioſos en inquirir los ſuceſſos futuros, por creer firmemente, que todas las coſas ſuceden bien, ò mal, ſegun las buenas, ò malas impreſsiones, que influyen las eſtrellas: por eſto, para conocer los puntos de ſus aventuras, obſervan, no yà el curſo de los Cielos, ò los aſpectos beneficos de los Planetas, que à tanto no alcançan, ſino algunos agueros, que toman de los cantos de los pajaros, de los animales, y de los arboles, y otros innumerables de eſte genero: y ſi ſus pronoſticos ſon infauſtos, de enfermedades, contagios, ò de que han de venir en ſus tierras à hazer correrrias los Mamalucos, para maloquear, que es lo miſmo que hazerlos eſclavos, tiemblan, y ſe ponen palidos, como ſi ſe les cayeſſe el Cielo encima, ò les huvieſſe de tragar la tierra; y eſto ſolo baſta, para que abandonen ſu nativo

tivo ſuelo, y que ſe emboſquen en las Selvas, y Montes, dividiendoſe, y apartandoſe los padres de los hijos, las mugeres de los maridos, y los parientes, y amigos, vnos de otros: con tal diviſion, como ſi nunca entre ellos huvieſſe avido ninguna vnion de ſangre, de Patrias, ò de afectos. Por eſto les parece menos inſoportable el venderſe los vnos à los otros, el padre à la hija, el marido à la muger, el hermano à la hermana, y eſto por codicia de ſolo vn cuchillo, ò de vna hacha, ò de otra coſa de poca monta, aunque los compradores ſean ſus mortales enemigos, que ayan de hazer de ellos lo que ſu odio, paſsion, y enemiſtad les dictare. Lo qual ha dado no poco que entender à los Miniſtros del Evangelio, para reducirlos à que vivan juntos en vn parage, y en vnas miſmas caſas, donde ſe porten como racionales, y puedan ſer inſtruìdos en los Myſterios de la Santa Fè, para creerlos, y en los Preceptos de nueſtra Santa Ley, para obſervarlos. Con todo eſſo, el no conocer, ni venerar Deidad alguna, ni hazer eſtima del demonio, era muy buena diſpoſicion para introducir en ellos el conocimiento del verdadero Dios, tanto mas, que no permitian vivieſſen entre ellos los que tuvieſſen trato familiar con el demonio, graviſsimo, y antiguo impedimento para conducir à la ciega Gentilidad al gremio de la Santa Igleſia: con que eſtaban como vna materia primera, indiferente, y capàz de

 qual-

qualquiera forma, por singular providencia del Cielo, que no permitiesse se adelantasse à tomar possession de sus almas, antes que la Ley de Dios, secta ninguna, ò idolatrìa, de las muchas que tenian las Naciones confinantes, con ser asi, que dezian mucho con su genio, y barbaras costumbres.

Lo que toca à su Idioma, y Lenguage, es tan dificil, que para saberla, y aprenderla no bastan muchos años. No quiero hablar en este punto, sino que se oyga à vn Missionero, que escriviendo los años passados, desde aquellas Missiones, à vn confidente suyo, se lamenta mucho de que por mas connato que puso, no pudo aprenderla. *Cada Rancheria* (dize) *vsa lenguage diferentissimo, y dificil, y mucho mas que todos el de los Chiquitos, lo qual me causa grande pena, y desconsuelo, y me falta poco para persuadirme, que no podrè emplear mis sudores, y fatigas en provecho de esta nueva Christiandad, por falta de lengua. Hasta aora no se ha acabado el Vocabulario; y estando aun en la C. ay yà veinte y cinco quadernos. La Gramatica es dificilima, y el artificio, y distincion de los verbos es increible. No ay paciencia para aver de decir con diferentes verbos, y conjugaciones*: yo amo; yo amo à Pedro; yo lo amo; yo me amo; yo la amo; yo le amo; por esto amo: *con tal inconsequencia en las conjugaciones, que aprovecha poco saber conjugar vn verbo, para poder hazer lo mismo con otro. En cinco meses, que ha que estoy aqui, apenas he aprendido quatro conjugaciones,*

avien-

aviendo ſudado, y trabajado de noche, y de dia. Juzgo, que los que deben venir acà, han de ſer mozos, ſantos, y habiles, porque de otra ſuerte nunca haràn nada. Los Gentiles de otras Naciones no pueden aprenderla, ſino quando niños. El Padre Pablo Reſtivo, que con vn mes de eſtudio en la Lengua Guarany, pudo exercitar nueſtros miniſterios en todo el tiempo, que ha eſtado aqui, nunca ſe ha atrevido à predicar. El Padre Juan Bautiſta Xandra, por aver venido adulto, entiende poquiſsimo. De los Padres mas antiguos, que cuentan veinte y cinco, y mas años de Miſsioneros en eſtas Reduciones, ninguno ay que la ſepa con perfeccion, y dizen, que à vezes los Indios no ſe entienden entre sì. Què dirè de la pronunciacion? De quatro en quatro echan de la boca las palabras, y nada ſe entiende, como ſi no pronunciaſſen nada. Pondrè aqui el Alabado, y la formula de perſignarſe, como le cantan todos los dias; no como le pronuncian: porque ſi vno lo tiene eſcrito en la mano, no les podrà entender vna palabra, y no sè como ſe pueden entender entre sì.

Alabado ſea	el Santiſsimo Sacramento,	què	eſtà
Anauſcia	Santiſsime Sacramento	naqui	anè
enel Altar,	y tambien	la Virgen	S.Maria,
ycu Altar,	inta yto	Virgen	S.Maria,
deſde ſu origen	eſtà libre	y pura	quando
ninnemooco	oximanane	quichetenna	onumo
tuvo principio	el Sèr	del primer	pecado
ayboyi	yy	tnicocinitanna	ninahiti
antiguo			
ticanni.			

La formula de hazerſe la ſeñal de la Santa Cruz, es de la manera que ſe ſigue.

Por la ſeñal	de la Santa Cruz,		defiende	à noſotros
Oi naucipi	Santa Crucis		oquimay	zoychacu
Dios nueſtro	de	aquellos	que	aborrecen
zoichupa	mo	unama	po	chineneco
à noſotros	en el	nombre	del	Padre,
zumanene	au	niri	naqui	Yaytotik,
y	del	Hijo,	y	del
ta	naqui	aytotik,	ta	naqui
Eſpiritu Santo.				
Eſpiritu Santo.				

Què le parece à V. R.? Eſtraña coſa por cierto! He eſcrito aqui eſtas palabras para que V. R. me tenga compaſſion, y ruegue à Nueſtro Señor me conceda alguna coſa del dòn de Lenguas. Es verdad, que tiene vna coſa de bueno eſta gente, que aunque vno pronuncie mal, y hable peor, luego al punto le entienden. Eſta es la Carta de aquel Miſsionero, y eſta es la dificultad mas ardua, pero la mas neceſſaria de vencer, en quien emprende el oficio de la predicacion Apoſtolica de eſta Provincia.

Y à la verdad, lo que mas eſpanta, y detiene el zelo de Operarios muy fervoroſos, es tanta diverſidad de Lenguas; pues à cada paſſo ſe encuentran en eſtos Pueblos vna Rancheria de cien familias à lo mas, que tiene Lenguage muy diverſo de los otros del contorno, cauſa de que ſean tantas las Lenguas, que parece increible. Mas de ciento y cinquenta

Len-

Lenguas, y mas diferentes entre sì, que la Española, y la Francesa, hallaron los Padres Christoval de Acuña, y Andrès de Artieda en las Naciones, que pueblan las Riberas del Marañon, quando por orden de Phelipe IV. entraron à reconocer aquellas Provincias, en quince Lenguas, si mal no me acuerdo, se habla en las Missiones de los Moxos, siendo assi, que no llegan los convertidos à treinta mil; y en estas nuestras Reduciones de Chiquitos, ay Neofitos de tres, y quatro Lenguas. Con todo esso, para quitar este impedimento à la Santa Fè, se ha procurado, que todos los Indios aprendan la Lengua de los Chiquitos: lo qual no se podrà hazer en adelante; porque si las Naciones, en cuya conversion se trabaja aora, passan del numero de tres, ò quatro mil almas, serà necessario hazer otra nueva Reducion, y nos verèmos obligados à acomodarnos à su Lengua; para lo qual avràn los Missioneros de estudiar precisamente la Lengua de los Morotocos, que vsan los Zamucos, y la de los Guarayos, que hablan en Guarany, fuera de la Lengua de los Chiquitos.





CAPITULO III.

DESCUBREN LOS ESPAÑOLES LA Nacion de los Chiquitos, y destruyenla, assi ellos, como los Mamalucos, de quienes se dà vna sucinta relacion.

NUFLO de Chaves, el año de 1557. navegò por orden de Domingo Martinez, Governador del Paraguay, àzia el origen del Rio, que dà nombre à toda la Provincia, acompañado de trecientos Soldados, con fin de fabricar vn Castillo en vna Isla, que estaba junto al afamado Lago de los Xarayes, con pretexto de avecindarse mas al Perù. Entròse tierra adentro del Paìs de los Chiquitos, y caminando cosa de setenta leguas àzia el Poniente, fabricò à la falda de vna Montaña, vna Poblacion, à quien puso por nombre Santa Cruz de la Sierra. Pero disgustados muchos de los suyos con Nuflo de Chaves por esta causa, se bolvieron à su tierra. Los que se quedaron en Santa Cruz, con su afabilidad, y buen trato, ganaron la voluntad, y afecto de los Paìsanos, y dividiendolos en Encomiendas, les obligaron à que cada año diessen à los Encomenderos algun poco de algodon, y algunas vituallas, en señal de vassallage. Mas como el interès no tiene freno, ni govierno, ni Leyes con que regularse,

ſe, algunos, que tenian vna inſaciable codicia de enriquecer, empezaron à cargar de modo à los nuevos ſubditos, que eran inſufribles à ſu pobreza; y no ſatisfechos con eſſo, les quitaban los hijos à las madres, para ſervirſe de ellos: por lo qual amotinandoſe algunos Indios, ſe reſcataron, y libraron de aquellos maltratamientos, con muerte de ſus Señores: y de alli à poco fue comun el motin en todos los Indios, haſta que por orden del Virrey del Perù Don Franciſco de Toledo, ſe mudaron à otra parte los Eſpañoles, fabricando la Ciudad de San Lorenço, Cabeza de la Provincia de Santa Cruz, cinquenta leguas mas al Occidente. Los Pueblos Penoquìs, y otros confinantes, no quiſieron deſamparar el nativo ſuelo, y con la antigua libertad ſe bolvieron à los Ritos barbaros, y Gentilicos. No obſtante el mandato del Rey, no fue obedecido de todos los Eſpañoles, porque algunos ſe fueron entre los Moxos, ducientas leguas diſtantes de San Lorenço, y embarcandoſe en vna pequeña embarcacion en el Rio Mamorè, entraron por la boca del Rio Marañon en el Occeano, y con no poca ventura, llegaron à Europa: otros ſe quedaron en los Chiquitos, y al pie de vna Montaña fabricaron vn Pueblecillo, à quien llamaron San Franciſco, junto al qual eſtà oy fundada la Reducion de San Franciſco Xavier. El tiempo que aqui vivieron, tuvieron algunas Encomiendas de Quicmes, Tanipuycas, y

Su-

Suberecas, las quales se vieron precisados à dexar, quando abandonado tambien aquel Lugar, se retiraron à tomar casa en San Lorenço. Solo algunos Quicmes, y Paranies se fueron con ellos, y fundaron en Cotocà, Tierra poco distante de aquella Ciudad, y oy estàn debaxo del cuidado, y govierno espiritual de nuestra Provincia del Perù. Poco despues de esta mudança, deseosos los barbaros de tener algunas herramientas, passando el Guapay, se ponian en celada, escondidos en las matas, y aguardando la ocasion de la noche, assaltaban los Villages à los Españoles, robando quantos mas cuchillos, hachas, hazadones, y otros pedazos de hierro podian, sin causar otro daño; pero como creciendo la codicia en los barbaros, creciesse tambien la audacia, se atrevieron à coger à los campesinos, y matarlos à su salvo. Espiaron los vecinos quienes eran los que hazian el daño, y advirtiendo que eran los Chiquitos, quisieron bolver sobre ellos los daños recibidos, pero muy à su costa, porque por dos vezes bolvieron con la peor parte, y se vieron constreñidos à retirarse, perdido el credito, y la honra. Heridos altamente los Españoles en lo mas vivo de la reputacion, sentidos de que ossassen los barbaros manchar la gloria, y nombre, que à costa de tantos sudores, y de tanta sangre avian ganado entre todas las Naciones, no haziendo yà caso del daño recibido en sus haziendas, sino solo de la pèrdida de la

hon-

honra, poniendo en armas vn trozo de gente, mas respetable por su valor, que por su numero, presentaron batalla à los enemigos, los quales divididos vnos de otros, à los primeros mosquetazos fueron desvaratados, quedando muchos de ellos prisioneros de guerra. Perdieron con este genero de armas su nativo corage los Chiquitos: y para defenderse en lo venidero del enojo armado de los vencedores, derramados, y divididos, se huyeron à las Selvas, apartandose à lo mas retirado, y espeso de los Bosques; con todo esso, aun aqui les dieron caza los Españoles muchas vezes para vengar su afrenta, que tenian muy fixa en el coraçon, haziendo esclavos para su vso muchas quadrillas de ellos; hasta que abatida con tantos golpes la altivèz de los Chiquitos, vinieron el año de 1690. mensageros de parte de los Pacaràs, Zumiquies, Cozos, y Piñocas à San Lorenço, en nombre de sus Caciques, à pedir merced, y paz à Don Agustin de Arce, Governador en la ocasion de Santa Cruz, con que cessaron las hostilidades de los Españoles; pero no se pudieron vèr libres de los gravissmos daños, y pérdida de gente, originada, assi de las guerras passadas, como de los frequentes contagios, y por otros desastres, que echo de buena gana en olvido, por no atribuir à culpa comun de todos, lo que ha sido solo malicia particular de algu-

nos pocos. Ha ſido tambien cauſa de ſu diminucion las continuas correrias, ò malocas (como llamamos acà) de los Mamalucos del Braſil, que paſſando el Rio Paraguay, y haziendo grandes preſas en eſtos miſerables, han reducido à poco menos que nada eſtos Pueblos. Y yà que muchas vezes avrè de eſcrivir las maldades de eſta gente, no ſerà fuera del intento dar de ellos aqui vna breve noticia.

Avia la valeroſiſsima Nacion Portugueſa fundado muchas Colonias en las partes Mediterraneas del Braſil, vna de ellas era Pira:ininga, ò como otros dizen, San Pablo. Sus moradores, por falta de mugeres Europeas, mezclaron ſu noble ſangre con la viliſsima de los Barbaros: mejor dixera, que la mancharon, porque los hijos, ſaliendo mas ſemejantes à las madres, que à los padres, degeneraron en breve de manera, que avergonçadas, y corridas las Ciudades vezinas, renunciaron ſu amiſtad; y porque la vileza de eſtos no empañaſſe, ni aun levemente, los candores de la generoſidad del nombre Luſitano en el Mundo, los llamaron Mamalucos. Mantuvieronſe eſtos mucho en la devocion à Dios, y à ſu Principe, por el zelo del admirable Padre Joſeph Ancheta, y ſus Compañeros, que fundaron alli Colegio; haſta que canſados de vivir ajuſtados à los dictamenes de la conciencia, y perdien-

do

do el temor à las leyes, echaron à nueſtros Padres, y ſacudieron el yugo de ambas Mageſtades Divina, y Humana, de tal manera, que obedecieſſen al Rey de Portugal, quando les eſtuvieſſe bien; y à Dios, quando la neceſsidad fueſſe extrema. A eſtos ſe juntaron gran numero de hombres perdidos, Italianos, Eſpañoles, Olandeſes, y la hez de todas las Naciones, que para librarſe de las penas merecidas por ſus delitos, ò para vivir dando rienda à todo genero de vicios, y deshoneſtidades, ò tambien corrompidos de las feas, y malignas impreſsiones de los Hereges modernos, acrecentar el numero, y el orgullo de los habitadores, y moradores de San Pablo. Y à la verdad, el ſitio de la Ciudad, el clima de la tierra, todo era muy à propoſito para ſu genio depravado, y vida brutal. Eſtà fundada vnas treze leguas del Occeano, ſobre vnos peñaſcos, que por todas partes al rededor forman precipicios, que hazen inacceſsible la entrada, ſino es por vna angoſta ſenda, que pueden impedir bien pocos hombres: à la falda de la Montaña ay algunas Aldeas para ſervicio del Governador, de los Foraſteros, y de los Mercaderes, à quienes no ſe permite paſſar mas adelante: el clima es templadiſsimo, por eſtàr en veinte y quatro grados, entre las dos zonas torrida, y templada, y el ayre tan puro, y ſaludable, que le haze vno de los mas amenos, y de-

deliciosos Paìses de estas Indias Occidentales. La tierra, yà por beneficio de la naturaleza, yà por industria del arte, produce todo lo necessario para passar la vida con comodidad, abundantissima de trigo, ganados, azucar, y otros aromas, de que puede proveer à las Tierras vezinas con abundancia; ni les faltan tampoco ricos minerales de oro, y otros metales. Libres, pues, de toda Ley los Naturales de esta Ciudad, se dieron à discurrir por el contorno, haziendo esclavos à los Indios en gran multitud, robandoles su hazienda: y viendo que no se ha hecho algun castigo en ellos, sino publicado solamente algunas prohibiciones, y edictos, que no han sido obedecidos, han proseguido por espacio de ciento y treinta años en sus infames latrocinios, que fuera de dos millones de almas, que se sabe han, ò destruido, ò reducido à miserable esclavitud, han hecho despoblar algunas Ciudades de Españoles, y mas de mil leguas de tierra àzia el Marañon, experimentando esta nuestra Provincia las primeras furias de su arrojo en la destrucion de catorce Reduciones, que se avian fundado, con increibles trabajos, y sudores, en la Nacion de los Guaranies, que en numero de cerca de quinientos mil se avia reducido al gremio de nuestra Santa Fè. Verdad es, que en tantas pressas, no gozan de cien partes la vna, porque la mayor parte, consumida

de

de los trabajos, è incomodidades del camino hasta San Pablo, fallece antes de llegar, y los otros empleados en la labor de las Minas, ò en el cultivo de los campos, con poco sustento, y muchos azotes, y malos tratamientos, no estando por otra parte acostumbrados al trabajo, en poco tiempo se consumen, y aniquilan; y sè por Cedula Real, que he visto, que de trecientos mil Indios, cautivados en espacio de cinco años, no llegaron à salvamento al Brasil mas que veinte mil. Ni ha sido este solo el daño que nos han causado estos crueles hombres: lo peor es el avernos hecho aborrecibles, y abominables à todas las Naciones, vsando de las mismas trazas, è industrias de que vsan, y se valen nuestros Missioneros, para reducir los Gentiles al conocimiento del verdadero Dios, y à la observancia de su Santa Ley. Fingen, pues, los dichos Mamalucos, que son Jesuitas, vsando del nombre de Padre, nombre venerable, y que estima mucho à toda la gente, aun à los Infieles: hazese vno Subdito, otro Superior, y aun Provincial: y en la rota que padecieron de los Españoles el año de 1696. fue hecho prisionero vno, llamado Juan Rodriguez, à que añadia el titulo de Payguazù, que en Guaranì es lo mismo que Padre grande. Despues enarbolando Cruzes, y mostrandoles retratos de Christo Señor Nuestro, y su Santissima Madre,

en-

entran en las Tierras acariciando la gente con regalos, y bugerìas, persuadiendoles dexen su nativo suelo, y sus pobres Ranchos, para fundar vna numerosa Reducion, junto con otros Pueblos: y quando yà los tienen assegurados, meten en prisiones à los Caciques, y Principales, y se llevan por delante la chusma. Esta infernal astucia nos ha hecho totalmente sospechosos à estas Naciones, y muchas vezes corremos riesgos de la vida, y se nos malogran las empressas, como nos ha sucedido en los viages por el Rio Paraguay, en que ningun Infiel se quiere fiar de nosotros. Pero no dexa Nuestro Señor sin castigo, aun en esta vida, maldad tan enorme, porque los mas tienen malas muertes, y lo peor es, que raro es el que de ellos se arrepiente, y pide perdon de sus culpas, y maldades, porque se dexan arrastrar de la desesperacion, y se vàn al Infierno: y ay sugeto de los nuestros, testigo de vista, que dize, que en la rota sobredicha del año de 1696. ninguno de los que murieron en el Campo, ò se ahogaron en el Rio, pidiò Confesion, ni diò señal alguna de arrepentimiento. Pero no obstante que dichos Mamalucos, yà con engaños, yà con bocas de fuego, han hecho tan horrendo estrago en estas Naciones, incapaces de resistirles con sus debiles, y flacas armas, algunas vezes, en no pocos reencuentros, han buelto con

las

las manos en la cabeza, y ha ſido ſujetado ſu orgullo por los Indios; porque eſtos, arreſtados de vna vez à morir, ò vencer, ſe han portado con tal valor, y esfuerço, que yà en emboſcadas, yà en Campaña abierta, cara à cara, han vencido el orgullo enemigo, quedando priſioneros, los que querian echar en priſiones à los Indios.

CAPITULO IV.

DA PRINCIPIO EL PADRE JOSEPH DE ARCE à la nueva Igleſia de los Chiquitos, vencidas muchas dificultades.

ENtrado, pues, yà el año de 1691. paſsò el Padre Provincial de eſta Provincia Gregorio de Orozco, à viſitar el Colegio de Tarija, para entrar por alli à las Tierras de los Chiriguanàs, y probar à lo menos, por algun poco de tiempo, las incomodidades, que ſus Subditos avian de tolerar deſpues años enteros, y hallarſe en alguno de tantos peligros, en que deſpues ellos avian de vivir continuamente. Aqui recibiò las Cartas del Governador de Santa Cruz de la Sierra, y las ſuplicas del Padre Arce, que deſde Tariquea avia venido para meter fuego mas de cerca à negocio de tanto ſervicio de Dios, y bien de las almas, con eſperança

de

de que algun dia tendria la ſuerte de regar con ſus ſudores aquel nuevo campo, y de derramar en èl por vltimo ſu ſangre, predicando la Fè. Hallòſe perplexo el Provincial en la reſolucion que tomaria, porque el zelo de la ſalud de las almas le perſuadia abrazaſſe à vn miſmo tiempo muchas empreſſas, y dieſſe principio, quanto le fueſſe poſsible, à nuevas obras, para la dilatacion de la Fè: por otra parte veìa la grande careſtia de Operarios, que avia, y que apenas ſe podian mantener las Miſſiones antiguas, quanto mas emprender otras nuevas. Peſando, pues, atenta, y maduramente eſtos motivos, le pareciò, que el primero, no ſolo contrapeſaba, ſino prevalecia al ſegundo, eſperando en Dios, que le proveeria de Miſsioneros, como de hecho ſucediò, pues llegaron aquel miſmo año à Buenos-Ayres quarenta y quatro Sugetos de la Compañia, que daràn mucha materia à la Hiſtoria de eſta Provincia, y los deſpachaba de Eſpaña el Padre Procurador de eſta Provincia Diego Franciſco de Altamirano, à cargo del Padre Antonio Parra, que venia por Superior de todos. Con eſto el Padre Orozco ordenò al Padre Arce, que fueſſe en buſca del origen del Rio Paraguay, explorando en el interin las voluntades de los Chiquitos, y de las otras Naciones, que hallaſſe diſpueſtas à recibir el Santo Bautiſmo, y que à lo largo de la Coſta de

aquel

aquel Rio esperasse à los Padres Constantino Diaz, Natural de Ruinas, en Cerdeña; Juan Maria Pompeyo, de Benevento, en el Reyno de Napoles; Diego Claret, de Namur, en la Galobelgica; Juan Bautista Neuman, de Viena, en Austria; Henrique Cordule, de Praga, en Bohemia; Phelipe Suarez, de Almagro, en la Mancha; y Pedro Lascamburu, Superior de todos, de Irun, en Guipuzcoa; todos los quales, saliendo de las Missiones de los Guaranies, emprenderian por agua el camino de àzia el Lago de los Xarayes, para ser sus Compañeros en la conversion de aquellos Pueblos. Alegre el Santo Varon con la possession de tanta dicha, como verse digno de vna tan señalada Mission, sin perder punto de tiempo, se partiò de Tarija con el Hermano Antonio Ribas, y llegando à Santa Cruz de la Sierra, se aparejaba yà para passar adelante en su derrota, quando el infierno, que interessaba tanto en que se embarazassen sus designios, levantò contra èl vn torvellino de persecucion tan fiero, que si no huviera encontrado con vn coraçon, y zelo tan Apostolico, huviera bastado à contrastarle totalmente: porque aviendo succedido otro Governador à Don Agustin de Arce, mudaron las cosas de semblante, y tomaron otro color; y sabiendo sus intentos, procuraron apartarle de su proposito con quantas mas razones, y autoridad pudieron, diziendo-

dole era aquella vna empreſſa, que no ſaldria felizmente, por mas fatigas que padecieſſe por conſeguirla: que ſiendo los Chiquitos, como dezian, muy barbaros, y beſtiales, como avia de poder ſujetarlos de grado al yugo de Chriſto, y refrenar ſus depravadas coſtumbres con la eſtrechèz de la Ley Evangelica, quando ellos jamàs avian querido aplicarſe à ninguna de tantas idolatrìas de los confinantes, con ſer muy conformes con la diſolucion de ſus procederes? Como avia de introducir el amor de Dios, y del proximo en coraçones faltos, aun de lo que la naturaleza dicta à las fieras mas crueles, y ſalvages? Que era mucha ſu animoſidad, ſi yà no era temeridad, reveſtida de zelo, en querer arrojarſe à morir, ò quando menos mal, le fueſſe à ſer vendido barbaramente, que no ſe fiaſſe de la voluntad, que aquellos ſalvages avian moſtrado de querer ſer Chriſtianos, pues ſolo lo hazian à fin de dexar deſcuidar à los Eſpñaoles, y cogiendolos de improviſo, robarles las haziendas con inſultos. Y que quando aquellas razones no le convencieſſen para deſiſtir de la empreſſa, advirtieſſe, y ſupieſſe, que el clima era ſobremanera nocivo à la complexion de los eſtraños: y que padeciendo caſi todos los años contagio aquellos Pueblos, no le perdonarian à èl. Que por tanto, enderezaſſe ſus deſignios à otra mies, y eſcogieſſe otro campo, que correſpondieſ-
ſe

ſe al cultivo, con fruto mas digno de ſus fatigas.

Con eſtos, y otros argumentos de eſte jaez, procuraban muchos Cavalleros (mejor dirè el miſmo infierno) apagar la encendida caridad, que ardia en el pecho del Padre Joſeph; pero viendo que nada aprovechaba, inventò otra maquina mas formidable. Eſta fue el interès, vnico contagio de las coſas hechas, ò que ſe han de hazer por Dios. Aviaſe formado tiempo antes vna Compañia (llamemoſla aſsi) de Mercaderes Europeos, que hazian feria de los Indios, y los compraban tan varatos, que vna muger, con ſu hijo, valia tanto como entre noſotros vale vna oveja con ſu cordero. Entraban eſtos en las Tierras de los Indios circunvezinos, y en breve tiempo hazian gran preſa de eſclavos: y quando no tenian baſtantes, ſo color de vengar alguna injuria recibida, daban de improviſo ſobre las Rancherias, y paſſada à cuchillo la gente que podia tomar armas, ò ſino abraſada viva dentro de ſus caſas, llevaban cautiva la chuſma, y vendian en el Perù eſtas mercancias muy caras, con que al año montaba la ganancia muchos millares de eſcudos. Llevaba muy mal la piedad de los Eſpañoles, que la codicia deſtruyeſſe, y acabaſſe aquellos Pueblos, y infamaſſe el buen nombre de la Nacion, y no menos ſe ſentia la Fè, de que tales maldades de los ſuyos la deſacre-

ditassen, è hiziessen sumamente abominable con todas aquellas Naciones: pero por no romper à las claras con aquellos Mercaderes, y alborotar la Provincia, no se atrevian los Regidores à reclamar en Tribunal Supremo; hasta que los años passados, estimulados de nuestros Missioneros, de los Moxos, y de los Chiquitos, se quexaron gravemente en la Real Audiencia de Chuquisaca; pero por aver ido à defender mercancias tan iniquas en la Audiencia cierta persona de mucha autoridad, y juntamente muy rica, y poderosa; aquel Sapientissimo Senado, temeroso de alguna rebolucion en la Provincia, tuvo por consejo mas acertado remitir toda la causa al Principe de Santo Bono, Virrey, y Capitan General de estos Reynos del Perù, quien con christiana generosidad despachò rigurosas Provisiones, so pena de perdimiento de bienes, y destierro del Paìs, à qualquiera que ossasse comprar, y vender à los Indios: y al Governador que lo permitiesse, condenò en privacion de Oficio, y multò en doze mil pesos para el Fisco Real. De esta manera, con incomparable gozo, y jubilo de los Españoles, se desterrò, y exterminò totalmente de toda aquella Provincia de Santa Cruz de la Sierra esta infame mercancia, que apoyada de la codicia, se avia mantenido allì de pie firme, con gran dolor de los zelosos. He querido referir aqui todo lo dicho, atendiendo mas al enla-

ce

ce de los sucessos, que à las circunstancias de los tiempos en que sucedieron. Prosigamos aora nuestra Historia.

Aviendo, pues, llegado el Padre Joseph à Santa Cruz, hallò entablada tan de asiento esta mercancia, y tan apoyada con la autoridad de gente de mucha suposicion, que à pecho menos constante, y firme, que el suyo, à quien nunca assustò el miedo, ni respeto humano, huviera sido imposible resistir à la fuerça de tantos contrastes: por lo qual es inexplicable lo que padeciò, y trabajò, para desarraìgar trato tan iniquo; porque echando de vèr los interessados, que de poner los nuestros el pie en aquellas Naciones, se les avia de seguir menoscabo cierto de sus interesses, y aun acabarseles del todo, se le opusieron con todo el esfuerço possible, previendo de antemano, lo que no muchos tiempos despues sucediò, que nuestros Catholicos Reyes, por instancias de los Nuestros, harian aquellos Pueblos vassallos suyos, y libres, è independientes, y los encabeçarian en su Real Corona, de que les resultaria ruina irreparable de su grangeria. Pero fueron vanas todas las baterias que assestaron contra sus designios, porque quando este Santo Varon conocia era voluntad de Dios lo que emprendia, no avia respeto humano, miedo de peligro, ni fuerça de embarazos poderosa à hazerle dar vn passo atràs,

ni

ni desistir de lo començado. Interpuso ruegos, y suplicas muy eficazes, y supo hablar con tanta energìa de espiritu, que aquellos Mercaderes, temiendo la nota de impìos, y crueles, se dieron por vencidos, ó mejor dirè, y con mas verdad, persuadidos, à que, ò consumido de los muchos trabajos, que era preciso padecer, ò muerto à manos de los barbaros, acabaria en breve la vida, le dieron passo franco, para que desahogasse su Apostolico zelo. Solo faltaba yà quien le sirviesse de guia en su viage, porque sin ella era imposible entrar, y penetrar las Tierras de los Chiquitos: y me persuado, que el no hallar por entonces algun practico en los caminos, fue astucia, y traza del demonio, que prevìa la ruina que avia de causar à su partido el zeloso Missionero. Pero era este incansable, y no dexaba piedra por mover para conseguir su conducion à aquellas Provincias: con que à costa de bastantes trabajos hallò, finalmente, dos hombres de aguante, con quienes se concertò para que le guiassen, y llevassen hasta las primeras Rancherias de los Piñocas. Triunfante, pues, de esta manera de todo el Infierno, que contra èl se avia conjurado, se puso en camino à los nueve de Diciembre; y sabiendo que el contagio hazia por aquel tiempo gran riza en aquella gente, cada momento le parecia vn siglo, por llegar quanto antes, y poder remediar, yà

que

que no los cuerpos, à lo menos las almas de aquellos miserables. Por esso le parecia poco arrojarse por los despeñaderos, subir Sierras muy altas, vadear Rios muy peligrosos, meterse por pantanos cenagosos, y profundos, y passar otros grandes riesgos de la vida; antes en todos estos se hallaba vna suavidad indecible, llevando siempre muy fixo el coraçon, y la mente en el extremo abandono, en que se hallaban arrestados aquellos pobres Gentiles: no tenia reposo, ni quietud, viendo la pèrdida de tantos, (y lo que mas le llegaba al alma) que ellos mismos de grado pedian ser lavados en las saludables aguas del Santo Bautismo. Por fin, à los vltimos de Diciembre llegò, mas muerto que vivo, por los muchos trabajos, fatigas, y molestias que sufriò, à las Tierras tan deseadas de los Piñocas.

Inexplicable fue el consuelo, que recibiò el buen Padre de vèr satisfechos plenamente sus ardientes deseos; pero templaban su jubilo las graves miserias, y afficciones de sus amados Chiquitos: sacabale muchas lagrimas à los ojos el vèr aquellos desdichados tendidos, y arrojados por los suelos, vnos en descampado, sin abrigo alguno; otros con solo el reparo de vna choza, cubierta solo de algunas hojas de arboles, y otros luchando con la muerte, y muchos muertos en su infidelidad: traspassabale el coraçon oìr à algunos lamentarse inconsolable-

men-

mente, por aver muerto ſus parientes, ſin àver tenido la dicha de ſer (dezian) hijos de Dios, como ellos con grande inſtancia lo avian pedido. Pero en medio de tanta calamidad, fue de grande conſuelo, y alegria à aquellos barbaros vèr en ſus Paìſes vn Miniſtro de nueſtra Santa Fè. Recibieronle, y trataronle con tierno afecto, dandole de buena gana parte de ſu pobreza, y regalandole con algunas frutas ſilveſtres, que eran las delicias de mas precio, que tenian en aquellas miſerias. Suplicaronle ſe quedaſſe con ellos, y no los abandonaſſe en medio de tanta afliccion, prometiendo levantarle Igleſia, y Caſa, y proveerle de lo neceſſario para ſu ſuſtento. Conduxeronle deſde aqui, à vn parage poco diſtante, diciendole, que eſcogieſſe alli ſitio acomodado, y que luego ſe paſſarian todos juntos à fundar alli vna Reducion. Viendo, pues, y conſiderando atentamente el Padre Arce la buena diſpoſicion de la gente, y que ſi ſe auſentaba de ellos, los dexaba en vn total deſamparo, ſe reſolviò à quedarſe; y eſtando yà proximo el tiempo de las lluvias, que inundan las campañas, y cierran los caminos para ir à encontrar en las Riberas del Rio Paraguay à ſus Commiſsioneros, que venian de las Reduciones de los Guranies, le pareciò mas conforme à los ordenes, que llevaba de ſu Provincial, hazer aqui alto, y dar principio à aquella nue-

va

va Christiandad, que daba tan buenas esperanças de que corresponderia en adelante con la multitud, y fervor de los Fieles al cultivo, y zelo de los Obreros Evangelicos. No es facil decir el contento, y jubilo, que de esta resolucion recibieron los Indios, rebosandoles à los ojos la alegria del coraçon en tiernas lagrimas de consuelo, que derramaban, y festejando con ademanes, y ceremonias proprias suyas aquella determinacion; y con estàr tan flacos, y que apenas se podian tener en pie, por el reciente contagio, pusieron luego por obra lo que avian prometido, y el vltimo dia del año escogieron sitio para fabricar Iglesia, donde enarbolando vna gran Cruz, y estando todos arrodillados en tierra, entonò el Padre las Letanias de Nuestra Señora, consagrando de esta manera aquella Provincia, que avia de ser tan fiel à Dios Nuestro Señor, y tan devota de su Santissima Madre. Y yendo aquel dia todos juntos à cortar madera en el Bosque para la fabrica, trabajaron con tanto fervor, y brio, que en menos de dos semanas se acabò, y perficionò la Iglesia, pobre, y tosca en lo material, pero preciosa por la piedad de los Artifices, que à competencia se esmeraban en trabajar en la obra. Dedicòse al Glorioso Apostol de las Indias San Francisco Xavier, para que desde el Cielo mirasse propicio con ojos de piedad aquella Viña inculta de Gentilidad, y la con-

virtiesse con celestiales bendiciones en Jardin del Parayso. No le salieron al Padre fallidas sus esperanças. Todos, asi por la mañana, como por la tarde, se juntaban aqui, à oìr la explicacion de la Doctrina Christiana; y por el ardiente deseo que tenian de ser quanto antes contados, y escritos en el numero de los Hijos de Dios, no le dexaban tiempo para tomar el sueño preciso, ni para comer, ò rezar el Oficio Divino, preguntandole aquello, que ò no avian entendido bien, ò de que se avian olvidado: con lo qual en breve se hizieron dignos de la gracia; pero con muy acertado consejo determinò diferirsela por algun tiempo à los Adultos, para que el deseo de ser Christianos los estimulasse à desarraìgar quanto antes su innata barbarie, y olvidar sus brutales costumbres, que aprendiendose desde la cuna, y creciendo en ellas con los años, y convirtiendolas casi en naturaleza con el vso, se olvidan dificilmente, y no se dexan sin gran trabajo. Bautizòse solamente como cosa de cien niños; algunos de los quales, antes de perder la innocencia bautismal, fueron à gozar de Dios, siendo primicias de aquella nueva Viña del Señor.

Era indecible el gozo, y consuelo del fervientе Missionero, viendo crecer, por medio de la gracia del Espiritu Santo, à aquellas plantas noveles, no solo en la piedad, sino en el numero: porque

corriendo la voz de que avia en el Paìs vn Predicador de la Ley Santa, los Indios Penoquìs, que eſtaban mas adelante, àzia Santa Cruz la Vieja, le deſpacharon vna embaxada, pidiendole les hizieſſe la gracia, y ſe dignaſſe de viſitarlos, porque querian hazerſe tambien ellos Chriſtianos, y que ſi no iba, ellos, con ſu buena licencia, vendrian à verſe con èl. Reſpondiòles el Santo Padre, que vinieſſen muy enhorabuena, que los recibiria à todos con los brazos abiertos. Vinieron, pues, y con ellos creciò tanto el numero de los Catecumenos, que yà la Igleſia, aunque muy grande, no era capàz de tanto concurſo: y fueron tantos los trabajos del Santo Varon, que ſin tomar deſcanſo, ſudaba de dia, y de noche en cultivar aquellas almas; que aunque el vigor de la caridad le daba eſpiritu, y aliento para ſufrir los trabajos, con todo eſſo cayò enfermo de pura flaqueza del cuerpo, que ſe rindiò debilitado al grande peſo de las fatigas, y continuas inconmodidades en que vivia, y aſſaltandole vna ardentiſsima fiebre, que no le dexaba tener en pie, ſe viò preciſado à poſtrarſe en el duro ſuelo, debaxo de vna Choza deſcubierta por todos lados, en la qual, falto de todo conorte, y deſtituido de todo remedio humano, en pocos dias le conſumiò, y trabajò tanto, que ſe viò reducido poco menos que à los vltimos periodos de la vida. Pero

Dios Nuestro Señor, con las dulçuras, y remedios del Cielo, de que en lances tales suele ser liberalissimo con sus Siervos, le confortò de tal manera, que en breve tiempo pudo levantarse, y bolver à las tarèas primeras. Pero apenas se avia recobrado, quando con gran dolor de su coraçon, se viò precisado à bolver à Tarija à fin de entender la voluntad del nuevo Provincial de esta Provincia, Padre Lauro Nuñez. Despidiòse, pues, de sus Neofitos con mutuo sentimiento, y dolor, por el amor que el Padre Joseph les tenia, y con que ellos le correspondian, dando antes orden de que mudassen la Reducion à lugar mas conmodo, y mas abierto, en las Riberas del Rio de San Miguel, y passando de aqui à los Chiriguanàs, encomendò el Pueblo de la Presentacion al cuidado del Padre Juan Bautista de Zea, y el de San Ignacio à los Padres Joseph Tolù, y Phelipe Suarez. Dispuestas assi las cosas de aquella Christiandad, passò à Tarija, donde el nuevo Provincial ordenò, que el Padre Juan Bautista de Zea le succediesse en el Oficio de Superior, y èl se quedasse en la Presentacion; y los Padres Diego Zenteno, y Francisco Hervàs passassen à los Chiquitos. Quanto trabajaron, y sudaron estos Varones Apostolicos en fundar, conservar, y acrecentar aquesta nueva Iglesia, lo dirèmos en otro lugar difusamente.

CAPITULO V.

LOS MAMALUCOS INTENTAN LA destruccion de estos Pueblos; pero sus intentos salieron frustrados.

MIentras las cosas de esta Christiandad navegaban viento en popa, aumentandose cada dia mas el numero de los convertidos à nuestra Santa Fè; y si bien el demonio veìa se le frustraban sus diabolicas trazas, no perdia el animo; antes bien procurò, con todo el esfuerço possible, cortar de vn golpe la felicidad presente, y las esperanças futuras, atizando, ò instigando à los Mamalucos del Brasil, para que viniessen à quitar las vidas à los Neofitos, y destruir el Paìs à sangre, y fuego: y le huviera salido como esperaba, si Dios, à quien tocaba defender à sus Fieles de aquel infortunio, no huviera frustrado sus designios, disponiendo recayessen sobre la cabeça de sus aliados los que avia maquinado, para total ruina de los Christianos. Avian dichos Mamalucos entrado en aquella Provincia los años passados para hazer sus robos acostumbrados, y assaltando de improviso algunas Rancherias de Chiquitos, hazer à muchos esclavos. Cobraron con este lance animo, y atrevimiento para dar en la Tierra de los Pe-

noquìs, con eſperança de lograr en ellos vn rico botin. Preſintieron eſtos la venida de los Enemigos: y viendoſe ſin fuerças, ni armas para ſalirles al encuentro, y hazerles reſiſtencia en campaña abierta, determinaron repararſe con la induſtria, yà que no podian defenderſe con las armas. En orden à eſto hizieron, que ſe eſcondieſſen algunos junto al camino eſtrecho de vna Selva, por donde avian de paſſar los Enemigos, y aqui eſcondidos eſperaron, haſta que entraron yà por eſta ſenda eſtrecha, contra quienes, luego que fueron deſcubiertos por entre los arboles, jugaron à ſu ſalvo ſus flechas envenenadas, con ponçoña tan activa, que de recibir la herida à caerſe muertos, era muy poco lo que paſſaba. Los que quedaron con vida, exploraron por todas partes de donde venia aquella tempeſtad: y deſpues de algun tiempo cayeron en el engaño; pero no pudiendo por entonces vengar de otra manera aquella injuria, ni la muerte de los Compañeros, que con guardar en ſus pechos la vengança para otra ocaſion, mal de ſu grado, huvieron de bolver atràs. Por tanto, à principios del año ſiguiente ſe embarcò vn Cuerpo de ellos en el Rio Paraguay, y entrados en la Laguna Mamorè, aportaron, y deſembarcaron en el Puerto de los Itatines: De aqui proſiguieron ſu derrota por entre Oriente, y Mediodia: y atraveſando vnas vezes Selvas muy eſpeſas, otras ſubiendo Monta-

ñas

ñas muy fragoſas (quanto puede la codicia!) llegãdo à las Rancherias de los Taus, y hecha de ellos buena preſa, paſſaron à executar ſu vengança en los Penoquìs, que de muy confiados ſe perdieron: porque aunque de Rancheria en Rancheria corriò la voz haſta el Pueblo de San Franciſco Xavier de que venia el Enemigo, ellos no dieron paſſo para prevenir alguna defenſa, ò à lo menos para retirarſe, y guarecerſe en aquella Reducion; y porque pudiendo, no quiſieron, deſpues quando querian, no pudieron eſcapar las vidas, porque aquellos malvados, caminando con induſtria para librarſe de ſus envenenadas ſaetas, dieron ſobre ellos de improviſo. No obſtante eſto, tuvieron animo los Penoquìs para exponerſe à la defenſa lo mejor que pudieron, y reſiſtir al primer encuentro; pero los enemigos aſtutos, y ſagaces, los detuvieron vn tanto, fingiendo ſe diſponian à pelear, pero era ſolo para hazer tiempo à que los Compañeros de la retaguardia ſe hizieſſen dueños de la tierra por otro lado, y cogieſſen la chuſma de las mugeres, y niños. Advirtieron los Indios eſto, quando yà los enemigos avian logrado ſu intento, y viendoſe burlados con la perdida de prendas tan amadas, por cuya defenſa avian tomado las armas, ſe deſanimaron totalmente, con que bueltas las eſpaldas como mejor pudieron, ſe retiraron à los boſques, ſin reſiſtencia de los vence-

ce-

cedores, que juzgaban, que el amor à ſu ſangre los traeria eſclavos voluntarios, como de hecho ſucediò: por cuyo motivo los vencedores no los puſieron en priſiones, ſino que los trataron con afabilidad, y corteſia, y viſtieron à los Caciques de trages, y aderezos viſtoſos, prometiendoles mil dichas, y felicidades en San Pablo, y de eſta manera engañarlos, y tomarlos por guia para otras Tierras, y para llegar à la Reducion de San Franciſco Xavier, que yà ſe avia mudado, traſportandola à la otra vanda del Rio de San Miguèl.

Llegò la noticia de eſta deſgracia haſta los Pueblos de los Chiriguanàs, de que fue inexplicable la afliccion que tuvo el Padre Arce, viendo que los enemigos, como vn torvellino ſalido del abiſmo, arraſaban aquel ſu Paraìſo, que tanto le avia coſtado el plantarle, y al punto fue deſalado à repararle, y defender la vida de los Neofitos. A eſte fin, no ſin grande rieſgo ſuyo, quiſo regiſtrar el Paìs, para obſervar mas de cerca los paſſos del enemigo: y paſſando por las Rancherias de los Boxos, Tabiquas, y Taus, fue recibido de ellos con mucho agrado. Aqui los que ſe avian eſcapado, le noticiaron de los deſignios de los Mamalucos, y tomando ocaſion de la tempeſtad que les amenazaba, les perſuadiò ſe juntaſſen en vn cuerpo, y fundaſſen vna Reducion en ſitio ventajoſo, para defenderſe de las

cor-

correrias de aquellas fieras infernales; y lo que antes no avia podido recabar con ruegos, poniendoles por motivo ſu eterna ſalvacion, lo obtuvo aora muy preſto el deſeo de aſſegurar ſus vidas. Juntaronſe, pues, todos en vna llanura, que baña el Rio Jacopò, en que poco antes ſe avia dado principio à la Reducion de San Rafael, bien acomodada para defenderſe, por cauſa de vna eſpeſiſsima Selva, en que tenian pueſtas todas ſus eſperanças: y retiradas alli ſus pocas alhajuelas, no ſe atrevieron à menearſe de aquel pueſto, haſta que ſe ſerenò aquella borraſca: con que el Apoſtolico Padre, que ſe detuvo alli algunos dias, à fin de penetrar los deſignios del enemigo, tuvo ocaſion conmoda para bautizar à los niños, è inſtruìr en los Myſterios de nueſtra Santa Fè à los grandes, à quienes el temor de la eſclavitud de los Mamalucos hizo abrir los ojos, para que ſalieſſen de la del demonio; pero el Padre, advertido, no quiſo bautizarlos por entonces, reſervando para mejor ocaſion el ſatisfacer à ſus deſeos: y animandolos à la perſeverancia, diò la buelta à la Reducion de San Franciſco Xavier; y de aqui, con toda preſteza, paſsò à Santa Cruz de la Sierra, para dar cuenta al Governador de los movimientos del enemigo, y juntamente à animar à la gente de Armas à ſalir en campaña à pelear con èl, y ponerle en fuga, en que no tuvo mucho que hazer para mover

la piedad tan innata de los Españoles, que en todas partes resplandece igualmente que el valor, haziendoles que tomassen por suyas las ofensas de los Indios Chiquitos, y defendiessen con su propria sangre aquella nueva Iglesia, principalmente, que se podia con razon temer, que el orgullo de los Mamalucos ossasse tambien invadir la Ciudad, si ellos no le saliessen al encuentro para atajarle, ò cortarle los passos. Alistaronse, pues, en pocas horas ciento y treinta Soldados, bien pertrechados de armas, y municiones, y lo principal de valor; y porque el tiempo no daba mucho lugar, marcharon à largas jornadas àzia el Pueblo de San Francisco Xavier, donde recogiendo cerca de trecientos Indios, muy diestros en jugar el arco, y flecha, fueron en busca de los enemigos à las Tierras de los Penoquìs, creyendo que alli los hallarian aquartelados, quando por medio de las espias supieron que avian entrado en el Pueblo de S. Francisco Xavier, que ellos avian desamparado, y abandonado poco antes, en donde como los Mamalucos no huviessen hallado nada que robar, se disponian para ir à sorprender la Ciudad de Santa Cruz.

Con esta nueva fue inexplicable la alegria que mostraron los Españoles, esperando en su valor poder dar su merecido à aquellos infames, lo qual debia yà de temer, ò pronosticarselo su coraçon presagioso al Capitan de los enemigos: pues vistas en San

Francisco Xavier tantas pisadas de cavallos, sospechò que estaban prevenidos los Españoles, y queria bolver atràs: lo qual huviera executado, à no averle dicho algunos Indios del Paìs, que poco antes avia passado por alli el ganado de la Reducion de San Francisco Xavier. Enderezò, pues, sus marchas nuestro Exercito àzia donde estaban acampados los enemigos, y al entrar la noche, llegaron cerca de donde estaban, y determinaron aguardar à la mañana del dia siguiente, que era el del Glorioso Martyr Español San Lorenço, principal Abogado, y Patron de aquella Provincia, para presentarles la batalla. Con esto los Soldados tuvieron algun tiempo para reposar; y como se creìa, que la batalla avia de ser muy sangrienta de ambas partes, por averse de pelear con gente tan diestra en manejar las armas, quisieron los mas ajustar con Dios las partidas de su conciencia, para lo qual les oyeron de confession seis Padres, que à este fin avian venido alli. En esto se gastò buena parte de la noche; y aviendo tomado vn poco de sueño, al despuntar del Alva se tocò à marcha, mandando los Oficiales, que puestos en orden los Soldados, y con el fusil en punto, se abançassen à vista de los enemigos, y si no rindiessen las armas, los atacassen. Pero Dios Nuestro Señor, que avia tomado à su cuenta el castigo de las maldades de aquellos malvados, quiso que pagassen aora la

pena, y ſingularmente los Capitanes, que aqui quedaron muertos, pagando juntamente de vna vez todas las deudas de las iniquidades que avian cometido en la deſtruicion de los Pueblos de Villarica del Eſpiritu Santo, en la Governacion del Paraguay, diſponiendo fueſſe la victoria, no à coſta de mucha ſangre de ambas partes, como ſe penſaba, ſino à coſta de los nueſtros, y à mucha de los enemigos; porque mientras vn Indio intimaba el orden à los enemigos, adelantandoſe ciertos Soldados para recibir las armas de los Capitanes, vn criado de eſtos los detuvo, diſparandoles vn fuſilazo, matando à vno de ellos. No pudo ſufrir eſto Andrès Florian, valeroſiſsimo Cavallero Eſpañol, y reſpondiò luego con otro tiro ſemejante, de que derribò en tierra à Antonio Ferraez de Araujo, y ſacando ſu puñal, arremetiò à Manuel de Frias, y le matò à puñaladas, quedando al primer paſſo muertos los dos Capitanes enemigos. Quedando con eſto los Mamalucos ſin Caudillos, ſin govierno, y ſin alientos, ſe turbaron del todo, y tirando ſus armas, ſe arrojaron al Rio, que les recibiò, no para librarles como eſperaban, ſino para ſepultarlos en ſus corrientes, de que yà canſados, por mas esfuerço que hizieron, no pudieron librarſe. Viendo los Eſpañoles, y nueſtros Neofitos, que Dios manifieſtamente eſtaba de ſu parte, fueron con grande animo en ſu alcançe, y

con

con vna tempeſtad de ſaetas, y moſquetazos, que les diſpararon, hizieron en ellos ſangriento eſtrago. Tambien nueſtros Miſsioneros quiſieron entrar à la parte de hecho tan eſtupendo, aſsiſtiendo con el Crucifixo en las manos, y ſin hazer caſo de la vida, iban delante con ſus armas eſpirituales, no ſolo en ayuda de los vencedores, ſino tambien de los vencidos, à quienes procuraban ayudar. De los enemigos ſolos ſeis eſcaparon con vida, de los quales tres malamente heridos quedaron priſioneros. Nueſtros heridos no fueron muchos, y los muertos ocho ſolamente, dos Indios, y ſeis Eſpañoles. Fue increìble la fieſta, y regocijo de los Eſpañoles, y de nueſtros Indios, por tan ſeñalada victoria, obtenida à tan poca coſta; y fue ſentimiento comun, que Dios avia peleado con ellos contra ſus enemigos en defenſa de ſu honra, y de aquella nueva Chriſtiandad. Por lo qual los Soldados dieron à ſu Mageſtad ſolemnemente las gracias al vſo Militar, con repetidos tiros de Fuſil, y Moſquetes; y los Indios con Torneos, y juegos à ſu vſança, concluyeron la alegria de aquel dia. Pero no fue cumplido el contento, porque mientras ſe trataba de exterminar lo reſtante de los enemigos, que avian quedado en las Tierras de los Penoquìs, en guardia de la preſa, que montaba mas de mil y quinientas almas, y de limpiar totalmente el Paìs, nacieron,

no sè de què origen, algunas diſſenſiones entre los Cabos; con que ſe tuvo por mejor conſejo levantar el Campo, y bolver à la Ciudad de San Lorenço, de donde ſaliendolos à recibir el Governador, Alcaldes, y Regidores con toda la Ciudad, fueron recibidos con feſtivos repiques de las campanas de todas las Igleſias, y con muchos tiros de Artilleria, que diſparò el Caſtillo, y por muchos dias ſe celebrò con gran magnificencia aquella poco menos que milagroſa victoria.

Los tres Mamalucos que eſcaparon, caminaron con la preſteza poſsible, ſiguiendo ſu fuga, y llevaron tan infauſta nueva à ſus compañeros, quienes, aviendo entendido contra toda ſu eſperanza la vltima deſtruicion de los ſuyos, quedaron yertos de miedo, y como ſi yà vieſſen ſobre sì à los vencedores, ſe retiraron à toda prieſſa, llevandoſe los mas eſclavos que pudieron, y embarcados en el Rio Paraguay, navegaron à voga, y remo, camino de San Pablo, quando encontrandoſe con vna Compañia de ſus miſmos Payſanos, que iban al miſmo fin de apreſar piezas (como acà llamamos) ò Indios, les contaron el ſuceſſo referido; pero los que venian de San Pablo, oida la cauſa de aquella buelta tan deſacoſtumbrada, que daban à ſu tierra tan perdidos de animo, los empezaron à burlar de que por tales contratos ſe deſanimaſſen tanto: con que yà de

ver-

verguença, yà con esperança de rehazerse de la pèrdida passada, mudaron parecer, y se aunaron con ellos, y todos juntos dieron sobre algunas Rancherias de Indios, de los quales fueron rechazados con braveza, y valor: por lo qual, mal de su grado, con las manos poco menos que vacìas, se vieron precisados à bolverse à San Pablo. Mientras estos atravesaban la Laguna Mamorè, ciertos Guarayos, que por gran tiempo avian militado à su sueldo, abiertos los ojos, y bolviendo sobre sì mismos para ponderar el poco bien, y mucho mal que se les hazia, y que al fin no podian esperar de aquel azaroso oficio mas que vna muerte desgraciada por termino de vna vida infeliz, resolvieron desertar, y buscar lugar donde vivir con seguridad, y reposo, y valiendose de la obscuridad de la noche, se retiraron àzia el Poniente à vna Campaña, dos jornadas mas adelante de aquel Lago, y por hallarse sin mugeres, hizieron las amistades con los Curacanes sus confinantes por el lado del Septentrion. Estos, pues, no mucho despues, deseando salir de la Gentilidad, y hazerse Christianos, se vinieron à vivir, y hazer sus casas en nuestra Reducion de San Juan Bautista.

De mucho provecho fue esta victoria, porque despues acà no se han arriesgado mas los Mamalucos à poner el pie en los contornos de aquellas

Reduciones, y ſolamente en el año de 1718. plantaron vn Fuerte en las Riberas del Rio Paragua, ochenta leguas diſtante del Pueblo de San Raphael, con que ſe eſpera, que convertidas en breve con el favor de Dios cinquenta, ò ſeſenta mil almas, como nos prometen las eſperanças, ſe les impedirà tambien el hazer corſo por aquel Rio, porque los Neofitos, por ſingular privilegio de nueſtros Catolicos Reyes, pueden vſar armas de fuego, con que facilmente podràn quebrantar el orgullo de eſtos Corſarios, como ſucediò en las Miſsiones de los Guaranìs, à quienes no ceſſaron de moleſtar, haſta que aquellos Pueblos dieron vna grande rota à cinco mil Mamalucos, que avian paſſado al vltimo exterminio de aquella Chriſtiandad.

CAPITULO VI.

CON LOS SUCESSOS PASSADOS SE entibia algo la Santa Fè: Muere el Padre Antonio Fideli, y ſe habla largamente de los trabajos de los Miſsioneros.

AUnque la fortuna de eſta tempeſtad no deſhizo eſta nueva Chriſtiandad, no obſtante la conmoviò no levemente, y cortò al mejor tiempo el curſo proſpero de nuevos aumentos, porquē

que agoſtò las floridas eſperanças de acrecentar con buen numero de almas la Reducion de San Franciſco Xavier, y aun de fundar otras en los Penoquìs, Xamaròs, y Quicmes, que eſtaban bien diſpueſtos para aliſtarſe en el numero de los Fieles; antes bien de eſte accidente provino la deſtruicion de las dos Reduciones de Chiriguanàs, aunque tan diſtantes, y remotas del peligro. No hablò al ayre aquel ſabio Cavallero Don Aguſtin de Arce, quando dixo ſe perdia inutilmente el tiempo, y el trabajo con aquella gente, y aora lo tocaron con las manos los Miſsioneros, à los quales amaban aquellos barbaros, ſolo por lo que ſacaban de ſu pobreza. Por mas que hazian los Padres, no querian acudir à los Divinos Oficios, ni oìr la Doctrina Chriſtiana, que al entrar la noche ſe explicaba, ni aun quiſieron darles vn muchacho, que les ayudaſſe en las haziendas de caſa, y ſirvieſſe en la Igleſia, y cultivaſſe vn pequeño huertecillo. Con todo eſſo perſeveraban los Miſsioneros, ſufriendo grandes incomodidades, y trabajos, que les hazia faciles de tolerar la eſperança de coger algun fruto de paciencia: haſta que enfadados los barbaros de tantos Sermones, y Platicas que les hazian, ſe determinaron à echarlos del Paìs, con pretexto de que eran embiados por los Mamalucos para juntarlos, y entregarlos à todos en ſus manos, como lo avian

(ſegun dezian ellos) hecho con los Chiquitos; bien que avia entre ellos muchos, que de eſta mentira eran teſtigos de viſta, por aver ido ſirviendo à los Eſpañoles en la guerra referida. Divulgòſe eſta voz en el Pueblo, y fueſſe por malicia de ellos, ò por ardid diabolico del demonio, que perdia mucho en la converſion de aquellos barbaros, començò la chuſma à hazer muchos maltratamientos al Venerable Padre Lucas Cavallero, y al Padre Phelipe Suarez, antes que con deteſtable atrevimiento puſieſſen fuego à la Igleſia, de donde por eſte inſulto, ſe vieron obligados à ſalir, y paſſarſe à vn Rancho, ò Choza poco diſtante; pero ni aun aqui pudieron parar, porque los barbaros les buſcaron por todas partes, armados con ſus arcos, y macanas, y huvieranlos hecho pedazos, ſi no huviera ſido porque eſperaban à ſus Caciques, que eſtaban no muy lexos de alli. Viendo los nueſtros, que las coſas eſtaban de tan mal ſemblante, reſolvieron en la obſcuridad de la noche retirarſe àcia Santa Cruz de la Sierra, y de aqui paſſar à Pari, donde ſe avia mudado la Reducion de San Franciſco Xavier. Llegada la noticia de eſte ſuceſſo al Padre Superior Joſeph Pablo de Caſtañeda, ſoſpechò prudentemente, que lo miſmo, ò peor ſucederia à la Reducion de San Ignacio, y aſsi ordenò à los Padres, que alli reſidian, ſe retiraſſen, procurando eſcapar de las

gar-

garras de aquellas fieras, lo mejor que pudiessen, encaminandose à los Chiquitos, donde Dios Nuestro Señor quiso consolar à sus Siervos con mejor logro de sus fatigas, y sudores.

Por causa de las reboluciones passadas, y por lo que en adelante se podia temer, se mudò la Reducion de San Francisco Xavier desde el Rio de San Miguel, à vna llanura llamada Pari, ocho leguas distante de Santa Cruz de la Sierra, donde tambien se repararon algunos Piñocas, y Xamaròs, que escaparon de las manos de los Mamalucos: con que se fabricò vna Reducion bien numerosa. Pero no obstante esta mudança que aora hizieron, se vieron precisados à retirarse de las cercanias de aquella Ciudad, por causa del gravissimo daño, que suele siempre causar à los recien convertidos à nuestra Santa Fè el mal exemplo de los Christianos viejos, que han nacido, y vivido en ella, los quales hazen abominable nuestra Ley Santa con sus escandalosos procederes; y si la professan con las palabras, la niegan con las obras, viviendo mas con la libertad de Infieles, que arreglados à los dictamenes Christianos de nuestra Religion Santissima. Llegabase à esto el vil interès de tal qual, que degenerando de la innata piedad de sus mayores, no hazia escrupulo de apresar, yà à este, yà al otro de aquellos pobres Indios Christianos, y re-

reducirlos à miserable esclavitud. Por estos motivos, pues, huvieron los nuestros de trasplantar aquellas tiernas plantas à lugar mas retirado, encomendando este negocio al cuidado del Venerable Padre Lucas Cavallero; y aunque en tales mudanças perecieron muchos, por las inconmodidades, y enfermedades, que les sobrevinieron, de que participaron tambien nuestros Missioneros, no obstante, poco despues bolviò la Reducion à su antiguo esplendor, porque vinieron luego otros Infieles, que se incorporaron en ella. La segunda Reducion que se fabricò, fue la de San Raphaèl, distante de la otra diez y ocho dias de camino, àcia el Oriente, escogiendo, y señalando el Sitio para ella los Padres Juan Bautista de Zea, y Francisco Hervàs, à fines de Diciembre del año de 1696. y trayendo à ella algunos Tabicas, y Taus, y otros, que avian yà prometido al Padre Arce, que abrazarian nuestra Santa Ley, llegaban yà à mil las almas, aunque la peste que huvo luego, se llevò gran parte de ellos: con que à instancia de los mismos Indios, se bolviò esta Reducion à su antiguo sitio, que era muy à proposito para el intento de los nuestros, que deseaban establecer el comercio de estas Reduciones con las de los Guaranìs por el Rio Paraguay. Fundaron, pues, sus casas, y se poblaron à las Orillas del Rio Guabys, que se cree desemboca

ca en el Rio Paraguay. La tercera Reducion ſe pu-ſo debaxo del patrocinio de el Señor San Joſeph, à inſtancias del piadoſiſsimo ſeñor Marquès de To-xo Don Juan Joſeph Campero, inſigne bienhechor de eſta Chriſtiandad, y ſe fabricò ſobre vn monte, por cuya falda corre vn Riachuelo, que fecunda vn gran eſpacio de tierra llana; fundaronla los Padres Felipe Suarez, y Dionifio de Avila, que por gran tiempo fueron inſeparables compañeros en ſus tra-bajos, y ſudores, no teniendo muchas vezes con que acallar el hambre, y reparar el cuerpo en tan-tas, y tan largas fatigas; y aſsi, para que oprimidos de las incomodidades no dieſſen con la carga en tierra, les vino, no mucho deſpues, à ayudar el Padre Antonio Fideli. Pero les durò poco tiempo eſte conſuelo, porque en breve quedò poſtrado de tan inſufribles trabajos: pues por mas remedios, que ſegun la pobreza de aquellas Tierras ſe le pro-curaron aplicar, nunca ſe pudo recobrar. Dicho Pa-dre Fideli, como era recien venido de Europa, y hallando campo tan grande à ſu zelo, no paraba de dia, ni de noche en domeſticar aquellos ſalvages; y mientras ſus compañeros iban en buſca de Genti-les, èl ſe ocupaba en limpiar à aquellos nuevos Chriſtianos de los reſabios de ſu vida brutal, con que ſe podia quizàs manchar la pureza de ſu Fè, y la innocencia de nueſtra Religion Chriſtiana: era ſu

ta-

tarea quotidiana juntar de dia à los niños toda la mañana, y al entrar la noche, à los adultos, para hablarles de las cosas que debian creer, y obrar; acudir à todos tiempos à sus necessidades, sin negarse à nada: cuidar de las almas, y de los cuerpos de los enfermos, velandolos de dia, y de noche, y dandoles sepultura despues de muertos; y en tantos trabajos, no tenia otra cosa con que mantener las fuerças para llevar tan gran peso, que vn poco de pan muy desabrido, que alli se haze de vnas raìzes, que llaman mandioca, la qual hecha harina, se amassa, y haze vn pan bien malo, el qual solia acompañar con vn pedazo de carne de algun animal del monte, assada, como la comen los Indios, dura, y desabrida, y por gran regalo alguna fruta silvestre. Pero enmedio de tan mal tratamiento, nunca daba treguas al trabajo, y esto con tal alegria de su espiritu, como si el cuerpo se mantuviesse con el pasto espiritual del alma, hasta que postrada totalmente la naturaleza, no pudo bolver en sì, por mas medicamentos, que segun la posibilidad del Paìs le procuraron aplicar sus compañeros, que le amaban tiernamente: con que no bien cumplidos dos años en estas Missiones, passò al eterno descanso, para recibir el galardon de sus Apostolicas fatigas, en el mismo Pueblo de San Joseph, el dia primero de Março de 1702. Pero lo que no pudo hazer en la tierra en provecho de aque-

lla

lla nueva Chriſtiandad, lo hizo bien preſto, y mas eficazmente con ſus oraciones deſde el Cielo, porque aquellos Neofitos dexaron luego la embriaguèz, y otros vicios, que trae conſigo eſta beſtial coſtumbre, coſa que haſta entonces avia coſtado mucho trabajo, ſin fruto. Sintieron los Indios inconſolablemente la perdida de ſu amantiſsimo Miſsionero, à quien ellos llamaban Padre chariſsimo de ſu alma.

Fue el Padre Antonio Fideli Natural de la Ciudad de Regio, en Calabria, hijo de padres de la primera Nobleza de ella, bien que por ſu humildad, y deſprecio del mundo, jamàs diò la menor noticia de ſu calidad. Los primeros años de ſu juventud los paſsò aprendiendo buenas letras en el Seminario de San Franciſco Xavier de Napoles, donde le embiaron à eſtudiar ſus padres. Aqui en la flor de ſu edad le llamò Dios à la Compañia, donde luego que entrò en ella, ſe diò de veras al eſtudio de la virtud, en que ſaliò aventajado, y ſe mantuvo con vida exemplar en la larga carrera de ſus eſtudios, con igual aprobacion, aſsi de los Superiores, como de los Compañeros, de los quales era à vn miſmo tiempo amado por la dulçura de ſu trato afable, y caritativo, y venerado por la ſolidèz de ſus virtudes, ſiempre igual à sì miſmo, y manteniendo vn tenor de alegria inalterable, afabiliſsimo con todos, y liberal, y promp-

to en servir à sus Hermanos, aun en las cosas mas dificiles. Pareciòle poco lo que obraba en bien de las almas, y servicio de Dios en su Provincia de Napoles, por cuya causa pidiò, con instancia de nuestro Padre General, le concediesse licencia de passar à Indias; y conocido su fervor, le diò su Paternidad grata licencia, asignandole para que passasse à esta Provincia, en la Mision que conducia à ella su Procurador General Padre Ignacio de Frias. Despacharonle, pues, à Cadiz el año de 1696. para embarcarse à esta Provincia; pero por no aver oportunidad de embarcacion, le fue preciso esperar dos años en Sevilla, donde en la Casa Professa diò muestra de su espiritu, con singular edificacion de los nuestros, trabajando de dia, y de noche en los ministerios proprios de la Compañia. Su tarea casi quotidiana, era gastar siete, y ocho horas en oìr Confessiones, porque acudian todo genero de personas nobles, y plebeyas, que le amaban como Padre, y veneraban como Santo, y èl les correspondia con afecto de fina caridad. Ocupado en estos exercicios, se llegò el tiempo de embarcarse, y passando de Sevilla à Cadiz, se diò à la vela para Buenos-Ayres el año de 1698. en compañia de otros quarenta y cinco Jesuitas, repartidos en tres Naves, con viage se puede dezir afortunado; porque despues de grandes infortunios que padecieron en veinte y dos meses de navegacion, plugò à

Dios

Dios Nuestro Señor traerlos salvos al Puerto de Buenos-Ayres. Huvo varias causas de esta tan larga tardança, y la principal fue el apartarse, y dividirse las Naves pocos dias despues de la partida de Cadiz, y perderse de vista la vna de la otra; que encontrando rapidissimas corrientes que la desviaban, furiosissimos vientos que la maltrataban, disformes tempestades, que la echaron à las Costas de Guineos, se viò precisada la Almiranta, en que le cupo venir à nuestro Padre Antonio, à aferrar en la Isla de Santiago, vna de las Islas Hesperides, que llamamos aora Cabo Verde. Aqui fueron recibidos de los Religiosissimos Padres de la Venerable Orden de San Francisco, que quisieron hospedarlos en su Convento, para que no sintiessen algun maligno efecto de aquel Clima, sumamente nocivo à los forasteros, causa porque llaman à este Promontorio Sepulcro de los Europèos, como lo experimentaron los demàs passageros, de quienes la mayor parte cayeron enfermos, y mas de ciento perdieron alli la vida, y las esperanças de enriquecer, que los conducia à las Indias. *Pero de los nuestros ninguno muriò, por la grande caridad, que con ellos vsaron los Religiosos, que con indecible amor cuidaban de su salud, advirtiendoles lo que debian hazer, y de lo que se debian guardar para conservarla.* En el tiempo que aqui se detuvieron, el Superior de los nuestros

Padre Joſeph Ortega, nueſtro Padre Antonio, y Padre Pedro Carena, aſsiſtieron à los enfermos del Navio, con increible trabajo, y no menor fruto, y conſuelo de los que morian en ſus manos. *Huvieronſe finalmente de partir de aquella Isla, en cuya deſpedida fue indecible el conſuelo, que por verlos partir à todos ſanos, ſin aver muerto ninguno, moſtraron los Religioſos, y con eſpecialidad el Padre Guardian del Convento, quien llorando de gozo, les dixo, no podia contener las lagrimas, viendo que no ſolo ſalian los miſmos Jeſuitas, que avian entrado, ſino vno mas (aludiendo à vn pretendiente, que alli avia recibido en la Compañia, con licencia que para ello llevaba el Padre Superior) pues quando los viò entrar, ſe avia entriſtecido notablemente, juzgando, llevado de la experiencia, ſerian pocos los que eſcapaſſen con vida. Pero el aver librado todos bien, ſe debiò, como dixe, à la mucha caridad de los Religioſos, y del miſmo Padre Guardian.* De quien deſpedidos, por fin, ſe embarcaron, pero les ſobrevinieron tales accidentes, que ſe vieron obligados nuevamente à arribar al Braſil, donde reparada nuevamente la Nave, y aviendo experimentado la caridad grande, que en todas partes vſan con los hueſpedes los Padres Portugueſes, ſe dieron tercera vez à la vela, y llegaron à ſalvamento en el Puerto de Buenos-Ayres, para gaſtar la vida, y ſudor en provecho de los pobres Indios; bien que ſi en el mar huviera

per-

perdido la vida, huviera tenido vna muerte coronada con el merito de grandes fatigas, padecidas por acudir al bien de la gente de su Nave, por todo el espacio de tiempo que durò esta trabajosissima navegacion, que fue casi de dos años, al fin de los quales passò con sus Compañeros el año de 1700. desde Buenos-Ayres à este Colegio de Cordova, donde se consagrò à Dios mas estrechamente con la professsion de quatro Votos, è inmediatamente passò à la Mission de los Chiquitos, donde *consummatus in brevi explevit tempora multa.* (Sap. 4.)

Pero bolviendo al hilo de la Historia, digo, que esta Reducion de San Joseph de Indios Boxos, Taotos, Penotos, y algunas familias de Xamaròs, y Piñocas, es felicissima à la suerte de los Missioneros, que alli assisten, por ser este Pueblo la puerta por donde se entra à otras muchas Naciones, por lo qual ofrece comodidad, assi para reducir muchas almas à nuestra Santa Fè, como para ganarse muchas Coronas de premios en la Gloria. La quarta Reducion es la de San Juan Bautista, poblada de Indios de Nacion Xamaròs: fundaronla los Padres Juan Bautista de Zea, y Juan Patricio Fernandez por el mes de Junio del año de 1699. de los quales, el primero, despues de aver acabado con los Indios Tanipuicas, Curicas, y Pequiquas, que le diessen palabra de reducirse quanto antes al re-

baño de Christo, se partiò de alli con extremo dolor suyo por orden de los Superiores, para ir à governar nuestras Missiones del Uruguay, recayendo todo el peso de esta Reducion sobre el Padre Juan Patricio, à quien las enfermedades continuas, la extrema pobreza, y las graves fatigas sirvieron de remora los primeros tres años, para que no saliesse en busca de Gentiles, à quienes el exemplo de sus confinantes avia encendido el coraçon en deseos de vivir, como racionales, en vida politica, y hazerse juntamente Christianos; pero finalmente, sus sudores, y trabajos ganaron para Christo à los Suberecas, Petas, y à ciertos Piñocas, quienes parece no fueron à otra cosa à esta Reducion, que para renacer à Dios por las aguas del Santo Bautismo, para passar luego à la Celestial Jerusalèn, rindiendo las vidas à la fuerça del contagio, que por toda aquella comarca hazia en toda suerte de personas grande riza, y estrago. El consuelo de ver sazonados tan presto para el Cielo aquellos poco antes silvestres frutos, endulçaba los trabajos, y fatigas de aquel Varon Apostolico, y le animaba à emprender otras santas correrias; pero se frustraban sus santos intentos, mientras no mudaba su Pueblo à mejor temple, y à ayres mas saludables, porque aquellos barbaros no querian reducirse al gremio de la Santa Iglesia por temor de la peste, que mucho

cho

cho tiempo antes parece se avia arraigado en aquel sitio: por cuya causa se mudò la Reducion à otro parage mas conmodo, y menos nocivo.

Mas yà que hemos insinuado alguna cosa de los trabajos de nuestros Operarios en estas Missiones, juzgo esta ocasion conmoda, y oportuna para referir mas por extenso el modo de vivir de los Jesuitas, que cultivaron, y cultivan esta Viña del Señor, regandola con sus sudores, y aun con su sangre, por no quitar su debida estimacion à la virtud, y defraudarnos à nosotros de los exemplos que podemos imitar. Y el primer lugar se debe dar al modo de hazer Missiones, dirè mejor, de salir à caza de barbaros, que habitan como fieras en las cavernas de los montes, ò en las espesuras de los bosques. Cogian, pues, y cogen al presente su Breviario debaxo del braço, y con vna Cruz en la mano se ponian, y ponen en camino, sin otra prevencion, ò matalotage, que la esperança en la Providencia Divina, porque alli no avia otra cosa: llevan en su compañia veinte y cinco, ò treinta Christianos nuevos, que à los Padres servian, y sirven de guias, è interpretes, y con los Paysanos hazian oficio de Predicadores, y Apostoles, y caminan yà las treinta, yà las quarenta leguas, siempre con vna hacha en la mano para desmontar, y abrir camino por la espesura de los bosques: otras vezes encontraban Lagunas, y Pantanos, que passaban à pie

con el agua à la boca; y para dar animos à los Neofitos, eran los primeros en vadear los Rios, ò en arrojarse por los despeñaderos mas dificiles, ò en entrar en las grutas, y cuevas, con sobresalto, y susto de estàr alli escondidas las fieras, ù hombres: y despues de tantas fatigas, y trabajos, no hallaban à la noche para repararse otro regalo, que algunas raìzes silvestres, con que romper el ayuno, y algunos dias no tenian con que apagar la sed, sino vn poco de rocìo, que quedaba entre las hojas de los arboles, y por cama la tierra dura, sin otro reparo contra los rigores de la noche, que la sombra de vn arbol, ò vna estera sostenida de quatro palos; y vltimamente, en continuo temor, y riesgo de la vida; porque los barbaros, assombrados con el temor, juzgaban que eran sus enemigos los Mamalucos del Brasil, vestidos de Jesuita, y por esto estàn siempre con la macana en la mano, ò con las flechas à punto, ò si no en emboscadas, para quitarles la vida, sin que los defiendan los Neofitos. Y porque estos no parezcan encarecimientos de mi pluma, insinuarè aqui lo que de los Zamucos escriviò años passados el Padre Missionero, que entendia en la conversion de aquella gente, al Padre Juan Patricio Fernandez, al presente Rector del Colegio de Santiago del Estero, que con las vezes del Padre Provincial de esta Provincia visitaba aquellas Missiones. *Por no alargarme* (dize)

no

no escrivo como lleguè à este Pueblo de los Zamucos, contra el parecer de los practicos del Paìs, yà mas el caminar muchas leguas con el agua hasta la cintura: atribuì el felìz sucesso al dedo de Dios, pues que fuerças humanas no podian vencer los obstaculos insuperables, que se me interpusieron: mereciendolo los sudores, trabajos, hambre, y sed de su primer Apostol el Padre Juan Bautista de Zea. Hasta aqui el dicho Missionero. Pero aunque caminaban, por su extrema pobreza, desprevenidos de toda provision, no por esso Dios Nuestro Señor, por cuya quenta corria la vida de sus Siervos, los abandonaba en tales trabajos, emprendidos por solo su amor, y por el provecho de las almas; antes, quando era necessario, obraba en su favor milagros, yà librandolos de las furias, y saetas de los barbaros, como muchas vezes sucediò al Venerable Padre Lucas Cavallero, yà proveyendolos de sustento, y dandoles vigor, y aliento à la naturaleza; en prueba de lo qual escriviò el Padre Miguèl de Yegros al Padre Lauro Nuñez, Provincial, à la sazon, de esta Provincia, quando èl, con el Padre Francisco Hervàs, fueron el año de 1702. à descubrir el Rio Paraguay. *Partimos* (dize) *por el mes de Mayo, acompañados de quarenta Neofitos, con sola la confiança en Dios, por estàr recien fundada la Reducion de San Raphaèl, emprendiendo el viage los buenos Christianos, puesta la esperança en la Santissima Virgen, que*

nos

nos socorriò por el camino como de milagro, viniendose-nos à las manos la caza, y la pesca, quando nos hallabamos en graves angustias, passando gran trabajo, y venciendo gravissimas dificultades en los montes, y en las llanuras anegadas del agua, por dos meses enteros, que tardamos en llegar à las Riberas del Rio Paraguay, con riesgo, y temor continuo de los Barbaros. Y este puntualmente era, y es el modo, que todavia observan los Missioneros en estas correrias. Pero con ser tan grandes las fatigas, y tan pesadas las afliciones que padecen; no obstante esso, es mucho mayor sin comparacion el consuelo que tienen, quando buelven con las manos llenas de quatrocientas, ò quinientas almas; y si à vezes no tantas, à lo menos con la esperança de ganarlas el año siguiente: porque los mas de los barbaros quieren antes certificarse, si aquel zelo que les muestran, es de sus almas para darles el Parayso, ò por el interès de llevarlos para ponerlos en esclavitud, y por esso acostumbran despachar alguno de los suyos para explorar el Paìs, la gente, y los Missioneros de la nueva Reducion.

Despues de esto, quanto ayan trabajado nuestros Missioneros en criar, y mantener estas tiernas plantas, no se puede explicar mejor, que refiriendo sinceramente, sin añadir nada de mio, algun hecho particular, y parte de carta veridica, como lo harè, donde quiera que halle coyuntura, trasladando fielmen-

mente los originales, con que esta Historia quedarà mas fidedigna, y el gusto de los Lectores mas satisfecho. Dize, pues, el Hermano Juan de Avila, Compañero que fue del Padre Visitador de esta Provincia Antonio Garriga, y del Padre Provincial Luis de la Roca, quando, como adelante dirè, visitò aquellas Doctrinas, Sugeto de mucho juizio, y capacidad, en vna Carta, que desde allà escriviò: *Assi como para fundar las Missiones del Paraguay padecieron increibles trabajos aquellos primeros Varones Apostolicos, sacando à los Indios de las Selvas, y entablando en ellos vida Christiana, y Politica, hasta ponerlos en el estado en que oy dia se mantienen, divididos en treinta Reduciones; assi tambien no han sido menores los trabajos, y sudores de estos primeros, que han fundado la Christiandad de los Chiquitos. No es facil de dezir lo que al descubierto les han dado que sufrir los enemigos, y ocultamente los amigos, la carestìa de todo lo necessario para la vida humana, los profundos pantanos, inaccessibles montañas, bosques impenetrables, fieras, climas destemplados, sed, hambre, extrema desnudèz, total abandono de todas las cosas, y jurada guerra de todo el infierno. Pudiera descender à casos particulares, que he visto, y oìdo, si no fueran bien sabidos, y me son materia continua de rubor, y confusion. No traer sobre sì sino vn vestidillo de tela valadì, hecho pedazos, y no pocas vezes vestirse de pieles de animales: no traer otros zapa-*

tos, que vn pedazo de cuero crudo, atado con otro cordel de cuero por las plantas de los pies, y en la cabeza, para reparo del Sol ardentissimo, que alli haze, vno como sombrero, pero tambien de cuero: la cama sin ningun alivio: la vianda ordinaria vn puñado de maìz, y este tan escaso, que apenas era bastante para mantenerles las fuerças: vivir gran tiempo sin el consuelo siquiera de vèr à alguno de sus Compañeros; y estando afligidos de largas, y penosas enfermedades, no tener adonde bolver los ojos. Assi el dicho Hermano; y yo, en prueba de todo lo que èl dize, quiero apuntar algunos casos en particular. Dixome, no ha mucho, vn Padre, que fue Superior de aquellas Reduciones, que por muchos meses no tuvo otra cosa de que sustentarse, sino raìzes de yervas; y faltandole estas tambien, acosado de la hambre, se viò precisado à andar en busca de frutas silvestres. Quando el Padre Gregorio Cabral fue en nombre del Padre Simon de Leon, Provincial de esta Provincia, à visitar aquellas Missiones, le cogiò el invierno (que alli no se mide por el frio, que no haze, sino por el romper de las lluvias) le cogiò debaxo de vna enramada, donde con siete Missioneros passò largo tiempo, sin otro sustento, que vna fruta silvestre, à que llaman *Motaquì*, con alguna cosa de leche: y el dia de Pasqua, por gran regalo, les dieron los Neofitos vna mazorca, ò espi-

piga de maìz. Pero no tuvo otro tanto el mismo dia el Padre Zea, que presentandole por gran regalo ciertos pezecillos bien pequeños, no pudo probar bocado de ellos, por ser amargos como la hiel.

No me ha parecido superfluo contar estas menudencias, para que quien en los Hombres Apostolicos no mira otra cosa, que converssiones de Infieles, adviertan tambien quanto les cuestan, y considere, si tiene necessidad de vna generosissima caridad, quien se emplea en buscar la gloria de Dios, y en mirar por la eterna salvacion de las almas. Y ciertamente el no acobardarse con los peligros, el no bolver las espaldas à tantos trabajos, el no retirarse, y no dexar vna vida, en que à cada passo se encuèntra con la muerte, pereciendo aqui de hambre, perdiendose alli por los Bosques, aora andando entre flechas, y macanas, aora en medio de Pueblos furiosos, es virtud dificil de hallarse, y con todo esso esta virtud es necessaria siempre à quien emprende en Paises remotos, y entre gente barbara el Oficio de la Predicacion Apostolica. Pero lo que me llena de estupor, y maravilla, es, que enmedio de tantos trabajos, è inconmodidades, no ayan hasta aora muerto entre tantos Operarios, mas que tres, ò quatro; siendo assi, que ay quien ha trabajado veinte y cinco,

y treinta años; pero es singular providencia del Altissimo, que quien ningun caso ha hecho de su vida, por su servicio, se conserve mas sano, y mejor, que si huviera vivido en las comodidades de vn Colegio, como yo vì, con grande estupor, en el Padre Juan Bautista de Zea, que en edad de sesenta y cinco años parecia joven de poco mas de treinta en el aliento, y valor. Verdad es, que oy dia se han aligerado en gran parte tantos trabajos, porque introducida en aquella gente, con la Santa Fè, la vida civil, y politica, lo passan vn poco mejor los Missioneros, y la piedad de muchos Cavalleros les provee de algunas cosas, con que ocurrir à las necessidades domesticas.

Y aora entiendo con quanta razon claman los Superiores de esta Provincia à nuestros Padres Generales, diziendo, que no es esta vocacion de qualquiera, sino de hombres solamente, de virtud muy grande, y bien probada. Y à la verdad, vno, entre otros engaños en que vivia, quando en Europa ardia en deseos encendidos de venir à Indias, era persuadirme, que para vn Missionero Apostolico de estas Partes, bastaba tener vn gran zelo de las almas; pero quien leyere esta Relacion, hallarà, que son mas las ocasiones de exercitar la interna abnegacion del animo, la paciencia, la humildad, y la mortificacion en sì mismo, que el zelo de las almas

mas con los otros, quando yo refiero aqui poco mas que trabajos corporales, que son la menor parte de los que se ofrecen que sufrir. Por tanto, quiero poner aqui parte de vna Carta, que me escriviò vn Compañero mio, à quien lloro, y reverencio à vn tiempo; el qual con otros quarenta y tres de la Compañia, que conducia à la Provincia de Quito, su Procurador General Padre Nicolàs de la Puente, por impenetrables consejos de Dios, se ahogò, en el Navio Cavallo Marino, que se fue à pique el año de mil setecientos y diez y siete. Dize, pues, assi: *La circunstancia de que quizàs no nos bolverèmos à vèr mas en Europa, me anima à escrivir esta à mi Hermano, que espero le hallarà en Cadiz, à fin de darle el vltimo vale, y con el coraçon vn humilde abrazo, alegrandome juntamente, con el mas vivo de mis afectos, por su yà proxima suerte de dexar este mundo engañoso de acà, y de ir en busca de otro mejor, ò para mejorarlo. Conozcamos, Hermano mio carissimo, nuestra fortuna, la qual estoy por dezir, que es la mayor de quantas Dios puede conceder à sus escogidos. Y què? por ventura es cosa de poca monta vivir desconocido, y si tengo de dezir la verdad, despreciado de todos, ò à lo menos poco estimado? O afortunados de nosotros, si de cosa tan grande fueremos participantes! Animo, Hermano mio muy amado, aliento, vamos, vamos; mas donde? A las Indias, esto es, al*

Calvario. A què fin? A coronarnos, si, pero de espinas; à descansar, si, pero sobre vna Cruz. Aqui acabo, porque desde aqui deben començar los deseos de vn Jesuita Indiano. Pidamos à Dios, y à su Madre Santissima, que destierre de nuestro coraçon todo otro afecto, y no dexe en èl, sino el ardentissimo deseo de padecer por amor de quien nos amò, hasta dar por nosotros la vida.

CAPITULO VII.

FERVOR, Y VIRTUD DE LA NUEVA Christiandad, premiada de Dios Nuestro Señor con muchos sucessos milagrosos.

ERan verdaderamente grandes, como hemos visto, los trabajos, y fatigas de los Padres, en domesticar este inculto Campo de la Gentilidad; pero no obstante esso les parecia nada, aunque huvieran sido sin comparacion mucho mayores, viendo quan bien prendia, y se lograba la semilla de la Predicacion Evangelica, y quan presto se sazonaba en frutos dignos del Paraìso: mas en esto no quiero yo poner nada de mio, sino solo hazer hablar à los mismos sembradores de essa semilla, que se maravillan de ello, y se dàn el parabien, con jubilos de incomparable consolacion.

En

En el conocimiento de Dios (dize vno de e los) *y en la obſervancia de la Ley Divina, ſe puede con toda verdad, ſin raſtro de encarecimiento, afirmar, que eſta Selva de beſtias, y de vicios, es aora vn retrato de la Primitiva Igleſia. Bendigo infinitamente las Santas llagas del Redemptor* (dize otro) *que comparada la vida paſſada, y preſente de eſta Gente, ſon aora tan diferentes de sì miſmos, quando eran Idolatras, que parecen en cierta manera reengendrados en la inocencia original.* Añade el Padre Sebaſtian de Samartin, Superior que fue de aquellas Reduciones: *Todo ſe puede ſufrir por ellos, por el afecto que tienen à la Fè, à la devocion, y à lo que es Dios, ò de Dios.* Pero mas por extenſo habla el Padre Miſſionero de la Reducion de San Joſeph, de la piedad de ſu Pueblo, en la Quareſma del año de 1705. *No es facil de decir el fervor que eſtos ſantos dias moſtraron los nuevos Chriſtianos en las coſas de Dios: oìan la palabra de Dios con gran guſto, y no con menor fruto, y compuncion, de ſuerte que me parecia eſtàr entre Eſpañoles muy piadoſos. El Acto de contricion, que ſe vſa al fin de los Sermones, le hazian con tanto ſentimiento, que lloraban muchiſsimo. El qual moſtraron tambien en la diciplina larga verdaderamente no poco, pero no tanto que ſatisfacieſſe à ſu fervor; por lo qual coſtaba mucho el hazerles ceſſar, pidiendo à gritos miſericordia à Nueſtro Señor, y repitiendo fervoroſiſsimos*

mos Actos de contricion, y propositos de no ofender mas à su Divina Mageſtad, principalmente en ſu innato vicio de la embriaguèz, del qual, con el favor de Dios, ſe han olvidado totalmente. Pero donde ſe conocia mas claramente ſu piedad, y el verdadero dolor, y arrepentimiento de ſus culpas, era en el Acto de la Confeſsion Sacramental, à que ſe llegaban llorando tan amargamente, que me ſacaban lagrimas à los ojos, y me llenaban de incrèible conſuelo, dando gracias à la Divina Miſericordia, que obra en gente, de ſuyo tan barbara, y nueva en la Fè, tan prodigioſos efectos. Aſsi aquel Miſsionero, que proſigue diziendo otras mil coſas de bondad, y devocion de ſus Chriſtianos, que ſirven de no pequeña confuſion, y rubor, à quien ha nacido, y vivido en el gremio de la Santa Igleſia.

Bien, que por lo que toca à la pureza de ſu conciencia, dàn otros Miſsioneros relacion mas diſtinta, diziendo, que hazen mucho eſcrupulo de retener coſa agena, por pequeña que ſea: que muchas vezes apenas ſe les halla materia ſuficiente para la abſolucion: que luego que ſienten el menor remordimiento de qualquiera culpa, por ligera que ſea, y ſolo en apariencia à vezes, corren volando à llorarla delante de Dios, y pedir remedio à ſus Miniſtros, aunque eſtèn actualmente ocupados en las labores del campo, ò de noche repoſando; y ſingular-

larmente se refiere de vna buena muger, que pareciendole aun esto poco parte para mantenerse inocente, importunò tanto al Cielo con sus plegarias, para que la pusiesse donde estuviesse mas segura de manchar su alma, que al fin logrò felìz despacho de sus suplicas: porque el dia solemne de la Ascension, assaltada de vn accidente casi repentino, recibidos todos los Sacramentos, fue por la muerte à gozar la gracia que deseaba. Ni esta inocencia es solamente de algunos, à quien Dios Nuestro Señor mira con ojos mas piadosos, y cuyas almas fortalece con mayor copia de bendiciones celestiales, sino que es comun en todas las Reduciones, à lo menos en lo exterior: porque algunos de los Regidores del Pueblo tienen por oficio sindicar las costumbres de los demàs, y quando tal vez alguno, por sugestiones de la carne, se rinde al vicio sensual, vistiendole primero de penitente, le hazen confessar su culpa, y pedir perdon à Dios enmedio de la Iglesia, de donde llevado à la Plaza, le azotan asperamente delante de todos. Pero no me causa tanta maravilla la penitencia que estos culpados hazen, siendo descubiertos por agenas diligencias, quanto la sincera confession de vn Cathecumeno, y de vna India: Supo aquel, que vn Christiano avia sido castigado con el rigor que he dicho; y pareciòle tan bien esta justicia, que instantaneamente suplicò, se vsasse con èl de semejan-

te caftigo, porque yo, dixo, foy reo del mifmo pecado; y la India, aviendo caìdo fecretifsimamente en vna fragilidad, no parò hafta que con gran fentimiento manifeftò fu culpa à los Regidores, pidiendoles con muchos ruegos, y fuplicas, fe executaffe en ella el publico caftigo, afirmando, que le movia à hazer efto la ofenfa cometida contra Dios, y el no aver feguido los exemplos de tantos, que avian refiftido al incentivo de la carne con la confideracion de la prefencia de Dios, que en todas partes afsifte, con la memoria de las penas eternas del infierno, y con los otros medios, que les han enfeñado los Padres. Y lo que es mas en vnos barbaros, hechos à vivir en fu libertad, fin freno de caftigos, y penas, que ninguno de ellos fe fiente de efta feveridad, que fe vfa para corregir fus deslizes. Mas lo que parece milagro, es, que los Chiquitos de tal fuerte han depuefto las enemiftades con los confinantes, mamadas con la leche, fomentadas del genio, defendidas con las armas, y hechas implacables con la fangre derramada, que quando antes no podian fufrir ni aun vèr à fus enemigos en el mundo, aora eftàn con ellos en vna mifma Reducion, viven en vna mifma cafa, y comen à vna mefa, convirtiendo los odios, y rencores en otro tanto amor de vnos con otros, como fi no tuvieran otro Padre, que à Dios, y todos fueran vna familia de Jefu Chrifto. Efto pudie-

diera parecer lo ſumo de la virtud en vnos Chriſtianos nuevos, ſi no huvieran paſſado adelante à dexarſe deſpedazar à guſto de los Gentiles, por no faltar, como à ellos les parecia, en vn punto à la Santa Ley de Dios. Oyeron ellos, que Dios mandaba, no ſe bolvieſſe mal por mal, y que à los vltrages, è injurias, aun en la vida, no ſe reſpondieſſe ſino con manſedumbre, y ſufrimiento. A poco tiempo fueron algunos Neofitos (como adelante dirèmos) à buſcar Infieles, para reducirlos al conocimiento de Dios, y encontrandoſe de improviſo con vna Rancheria, los Payſanos dieron ſobre ellos con ſus macanas, y flechas: pero los Chriſtianos, aunque muy animoſos, y bien pertrechados de armas, con que facilmente ſe huvieran podido defender, no obſtante, por no hazerles mal alguno, ſe dexaron quitar las vidas. Otros, aviendo ſalido à otra empreſſa ſemejante, ni aun quiſieron llevar armas conſigo; y entrando en vna tierra, enarbolaron en ella la Imagen de Nueſtra Señora, exortando à la gente la hizieſſe reverencia; pero la reſpueſta que tuvieron, fue vèr caer ſobre sì vna tempeſtad de ſaetas, de que muchos quedaron alli muertos. Supieron eſto los Miſsioneros, y lloraron de conſuelo, pareciendoles vn prodigio de la gracia, en vna Nacion tan ſobervia, y vengativa.

Y à la verdad, afecto tan tierno à las coſas de

Dios, horror tan grande al pecado, y à todo lo que huele à vicio, ſe debe atribuir à la ſanta vida que obſervan, y à los continuos exercicios de piedad, que todos indiferentemente, ſin diſtincion de ſexo, ni condicion, practìcan. Tres vezes al dia, al romper del Alva, à medio dia, y à la noche, juntos los niños, y las niñas, cantan à coros diſtintos gran numero de Oraciones, y decoran de memoria lo que el Miſsionero les ha explicado del Catecismo. Todos los dias de fieſta ſe junta el Pueblo à oìr algun punto de la Doctrina Chriſtiana, ò Sermon, deſpues de aver cantado ſolemnemente la Miſſa. Al levantarſe, y acoſtarſe, ſe encomiendan à Dios, à la Reyna de los Angeles, y al Santo Angel de la Guarda, con devotas Oraciones, que en bautizandoſe aprenden: de otras vſan al entrar en la Igleſia, y quando el Sacerdote eleva la Sagrada Hoſtia, ò el Caliz. Antes de ſentarſe à comer, echan en pie la bendicion; y fuera de eſſo, no comen ninguna vianda fuera de la meſa, ſin que primero la bendigan con la Santa Cruz. Quando ſon admitidos à la participacion de los Divinos Myſterios, no es facil de explicar, con quanta devocion, y tiernos coloquios ſe llegan à comulgar, y quanto deſpues procuran mantener ſu coraçon puro, y limpio de toda mancha de pecado. Pudiera traer muchos exemplos en confirmacion de eſto: pero por no cauſar faſtidio à los Lectores,

me contentarè con referir vno ſolo. Deſeaban ciertos mozos recibir el Pan de los Angeles; mas el Padre les diò à entender, que no ſe lo concederia jamàs, ſi primero no corregian, y enmendaban cierta libertad, que tenia algun reſabio de Gentiliſmo: ellos, ſin otra diligencia, obedecieron luego; y aunque les coſtaba no poco, ſe enmendaron totalmente de la dicha coſtumbre. Preguntòles deſpues, ſi avian buelto à recaer; y admirandoſe mucho, reſpondieron, que como era poſsible ofender à ſu Señor, deſpues de averle dado acogida en ſu coraçon. Pero quando eſtas Reduciones parecen vn Parayſo (dize vn Sugeto que las ha viſto) es por la noche, quando todos cantan las coſas de nueſtra Santa Fè, pueſtas en cierto modo de muſica muy llano: lo qual hazen los niños, y niñas en las calles publicas, al pie de las Cruzes, y los hombres en ſus caſas, y en lugar ſeparado las mugeres: deſpues rezan el Roſario, y concluyen eſta devota funcion con canticos en alabança de Chriſto Señor Nueſtro, y de ſu Santiſsima Madre Nueſtra Señora la Virgen Maria, à quien profeſſan afecto terniſsimo, no llamandola con otro titulo, que de Madre: todos los Sabados, y las viſperas de las Feſtividades conſagradas à ſu nombre, cantan la Miſſa à ſon de inſtrumentos muſicos, quales ſe vſan entre ellos, y jamàs vàn à trabajar al campo, ò buelven de ſu labor, ſin que primero

en

entren en la Iglesia à hazer oracion delante de su Imagen. Lo mejor de sus pobres haveres emplean en servicio de esta Señora, y quieren antes ser pobres, que faltar vn punto en su culto; y vna vez que vn Padre queria, que vendiessen la cera de las abejas llamadas *Opemùs*, que es blanquissima, y la mejor, le respondieron resueltamente: No quiera Dios que se expenda en provecho nuestro lo que hemos ofrecido à su Madre Santissima, pues si nosotros nos privamos de esta cera por amor suyo, à ella le tocarà socorrer nuestra pobreza. Finalmente, para vltima prueba de la devocion de estos nuevos Christianos, darè noticia de ciertas Procesiones publicas suyas, las quales, si à algunos parecieren menudencias, de que no se debe hazer caso, digo, que en otros pudiera parecer assi, pero no en gente, para quien fue necessario vn Oraculo del Vaticano, para creer, que eran capazes de la Ley „ de Dios: Pues los primeros Descubridores de las „ Indias juzgaron falsa, y temerariamente, que no „ eran racionales, sino brutos, incapazes de razon; y „ fundados en este error los Españoles de la Isla de „ Santo Domingo, y las demàs, teniendolos por ani- „ males, los cargaban tres, y quatro arrobas acues- „ tas, los sacaban, y llevaban muchas leguas; y esta „ opinion se estendiò despues, con harto daño de „ los Naturales, de suerte que en Nueva-España,

„ juz-

,, juzgandolos imprudentemente por beſtias, ,, con forma humana, los trataban como ſi lo ,, fueran, negando por el conſiguiente, ſer capazes de la Bienaventurança, y de los Santos ,, Sacramentos: y llegò à tanto eſto, que obligò à Don Fray Juan Garcès, primer Obiſpo ,, de Haxcala, Dominico, año de 1636. à eſcrivir vna Carta, llena de piedad, y erudicion, ,, informando la verdad al Sumo Pontifice Paulo III. quien con Breve, y Bula eſpecial, definiò, y declarò à los Indios por hombres racionales, y capazes de la Fè Catholica, como ,, todas las demàs Naciones de la Europa, y de ,, todo el Mundo: *Indos ipſos, vtpotè veros homines, non ſolùm Chriſtianæ Fidei capaces exiſtere ,, decernimus, & declaramus, &c.* Siendo, pues, ,, tales los Indios, que ha avido quien los haga ,, irracionales, aun à los menos barbaros; y ſiendo eſtos Chiquitos vnos de los de la claſſe de ,, los mas barbaros (*P. Acoſt. in Proœm. ad lib. ,, de Procur. Indor. ſalute*, ſegun lo que enſeña ,, el Padre Joſeph de Acoſta, Don Juan Solorçano, *lib. de Politic. Indian. cap.* 9. *pag.* 41. y el ,, Iluſtriſsimo Señor Obiſpo de Quito D. Alonſo de la Peña Montenegro, *lib.* 2. *del Itinerario in Prologo pag.* 141. y otros muchos Autores) nadie tendrà por coſa de menos monta,

Solorçano *tom.* 1. *de IureIndiarum lib.* 2.

Solorçano, *lib.* 2. *cap.* 8. *ex n.* 79. & *lib.* 3. *c.* 7.

eſtas

,, estas señales exteriores de devocion, que yà
,, refiero. La noche, pues, del Jueves Santo, despues de aver oìdo vn fervorosissimo Sermon de la Passion de Nuestro Señor Jesu-Christo, se visten vn habito acomodado à la tristeza de aquel santo tiempo; y para imitar al Redemptor penando, llevan algunos acuestas Cruzes muy pesadas, otros se ciñen de agudas espinas la cabeza; quien atadas atràs las manos, và arrastrando por tierra; quien derecho con los brazos estendidos en forma de Cruz; los mas se azotan asperamente con terribles disciplinas: cierra la Procession vna tropa de niños, que de dos en dos llevan los Instrumentos de la Passion del Señor. Despues al pie de vn devoto Crucifixo, puesto delante del Santo Sepulcro, todos por su orden, con lagrimas de ternissimo sentimiento en los ojos, le ofrecen los frutos de sus sementeras, *llenandose entre tanto* (dize vn Missionero) *de consuelo nuestros corazones, al vèr postradas estas almas delante del Divino Cordero, que las rescatò con su Sangre; las quales poco antes andaban, como Fieras, descarriadas, y perdidas por las Selvas.* La otra Procession hazen el dia del Corpus, à la qual combidan las Naciones confinantes de los Gentiles: componen, pues, las calles, lo mas ricamente,
que

que à ſu pobreza es poſsible; y en lugar de tapizes recamados de Oro, ò de colgaduras de Damaſco, adornan con ingenioſo artificio las fachadas de las caſas, de ramos de Palma, hermoſamente enlazados vnos con otros: à las cabezeras de las calles levantan Arcos Triunfales, que viſten de quanto hermoſo, y florido ay en ſus huertas, y boſques: lo mejor de los aderezos, y bordaduras, labradas hermoſa, y delicadiſsimamente de plumas, lo pone cada vno delante de ſu caſa; y à fin de que todas las criaturas, aun irracionales, rindan omenage, y tributo de reverencia al comun Señor de todas, ſalen dias antes à caza de Pajaros, y de Fieras, aunque ſean Tigres, y Leones; y bien atados, los ponen en el camino por donde ha de paſſar el Santiſsimo Sacramento, y juntamente arrojan por el ſuelo el maìz, y las demàs ſemillas, de que han de hazer ſus ſementeras, para que ſea bendito de Dios, y las haga multiplicar à la medida de ſu neceſsidad: pero lo mejor de eſta devotiſsima Fieſta es la terniſsima devocion, y fervor, con que acompañan aquel trabajo à gloria de ſu Criador.

Y no pienſe nadie, que Dios Nueſtro Señor ſe dexa (à modo de dezir) vencer de la piedad de eſtos ſus nuevos Fieles; antes bien parece, por decirlo aſsi, que ha andado con ellos à competencia, de

ſuerte que quanto ellos mas ſe emplean en ſu ſervicio, tanto mas les retorna, y recompenſa con beneficios; porque como por experiencia ſabemos, ſuele ſer ſobremanera amoroſo, y benefico en la primera formacion de aquellos, que eſcoge para cimientos de alguna nueva Igleſia entre Infieles, y vſa mas largamente en provecho ſuyo de ſus bendiciones, no ſolo en las neceſsidades eſpirituales, ſino tambien en las corporales. Perdianſe vna vez los ſembrados por falta de agua, y apenas la pidieron los Neofitos, quando rompiò el Cielo en abundantiſsimas lluvias. Hazia gran eſtrago en la gente del Pueblo de San Rafaèl vna peſtilencia: corriò luego el Pueblo à la Igleſia à pedir à Dios miſericordia, y al punto ceſsò el contagio, de ſuerte que ninguno de los tocados de èl, muriò en adelante, ni de los ſanos enfermò alguno. Avia tambien aqui gran careſtìa de viveres, por cuya cauſa, algunas buenas mugeres repreſentaron à Dios ſu neceſsidad, diciendo la vna: *Señor, y Dios nueſtro Jeſu-Chriſto, dadnos que comer, porque ſi no, nos morimos.* Y otra: *Señor, quereis que me muera? Mirad que me eſtoy cayendo de hambre*: y aquel año fueron abundantiſsimas las coſèchas. Avian de ir al Monte los Chriſtianos del Pueblo de San Juan Bautiſta, à hazer proviſion de carne; pero por no averſe concluido la fabrica de la Igleſia, ſe quedaron traba-

jando,

jando, por acabarla de fabricar con toda perfeccion, fiandose de Dios, que los proveeria, como de hecho sucediò, porque de alli à poco salieron del Bosque muchos Javalies en tropas; y para que claramente se conociesse, que era cosa de Dios, se pararon junto à la Reducion, para que la gente pudiesse à su salvo matar, los que eran suficientes, para socorrer à su necessidad. Pero serìa nunca acabar, si quisiessemos referir vna por vna las finezas, que Dios Nuestro Señor ha vsado con ellos. Sea solamente vltima prueba de ellas, que estiman mas estos Neofitos vn Rosario, que qualquiera otra cosa, por hermosa, y preciosa que sea, y con razon, porque le sirve de vn seguro reparo, y escudo en las desgracias, y peligros, que encuentran en sus caminos: y los nombres Santissimos de Jesvs, y de Maria los han librado muchas vezes de evidentes riesgos de ser hechos pedazos de las Fieras. Referirè vn solo caso, digno entre los otros de particular memoria. Andaba à caza por vn Bosque cierto Christiano llamado Diego, digno de ser nombrado, por la santa vida que observaba, quando de improviso viò venir àcia sì vna Tigre, que andaba tambien por alli à caza, y no se podia escapar el Indio, sin que ella le despedazasse; antes le acometiò con tan gran furia para despedazarlo, que no le diò lugar mas, que à invocar los podero-

ſos nombres de Jesvs, y de Maria, à cuya invo-cacion la Fiera, que yà le tenia entre ſus garras, le ſoltò, y ſe bolviò àcia atràs, ſin hazerle otro daño, que vnos raſguños bien ligeros en la cara, y en los brazos, para memoria del milagro, y de el beneficio de aver recibido ſegunda vez la vida de mano de la Santiſsima Virgen; porque aviendo enfermado poco antes, y no podido ſanar por mas medicinas, que ſegun la poſsibilidad ſe le avian aplicado, ſolo ſe afligia por no poder ayudar à la Fabrica de la Igleſia: bolviòſe por tanto à la Madre de miſericordia, pidiendola con inſtancia la ſalud; y el dia ſiguiente, libre de toda enfermedad, ſe fue à trabajar à la obra, predicando con las palabras, y mucho mas con el exemplo, la devocion con la Reyna del Cielo. Eſta merced fue en provecho de vno ſolo; pero otra fue hecha à vn Pueblo entero, en ſeñal de agradecimiento. Retirabanſe vna noche, acabado de rezar el Roſario, à ſus caſas, quando de repente deſcendiò del Cielo vn globo de luz, que eſparciò por el contorno ſus rayos, y llenò à vn miſmo tiempo ſus coraçones de jubilo, y reverencia; y que eſto fueſſe coſa mas que natural, lo demoſtraron los efectos cauſados en aquella Santa Chriſtiandad.

Verdad es, que como ſiempre ſucede, entre tantos buenos, no faltaban algunos malos, y perver-

ſos,

ſos, que hazian mas aprecio del cuerpo, que del alma; pero Dios Nueſtro Señor vsò con ellos del poder de ſu braço Omnipotente, yà ablandando duriſsimos pecadores con modos extraordinarios, y ſingulares, yà caſtigando tal vez con los azotes de ſu Juſticia à los obſtinados, que à buenas no ſe rendian, haziendo con eſſo, que otros que lo veìan, abraçaſſen la Ley de Dios. Referirè aqui algunos pocos ſuceſſos de eſtos, mas dignos de memoria. Y ſea el primero vn cierto Indio, llamado Santiago Quiara, el qual, llevando mal el apartamiento de vna concubina ſuya, que avia dexado en el Bautiſmo, bolviò à admitirla en ſu caſa. Pero luego le fue Dios à la mano con vna enfermedad, que privandole de la luz del cuerpo, deſterrò de ſu alma las tinieblas del pecado. Hizieronſele, pues, dos nubes en los ojos, que creciendo poco à poco, le privaron totalmente del vſo de ellos; y por mas que la caridad de los Padres ſe fatigò en aplicarle remedios, no pudo aprovecharle nada. Con eſto entrò dentro de sì el doliente, y adivinando, que la cauſa de eſta deſventura, no era otra, que ſus pecados, ſe bolviò, con mejor conſejo, al Medico Divino, ſuplicandole vivamente le dieſſe remedio, no tanto à èl, que no lo merecia, quanto à ſu familia, que al rededor de èl lloraba, ſin tener vn bocado de pan, que llegar à la boca. Eſtando vna noche en ſu

ca-

casa examinando sus pecados, y pensando en las miserias de su vida, prorrumpiò en esta fervorosissima suplica à Christo Señor Nuestro, y à su Beatissima Madre: *O Jesus mio, tened misericordia de mi* (assi puntualmente lo refiriò èl à todo el Pueblo, à quien por orden de los Padres manifestò su milagrosa curacion.) *O Jesus mio, aunque no lo merezco, perdonadme mis pecados, y restituidme el vso de mis ojos: reconozco, Señor, y confiesso, que este trabajo es justissimo castigo de mis culpas; pesame en el alma de averlas cometido, y propongo de nunca jamàs bolver à caer en ellas. Virgen Maria Madre de Dios, y mia, aplacad la indignacion de vuestro Santissimo Hijo, y alcançad à mi alma el perdon de mis pecados, y à mi cuerpo la vista perdida. O Dios, y Padre mio, moveos à misericordia; y pues podeis tan facilmente, concededme la gracia que os pido, que yo prometo de jamàs ofenderos en adelante, y de observar perfectamente, con la diligencia, que me fuere possible, vuestra Ley Santa.* Mientras assi estaba llorando delante de Dios, oyò vna voz, como de quien estaba enojado, que hablaba con èl, y le dezia: *Por tu amancebamiento, y por las confessiones mal hechas, te ha sobrevenido esta desgracia.* Al oìr estas palabras, que le penetraron hasta el alma, saliò como fuera de sì, y en aquel punto se viò cercado de vna luz tan bella, que la del Sol en su comparacion era muy tenue, y despedia vna fragrancia tan sua-

ſuáve, è incomparable con ninguna coſa odorifera de la tierra, que manifieſtamente ſe conocia, que era dòn del Cielo: ſus carnes ſe le puſieron tan delicadas como de vn niño recien nacido; y ſe movia con tanta agilidad, como ſi eſtuviera deſpojado de la peſada carga del cuerpo. Reſpondiò entonces el hombre, deshaziendoſe en lagrimas de conſuelo, y juntamente de dolor: *Confieſſo, Padre, y Señor mio, mis pecados, que dexè mi legitima muger, y me bolvì à mi antigua amiſtad, de que fuertemente me peſa. Aſsi es* (oyò que le replicaban) *confieſſate, y haz penitencia de tus culpas.* Deſapareciò la viſion; y buelto en ſus ſentidos, ſe hallò perfectamente ſano. Pero mirando la fealdad de ſu cuerpo, y la vileza de eſte mundo, comparada con lo que avia viſtò, y gozado, deſeaba averſe verdaderamente muerto, y no ſolo en apariencia, ſino en realidad, para continuar en el gozo de tanto bien, y ſe ponia las manos ſobre los ojos, que bellos, y claros avia recobrado, para que no fixaſſen la viſta en las miſerias de acà abaxo; y haſta oy dia, quando ſe pone à penſar en eſte ſu extaſis, ù otro alguno ſe le trae à la memoria, no puede contener las lagrimas, y ſollozos. Fue notable el fruto, que causò eſte milagroſo ſuceſſo: apenas quedò hombre de conciencia, que no ajuſtaſſe de nuevo todas las partidas con Dios con vna confeſsion general: pero

quien

quien experimentò mayores los efectos, fueron los dos Pueblos de San Joseph, y de San Francisco Xavier, que muchas vezes le avian consolado, y servido en aquella enfermedad. La mudança de vida, que hizo este afortunadissimo Neofito, fue la que se podia esperar de la gracia del Espiritu Santo, que le avia tan abundantemente entrado en su coraçon.

No fue menor el efecto (aunque sì diverso el modo) de convertir à vn hechizero, y gran familiar del demonio. Este, pues, sacado del monte, donde vivia como bruto, por el infatigable zelo de el Padre Lucas Cavallero, apenas avia puesto el pie en la Reducion de San Joseph, quando cayò enfermo; è imaginando, que aquellos dolores eran otros tantos lamentos, y suplicas de su alma, hambrienta de los placeres, y deleytes passados, se condenò à sì mismo de demasiado ligero, y poco à poco se bolviò à sus pensamientos antiguos, y en sus deseos se bolviò infiel en su coraçon, ò por mejor dezir, bestia. Una noche, pues, ardiendo mas en tales deseos, que con la fiebre que interiormente le abrasaba, sintiò que se acercaba vna como multitud de gente, que hazia gran estruendo, y ruido, y era vna quadrilla de demonios, que huìa de la Iglesia, maldiciendo aquel Santo lugar, y à los Neofitos, que en èl se estaban disciplinando; y llegandose à

ſu choza, le dixeron: *Mira, mira como ſe azotan los Indios: no vès con quanta razon te predicamos, que no te dexes engañar de las patrañas de eſtos malvados* (dezianlo por los Padres:) *librate tu de eſto, bolviendote à tu boſque, porque ſi no, deſcargarèmos ſobre tus eſpaldas los miſmos azotes.* El Indio enfermo no viò à los demonios, ſino ſolo vna ſombra eſpantoſa, de donde ſalia tan perverſa admonicion. Pero erraron eſta vez, como otras muchas vezes, ſus tiros los demonios, porque en lugar de ſalir con ſus intentos, perdieron la pieſa: llenòſe el miſerable todo de pavor, y miedo, porque el corazon le dezia, que eſta era coſa del infierno, y no ſabia como echarlos de sì: avia oìdo dezir, que los dulciſsimos nombres de Jeſus, y Maria tenian poder contra eſta canalla; pero no ſe le ofrecian à la memoria, haſta que deſpues de mucho trabajo ſe le ofrecieron, y los pronunciò: entonces los demonios, como ſi ſe vinieſſe abaxo toda la caſa, huyeron con gran furia, y èl, curado en el alma de ſus liviandades, entrò por el camino de la ſalvacion, con mas firmes propoſitos, y mas ſeſſo que antes; y con tal mudança, y arrepentimiento de ſus yerros, que eſtando aun con la fiebre, ſe levantò de la cama, y fue corriendo à echarſe à los pies del Padre Cavallero, y con mas lagrimas, que palabras, le pidiò el Santo Bautiſmo.

Estos dos casos, que he referido, no fueron mas que visiones, vna de consuelo, y otra de terror, para mejorar en el alma à los dos, à quien se mostraron. Mas caro les costò à los dos siguientes el obstinarse contra las saludables admoniciones de los Missioneros. El primero, Christiano recien bautizado, enfadado de vivir como hombre, y en la Ley de Christo, en el Pueblo de San Rafaèl, se huyò entre los Infieles; y como es tan violento el vivir sin ningun gusto, no gustando èl yà mas de Dios, le fue facil al demonio inducirle à tomar otro deleyte, y le ofreciò al punto ocasion comoda, y oportuna en vna muger de mala vida, con quien avia estado mal amistado en su Gentilidad. El Missionero de aquella Reducion, que con sus sudores avia ganado aquella alma para Dios, embiò al punto tras èl algunos fervorosos Christianos, que aviendole alcançado en vna Rancheria de Infieles, le reconvinieron con la promessa que avia hecho à Dios en el Bautismo, y con la palabra que avia dado à los Padres de quedarse en el Pueblo de San Rafaèl. El, dissimulado, los recibiò con vna falsa alegria en el semblante, y con palabras fingidas, que yà tenia premeditadas; y, ò porque esperasse apartarlos de la Fè, y hazerlos renegar; ò porque pensò por entonces contemporizar con ellos, les quiso prevenir vn esplendido banquete: para esso se fue à

ca-

caza: y aviendo muerto vn animal, mientras alegre, y contento pensaba como llevar al cabo su designio, oyò hazer gran ruido detràs de sì, como de quien queria embestir à otro: helòsele la sangre con el susto al miserable; y tenia razon, porque era vna vivora de desmedida grandeza, que venia à dar sobre èl, y matarle: buelto en sì, y cobrando aliento, levantò la macana, y la detuvo con vn golpe. Irritada de esto la vivora, procurò con mas furia agarrarle por el pescuezo: retiròse èl àcia atràs, queriendo evadir el salto con otro golpe; mas por su desgracia se le cayò de la mano la macana, y con ella aquel poco de animo, que en tan peligroso lance le alentaba: pero como el amor de la vida es muy ingenioso en hallar trazas, y valerse de todo para mantenerla, echando mano al arco, y al carcax de las flechas, que traìa atados à la cintura, se reparaba lo mejor que podia, de la furia de la bestia: sudaba mucho entre tanto, daba altissimos gritos, y pedia socorro; pero en vano, porque no avia nadie, que pudiesse ayudarle: por lo qual, desesperado de poder escapar con la vida de tan obstinada contienda, no teniendo mas fuerças para resistir, queria yà rendirse à discrecion del enemigo, à no aver sucedido, con gran ventura del miserable, que tirando la vivora à cogerle por la garganta, diò con la suya sobre la punta de vna sae-

ta, y se hiriò malamente, con que acobardada, y cansada, se parò algun tanto, y diò tiempo al Apostata para salvarse huyendo; el qual, casi fuera de sì, llegò à la Rancheria, y referido el sucesso, los Infieles le interpretaron, como les hazia mas al caso: pero los Christianos mas advertidos, adivinaron sabiamente, que esto le avia sucedido, no tanto para peligro del cuerpo, quanto para aviso del alma, segun su necessidad; porque llamado, y admitido de Dios à ser su hijo por el Santo Bautismo, le avia despues feamente dexado, bolviendose à vivir entre Gentiles. Quadrò à todos la interpretacion, pero singularmente al Apostata, à quien el remordimiento de la conciencia le dezia lo mismo à su coraçon con mas eficacia: por lo qual, sin detenerse, fue con todos los Infieles, que alli avia, derechamente à San Rafaèl; estos para alistarse en el numero de los Cathecumenos, y aquel para enmendar, y satisfacer con la penitencia su pecado, como lo hizo, viviendo de alli adelante en temor de Dios, y con honestidad exemplar.

Mas terrible aun fue el modo con que otro entrò en juizio, y cobrò aprecio de las cosas de su alma. Aviase reducido à nuestra Santa Fè, en el Pueblo de San Joseph, vn Gentil, y en el Bautismo avia dexado vna amiga, con quien antes avia vivido en el cieno de muchas deshonestidades: pero duròle poco

poco tiempo este buen proposito, y este retiro, y resistencia à los placeres, y gustos de la carne: porque aviendose encontrado con la amiga antigua, su vista le abrasò otra vez el coraçon, y le encendiò los deseos primeros: despues, para que ninguno le fuesse à la mano en sus deshonestidades, tramò secretamente la fuga con otras tres mugeres de sus mismos intentos, y se escondiò en vn Bosque, de suerte, que por mucho que otros Indios de mejor conciencia los buscaron, por orden de los Padres, jamàs le pudieron encontrar. Entonces vno de los Padres Missioneros echò de vèr, que aquel no era mal, que se avia de curar sino con el remedio de algun extraordinario auxilio de la Divina misericordia. Por esto empezò à llorar amargamente por aquel ciego miserable: y tantas suplicas hizo à la Beatissima Trinidad, y à la Reyna del Cielo, y à las Santas almas del Purgatorio, que se le cumpliò su deseo con modo bien singular, porque mientras èl festejaba sus brutales deshonestidades, estando el Cielo serenissimo, sin la menor señal de tempestad, estallò vn terrible trueno, en medio del ayre, y tras èl se despidiò vn Rayo, que vino à dar à sus pies: y el Indio, ò por la furia del Rayo, ò por el miedo que tenia, cayò en tierra como muerto. De aqui buelto en sì, despues de gran rato, y abriendo los oìdos à aquel llamamiento de Dios, lleno

de

de susto, y pavor de que no le sucediesse cosa peor, se diò à llorar amargamente su pecado; tomò en las manos el Rosario, que traìa al cuello, empezò à pedir piedad, y misericordia à Dios, prometiendo ser totalmente otro en adelante, constante, y leal en su servicio; y al punto puso en execucion su proposito, retirandose al Pueblo de San Francisco Xavier, porque no tuvò animo de bolver à San Joseph; y porque la vista de su amiga no le despertasse el apetito, Dios se la quitò de delante con vna enfermedad, en que arrepentida de sus culpas, y deshaziendose en lagrimas de contricion, y arrepentimiento, sin permitir que jamàs entrasse su galàn en su Rancho, passò con grande esperança de su salvacion à la otra vida: con que ella difunta, bolviò èl à su Reducion, donde començò nuevas obras, y entablò nueva vida, que prosiguiò con tanto contento, y gozo de su espiritu, que jamàs en adelante bolviò à los torpes, y brutales gustos de la carne.

Passemos aora à referir otros, à quien Dios Nuestro Señor con doblado, è irremissible castigo, puso por exemplo, y terror de los demàs; quitandoles la vida temporal, y la comodidad de conseguir lá eterna. Tocò en primer lugar esta infeliz suerte à vn mancebo, de Nacion Peta, que estaba de mala gana en el Pueblo de San Juan Bautista,

tiſta, en quien por mas que la caridad de los nueſtros, y ſus ſaludables amoneſtaciones, y conſejos, procuraron ablandar la dureza de ſu coraçon, no aprovecharon nada, para que ſe quedaſſe alli; antes, por no ſer detenido, ſe huyò ſecretamente, quando el Pueblo aſsiſtia en la Igleſia à los Divinos Oficios. Mas no tardò mucho en venir ſobre èl la Divina Juſticia, que le eſperaba en vn deſierto ſolo, ſin que huvieſſe à quien bolver los ojos: alli, pues, ſe le hinchò diſformemente vna rodilla, y ſe le empezò à pudria, criando materia, y guſanos, y echando vna hediondèz intolerable, con que rabiando de dolor, murio, ſin tener quien le dieſſe aun la ſepultura de las beſtias, yà que avia ido como vna de ellas: y claramente conocieron todos, que eſto le avia ſucedido en pena de ſu obſtinacion: porque por mas aprieſſa que fueron algunos Neofitos à ſocorrerle, no llegaron à tiempo, y ſirvio ſu deſgraciada muerte, para que ninguno en adelante ſacaſſe el pie de la Reducion, ſin aver ajuſtado antes con Dios las partidas de ſu conciencia, y pedido la bendicion à la Santiſsima Virgen. Aun peor le ſucedio à vn hechizero, gran miniſtro del demonio, en el Pueblo de San Franciſco Xavier, pues los miſmos Chriſtianos le mataron à palos, porque con ſus mentiras, y patrañas no dexaba de moleſtar al ſencillo Pueblo, y

deſ-

desacreditar, y vituperar la santa, è inocente vida de los Missioneros, ni le valiò la autoridad de los Padres que le sufrian con paciencia, y le avian librado dos vezes de la furia del Pueblo; porque mientras vn dia, montado en colera, vendia por misterios las fantasias, y por verdades los sueños de su mala cabeza, à ciertos nuevos Christianos, y desfogaba su colera contra los Padres, con palabras injuriosas, y de escarnio: dezia cosas tan indignas, que à vn Cacique principal, Christiano de muchos años, no le pareciò que se podian yà sufrir: por lo qual, poniendose delante de èl, le quitò la gana de predicar mas, y de vivir, quebrandole los dientes en la boca, y los sessos en la cabeza con vn palo. Acabarè esta funesta narracion con vn espantoso sucesso, que por mucho tiempo quedò en la memoria, para terror, y exemplo de toda aquella nueva Christiandad.

Phelipe Motorè, Tabica de Nacion, vencido de las continuas sugestiones del demonio, y de la carne, bolviò publicamente en casa de vna amiga, dexando à su muger, sin reparar, ni hazer escrupulo de tenerla publicamente, como si fuesse su propria muger. Desagradò esto indeciblemente à todos, singularmente à los Padres, que veìan con tal exemplo abierta la puerta, para que otros hiziessen lo mismo; y que por mas que huviessen

fra-

bajado, y ſudado, en deſarraigar tal abuſo, y eſtablecer el nudo indiſſoluble del matrimonio, ſe deſtruiria en breve; y como ſucede entre barbaros, que el Pueblo indomito ſe và en pòs de quien tiene entre ellos alguna ſoberania, y preeminencia, le ſeguirian todos. Pero Dios Nueſtro Señor tomò por ſu cuenta el remediar eſte eſcandalo, y no tardò mucho en darle ſu merecido, quitandole de alli à poco la vida, y arrojandole al Abyſmo, reparando juntamente los daños, que pudiera aver cauſado, y cauſaria en adelante. Mientras que alegre, y contento ſaltaba de placer, y hazia fieſta por eſte ſu perniciofiſsimo eſcandalo, le empezò à correr por las venas vn humor peſtilente, y ſe le encendiò vna fiebre ardentiſsima, que en pocos dias le conduxo à las puertas de la muerte. Acudieron los Nueſtros à viſitarle, perſuadidos à que tambien à eſte, como à otros, la tribulacion le avria abierto los ojos, para arrepentirſe de ſu pecado; pero ſorprendido de vn accidente, y ſintiendo que ſe le acababa la vida, llamò à ſus parientes, y amigos, y les dixo: Verdaderamente, hermanos mios, que ſoy deſgraciado, è infelìz, pues por mis delitos paſſados eſtoy condenado à arder para ſiempre en las penas eternas del Infierno. Mirad à los demonios, que vienen à llevarme arraſtrando, para que ſea ſu compañero en las penas, como lo

fui en los pecados. El no aver dado credito à los ſabios conſejos de los Miſsioneros, y el admitir de nuevo publicamente la amiga, ſon la cauſa de eſta mi ſempiterna deſventura: oìd voſotros de buena gana la Santa Doctrina, y poned en execucion, quanto en bien de vueſtras almas ſe os enſeña, para que no vengais conmigo à llorar inconſolablemente en el Infierno aquellas culpas, y yerros, que para borrarlos no me ſerà baſtante vna eternidad de ſuplicios. Afligidiſsimos quedaron los circunſtantes: y aquellos à quienes la deshoneſtidad, y la diſſolucion, les dezian en el corazon, que eran dignos de ſemejante fin, ſe helaron de pavor, y ſuſto. Otros creyeron, que con la enfermedad maligna que tenia, avia delirado de aquella ſuerte, y por eſſo le llevaron à la Igleſia, en donde celebradas las exequias, le enterraron. Pero Dios Nueſtro Señor diò bien preſto à conocer, que aquellas palabras no avian ſido delirios de vna cabeza deſvanecida, ſino vna ſincera confeſsion de la juſta vengança del Cielo. Porque à pocos dias vieron ſalir de la Igleſia en grandes nublados, vn humo negro, y denſo, que parecia ſe abraſaba toda ella. Acudiò luego toda la gente à apagar aquel que creìan incendio; y regiſtrando de donde ſalia aquel humo, vieron, que le arrojaba la tierra, que eſtaba ſobre el cuerpo de aquel deſdichado: por lo

qual echaron ſobre èl agua en grande abundancia: pero què ſucederia? Començò à bullir la tierra, y à levantarſe, arrojando fuera vna eſpeſa, y eſpantoſa niebla, que parecia ſe abraſaba todo el Lugar, y que alli eſtaba eſcondido, y oculto vn gran volcàn de llamas. Portanto, abierta la ſepultura, ſe hallò el cuerpo ſin la menor corrupcion, como ſi aquella tierra bendita rehuſaſſe mezclarſe con aquellos miembros, cuya alma era vn tizon del Infierno: pero exalaba el cuerpo vn eſpantoſo, y hediondo humo, con que ſe veìa bien claro, que era coſa mas que natural. Por lo qual, ſacado fuera el cadaver, le arrojaron en vna Laguna, la qual tambien començò luego à moverſe, y bullir, como ſi alli ſe abraſaſſe algun hierro ardiendo. Aterròſe no poco el Pueblo con tan funeſtos accidentes, y por mucho tiempo no ſe hablò ſino del infelìz Phelipe Motorè, ni les fue neceſſario à los Padres canſarſe mucho en predicar la honeſtidad, y perſeverancia en los Matrimonios. Curioſos deſpues los Indios de ſaber à donde avia ido à parar el cuerpo, le buſcaron dentro del agua, pero por mas que regiſtraron toda la Laguna, nunca jamàs le pudieron encontrar, dando con eſto motivo, para congeturar prudentemente, que fue ſepultado en los Abyſmos, para hazer compañia en las penas al alma, yà que la avia inci-

citado, y hecho participante de las brutales torpezas de la carne.

Passemos yà de materia tan funesta, y describamos por vltimo vna vision, que tuvo vn Neofito, por la qual mejoraron increiblemente las cosas de esta Christiandad, y fue mas gustosa, que todo quanto he dicho hasta aora. Para lo qual me serà preciso interrumpir à ratos brevemente la narracion, para inteligencia de las cosas, que en ella se insinùan, y la referirè por extenso, como puntualmente la escrivieron à su Provincial los Padres Lucas Cavallero, y Phelipe Suarez. Un Christiano, llamado Lucas Xarupà, assaltado de vna fiebre maligna, le reduxo en pocos dias à los vltimos periodos de la vida: à este tiempo le sobrevino vn fortissimo parasismo, que le privò totalmente del vso de los sentidos, sino es yà que (como èl afirmò) muriò verdaderamente. Salida el alma del cuerpo, le salieron al encuentro dos, con semblantes de hombres, que le combidaban à que fuesse con ellos à otro Paìs. Paròse vn poco, temiendo no fuessen demonios; pero observando las facciones de sus rostros, la belleza de los vestidos, y de las cruces, que traìan en las manos, y la afabilidad de sus palabras, creyò que era cosa del Cielo: por lo qual, perdido el miedo, se fue tras ellos por vna cuesta empinada, por la qual se montaba à vnas altas cumbres:

la

la senda era estrecha, dificil, y sembrada toda de abrojos, y espinas, texidas entre sì à manera de Cruzes: por lo qual era menester caminar con tiento passo à passo, para no maltratarse; y huviera dessfallecido, por la pena, y dolor, que sentia en pisar las espinas, si sus guias no le huviessen alentado, y confortado con la amabilidad de su vista, y con la luz que echaban de sì: llegò entre tanto à donde por la mano izquierda avia vn camino real, ancho, y llano, y bellissimo à la vista, por su verdor, hermosamente esmaltado de todo genero de flores. Quiso seguir este camino, mas sus conductores le advirtieron, que mirasse donde iba à parar aquella hermosura, y viò, que iba à rematar en ciertas profundidades, y altissimos precipicios, de donde salian disonantissimos gritos, y vozingleria, de suerte, que se persuadio estaban celebrando alli sus Paysanos algun solemne banquete; pero bien presto le sacò del engaño vna quadrilla de demonios feissimos, con terribles semblantes, y descompassados movimientos del cuerpo: vnos con cara de tigres, otros de dragones, y cocodrilos, y algunos con apariencias de tan monstruosas, y terribles formas, que no sufria el animo mirarlos: echaban todos por la boca, y por las otras partes del cuerpo, llamas de color negro, y espantoso, y gritando, y discurriendo de vna parte à otra, remedaban las

dan-

danças, y bailes de los Indios, hasta que agarrandose del pobre Neofito, que estaba todo temblando, creyendo que aquella fiesta era por èl, hizieron gran fiesta, gritando: *El, èl es, Xarupà nuestro amigo, que antiguamente era nuestro devoto, y vsaba de los hechizos, y maleficios, que enseñamos à sus abuelos.* A tales cortesias se le recrecia el susto de que no le asiessen, y echassen mano de èl, para llevarselo al infierno. Pero los Angeles le asseguraron de que no ossarian moverse, ni menearse contra èl. Entonces saltò fuera de enmedio de aquella canalla vn cruelissimo verdugo, arrastrando vn condenado como à vn vilissimo jumento, atadas las manos, y los pies con cadenas de azero ardiendo: traìa à la garganta vn collar ancho de hierro, que le forçaba, mal de su grado, à tener derecha la cabeza, para su mayor confusion, y verguença: daba en tierra à cada passo, por la violencia con que el inhumano verdugo le tiraba; pero los demonios, que venian detràs con vna tempestad de azotes, que llovian sobre su cuerpo, y con otras cruelissimas befas, le obligaban à caminar. Daba entre tanto el miserable horrendos gemidos, y suspiros, maldiciendo su desventura, y lamentandose desesperadamente. Ardia todo en vivas llamas, como tambien el demonio que le tiraba, el qual traìa à la cintura, en señal del oficio, vn grande haz de vivoras, que le des-

pe-

pedazassen; y buelto à Lucas, con fiereza propria del infierno, le dixo: *Tambien tu alguna vez te entendias conmigo, y eras de mi servicio: siento mucho, que me ayas dexado, vinieras aora à cortejarme, si estos Padres no huvieran venido à tu Rancheria à predicar la Ley de Christo: no lo puedo sufrir: no hazen otra cosa mas, que hablar mal de mi, y de mis cosas. Pero no, no todos los Paysanos han de ir al Cielo, muchos aun duran en mal estado, y obstinados en sus costumbres Gentilicas. Me atraviesa el coraçon verme forçado à venir aqui, para que tu veas nuestras miserias, y de què suerte es el galardon que damos à los que siguen nuestro partido, y tu vayas despues à contarlo, porque en adelante perderèmos el credito, y los tuyos, dexados los vicios, y supersticiones, abrazaràn la nueva Fè; y si tu à esta hora no huvieras tomado esta resolucion, fueras aora compañero de este que tengo aqui en mi poder. Mirale, mirale, le conoces?* Tenia tan demudado el semblante, feo, y hecho vn tizon de fuego, que mal le podia conocer; pero finalmente, despues de fixar muchas vezes en èl la vista, reconociò quien era. Este es (le dixeron los Angeles) Antonio Tapochì, que ni aun en la hora de su muerte se quiso arrepentir, y por mas que los suyos le exortaron à que mirasse por su alma, y se dispusiesse à bien morir, nunca quiso darles oìdos, y echaba de sì con enojo, y despecho, à quien le anima-

ba à que pidiesse perdon à Dios, y llorasse, y confessasse sus culpas. Entonces el desgraciado Antonio, dando vn profundo suspiro, y bolviendose à Lucas, le hablò de esta manera: Ay desdichado de mi, que no quise creer à los Padres! Què penas, què dolores, què grandes, è insufribles tormentos padezco, por aver ofendido à Dios, sin hazer caso de su Doctrina, y de sus Ministros, que la predicaban! Estos suplicios no han de tener jamàs fin! He de padecer, y llorar eternamente, sin esperança de alivio! Felices mil vezes vosotros, que podeis esperar la eterna Bienaventurança, y libraros de este infinito pielago de amarguras, y de las manos de los verdugos, peores que las mismas penas! Esto que vès del desventurado fin de este desdichado (le dixeron los Angeles) refierelo à tus Paysanos: y diles, que tambien està en el infierno el Cacique Miguèl Motaquì (era este de Nacion Piñoca, y de los primeros que sujetaron la cerviz al yugo de Christo; pero enfadado de vivir con las reglas, y leyes de Christiano, se huyò entre los Gentiles, llevando consigo sus hijos, y muger: la qual, no pudiendo hazer por entonces otra cosa, le siguiò: bolviòle de nuevo à San Francisco Xavier el Padre Lucas Cavallero, pero siempre perseverò èl en sus primeros pensamientos, y en el coraçon era Gentil, aunque en la apariencia se mostraba hombre Chris-

tiano. En la vltima enfermedad recibiò los Santos Sacramentos, por no dar que dezir; pero en la agonìa moſtrò, que aſsi como avia vivido como beſtia, tambien como tal queria morir) tambien ſe condenò el malvado hechizero Poò, el qual eſtà en lo mas profundo del infierno, atormentado horriblemente por dos demonios, que fueron ſus inſeparables compañeros mientras viviò, y por inſtigacion ſuya pretendiò deſacreditar la buena fama de los Padres, y vituperar la Santa Ley de Dios, incitando à los mas Neofitos que podia, à apoſtatar, y bolver à ſus antiguos vicios.

Dà tambien noticia à los tuyos (proſiguieron los Angeles) de aquellos que ſe han ſalvado, y gozan aora de la eterna Bienaventurança en el Parayſo. Salvòſe Andrès Zurubi, que deſpues de tres dias de Purgatorio, volò al Cielo: (viviò eſte Neofito vna vida exemplariſsima: en las privadas diſciplinas de los Viernes, y en las publicas, que en ciertos dias del año, en las principales ſolemnidades, ſe hazen por las calles, era el primero en la frequencia de los Sacramentos, en las Oraciones en la Iglesia, y al pie de las Cruzes, continuo: lloraba tan amargamente ſus pecados, que no pocas vezes ſacaba lagrimas à los ojos de los Miſsioneros: llevò la vltima enfermedad con grandiſsima paciencia, moſtrando en ella grandes, y encendidos

deseos de morir, para vèr à Christo Señor Nuestro, sabiendo el buen trueque, que muriendo hazia, cambiando esta breve, y miserable vida por la eterna, y bienaventurada. Estando à los vltimos, le embiò vn Padre la Imagen de San Francisco Xavier, para que le pidiesse la salud: pero èl, en lugar de pedirle la vida, le suplicò, que si aun no se le avia llegado su hora, le alcançasse luego de Dios se le llegasse; y en efecto fue al punto oìdo: porque mientras explicaba al glorioso Apostol sus deseos, placidamente espirò: y preguntado el niño, que le avia llevado la Santa Imagen, como estaba el enfermo, respondiò llorando, que yà avia muerto; y con vn modillo, à manera de quien estaba enojado, añadiò: Y como no avia de morir, si pidiò el ir à vèr à Jesu Christo, y à su Madre Santissima?) Vive tambien (le añadieron sus guias) en la Celestial Jerusalèn, con nosotros, Agustin Zurubi, y su buena muger, por medio de los grandes, y ardientes deseos, que tuvo siempre de vèr à Dios: (era el Agustin Christiano de buen coraçon, devoto, humilde, obediente, y de conciencia delicada: assaltado de la vltima enfermedad, gastaba el tiempo solamente en rezar el Rosario, y en tiernos coloquios con Dios, y con la Reyna del Cielo; y en la hora de su muerte viò algunos Espiritus bienaventurados, que le combidaban al Parayso; de lo qual diò

aviſo èl à vn compañero ſuyo, y con los nombres de Jeſus, y Maria en la boca, entregò el alma à ſu Criador. La muger, deſde que recibiò el Santo Bautiſmo, viviò como vn Angel, y el Confeſſor no hallaba en ella materia de que abſolverla.) Exorta à tus Payſanos (proſiguieron los Angeles) que tengan gran reſpeto, y reverencia à los Miſsioneros, Miniſtros de Dios, y à que depueſtas, y olvidadas las diſcordias, y rencores, ſe amen como buenos Chriſtianos. Explica al Pueblo la terribilidad de los ſuplicios eternos, porque no pocos perſeveran todavia obſtinados en ſus vicios, y ſe hazen ſordos à los aviſos de los Padres, y al llamamiento de Dios. Dì, que ſe mude quanto antes la Reducion à parage mas vecino, y cercano à los Infieles, porque Jeſu Chriſto, por la deſobediencia de los tuyos, ha embiado aqui la peſte, y nunca ceſſarà, haſta que os rindais de buena gana à ſu voluntad: pues es coſa fuera de razon, que los Obreros Evangelicos pierdan el tiempo en cultivar pocas almas, mientras ſe pierden tantos millares por falta de quien les enſeñe el camino de la ſalvacion. Dì à los Chriſtianos, que fueron à anunciar el Nombre de Dios à los Infieles, que ſu Miſsion agradò mucho à Jeſu Chriſto, y que por los trabajos, è incomodidades, que en ella ſufrieron, les tiene prevenido en el Cielo vn premio incomparable: que no temian na-

da las saetas, las macanas, y la muerte à manos de los Gentiles, porque recibiràn de Dios gloria, y galardon correspondiente; y para que se te dè credito, y feè, veràs aora alguna cosa de la eterna Bienaventurança. Entonces, en vn momento desapareciò el condenado, y aquella terribilissima representacion del infierno, y luego le pusieron los Angeles à las puertas de la Celestial Jerusalèn, de tal riqueza, y hermosura, qual las pinta el Apostol San Juan en su Apocalypsi. Apenas avia metido dentro el pie, quando le salieron al encuentro dos bellissimos jovenes, trayendo en las manos Cruzes resplandecientes, los quales le introduxeron en vn ameno jardin, donde por la fragrancia de las flores, que no se puede comparar con ninguna de acà, y con la belleza de lo que veìa, estaba como en extasis admirado; y siendole presentada vna fruta semejante à la granada, con solo llegarla à sus labios, se le inundò el coraçon de tanto gozo, y consuelo, que creìa, que en èl estaba lo mejor, y aun el todo del dòn de los Ciudadanos del Cielo: pero le fue dicho al oìdo, que estaba muy lexos el pielago de la Bienaventurança, en que engolfandose los Bienaventurados, se hallan plenamente hartos, satisfechos, y contentos: y que lo que tenia delante no era otra cosa mas, que vn assomo, y vna muestra de lo que le quedaba que gozar, bueno solo para hazer

bien-

bienaventurados los ſentidos, y la inferior porcion del hombre, incapàz de los deleytes, que trae conſigo al entendimiento el conocimiento, y la viſta clara de la Divina Eſſencia. No acababa el buen Lucas de echar los ojos por todas partes, donde veìa nuevas delicias, y bellezas: y huviera querido detenerſe algun tanto aqui, ò paſſar adelante; pero le atajò ſus deſignios, y embarazò ſu guſto vn eſquadron de Eſpiritus bienaventurados: y el mas autorizado entre ellos, que en el ayre del ſemblante, en la mageſtad de ſus paſſos, y en la Cruz reſplandeciente que traìa, creyò era Principe de la Milicia Celeſtial; el qual, bolviendoſe à mirar à Lucas, le dixo con palabras algo ſeveras: Y tu como eſtàs aqui? te has confeſſado? Reſpondiò que ſi: à que añadiò: Y eſtos tres pecados? y nombròſelos. Enmudeciò el pobre, porque dezia era verdad, que no avia hecho caſo de ellos en la Confeſsion, por ignorancia ſuya. Entonces le dixo el Angel: Eſtos afean mucho tu alma, y la impiden el venir à gozar cara à cara de la viſta de Dios. Di à la gente, que no ay otro modo de venir al Cielo, ſino manifeſtando ſinceramente las culpas en la Confeſsion, como os lo dizen los Padres; las quales palabras pronunciò con tanta fuerça, y eficacia, que como vn gran trueno le hizieron temblar todo.

Con

Con esto diò la buelta con sus compañeros, y huviera querido el Neofito detenerlos, para vèr mas de cerca las cosas tan grandes, que avia oìdo dezir de Dios, y de su gloria, y vèr aquel inefable prodigio de como las almas son bienaventuradas, no menos porque se vèn en Dios, que porque vèn à Dios en sì mismo: pero aquel Principe le hizo entender, que ninguno, que està feo con la culpa, podia mirarse, como en vn espejo, en Dios, ni hazer de sì mismo espejo, en que se mire Dios; antes, que saliesse de alli, y bolviesse acà, para borrar con la penitencia, y Confession aquellas culpas. Despidiòse, pues, el pobre hombre de aquel dichosissimo lugar, mas quando empezaba à entrar por el primer camino, viò que le salia al encuentro la Reyna del Cielo, servida de gran multitud de Santos, que despedia de su rostro tantos rayos, y resplandores, que quedò pasmado de la belleza, y atonito de la magestad de su semblante; y saludandole su Magestad à èl en su lengua, con ayre de enojada, le preguntò: què llevaba colgado al cuello? Este Rosario no es tuyo, sino de mi Hijo (y nombrò al mancebo, à quien Lucas se lo avia quitado por fuerça) el qual en premio de aver acertado con la saeta al blanco, quiso mas mi Rosario, que otras cosas que se le ofrecian: buelveselo quanto antes, porque con esta tu violencia

le causaste gran pesar; y al dezir esto, desapareciò, y sus conductores, ò guias le bolvieron al mundo: y encontrando à cada passo tropas de espiritus infernales, que andaban discurriendo, y ahullando à manera de lebreles, que andan en busca de las Fieras, se llenò todo de espanto, y horror. Llegado junto à su cuerpo, que poco antes avia dexado, no le pareciò mas, que vna disforme massa de barro, y se maravillaba consigo mismo, y no acababa de creer, que aquel era en quien poco antes exercitaba todas las operaciones, y facultades naturales, y no cessaba de lamentarse, y quexarse con sus compañeros, sino que estos sonriendose, le dixeron: Aqui conoceràs, que cosa eres tu, cargado de esta vil, y hedionda materia. Con lo qual al punto se desaparecieron de sus ojos, se acabò la vision, y Lucas Xarupà, ò por mejor dezir, su alma, bolviendo à entrar en su cuerpo, como si despertasse de vn profundo sueño, ò como èl decia, como si resucitasse, su primera diligencia fue, hazer llamar al dueño del Rosario, y pidiendole perdon de la injuria, luego en aquel punto se viò libre de la fiebre, que aun duraba. Quedaron atonitos los circunstantes de que con tan leve remedio se huviesse librado de aquella penosa enfermedad; mas quando oyeron lo que por orden de Dios les refiriò, fue increible la conmocion, las lagrimas, y el fruto; ni

se

se quedò aqui solo, sino que en donde quiera que llegò la voz de este sucesso, se vieron los mismos efectos; y quien era bueno, se alentò à perseverar, y quien malo, con la memoria de aquellos suplicios, corrigiò el humor pecante, que en èl predominaba. Y el resucitado començò vna vida tanto mejor, que si antes era bueno, despues era vn Santo.

Quedame aora, por fin, y remate, que dezir algo de el zelo de estos buenos Christianos, en anunciar la Ley Divina, y llevar la luz del Evangelio à los que aun duran en las tinieblas, y vicios de el Gentilismo: parece que no viven contentos en la nueva vida, que han empezado à professar, si no traen à otros à gozar del mismo bien. Para prueba de lo qual, dese el primer lugar à los Missioneros, que como testigos de vista, y de experiencia, no acaban de hablar en este particular: *Con este caso, y con otros milagrosos sucessos* (assi concluye vna Carta suya vn Missionero de la Reducion de San Francisco Xavier, despues de aver escrito la vision, que poco ha referì) *se ha encendido en este Pueblo vn gran fuego de caridad, y de zelo, para llevar el nombre de Dios à los Infieles, sin hazer caso de los trabajos, y fatigas, y de la muerte, con que han de encontrarse à cada passo. La Fè, à Dios gracias, và cada dia en aumento* (dize otro) *y desean muchissimos, sin hazer caso*

nin-

ninguno de ſu vida, introducirla en los Gentiles circunvecinos. Eſtoy eſperando (eſcrive el Padre Cavallero) *à ciertos Neofitos, que el año paſſado recibieron el Santo Bautiſmo, los quales, movidos à compaſsion de ſus Payſanos, ſe ofrecieron à ir allà, para reducirlos al rebaño de Chriſto, para que ſean participantes del bien, de que ellos gozan.* Aſsi cuentan de vn tal Indio, llamado Ignacio, que no ſabe vivir, ſin andar en buſde Infieles, y ganando almas à Chriſto: y el Padre Juan Bautiſta de Zea, en ſu ida à los Zamucos, le eſcogiò por Capitan de los demàs, y à èl ſingularmente fiaba los negocios mas graves del bien de aquella gente. Otro tanto eſcrive el Padre Aguſtin Caſtañares de otro Indio del Pueblo de San Rafaèl, llamado Antonio, que procuraba librar quantas almas podia de las garras de los Mamalucos, y ponerlas en cobro en ſu Reducion. Apenas ſe ſerena el Cielo, deſpues del tiempo de las lluvias, quando luego ſe previenen para ſus Miſsiones: y ſe tiene por dichoſo, quien mas padece, y quien mas almas trae al conocimiento de Dios; y gaſtan en eſta empreſſa tres, y quatro meſes, haſta que encuentran parage donde poder hacer coſecha de almas. Deſpues es coſa de vèr las fieſtas, y alegrias que haze el Pueblo al tiempo de ſu buelta, y la caridad, y amor, con que reciben à ſus nuevos hueſpedes, aunque ſean antiguos implacables ene-

migos suyos, mueven à devocion, y à lagrimas à los Padres. Dànles parte de su pobreza, admitenlos en su casa, y quisieran meterlos tambien en su coraçon, de suerte, que presto se olvidan los barbaros de su nativo suelo, y se enamoran de la Santa Ley Divina, de la qual vèn en sus huespedes ingerida tan bella virtud, entre hombres tan salvages como ellos, pues es vn gran milagro, que aun en las necessidades extremas vsen, quando son Gentiles, de piedad vnos con otros, aun aquellos à quien la naturaleza ha estrechado con los fuertes lazos de la sangre. Y à la verdad, esta nueva Christiandad se debe à sì misma gran parte de su esplendor, y aumento; pues se estiende à tanto su ardiente zelo, que sin reparar en peligros evidentes de la vida, se entran por las Selvas, yà solos, yà con los Padres Missioneros, à solicitar la conversion de los Infieles, siendo yà mas de ciento los que han derramado su sangre, y ofrecido gustosos sus vidas, por dilatar el Reyno de Jesu-Christo entre aquellas barbaras Naciones. Como lo verà claramente, quien atentamente leyere esta Relacion.

Y ayuda Nuestro Señor à estos sus siervos muchas vezes, aun con milagros, à fin de confirmarlos mas en la Fè, y de que viendolos los Infieles, corran à pedir el Bautismo. Contarè dos solos, por no alargarme, ni cansar à los Lectores. El primero

es de ciertos Neofitos, que aviendo salido à llevar el Nombre de Dios à vna Rancheria de Indios Penoquìs, mientras que con fervor de espiritu exortaben à aquellos barbaros à dexar su Patria, abandonar el Gentilismo, y entrar en el rebaño de Christo, vinieron algunas mugeres espantadas, gritando: *Desgracia, desgracia, que el agua de vna Laguna cercana, que servia para el abasto del Pueblo, avia tomado forma, y color de sangre:* pronostico para ellos de mala ventura. Empezaron luego los Paysanos à discurrir sobre el caso, haziendo diversas interpretaciones, segun la passion de cada vno; mas los Christianos al punto les descifraron el caso, diciendo, que aquella era fraude, y traza del demonio, para apartarlos de que abrazassen la Ley del Verdadero Dios; y en señal de esso, fueron allà todos juntos, y vista la estraña mutacion, tomando los Christianos, con gran Fè, el Rosario en la mano, bendixeron el agua, y le metieron dentro de ella: al punto, desvanecida aquella apariencia, bolviò el agua à su antiguo color, y sabor que antes tenia. Aun es mas maravilloso otro caso, que sucediò à estos mismos, los quales repartidos por muchas Rancherias, distantes vnas de otras cosa de vna legua, juntaban gente, para reducirla à la Santa Fè, y conducirla à la Reducion. Vieron, que alli cerca se levantaba en alto gran nublado de humo, y grande

 fue-

fuego, ſin ſaber de donde venia, ni quien le huvieſſe encendido (y por ventura tambien eſta fue aſtucia del enemigo infernal) y que venia à dàr ſobre ellos; y porque hazia gran viento, ſe podia mal aſſegurar la vida, y la hazienda con la fuga, y mas que las llamas prendian yà en la primera Rancheria. Entonces los Payſanos todos juntos recurrieron à algunos Neofitos, rogandoles con lagrimas en los ojos, que ſi eran verdaderas las coſas, que les predicaban de Chriſto, y de ſu Santiſsima Madre, los llamaſſen aora en ſu ayuda en lance tan peligroſo: y pueſtos todos de rodillas, pidieron à Dios favor, y miſericordia, prometiendo los Infieles recibir el Bautiſmo, y ſu Santa Ley. O caſo milagroſo! El fuego paſsò adelante, ſin hazer el menor daño en la caſa donde ſe avian recogido, y ellos lo tuvieron indubitablemente por milagro, porque la dicha caſa eſtaba en el centro del Lugar, y todas las otras ſe reduxeron à ceniza. Ni parò aqui el prodigio, porque acercandoſe el fuego à la ſegunda Rancheria, puſo à ſus moradores en gran eſpanto; mas los Chriſtianos echaron luego mano del remedio. Hallabaſe aqui el Capitan de todos, quien llevaba la Imagen de la Reyna de el Cielo: à eſte, pues, ordenaron, que ſalieſſe à encontrar el incendio, y le puſieſſe para defenſa la Santa Imagen delante de ſu furia. Coſa maravilloſa!

ſa! partieronſe por medio las llamas, ſin hazer alli el mas minimo daño, ſiendo aſsi, que todas las caſas eran de paja. Y para prueba mas manifieſta del milagro, ſe llegaron las llamas à vna caſa, y formaron ſobre ella vn arco, pero ſin leſion alguna. Con eſto ſe confirmaron los Chriſtianos en la Fè, y en la devocion à la Madre de Dios, y los barbaros, vencidos mas del prodigio, que de ſu promeſſa, ſe aliſtaron en el numero de los Fieles.

CAPITULO VIII.

PRETENDESE DESCUBRIR EL RIO Paraguay, para comunicarſe eſtas Miſsiones con las Reduciones de los Guaranies.

DEſde los primeros años, en que ſe diò principio à la Converſion de los Chiriguanàs, y Chiquitos, con intento de penetrar al Chaco, para reducir à nueſtra Santa Fè las Naciones, que viven en el vaſtiſsimo eſpacio de tierra, que ay entre Tarija, y el Paraguay, ſe juzgò ſiempre llevar al fin pretendido el abrir camino por aquel Rio, y hazer eſcala à las Miſsiones del Paraguay, ò Guaranies, à fin de que fueſſen mas facilmente proveìdas eſtas Reduciones de los Chiquitos, y los Nueſtros tuvieſſen comodidad de conferir à boca con el Padre Pro-

vincial, y recibir los ſocorros mas oportunos à ſu neceſsidad: fuera de que no ſeria menor el conſuelo de los Provinciales, en vèr las fatigas, y ſudores de ſus Suditos en la converſion de los Gentiles, y acabar en poco menos de vn año la viſita de eſta tan vaſta Provincia: pues quando aora es neceſſario caminar dos mil y quinientas leguas para viſitarla toda, deſcubierto eſte camino por el Rio Paraguay, ſolo ſe andarian mil y quinientas leguas en viſitar Miſsiones, y Provincia. Conſideradas eſtas vtilidades, han pueſto por obra los medios mas concernientes al fin pretendido, aunque por ſecretos juizios de Dios nunca ſe pudieron llevar al cabo, ſino deſpues de mucho tiempo, y eſſo ſin fruto. Pero no por eſſo debo paſſar en ſilencio las fatigas, y trabajos, que en eſta empreſſa padecieron, y ſufrieron nueſtros Miſsioneros, por no privarlos de aquella gloria, que aun acà en la tierra ſe debe à quien todo ſe ocupa en promover la gloria Divina. Dixe yà arriba, que el principal motivo de fundar la Reducion de San Rafaèl junto al Rio Guabys, fue por la vezindad con el Rio Paraguay, à cuyo deſcubrimiento partieron por el mes de Mayo del año de 1702. los Padres Franciſco Hervàs, y Miguèl de Yegros, llevando por guias, ò como acà dezimos, por vaqueanos, quarenta Indios, ſin otra proviſion, que la confiança en Dios, y fiados en la proteccion

de

de la Reyna del Cielo, y de los Arcangeles San Miguèl, y San Rafaèl. Ni les salieron fallidas sus esperanças, porque en todo el viage se hallaron provistos de monteria, y de pesca, con tal providencia, que en las mayores angustias era mas abundante, y de mejor qualidad el socorro. Llevaban consigo vn Cathecumeno, de cierta Nacion, que los años passados avia sido impedimento para descubrir este Rio: procurò este con grande eficacia, que sus Paysanos recibiessen la Ley Divina, y que los Missioneros fuessen recibidos, y bien tratados en tres Rancherias, de Curuminas, Batasis, y Xarayes, donde se quedò, por estàr mal proveìdo de ropa, y por aversele clavado vna espina en vn pie; y despues de pocos dias passò à la otra vida, sin recibir el Santo Bautismo, siendo assi, que se avia empleado con fervor en que otros le recibiessen.

Vencidas, pues, muchas dificultades, y passadas no pocas incomodidades, que se hizieron precisas, por aver de caminar por espesos bosques, y agrias montañas, y passar pantanos, y lagunas, à mas del continuo susto, y temor de caer en manos de enemigos, llegaron à plantar vna Cruz en las riberas de vn Rio, que juzgaron era el del Paraguay, ò à lo menos vn brazo de èl (en lo qual padecieron grande engaño, porque no era Rio, sino vn gran Lago, que iba à rematar en vn espesissimo bosque

de

de Palmas.) En este interin maquinaron ciertos Indios dar la muerte à su salvo à los Padres, quando diessen la buelta por sus tierras; pero disuadidos de esta traycion por otros de mejor conciencia, les salieron al encuentro, y se fueron con toda la gente de aquellas Rancherias, en compañia de los Padres, al Pueblo de San Rafaèl, donde tomaron casa. Con la noticia de este descubrimiento, determinò el Padre Joseph de Tolù, Superior à la sazon de estas Reduciones, que viniesse à la Provincia el Padre Francisco Hervàs à dar esta noticia al Padre Provincial Lauro Nuñez, que yà segunda vez la governaba. No se puede creer el jubilo, y gozo, que este tuvo con semejante aviso: y con toda presteza escogiò cinco Missioneros antiguos de los Guaranìs, con vn Hermano Coadjutor, para que por la vanda del Paraguay descubriessen el camino, que yà juzgaban se avia descubierto por la vanda de los Chiquitos. Estos fueron el Padre Bartholomè Ximenez (que aviendo ido Procurador à Roma de buelta à esta Provincia, volò, cargado de años, y merecimientos, al Cielo, el dia 22. de Julio de 1717. en el Puerto de Buenos-Ayres) los Padres Juan Bautista de Zea, Joseph de Arce, Juan Bautista Neuman, Francisco Hervàs, y el Hermano Silvestre Gonçalez. Y porque à alguno no le desagradarà leer los sucessos de este viage, tomarè el trabajo de tras-

trasladar fielmente vna relacion diaria de todo lo que hizo vno de los Sugetos que iban; la qual, despues de mucha diligencia, que puse en hallarla, llegò finalmente à mis manos, y es como se sigue.

Salimos (dize) à diez de Mayo de el año de 1703. del Puerto de nuestra Reducion de la Candelaria, para dar fondo en el de Atinguì; y de alli à 27. del mismo mes, tomamos tierra en el Itatì, donde nos recibiò con singular afecto el Padre Fray Gervasio, de la Venerable Orden de San Francisco, Cura, que era de aquel Pueblo. De aqui tiramos àcia el Rio Paraminì, por donde en el Rio Paranà desemboca el Rio Paraguay, y montamos aquel Cabo, no sin gran dificultad, por la furia de los vientos, que nos dieron que hazer muchos dias. Finalmente, à 22. de Junio aferramos en el Puerto de la Assumpcion, donde nos recibieron con la acostumbrada caridad, que vsa la Compañia, los Padres de aquel Colegio; y despues de quatro dias partimos de alli, llevando vna Barca grande, quatro Balsas, dos Piraguas, y vna Canoa. Aviendo caminado las Balsas quarenta leguas, descubrieron à lo lexos algunas Canoas de Indios Payaguàs, que se creyò eran espias de esta Nacion. Deseamos hablarles, y darnosles à conocer, para quitarles todo miedo, y sospecha, y exortarles à que yà de vna vez ajustassen pazes con los Españoles, y quisiessen

hazerse Christianos. Entròse para este fin en vna Canoa el Padre Neuman, con el Hermano Silvestre Gonçalez, y llegado cerca de ellos, queria eficazmente entablar con ellos tratados de acuerdo. Pero no surtiò efecto el deseo de que ellos quisiessen llegarse, gritando en alta voz: *Peẽ p̃emomba ore camarada Buenos-Ayres viarupi*, que en Castellano quiere dezir, que temian de nuestra gente quienes avian destruido à sus Paysanos en los confines de Buenos-Ayres. Por lo qual, desconfiando el Padre Neuman de poderlos reducir, diò la buelta, dexando colgados de vn arbol de la playa algunos abalorios, y otras cosillas. Viendo, pues, aquellos barbaros, que las caricias de los nuestros no se quedaban en solas palabras, fueron luego corriendo à coger aquellas chucherias, y con mas animo, y seguridad se llegaron quatro de ellos al pie de vna Balsa, donde dexaron algunas esteras, labradas con lindo arte, y texidas delicadissimamente: prosiguiòse muchos dias este tratado, siendo el faraute Aniceto Guarie, fervorosissimo Christiano, Vice-Corregidor de la Reducion de San Cosme; el qual, deseoso de la reducion de aquellos Infieles, procuraba, con modo muy afable, y cortès, entrar con ellos para salir con la suya. Es la Nacion de los Payaguàs de vilissima condicion, cobarde, perfida, y prompta à maquinar traiciones, y en breve manifestaron es-

tas malas calidades; porque aviendose acercado nues-
tro Aniceto el dia 12. de Julio à ciertos Payaguàs, con algunas bugerias, que ellos estiman, para exhortarlos, y reducirlos à recibir el Santo Bautismo, saliò de vna ensenada poco distante, vna Manga de estos traydores, dividida en dos Canoas, y dando sobre el à traycion, le mataron à èl, y à otros compañeros, con fieros golpes de macana; y executadas estas barbaras muertes, echaron à huir desesperadamente, para librarse de nuestros Christianos, los quales advirtieron bien tarde la fatalidad; è idos al lugar del insulto, hallaron los cuerpos de los compañeros, sin poder dar con el de Aniceto; y al siguiente dia celebramos las exequias por sus almas; con que se puede piadosamente creer, avrà Dios vsado de misericordia con ellos, por el zelo con que se ofrecieron à tratar con estos perfidos Gentiles. Viendo los Payaguàs, que nuestra gente no hazia ninguna demostracion de sentimiento por este sucesso, tomando atrevimiento, resolvieron desalojarnos el dia siguiente de donde estabamos, dexandose vèr vna multitud de Canoas, divididas en dos esquadras, de las quales, llegandose vna à tierra, desembarcò alguna gente, y la otra discurria por el Rio, pero no se atrevieron à ponerse à tiro; antes, poco despues, se retiraron, no dexandose despues vèr mas, sino à lo lexos, à

fin de espiar nuestros passos: vna sola vez, en la obscuridad de la noche, ossaron molestar por tierra las Balsas, tirando contra ellas piedras, y flechas; mas nuestros Christianos, con poca diligencia, los pusieron en fuga. Este fue el vnico encuentro, que tuvimos con estos enemigos, con quienes, si se huvieran coligado los Guaycurùs, gente infiel, pero valerosa, y enemicissima de la Fè Catholica, dificilmente huvieramos podido escapar, y librarnos de sus assechanças, y zeladas en vn Rio, poblado por todas partes de Islas, y de ensenadas.

A siete de Agosto llegamos à la boca del Rio Xexui, por donde antes que los Mamalucos destruyessen los Pueblos de Maracayù, Terecanì, y la Candelaria, se conducia todos los años à la Assumpcion gran cantidad de la cèlebre yerva del Paraguay: el dia 19. caminando à lo largo de la ribera, vimos vna tierra de Payaguàs, cuyos moradores se avian poco antes retirado à vna grande Isla, que estaba frente de nosotros. Apenas dimos alli fondo, quando saltaron en tierra nuestros Indios, y sentidos de la muerte de sus compañeros, la robaron, y saquearon toda: era esta tierra del Cacique Jacayrà, donde èl mantiene algunos Vassallos para la fabrica de las Canoas. El dia 21. encontramos vn Fortin con empalizada, y sobre ella tres grandes Cruzes; y sospechando nosotros, que los Mamalucos

avrian

avrian hecho alli alguna de ſus Miſsiones, ſupimos deſpues, que eſto avia ſido traza, è invencion de los Payaguàs, para que Dios los libraſſe de vna grande multitud de Tigres, que infeſtaban eſtrañamente el Paìs. Vimos, poco deſpues, andar en la playa doze barbaros, pero ſin darnos moleſtia; no obſtante, lo que mas nos maravillò, fue, que haſta el dia 30. de Agoſto no ſe vieron ſino dos Canoas de Guachicos, antes de llegar al Tepotii. La boca de eſte Rio diſta como coſa de treinta leguas de la del Rio Piray. Mas adelante ay vna hilera de eſcollos, por entre los quales paſſa vna furioſa corriente, que de ordinario los encubre. Pero quando alli cerca lleva el Rio poca agua, ſe vèn en la cima de vna de aquellas piedras ciertas huellas de hombre, que dizen los Naturales ſon del Apoſtol Santo Thomè. Poco mas adelante, enfrente, ſe vèn doze altiſsimas rocas, alegres à la viſta, excediendo naturaleza à la hermoſura del arte. Aqui empezaron los Guaycurùs à encender fuegos, y hazer humaredas, que ſon los correos volantes para aviſar à los Pueblos circunvezinos de que andan por alli enemigos. Siete leguas deſpues de eſtos montes corre ſu Rio, junto al qual eſtà ſituada la Laguna Nengetures, en que entra vn Rio, que baxa de las Tierras de los Guamas. A lo largo de eſta Laguna viven lo mas del año eſ-

tos barbaros, y alli crian muchas manadas de cavallos, y mulas, sirviendose de los Guamas, como de esclavos, para cultivar la tierra, y sembrar el tabaco, que se dà aqui en grande abundancia. Otras Naciones confinan con esta, entre las quales avia vna, llamada *Lenguas*, cuyo Idioma es semejante al de los Chiquitos. Dos leguas mas adelante de esta Laguna desemboca el Mboimboi, junto al qual antiguamente huvo vna Reducion, en que trabajaban, en provecho de los Naturales, los Padres Christoval de Arenas, y Alonso Arias: Sucediò, que el segundo, llamado à las Tierras de los Indios Guatos, para administrarles el Santo Sacramento del Bautismo, se encontrò con vna quadrilla de Mamalucos, los quales le mataron à mosquetazos: y el otro, cayendo poco despues en las mismas manos, saliò tan maltratado, que en breve acabò de vivir, y padecer. De aqui hasta los Xarayes, en dilatadissimas campañas, por beneficio de la naturaleza, sin ninguna industria del arte, se cria inmensa cantidad de arroz, de que todos los años hazen provision los Payaguàs, Guatos, Nanuiquas, Caracaràs, Guacamas, Guaresis, y otros Pueblos confinantes. A 22. de Septiembre passamos las Montañas de Cuñayegua, que tienen enfrente de sì en la otra vanda las del Itò, donde viven los Sinemacas. Aqui fueron à predicar la Santa Ley

de

de Christo los Padres Justo Mansilla, Flamenco, y Pedro Romero, Español, el qual fue muerto con el Hermano Matheo Fernandez por los Indios Chiriguanàs, porque les persuadia, que por ser Christianos no podian tener mas que vna muger. En vna Isla, cinco leguas mas adelante, se avian retirado dos Caciques, Jarechacu, y Arapichigua, con todos sus vassallos Payaguàs, que al vernos, despacharon luego siete Canoas à la Grande Isla de los Orejones, para dar aviso à aquellas gentes, como lo suelen hazer en tales ocasiones, y por esso se veìan de cerca, y de lexos muchos humos en el ayre; por lo qual en todo aquel contorno son los Payaguàs tenidos en grande estimacion, que les es de mucho provecho, por lo que les dan de tabaco, cueros, telas, y vituallas, de que estàn abastecidos con grande abundancia.

Desde el Tobati passamos junto à las Montañas del Taraguipità, de donde quatro Missioneros, embiados por el Padre Antonio Ruiz, se esparcieron por esta dilatada Gentilidad à predicar el Evangelio. Estos fueron los Padres Ignacio Martinez, Español, Nicolàs Henart, Francès, Diego Ferrer, y Justo Mansilla, Flamencos. El primero fue llamado al Perù à la Mission de los Chiriguanàs: los otros dos, oprimidos de las fatigas, y trabajos en vn total desamparo de todo humano consuelo, con

vna muerte ſemejante à la del grande Apoſtol del Oriente San Franciſco Xavier, paſſaron al eterno deſcanſo: el vltimo, que quedò ſolo, canſado de los muchos trabajos, falleciò tambien en breve tiempo. Ocho leguas ſobre el Tobati, deſemboca por dos partes el Rio Mbotetei, por donde baxan al Paraguay à hazer ſus correrias los Mamalucos. Enfrente de eſtas dos bocas del Rio Mbotetei, por la otra vanda deſemboca el Mandiy, que baña las faldas de los Montes Taraguipiti, que encadenandoſe con las del Tambayci, y Garaguy, ſe eſtienden à lo largo de las Coſtas del Paraguay, haſta cerca de la celebre Isla de los Orejones. Deſde el Rio Mbotetei haſta los Xarayes, ſe eſtiende el Paìs en vaſtas campañas, habitadas antiguamente de los Guaycharapos, è Itatines; pero moleſtados de los Mamalucos, las abandonaron, internandoſe en eſpeſos, y grandes Boſques, que deſde la Laguna Jaragui por cinquenta leguas tiran haſta Santa Cruz la Vieja. Finalmente à 29. de Septiembre, montadas las dos bocas del Mbotetei, llegamos à donde el Paraguay, dividido en dos brazos, forma à lo largo vna Isla de veinte leguas. Por eſtàr yà en Tierras de Chiquitos, ſe començaron à hazer muchas diligencias, para hallar la Cruz, que el año paſſado levantaron los Padres Franciſco Hervàs, y Miguèl de Yegros, reconociendo muchos Lagos, y

Enſenadas. A 12. de Octubre, aviendo dado fondo en el Paraguamini, encontramos con vnos Payaguàs, los quales, aunque temian à nueſtros Indios, ſe llegaron no obſtante à noſotros, y nos preſentaron bietole, y otras frutas de la Tierra, à que correſpondimos corteſmente con otros regalos. A 17. dimos fondo à viſta de la Laguna Jaragui, que ſe oculta por gran trecho entre Boſques, y Montes, haſta cerca de la de los Orejones. Aqui vna parte del Paraguay eſtà oy dia habitado de gran numero de Infieles; pero el lado izquierdo es el mas poblado, porque ſe pueden defender mas facilmente de las inopinadas invaſiones de los Mamalucos, à cauſa de que eſtando rodeados de grandes Lagunas, y pantanos, ſe haze muy dificil, y caſi impoſsible el paſſo à aquellos malvados. Señalarè aqui algunas de las Naciones de vna, y otra vanda. A mano derecha eſtàn los Guaras, Lenguas, Chibapucus, Ecanaquis, Napiyuchus, Guarayos, Tapyminis, Ayguas, Cunicanis, Arianes, Curubinas, Coes, Guareſis, Jarayes, Carabewith, Urutues, Guahones, Mboryaras, Pareſis, Tapaquis. De la otra vanda izquierda eſtàn los Payaguàs, Guachicos, Itatines, Aginis, Sinemacas, Abiais, Abaties, Guitihis, Cubieches, Chicaocas, Coroyas, Trequis, Gucamas, Guatus, Mbiritis, Eleves, Cuchiais, Tarayus, Jaſintes, Guatoguazus, Zuruquas, Ayuceres, Quichi-

quichis, Xaimes, Guañanis, Curuaras, Cuchipones, Aripones, Arapares, Cutuare s, Itapares, Cutaguas, Arabiras, Cubies, Guannaguazus, Imbues, Nambiquas. Verdad es, que eſtas Naciones las mas ſe reducen à dos, ò tres Rancherias, otras à poco mas de trecientas, ò quatrocientas almos, y otras tambien en mayor numero; y ſe diſtinguen por la diferencia de las Lenguas, porque todas tienen diſtinto Idioma, ni ſe entienden entre sì, aunque vecinas, y confinantes, porque, ò ſon enemigas, ò no tienen comercio vnas con otras.

El dia 18. dexando à la mano derecha la Laguna Tuquis, montamos la boca del Rio Paraiguazù, que venìa colorado con vna creciente furioſa de agua. De allì à poco encontramos vna Canoa con ſolo vn Indio mozo, bien diſpueſto, y de fuerças, de Nacion Mbiritiy, que ſin ningun temor ſe llegò à la barca: hizimosle mil caricias, y aunque ni èl entendia nueſtra Lengua, ni noſotros la ſuya, con todo eſſo con ſeñas, y ademanes nos diò à entender, que ſu Rancheria diſtaba de alli dos, ò tres jornadas de camino. Poco deſpues le deſpedimos; pero aviendo experimentado èl tanto amor, y afecto en noſotros, ſentia mucho dexarnos; por lo qual, diziendole por ſeñas, ſi queria entrar en la barca, èl ſin reparo alguno ſe entrò dentro con ſus armas, y con ſu cama, que era vna

eſte-

eftera de linda hechura, y regalò à nueftros Indios con vn grande Capivarà (fon eftos vnos Puercos del agua, en todo femejantes à los de la tierra) que poco antes avia muerto. De alli à tres dias, viendo que nofotros tirabamos à lo largo de la Cofta, por no empeñarnos en medio en las Islas, fe defpidiò, prometiendonos, que bolveria prefto; y nofotros, por medio de èl, embiamos al Cacique, y principales de la Nacion varias cofillas, que eftiman eftos barbaros. Cumpliò fu palabra, y defpues de poco tiempo eftuvo de buelta; pero pretendiendo atravefar vn gran brazo de Rio, en tiempo que hazia gran viento, naufragò à nueftra vifta, y apenas pudo falvar fu perfona, que cayò, por nueftra defgracia, en manos de los Payaguàs, que le remitieron à los fuyos. Finalmente, à 31. de Octubre entramos en el famofo Lago de los Xarayes, en donde entran muchos Rios navegables, y de dicho Lago (con vnanime confentimiento de los Geografos) nace el gran Rio Paraguay. A la boca de efte Lago eftà fituada la celebre Isla de los Orejones, poblada en algun tiempo de muchifsima gente, y affolada, y deftruida aora por los Mamalucos. El Clima de efta Isla es faludable, y templado, aunque eftà en diez y fiete grados, y pocos minutos de altura. Tiene de longitud quarenta leguas, y diez de ancho, aunque otros la hazen doblado mayor:

el terreno es muy fertil, y abundante, aunque en parte sobresale en Montañas llenas de arboles, muy à proposito para labrarlos. Los primeros Descubridores la llamaron el Parayso; nosotros, empero, no observamos en ella cosa de mas monta, que el Clima. Hizieronse aqui increibles diligencias, para hallar la Cruz tan deseada; pero por mas que hizimos, assi por tierra, como por agua, no pudimos descubrir la mas minima señal de àcia que parte cayessen las Reduciones de los Chiquitos. Los Padres Joseph de Arce, Juan Bautista de Zea, y Francisco Hervàs suplicaron al Padre Superior Bartholomè Ximenez, que passassen adelante à las Rancherias de los Infieles, à tomar lengua; pero siendo este de contrario parecer, fue necessario rendirse; antes bien conociendo, que menguaba la corriente mas cada dia, y corria peligro el barco de hazerse pedazos en los escollos ciegos, si se parassen alli algun tiempo mas, determinò dar la buelta, despues de aver gastado mes y medio en andar en busca del camino. Fue increible el sentimiento de los mismos Padres, al vèr que se frustraban sus esperanças, y tantas fatigas, y trabajos como avian sufrido: por lo qual, postrandose de rodillas delante del Padre Superior, le pidieron vivamente, les diesse licencia de quedarse en aquella grande Isla de los Orejones, donde se entretendrian, hasta

que

que creciendo las aguas, y hecha amiſtad con los Infieles, ſe informaſſen del camino, y paſſado el Invierno, ſe irian à las Reduciones de los Chiquitos. Admirò el Padre Superior ſu fervor; mas temiendo no fueſſe, que eſte Apoſtolico zelo los empeñaſſe, con graviſsimo rieſgo de ſus vidas, en empreſſas de que no pudieſſen ſalir ſino con grandiſsima dificultad, juzgò no podia condeſcender con ſus inſtancias.

Por tanto, à doce de Octubre nos diſpuſimos para ſalir de aquel Lago, ò Mar dulce; y aunque ſiempre eſtabamos con temor de algun eſcollo encubierto debaxo de agua, con todo eſſo, mediante el favor de Dios, caminamos à voga, y remo, ſin ningun rieſgo, ſolo que los vientos, que ſiempre ſoplaron por la proa, nos retardaron para que nos adelantaſſemos. Deſpues de aver caminado cien leguas, deſcubrimos tres Canoas con quatro hombres, que vogando à toda fuerça de remos, ſe nos acercaron, inſinuando, que querian hablarnos: el vno era Payaguà, y los otros Guaranìs, Chriſtianos antiguos, que ſaltando ligeramente en nueſtra Barca, dixeron reſueltamente, que ſe querian quedar con noſotros, aunque les peſaſſe à ſus Caciques. Viendo noſotros ſu buena voluntad, determinamos, que nueſtros Indios los defendieſſen, en caſo que ſus Caciques intentaſſen cobrarlos à fuerça de armas, pero ellos les dieron de buena gana li-

cencia, creciendo en ellos la estimacion de noso-
tros, pues los Guaranìs dexaban su hazienda, y pa-
rientes, solo por venir à nuestras Reduciones, y
vivir en la observancia de la Ley Divina. Por lo
qual nos cobraron tanto afecto, que como si fues-
sen amigos antiguos, entraron los dos Caciques
con toda seguridad, y confiança, en nuestro Barco,
y se pusieron al lado del Padre Superior. Hallada
tan buena coyuntura, se les hablò con toda efica-
cia del bien de sus almas, y quanto interessaban
en que nosotros los tomassemos à nuestro cargo,
pues fuera de conseguir la salvacion eterna, y vi-
vir como hombres, è hijos de Dios, passarian vna
vida quieta, y libre de todo peligro, obligandose
todos los Pueblos de los Guaranìs à defenderlos de
los Mamalucos, y Guaycurùs, que cada año tanto
los molestan. Ofrecieronse de buena gana los dos
Caciques, con todos sus Vassallos, à recibir el Santo
Bantismo, y que exortarian à hazer lo mismo à los
Guatos, y Guacharapos, para que vnidos todos en
vn cuerpo, fundassen vna Reducion. Para assegu-
rarnos mas de este su buen deseo, les pedimos al-
gunos Infieles, que ellos en años passados avian he-
cho esclavos, para que instruìdos en los Mysterios
de nuestra Santa Fè, sirviessen despues de Interpre-
tes à los Missioneros, ofreciendoles en contra-cam-
bio ciertos platos de estaño, cuchillos, ançuelos,
ava-

gavalorios, y otras cosas de este jaez. De buena gana nos entregaron seis niños: dos de los quales eran Penoquìs, vno Sinemaca, otro Erebè, otro Curubina, y el vltimo Guarayo, los quales à la buelta encomendamos al Padre Geronimo Herràn, para que en su Reducion los impusiesse en los preceptos de la Ley Divina. Entablada con esto la amistad de entrambas partes, se despidieron de nosotros los Caciques, contentos, y alegres con la esperança de tener dentro de poco tiempo Missioneros; y ordenaron à algunos de sus Vassallos, que nos sirvïessen con sus Canoas, proveyendonos de pescado por espacio de ciento y cinquenta leguas de camino, que no fue pequeño socorro, por la carestìa de vituallas, de que yà padecia mucho nuestra gente, y los Padres apenas tenian con que sustentarse, por averse corrompido yà el vizcocho, y echado à perder el maìz; y el quotidiano mantenimiento del Padre Superior, por espacio de quatro meses, fue solo vna simple escudilla de habas. Finalmente, como mejor se pudo, tiramos adelante hasta tocar en las riberas, donde vivian los Payaguàs, matadores del buen Aniceto, y sus compañeros: deseamos ganarlos, y reducirlos al gremio de la Santa Iglesia; y para esso, por medio de los Payaguàs amigos, les embiamos vna embaxada, assegurandoles de nuestro buen animo para con ellos,

y que les perdonabamos la traycion paſſada ; que mas por temor de alguna trama de ſus enemigos, que por malicia avian maquinado : que tomaſſen el partido de compañeros nueſtros , y fabricaſſen vna Reducion, porque de otra manera , aviendo noſotros de frequentar aquel camino , nueſtros Indios ſujetarian ſu orgullo ; y que para ſatisfaccion de lo paſſado, nos reſtituyeſſen los eſclavos Eſpañoles, que tenian.

Supieron los menſageros tratar con tanta deſtreza el negocio , que poco deſpues nos ſalieron ellos al encuentro , trayendo en vna gran Canoa à vn Eſpañol, llamado Juan Garcia, y ſe eſcuſaron buenamente de la traicion paſſada : mas aun aora ſe moſtraron perfidos, y mentiroſos, porque preguntados, ſi tenian mas eſclavos , reſpondieron, que no; y ſupimos deſpues en la Aſſumpcion , que tenian otros tres. Deſpues de aver renovado la amiſtad, ſe nos moſtrò la mayor parte ſobre veinte Canoas, pueſtas à la fila, y vno à vno entraron en la Barca para recibir algun regalo. El dia ſiguiente vinieron los Caciques , llamados ambos Jacayrà, preſentandonos gran cantidad de fruta de la tierra. Deſpues nos ſignificaron el deſeo que tenian ellos tambien de hazerſe Chriſtianos , y fundar vna Reducion , en que los Nueſtros los inſtruyeſſen en los Myſterios de la Santa Ley de Dios. Tenian Canoas

de

de bella hechura, y viendo la gana que teniamos, nos ofrecieron vna bellissima, que nos traxeron el dia siguiente. En este estado dexamos el negocio de su conversion; pero ay poco que esperar de ella, porque aunque ayan hecho tan largas ofertas, no ay mucho que fiarse dellos, porque son perfidos, reboltosos, inconstantes, y que en tanto mantienen su palabra, en quanto les està à cuento. Al presente estàn divididos en dos facciones, la vna discurre àcia el Lago de los Xarayes, por espacio de docientas leguas; la otra àcia la Ciudad de la Assumpcion, cautivando gente, y robando las haziendas, y quanto les viene à las manos, y muchas vezes se coligan con los Guaycurùs, en daño de los Españoles. Pero lo que causa admiracion, es, que tengan tanto orgullo, siendo assi, que apenas cuentan trecientos, ò quatrocientos hombres de tomar armas, porque cada año procuran dezmarlos los Mamalucos, y muchas vezes rompen tambien con los Guaycurùs, y se destruyen. Otro no pequeño motivo los retrae de ser Christianos; y es, que esta Nacion es vagabunda, no estando jamàs firme muchos dias en vn lugar, oy estàn en tierra firme, y mañana en alguna Isla, ni pueden de otra suerte vivir, porque sustentandose con caza, y pesca, no se puede hallar siempre esta en vn mismo lugar; y como los Guaycurùs, Charruas, Jaròs, y Pampas no tienen firmeza en

tierra, assi los Payaguàs en este Rio, y les sucederia à ellos lo que à los Jaròs, que dos vezes pidieron Missioneros, y fundaron Reducion; y ambas à dos, enfadados de vivir debaxo de vn mismo Cielo, bolviendose à su antigua costumbre de bagabundos, se huyeron, por lo qual es necessario, que estos Payaguàs se junten con los Guatos, y Guaciarapos, Pueblos estables, y permanentes: pero el hazer esta vnion costaria mas sangre, y mas sudores de lo que montasse el buen exito del negocio. Con todo esso, los dos fervorosos Missioneros Joseph de Arce, y Juan Bautista de Zea, deseaban se pusiesse por obra este intento, allanando con su zelo las dificultades tan grandes, que se ofrecian. Pero el Padre Superior fue de contrario parecer, no queriendo arriesgar las vidas de estos dos Apostolicos Operarios, con que sin otro efecto proseguimos nuestro viage, quando à dos de Diziembre corriò dos vezes peligro de hazerse pedazos la Barca, en que ibamos. El primero fue por la mañana, quedando encallado en vnos arenales, y entrò tan profundamente la quilla, que muy trabajosamente, con el ayuda de las otras embarcaciones, se pudo desencallar, y sacar fuera de la arena. En este lance suplicamos, con grande afecto, à la Santissima Virgen, y con su favor, quando creìamos entrasse el agua por muchas partes, se hallò, que no avia pa-

padecido nada. Pero mayor fue el peligro, y el ſuſto al entrar la noche, porque ſoplando muy recio el viento, y alterado el Rio, y caminando el Barco à todo rieſgo, diò de golpe en vn eſcollo ciego, y la furia del agua, y del viento la eſtrellò de eſcollo en eſcollo, haſta arrojarla ſobre la ribera. Aqui nos ſorprendiò à todos el ſuſto, y yà eſperabamos, que ſe avia de hazer pedazos, y correr peligro nueſtra vida; pero la piadoſiſsima Señora quiſo hazernos cumplida la gracia, ſaliendo, aſsi noſotros, como la Barca, ſanos, y ſalvos de aquel rieſgo. A quatro de Enero ordenò el Padre Superior, que adelantandoſe tres Barcos à vela, y remo, procuraſſen quanto antes entrar en el Puerto de la Aſſumpcion, para llevar al Padre Juan Bautiſta Neuman, que afligido ſobremanera de la diſſenteria, eſtaba poco menos que reducido à los vltimos periodos de la vida. Por fin, el dia ſiete dimos todos fondo en aquel Puerto, donde al deſembarcar nos ſaliò à recibir el Governador, la Nobleza, y el Pueblo en gran multitud, que quiſieron en todo caſo, por mas que noſotros lo rehuſamos, conducirnos haſta el Colegio, donde tuvimos la triſte nueva del fallecimiento de aquel buen Padre. Venia tan maltratado, y tan acabado de fuerças, por los trabajos del viage, fuera de que en muchas ſemanas no ſe le pudo dar à comer otra coſa,

ſino vn triſte puñado de maìz corrompido, que vna hora deſpues de aver entrado en nueſtro Colegio, paſsò à recibir en la Jeruſalèn Celeſtial el galardon de tantos trabajos. A ſus Exequias aſsiſtieron el Cabildo Eclesiaſtico, y Secular, y todas las Religiones, que quiſieron honrar, como ellos dezian, el cadaver de vn Santo Martyr, pues que las fatigas, y trabajos ſufridos por la gloria de Dios, y bien de las almas, le avian acabado. A nueve del miſmo mes ſalimos de la Aſſumpcion para bolver à los Guaranìs, donde vltimamente à quatro de Febrero dimos fin à tan larga navegacion. Nueve meſes hemos gaſtado en eſte viage: hannos faltado diez y ſeis Indios, por la eſcasèz de los viveres, y por la diſſenteria, que à caſi todos nos afligiò; y à avernos tardado vn poco mas, huvieran muerto otros Miſsioneros, con grave perjuizio de tantas almas, à cuya converſion eſtaban deſtinados. Haſta aqui la relacion de eſte viage.

Notable fue el ſentimiento del Padre Provincial, viendo deſvanecidos medios tan eficaces para el intento; mas no por eſſo deſiſtiò, abandonando la empreſſa; y aſsi, paſſando el año ſiguiente à là viſita del Colegio de Tarija, ordenò al Padre Juan Patricio Fernandez, que fabricadas algunas Canoas en las riberas, que ſe creìa eran del Rio Paraguay, embiaſſe por alli al Padre Miguèl de Yegros, con el

Her-

Hermano Henrique Adamo, à la Assumpcion, acompañandoles los Xarayes, practicos del Rio, y valientes vogadores. Partiò al punto el Padre Juan Patricio con los dos compañeros, y cien Indios del Pueblo de San Rafaèl, por el mes de Octubre de aquel año, para vèr si aquel Rio, junto al qual el Padre Francisco Hervàs avia levantado la Cruz, era el Paraguay; pero à tres jornadas de camino, hallò que se perdia en aquel que parecia Rio, en vnos Palmares, sin saber donde era su termino; con todo esso passò ochenta leguas mas adelante, para reconocer donde estaba la Cruz; pero llegando alli, viò, que no era este el Rio Paraguay, ni ramo suyo, sino vn gran Lago, que en el tiempo de las lluvias se estendia por aquellos Valles. Descubrianse desde aqui montañas muy altas entre Oriente, y Mediodia; y creyendo, que à la falda de ellas correria el deseadissimo Rio, determinò ir allà, como lo hizo: el viage era inconmodo, y trabajoso, porque todo èl avia de ser por la cumbre de la montaña: passò por ciertas Rancherias de Guarayos, destruidos por los Mamalucos: encontrò muchas Lagunas, registrò la mas grande, y profunda, para vèr si desaguaba en el Rio Paraguay, pero todo sin provecho. Yà era la mitad de Diziembre, y amenazaba el Cielo inundar las campañas con las lluvias, que cerraban el camino para la buelta; pero con todo esso, porque

tam-

tantos trabajos no quedassen frustrados, quiso gastar otros ocho dias en aquella empressa, que tantos, y no mas, parecian necessarios para llegar à las Costas del Paraguay, como lo afirmaban algunos Indios viejos, quienes por vnas Montañas fragosas que tenian delante, se acordaban del Paìs, por donde quando mozos anduvieron con sus Paysanos, para mover guerra à los Guarayos, que viven à la Ribera del Paraguay. Llegaron allà despues de ocho dias, aviendo gastado los tres en abrir camino por vn espeso Bosque, sin hallar con que apagar la sed, sino exprimiendo ciertas raìzes, que llaman Bocurùs. Poco mas adelante descubrieron vna Laguna muy grande, cercada de vna corona de Montes, que àcia el Oriente abrian boca, por donde la Laguna descargaba sus aguas, y por el Poniente la ceñia vn Bosque espesissimo. Preguntòles el Padre Juan Patricio Fernandez, si esta Laguna iba à desembocar en el Rio Paraguay; à que respondieron, que no lo sabian: mas vn Penoquì de aquellos, que se escaparon de las manos de los Mamalucos, añadiò, que por aquella Laguna avian entrado los enemigos, à discurrir, y registrar el Paìs; y por la vanda del Oriente se descubria vn arenal, donde desembarcando dichos Mamalucos, avian dexado las Canoas, y tomando camino por tierra, avian ido à caza à los Indios Taus. Oìdo esto,

to, mandò al momento fabricassen vna Canoa, pero no hallando madero à proposito, y estando yà en el coraçon del Invierno, le fue forçoso bolver atràs, y dexar la empressa para mejor tiempo. Repartiendo, pues, à la gente las vituallas, que avia reservado para su viage à la Assumpcion, la embiò à reconocer aquel arenal, y camino de los Mamalucos. A dos jornadas de camino diò dicha gente en vna pequeña Rancheria de Guarayos, de sesenta almas, que conduxeron consigo al Pueblo de San Juan Bautista, à donde llegaron sanos, y salvos el Sabado Santo del mismo año. El Padre Juan Patricio, y sus Compañeros gastaron veinte y cinco dias para entrar en San Rafaèl, por estàr, à causa de las lluvias, inundada toda la campaña: por cuya causa se veian obligados à caminar descalços, todos calados de agua; y era gran fortuna topar à la noche con algun montecillo, aunque pantanoso, donde hazer alto, aunque no para tomar algun reposo, y aliento en el sueño, por no permitirlo la infinita multitud de mosquitos, y tabanos, que produce la humedad. Tantas fatigas, maltratamientos, y trabajos causaron en estos Missioneros graves enfermedades, y por gran fortuna pudieron ellos convalecer; mas no assi el Hermano Henrique Adamo, que consumido, y deshecho de los excessivos trabajos, y no teniendo fuerças para reco-

brarse, passò el dia 27. de Julio de 1705. à la Bienaventurança, para recibir el galardon de sus fatigas. Era este Hermano Enfermero en la Casa Professa de Roma, quando llegando à aquella Corte el Padre Ignacio de Frias, Procurador General de esta Provincia, obtuvo licencia de nuestro Padre General Tyrso Gonçalez, para venir por su compañero, y passar à las Missiones de los Guaranìs, de donde fue à exercitar el mismo oficio de Enfermero à este Colegio de Cordova, y de aqui fue à las Missiones de los Chiquitos, à que siempre tuvo grande afecto, y con su zelo, è industria, procurò los progressos de ellas, hasta perder la vida en la demanda.

De los Guarayos que se avecindaron en San Juan Bautista, avia algunos que entendian la Lengua Castellana, con lo qual pudo el Padre Juan Patricio Fernandez informarse del Paraguay, y del Puerto, donde los Mamalucos daban fondo, para tomar noticias de la Tierra de los Chiquitos, y aun ellos se ofrecieron à ir con èl allà. Por tanto despachò algunos Indios à abrir camino en los Bosques de los Taus, los quales llegando à la vltima Rancheria de estos, situada à la falda de las Sierras de Santa Cruz la Vieja, descubrieron à los Paysanos el intento de su ida, los quales se lo disuadieron, diciendoles, que no podrian tenerse en pie las

cavallerias por aquellas cueſtas tan fragoſas, y les ſeñalaron vn camino, no tan dificil, aunque todo de Boſque, pero todo lleno de arroyos, y en algunos lugares ſe dilataba en fertiles campañas. Al principio de Agoſto partiò en ſu ſeguimiento el Padre Fernandez con el Padre Juan Bautiſta Xandra, y dos Guarayos; paròſe en las Tierras de los Guarayos, donde hallò à ciertos Chriſtianos, que avian venido de la Reducion de San Joſeph, para exortar à aquella gente à aliſtarſe debaxo de las Vanderas de Chriſto; y conſiguieron ſu pretenſion, porque abandonando todos ſu nativo ſuelo, ſe reduxeron à vivir en nueſtras Reduciones. Detuvieronſe aqui los Padres tres dias, eſperando à los Neofitos, que avian deſpachado à reconocer el nuevo camino: de aqui proſiguieron ſu viage, aunque bañados de ſudor, ſiendo neceſſario abrir camino con hachas, y picos por vna eſpeſiſsima Selva, haſta que entraron en vna campaña de belliſsima viſta, enfrente de la qual eſtaba la Laguna Mamorè, à donde ſe encaminaban. Llegaron, finalmente, à la playa, donde ſolian deſembarcar los Mamalucos, en donde hallò el Padre Superior cinco largas cadenas, que avian enterrado alli aquellos crueles hombres. Eſta playa es vn brazo de tierra, algunas millas dentro de la Laguna, y corre àcia el Oriente, y divide aquella Laguna en dos enſenadas; vna de las

 qua-

quales se estiende al Septentrion, y la otra al Medio dia; y assi por lo que veìa, como por lo que sabìa por relaciones agenas, se certificò, que dicha Laguna desembocaba en el Rio Paraguay. Quiso el Padre adelantarse, y passar adelante, para lo qual mandò à los Indios, que buscando vn gruesso leño, fabricassen de èl vna Canoa; y ellos no muy lexos de alli hallaron vn arbol bien à proposito para el caso, el qual dispuesto en forma de Canoa, y echado al agua, apenas los Chiquitos, que entraron dentro, avian aprestado los remos para vogar, quando se bolcò, y aquellos pobres cayeron al agua, de donde con gran trabajo salieron, diciendo: Esto no es para nosotros. Estando, pues, por aquel lado muy alterada la Laguna, por el viento que soplaba, les ordenò el Padre Fernandez, passassen la Canoa à la otra ensenada; mas sondando los Indios el fondo del agua, no se quisieron arriesgar à ponerse otra vez en peligro: pidiòles el Padre, que à lo menos le passassen à la otra vanda, lo qual tambien rehusaron, por ser manifiesto el peligro de que la impetuosa corriente del agua bolcasse la Canoa, y èl se hundiesse, sin poder ser socorrido: parecia azar, y siniestro accidente, que no surtiessen el efecto pretendido tantas diligencias, y trabajos sufridos, por descubrir el Puerto tan deseado del Paraguay; pero no fue sino providen-

cia

cia ſingulariſsima del Altiſsimo, que no menos cuidaba de ſu gloria, que de la vida de ſus ſiervos: porque ſi nueſtros Miſsioneros de las Reduciones de los Chiquitos, baxaban à las de los Guaranìs, caìan en manos de los Payaguàs, que avian jurado vengar las mueites de ſus Payſanos con la muerte, y eſtrago de qualquiera Eſpañol, que encontraſſen, como poco deſpues lo eſcriviò el Padre Provincial, ordenando, que ninguno de los nueſtros baxaſſe por alli à los Guaranìs, y que ſi alguno eſtuvieſſe yà en camino, dieſſe la buelta luego à los Chiquitos. La cauſa del rompimiento fue, que quando aquellos cinco Miſsioneros, de quien poco antes hablè, llevaron conſigo à la Ciudad de la Aſſumpcion los mas nobles de aquella Nacion, no fueron eſtos recibidos de la Ciudad con buena cara, temiendo, que venian à reconocer la tierra, y darles de improviſo vn aſſalto, y ſaquearla: con todo eſſo, por reſpeto de los nueſtros, los tratò corteſmente el Governador, y acariciados con mil regalos, y preſentes, ſe bolvieron à ſus Tierras. Poco deſpues, no sè con què motivo, diſcurrian por el Rio algunos Eſpañoles, y encontrandoſe con vna eſquadra de aquellos barbaros, les dieron vna carga cerrada de moſquete, y con la muerte de algunos, puſieron à los demàs en fuga. Con eſto ſe rompiò la paz, y jamàs los Payaguàs ſe fiaràn de

 los

los nueſtros, y mucho menos de los Eſpañoles; antes bien eſtaràn ſiempre alerta, para vengarſe de la injuria recibida, como lo han executado con harto daño de toda aquella Governacion del Paraguay.

CAPITULO IX.

MUDANSE A OTRO PARAGE LAS Reduciones; paſſa el Padre Superior à Tarija; y deſaſtres de los Neofitos.

POr averſe ocupado el Padre Superior en la empreſſa, que acabo de referir, no ſe avia pueſto en execucion el orden del Padre Viſitador de eſtas Reduciones Joſeph Pablo de Caſtañeda, de que ſe buſcaſſe ſitio mejor, y mas ſano, para fabricar de nuevo las Reduciones: por lo qual quiſo al preſente ponerlo por obra, à que no poco ayudaron las enfermedades, y el contagio. Conſiderado, pues, el ſitio mas conforme à la ſalud de aquellos Pueblos, y para reducir à la Fè las Naciones confinantes, determinò, con mucho guſto de los Neofitos, que la Reducion de San Rafaèl ſe traſladaſſe, y plantaſſe ſobre vn Monte, poco diſtante de ſu primera fundacion, donde ſe halla al preſente, con gran provecho de los Infieles, que alli van

à vivir, y tomar caſa. La Reducio n de San Juan Bautiſta ſe mudò al Zapoco, Riachuelo de poca agua, pero comodo, à que tambien ſe juntaron otros Infieles. En la Reducion de San Joſeph, por no quadrarles à los Indios el ſitio que ſe eſcegiò para mudarla, ſe tuvo por mejor trasladarla à Santa Cruz la Vieja: en cuya eleccion, quan bien adivinaſſen los Neofitos, ſe deſcubre por el eſtado proſpero, en que ſiempre ſe ha mantenido, y por ſer eſcala à las Naciones Infieles del Chaco. No ha dexado, empero, el demonio de hazer de las ſuyas, para arrancarla de aqui, viendo quanto daño ſe le ha ſeguido à ſu partido; pero deſcubiertas ſus trazas, y marañas, ſe reduxeron todas à humo. La otra de San Franciſco Xavier ſe paſsò trece leguas mas adelante àcia el Septentrion, y ſiempre ha ido en aumento, de ſuerte, que ha ſido neceſſario dividirla en otras Reduciones. Eſcogido, pues, el lugar para la nueva fundacion, ordenò el Padre Superior, no ſe empiendieſſe la fabrica, ſin aver hecho primero la ſementera, y tener con que vivir; mas el Pueblo no quiſo eſperar tanto, por vèr ſiempre à ſus ojos la muerte en aquel Clima inficionado mucho tiempo antes de la peſte; por lo qual ſe vieron los Padres preciſados à ſeguir los Indios; y el Padre Superior, paſſando à San Joſeph, hallò ſolos à los Miſsioneros,

que con su ajuar estaban yà de partida para seguir à los Neofitos. De aqui se conduxo à la Villa de Tarija à tratar los negocios de aquella Christiandad con el nuevo Provincial Padre Blàs de Silva, que desde el dia diez y seis de Septiembre de 1706. governaba esta Provincia, llevando consigo los Guarayos practicos del Paraguay. Llegado, pues, à la dicha Villa, refiriò las noticias mas seguras del Puerto que avia en el Rio Paraguay, y destinò aquellos Indios para que se despachassen à los Guaranìs, à fin de que guiassen con seguridad otros Missioneros à los Chiquitos. De todo esto hizo poco caso el Padre Provincial, diziendo serian estos indicios como los passados, de que no se debia tener cuenta, ni arriesgar à otros Apostolicos Operarios, que trabajaban en otras partes, con igual gloria de Dios, y provecho de las almas. Que fuessen los Missioneros de los Chiquitos los primeros que rompiessen el camino, que por vna contingencia no queria, à tanta costa, exponer otros Sugetos en aquella trabajosa empressa. A que no pudiendo replicar el Padre Fernandez, esperò mejor tiempo para lograr sus deseos; y por estàr yà à los fines de Diziembre, y cerrados los caminos con las lluvias, se quedò en Tarija, confirmado en el govierno de aquellas Missiones; y el año siguiente de 1707. bolviò à ellas, con otros dos Operarios, el Padre Pablo Restivo, Siciliano,

no, Missionero antiguo de los Guaranìs, y el Padre Juan Bautista de Zea con el oficio de Visitador, en nombre del Provincial, el qual pensaba abrir nuevo camino, porque avia recibido orden el Padre Phelipe Suarez, que desde el Pueblo de San Joseph allanasse el camino, costeando el Rio San Miguèl, porque se ahorraban muchas jornadas de viage, y se libraban de los vados peligrosos del Rio Guapay, y por aqui avian ido antiguamente los Chiriguanàs à caza de Indios Penoquìs, aunque les saliò mal esta invasion, porque cogidos de los Penoquìs en vna emboscada, los passaron à todos vn palo por las entrañas, y assi traspassados, los levantaron en el ayre, y los pusieron à los lados del camino, para muestra de lo que harian con otros, si se moviessen à cosa semejante. El Padre Suarez, por el mes de Mayo puso por obra la voluntad del Padre Zea, aunque no pudo llegar hasta las Rancherias de los Chiriguanàs, por no tener con que sustentar à buen numero de Indios Chiquitos, que allanaban el camino. Con todo esso, teniendo à la vista aquella punta de montes, que habitan los Chiriguanàs, se abançò con dos Indios, para vèr si descubria alguna Rancheria. A pocos passos viò, que venia àcia sì vno de los Chiriguanàs, que despavorido à la vista del Padre Phelipe, como de enemigos, metiò las espuelas al cavallo, y llegando à toda carrera à su Rancheria,

diò

diò aviso, que venian Mamalucos, con que se previno para la defensa, y puso en armas todo el contorno. Por lo qual, no teniendo el Padre quien le guiasse, y viendose abandonado de sus Christianos, diò la buelta à San Joseph; y aunque no pudo noticiar de lo sucedido al Padre Fernandez, lo supo este en el Valle de las Salinas, por aquella voz que se divulgò, de la qual congeturò avia sido lo que avia intentado el Padre Phelipe.

A fines de Septiembre se partiò el Padre Fernandez à los Chiquitos, y llegando à las Tierras de los Chiriguanàs, llamadas Palmares, tuvo noticias mas ciertas del camino que avian abierto los Chiquitos. Por lo qual resolviò el Padre Visitador Juan Bautista de Zea, dexado el camino antiguo, tirar al Oriente àcia el Rio Parapitì, à vna Rancheria de Chiriguanàs, llamada Charaguà, por donde passa aquel Rio: aqui tratò con dos Caciques, para que le guiassen hasta donde avia llegado el Padre Suarez; ofrecieronse estos al punto, anticipandoles los nuestros vna buena paga; pero el dia antes de la partida, estando bien tomados de la chicha, que es su vino, descubrieron quanto maquinaban en su coraçon: y era la causa de todo, que sus parientes avian montado en colera, porque enseñaban à los Padres aquel camino por donde en adelante vendrian à robarlos, y hazerlos esclavos los Mamalucos, diziendoles era

me-

mejor matarlos à macanazos, ò sino, à lo menos conducirlos à donde los tigres hiziessen estrago en ellos: los Caciques empero querian mantener la palabra, sin moverles nada estas razones, que alegaban, mas por deseo de la ganancia que sacaban, que por certidumbre que tuviessen de los peligros, que les podian suceder. Por lo qual el dia siguiente se aprestaron puntualmente para ir sirviendo à los Padres, y los acompañaron hasta el Parapitì. Pocas millas faltaban para llegar al lugar de donde el Padre Suarez avia buelto atràs, quando los dos Caciques se dexaron salir de la boca estas palabras. Gran lastima tenemos de vosotros, porque os han de robar, y matar los Tuquìs, que discurren por este camino. Tuquìs llaman à los Pueblos que no son de su Nacion. El Padre Visitador hazia que no los entendia, y queria passar adelante; pero aconsejandose con sus Compañeros, sospechò maquinaban alguna traicion los Chiriguanàs, y que con el pretexto de los Tuquìs querian encubrir sus tramas: pues fuera de ellos no avia otros en el Paìs, que avian registrado bien los Chiquitos: por lo qual, so color de que las cavallerias se avian cansado, y que no podrian andar lo que les faltaba del camino, se dieron prisa à bolver atràs, para escapar de las vñas de aquellos barbaros, que por solo robarles las pobres cosillas, que llevaban consigo, les que-

rian hazer traicion. Y no se engañaron, pues se encontraron con muchas quadrillas de aquellos barbaros, que preguntados à donde iban, respondieron, que à pescar en el Parapitì; pero se les escaparon de las manos estos pezes, que iban à buscar. No se perdiò del todo tan largo viage, ni las fatigas, y trabajos, que padecieron estos fervorosos Operarios, disponiendolos Dios para que las almas de dos niños consiguiessen la felìz suerte de su predestinacion. Estaban estos en el Charaguà yà para espirar, quando fueron llamados los Nuestros para que les aplicassen algun remedio corporal: pero viendo ellos perdida la esperança de la vida temporal, les procuraron el remedio del alma con el Santo Bautismo; y apenas le recibieron, quando fueron à gozar de aquella bienaventurança, que ciegos sus padres tanto aborrecian. Lo qual llenò de tanto jubilo à aquellos Varones Apostolicos, que por ello solo les parecieron bien empleados tantos sudores, y fatigas. A causa de estos embarazos no pudieron llegar à los Chiquitos hasta mediado Diziembre, con que les fue precisso hazer alto en la Reducion de San Francisco Xavier, por las lluvias, que yà inundaban el Paìs.

Poca gente hallò el Padre Visitador Zea en las Reduciones, porque apenas los Indios avian levantado sus casas, y recogido algunas mieses para su ma-

nutencion, quando se partieron al punto à reconocer el Paìs, y sus confines, y espiar las Rancherias de los Infieles, porque yà que avia sido costumbre antigua suya hazer guerra à los confinantes, y tomarlos por esclavos, se valieron de esso los Nuestros, para dilatar la gloria de Dios, y en provecho de aquellos Infieles, que vivian en las tinieblas de la muerte, y de la infidelidad: persuadieronles, pues, que fuessen por las Rancherias de los circunvecinos, pero sin causarles el menor daño, ni en las vidas, ni en las haziendas; antes bien, que con afabilidad, y con otros buenos modos les diessen noticias de Dios, y de las cosas del Cielo, enseñandoles el fin para que avian sido criados, y vivian en el mundo, la necessidad de abrazar la Ley de Christo, para ser eternamente felices, y que procurassen ganarse el afecto de alguno de ellos, para que sirviesse de guia, è interprete à los Missioneros. Los buenos Christianos empezaron à exercitar tan puntualmente la leccion que se les diò, que por no traspassarla aun levemente, se dexaban hazer pedazos de los barbaros, por lo qual fue necessario explicarles lo que podian hazer si fuessen acometidos, para que no sucediesse en adelante lo que sucediò à vnos Indios de la Reducion de San Joseph, que yendo en busca de las Salinas, dieron en vna Rancheria de Infieles: entraron en ella sin armas, desplegado solo el Estan-

darte con la Imagen de Nueſtra Señora, y con palabras ſuaves, y corteſes procuraron domeſticar la fiereza de los moradores: pero eſtos, mirandolos con malos ojos, dieron ſobre ellos como tigres, y hizieron en ellos tan cruel eſtrago, que ſolo vn Indio, con dos muchachos, pudo eſcapar con vida. Otro tanto, ſino yà peor, porque fueron mas en numero, ſucediò à los de San Juan Bautiſta. Internaronſe eſtos en Paìs enemigo, ochenta, y mas leguas à vna Tierra de Infieles, cercada al rededor de profundos foſſos de agua, junto à los quales tenian fabricadas ſus caſas: entraron dentro los Nueſtros, y dos ſolos de ſus moradores, porque los demàs eſtaban trabajando en el campo, ſalieron fuera à hazerles frente, y amenazarles con ſus flechas. Viendo vno de eſtos, que los Chriſtianos no deſiſtian de abançarſe, hiriò con vna ſaeta al que llevaba la Imagen de Nueſtra Señora, à quien ellos no hizieron otro daño, que quitarle las armas (coſa maravilloſa, digna de tenerſe por milagro, aun en los aprovechados en el eſpiritu, no yà en barbaros, en cuyos coraçones reyna mas la vengança, que en el cuerpo el alma) pero las mugeres, empuñando las armas, fueròn à los ſembrados à aviſar à los hombres, los quales, dexada la labor, bolvieron al punto con animo de hazer en ellos vna gran carniceria; pero viendo el numero, y aviendo, con daño proprio, probado

otras

otras vezes el corage, y aliento de los Chiquitos, ſe detuvieron, y previnieron la meſa, en que repararſe de la hambre, hablando mas por ſeñas, que con palabras, por ſer de diferentes Lenguas. Poco deſpues vino el Cacique, que al punto hizo retirar à los ſuyos, y ordenò, que recogieſſen las armas, que los Nueſtros, en ſeñal de paz, avian pueſto en el ſuelo. Llevaban eſto de mala gana los Chiquitos, pero ſu Capitan, fervoroſiſsimo en la Fè, quando antes de convertirſe parecia vna fiera, mandò que ſe las dexaſſen coger, queriendo con tal bondad, y manſedumbre ganarles el afecto, y la voluntad, y ſus almas para Chriſto. Pero aprovechò poco, porque luego que los vieron deſarmados, cargaron los barbaros ſobre ellos, y huvieran hecho en ellos vn grande eſtrago, haſta no dexar ninguno vivo, ſi no ſe huvieran entrado algunos pocos dentro de los foſſos: quedaron muchos heridos, y por muchos meſes llevaban en el cuerpo las ſeñales de el fervor, y deſeo, que fomentaban en ſus pechos de verter la ſangre por Chriſto. Fue vno de ellos herido en el vientre, y la punta de la flecha le dañò las entrañas; el qual, con gran trabajo, le conduxeron à caſa en brazos agenos, y poſtrado en la cama por mucho tiempo, haſta que no le quedò mas que la piel ſobre los hueſſos, perdida la eſperança de ſanar, tratò vn Miſsionero de diſ-

po-

ponerlo para morir, diziendole, que perdonasse à sus enemigos, y se tuviesse por dichoso en dar su vida, por llevar à otros la luz del Evangelio: que imitasse à su buen Redemptor, que por sus enemimigos pidiò perdon à su Eterno Padre, amandoles con amor infinito, en recompensa de las injurias recibidas. El buen Indio le oyò con gusto, y con lagrimas de tierno afecto los perdonò, y ofreciò à Dios su vida por la salvacion de aquellos que le avian tan gravemente ofendido: y assi le administrò los Sacramentos, y esperaba por instantes su feliz transito à mejor vida. El dia siguiente preguntò al Enfermero, en què estado se hallaba el enfermo: à que respondiò, que estaba fuera de peligro, y que aquel Señor, que avia recibido, le avia quitado todo el mal. No acababa el Padre de creerlo; pero hallando que era verdad, preguntò al Indio yà sano, què le avia sucedido? A que èl satisfizo diziendo: El Señor, que tu ayer me diste, me ha librado, y esta noche arrojè fuera todo el mal. Valiendose de este caso, exortò el Missionero à aquellos nuevos Christianos à perseverar en el bien començado, y à amar à Dios, que con tal milagro manifestaba quanto le agradaban sus fervores.

Empero no faltò quien tomasse vengança de aquella crueldad, porque los Piñocas, andando tambien ellos en busca de almas, se encontraron acaso

con

con ellos, y reconociendolos por los Rosarios, y Cruces, que llevaban colgadas al cuello, despojos de los muertos (estos son los atavìos, y adornos, que tanto aprecian aquellos Christianos) aun con todo esso no los huvieran atacado, si el remordimiento de la conciencia no huviesse atizado à los Infieles; los quales, mientras se ponian en armas, recibieron de los Piñocas tal carga, que muchos de ellos cayeron muertos en tierra, y entre ellos el Cacique, autor de la traicion. Mejor fortuna corrieron otros Indios de la misma Reducion de San Juan Bautista, que entrados en vna Rancheria de Puraxìs, lograron reducir à la Santa Fè cinquenta Familias, y con ellos, alegres, y contentos, dieron la buelta à su Rancheria. Siendo informado el Padre Visitador de el estraño encuentro de los de la Reducion de San Joseph, ordenò, que cien Indios del mismo Pueblo, pertrechados de armas, bolviessen, no para castigar la crueldad de aquellos malvados, sino para traer los huessos de los muertos, para darles honrosa sepultura, y que con buenos modos, aunque siempre con las armas en la mano, les certificassen sinceramente del fin por que iban à su Pueblo, y del amor que aun despues de cometida aquella barbara atrocidad les tenian. Partieron al punto: y aunque à costa de grandes trabajos, por la falta de agua, de suerte, que no tenian para refrigerar la sed sino vn

po-

poco de rocìo, que recogian en los cardos silvestres: al fin llegaron al lugar de la matança, donde solo hallaron los cuerpos de sus hermanos, pero no à los matadores, à quienes obligò el temor del castigo à retirarse à donde tan facilmente no pudiessen ser hallados. Querian los Christianos ir en su seguimiento, pero no siendo practicos en los caminos, difirieron esta empressa para tiempo mas oportuno, y cargando en sus hombros los cadaveres, dieron la buelta à su Reducion, donde tuvieron no poca materia de alegria en los dos Pueblos, que vieron se fundaban de nuevo; el vno con el titulo de San Ignacio de los Boocas, y el otro de la Concepcion, donde se juntaron los Pueblos de Lenguas muy diferentes, que en sus correrias àcia el Mediodia avia descubierto el V. Padre Lucas Cavallero. Señalò por Superior de la primera al Padre Joseph de la Mata, y èl se fue por su compañero, con raro exemplo, y edificacion de todos en vsar del oficio, para escoger el cultivo del campo mas duro, y sembrado de espinas, y de Cruzes (de que darè abajo pruebas mayores.) Mas este su zelo le huvo de costar presto la vida, porque siendo, como era, Missionero verdaderamente Apostolico, incapàz de reposo, y descanso, apenas llegò à la nueva Reducion, quando al punto quiso ganar para Christo à los Aruporès, y Tubacìs, siendo precisso para conseguirlo passar

pro-

profundos pantanos, y lagunas, caminando muchas vezes bañado, assi del agua, que caìa de el Cielo, como del mucho sudor en que se resolvia, para vencer no pocos, ni ligeros embarazos. De aqui se le originò vn humor maligno, que corriendo por el cuerpo, le ocupò todo en breve con vna monstruosa hinchazon, en que peligraba yà la vida, à no averle acudido el Padre Mata con algunos remedios, que no tanto por su actividad, quanto por voluntad de Dios, le repararon algun tanto; y para que se restituyesse del todo à su antigua salud, fue precisso mudasse de ayres, passando à San Rafaèl, donde tuvo dilatado campo para exercitar su zelo, saliendo à caza de bestias racionales (que assi se pueden llamar aquellos barbaros) las quales domesticadas, reduxo al redil de la Iglesia. Parecia que iba à competencia con el Venerable Padre Cavallero en ganar almas para Dios, y para sì mismo muchos meritos; y es obligacion mia dar aqui por extenso noticias de las heroicas virtudes de entrambos: de las del primero tendrè abajo ocasion oportuna: de las del Venerable Padre Lucas la darè en los capitulos siguientes, concluyendo la narracion con el felicissimo Martyrio, que padeciò el año de 1711.

CAPITULO X.

NACIMIENTO, ENTRADA EN LA Compañia, y primeros fervores del Venerable Padre Lucas Cavallero.

NAciò el Venerable Padre Lucas en Villamear, Lugar de Castilla la Vieja. Sus Padres eran de lo principal de èl, y acomodados en bienes de fortuna. Passò los primeros años de su niñèz en casa de vn tio suyo Sacerdote, de exemplarissimas costumbres, y en quien aprendiò vna gran madurèz de juicio, y gravedad en las acciones, de suerte, que en la niñèz nada tenia pueril, ni mostraba ternura sino en la piedad, ni gusto sino en los exercicios de devocion, y en todo mostraba vna virginal modestia, tan delicada, que se ofendia de vèr, ò de oìr accion, ò palabra menos recatada. Aviendo passado aquel santo Sacerdote à mejor vida, passò à vivir à casa de otro tio suyo, tambien Sacerdote, pero de diferentes costumbres, y proceder: no obstante esso, el devoto niño, fortalecido con la gracia del Espiritu Santo, no empañò con el menor defecto el candor de su inocencia, aunque para conservarla pura, huvo tal vez de desatender la autoridad de su tio, que era de rotas costumbres,

manteniendose modesto, retirado, y atendiendo solo à las cosas de su alma, y al servicio de Dios. Aprendiò los primeros rudimentos de la Gramatica en nuestro Colegio de San Ambrosio en Valladolid, donde con el trato de los Nuestros se aficionò à la Compañia, y pidiò con instancias ser admitido en ella: y hechos los examenes, y pruebas acostumbradas, passò al Noviciado de Villagarcìa, grande, y religioso Seminario de Varones Apostolicos en ambos Mundos. Aqui llenò las esperanças, que de èl se tenian, con el fervor de espiritu, y con la inocencia de la vida, teniendo todo su gusto en Dios. Tuvo por este tiempo noticias de la llegada à España de los Padres Christoval de Grijalva, y Thomàs Domidas, Procuradores de esta Provincia, que venian por Operarios Evangelicos, para cultivar, y mantener esta dilatada Viña del Señor. Encendiòse luego en deseos fervorosos de ser vno de los señalados para passar à Indias: à cuyo fin hizo à Dios Nuestro Señor repetidas suplicas, para que se dignasse su Divina Magestad de escogerle para propagar su gloria, y llevar la luz de la Fè à los que viven en las sombras de la Gentilidad, ofreciendose con voluntad prompta à los trabajos, y à los peligros de la vida, hasta derramar su sangre por la Fè. Agradaron al Cielo estas ofertas, como lo dieron à entender los efectos;

porque teniendole los Superiores por habil para grandes empressas en el servicio de Dios, ciertos de lo solido de sus virtudes, le concedieron licencia, y poco despues, en compañia de otros sesenta Missioneros, se diò en Cadiz à la vela; y despues de vna trabajosa navegacion, en que murieron ocho de los nuestros, arribò à Buenos-Ayres, primer Puerto de esta Provincia, y de alli passò à Cordova de Tucumàn, donde con credito de ingenioso concluyò sus estudios. No quiero omitir lo que èl por humildad, y para enseñança nuestra refiriò à vn confidente suyo; y fue, que viendose en la Philosophia superior à los otros condiscipulos en las funciones domesticas, se dexò llevar de alguna vana complacencia de sì mismo, y se descuidò en rezar la Oracion del Angelico Doctor, que acostumbraba antes de estudiar; pero de aqui se le originò obscurecerse algun tanto el entendimiento, y le fue necessario despues sudar, y trabajar mucho, para entender las materias Theologicas.

Acabados sus estudios, y recibidos los Sagrados Ordenes, empleò su zelo en las Missiones de la jurisdicion de la Ciudad de Cordova, con igual gloria de Dios, y aprovechamiento de las almas, assi de los Indios, como de los Españoles, que por su pobreza viven en aquellos desiertos, y tierras, sin otra doctrina, ni instruccion en la Ley de Dios,

que

que la que les dàn los Nueſtros, quando vàn à ſus Eſtancias, y Ranchos, ſiendo para ellos eſte, ſu dia de Paſqua, y el de mayor devocion de todo el año: con lo qual recogiò abundante coſecha de almas, y de trabajos; aquellas para Chriſto, y eſtos para sì, por ſer eſta Miſsion de las mas dificiles, y trabajoſas, que tenemos. De aqui paſsò à la converſion de los Indios Pampas, que confinan con eſte Obiſpado, la qual empreſſa procurò ſeguir con todo empeño, porque le traſpaſſaba el coraçon la pèrdida de tantas almas, metidas en las tinieblas de la Gentilidad, viviendo, como viven, tan cercanas à los reſplandores del Evangelio. No es facil referir quanto ſudò, y trabajò para reducir à eſtos Infieles, pero todo en vano, porque rehuſaron obſtinadamente recibir el Santo Bautiſmo, y reducirſe à vida politica: con que ſe viò preciſado à abandonarlos totalmente, por no perder à vn tiempo la vida, y los deſeos, que ardian en ſu pecho de campo mas dilatado, y eſpacioſo, donde fueſſe mas cierta la coſecha, como menos reſiſtençia del terreno para recibir la ſemilla del Evangelio. A eſte tiempo ſe trataba con mas calor de emprender la Miſsion, y Reducion de los Chiriguanàs, y Chiquitos; por lo qual el Padre pidiò, y obtuvo el ſer ſeñalado por vno de los primeros, à quien tocaſſe la ſuerte de reducir aquellos Pueblos Gentiles al

cos

conocimiento de ſu Criador. Puſieronle à cuidar de la Reducion de Nueſtra Señora del Guapay, donde eſtuvo dos años, logrando mas frutos de paciencia, hambre, ſed, beſas, y eſcarnios de los Infieles, que almas para Chriſto, por ſer los Chiriguanàs gente barbara, ſobremanera obſtinada, à quien ni amedrentan los caſtigos, ni los beneficios domeſtican; pues aviendo vſado Dios Nueſtro Señor con ellos de ambos medios, yà procurando atraerlos con milagros, y con el fervor de Varones Apoſtolicos, yà aſſombrandolos con tempeſtades furioſas, y rayos del Cielo, y con la careſtìa, y peſtilencia de la tierra, perſeveran protervos en ſu obſtinacion. Acoſtumbrados, pues, eſtos barbaros à ſacudir el ſuave yugo del Evangelio, por eſtàr yà enfadados del zelo del Venerable Padre Lucas, y ſus Compañeros, fingiendo, que ſolo avian venido à ſus Tierras para juntarlos, y entregarlos à los Mamalucos del Braſil, los echaron del Paìs, y deſtruyeron la Igleſia, que avian fabricado; por cuya cauſa ſe retirò à los Chiquitos en el Pueblo de San Franciſco Xavier, donde hallando el terreno mas diſpueſto al cultivo de la Fè, aſsiſtia à aquellos nuevos Fieles con increible zelo, y amor: y à la verdad era bien neceſſario ſu eſpiritu, y fervor para acudir, y ſocorrer las neceſsidades de aquella Igleſia, afligida no menos de la peſte, que de la careſtìa de todo

lo

lo necessario, no dando treguas, ni de dia, ni de noche à las fatigas, y trabajos, que le reduxeron con vna grave enfermedad al vltimo trance de la vida, con extremo dolor de sus Compañeros, que le veneraban como à Santo, y de los Neofitos, que le amaban como à Padre. Mas en esta afliccion quiso Dios consolar à todos, dandole en breve tiempo entera salud, para que regasse con su sangre aquella nueva Viña del Señor (condicion al parecer precisa, para que la Fè arraigue con permanencia en los campos donde se planta) que en adelante avia de rendir copiosos frutos.

De esta Reducion salia frequentemente el Padre Lucas à discurrir por las Tierras circunvecinas, y andaba à caza de almas por los Montes, y Bosques: y confiando solo en la Providencia Divina, no cuidaba de sì mismo, ni de su salud, sucediendole las mas vezes no tener otra cosa de que alimentarse, sino con raìzes, ò frutas silvestres. Los trabajos, y fatigas, juntas con ardentissimas fiebres, lo postraban en el suelo, sin tener mas Medico, que la Providencia Divina, ni mas remedio, que la conformidad con Dios, no hallando ni aun vna Choza, en que recobrarse en tales lances, expuesto à las injurias del tiempo; pero entonces Dios le llenaba de consuelos el alma, dandole tal vigor à su espiritu, que redundaba en el cuerpo, de tal

ma-

manera, que yà ni ſentia la enfermedad, ni le rendian las fatigas, antes emprendia los viages mas inconmodos, y los mayores peligros, para traer almas al rebaño de Chriſto. No ſon eſtas ſolamente expreſsiones mias, ſino teſtimonio de vn Superior ſuyo, quien dize, que deſpues de tantos malos tratamientos de ſu vida, no le pagaba con otra coſa, que con reprehenſiones, à fin de que puſieſſe freno à ſus fervores, que mirados con los ojos materiales, excedian, y paſſaban los terminos de la prudencia; pero ſiendo èl governado de eſpiritu ſuperior à toda prudencia humana, ſin poder contener ſu zelo, corria ſiempre mas, à donde la coſecha de las almas, y de trabajos era mayor. Llegò vna vez à vna Rancheria de Infieles, con el ſemblante tan desfigurado, tan falto de fuerças, y pobre de veſtido, que por burla preguntaron aquellos Infieles à ſus compañeros, ſi era el Padre algun eſclavo fugitivo de los Eſpañoles, à quien huvieſſen tan mal parado à golpes, y azotes. No obſtante les predicò el Santo Varon la Fè de Chriſto, con tanto fervor, y eſpiritu, que ſi èl no pudo luego reducirlos, viniendo poco deſpues otro Miſsionero, ſacò de ellos fruto muy copioſo. Y aunqne el Apoſtolico Padre ſe hazia tan cruda guerra à sì miſmo, ſiempre le parecia todo poco, por el anſia de padecer ſiempre mas, y mas. Oiaſele muchas vezes deſahogar ſu coraçon en de-

ſeos

ſeos de mas cruces, y trabajos, y quexarſe amoroſamente al Señor, porque andaba ſu Mageſtad tan eſcaſo con èl en darle aquellos trabajos, y martyrios, que con tanta liberalidad repartia à otros: porque aun no entendia, que Dios le diferia el cumplimiento de ſus deſeos, para que crecieſſen los meritos, y adelantaſſe la gloria de ſu Criador, ſufriendo otras muchas cruzes, que le tenia preparadas por llevar ſu Nombre à otros Pueblos, y Naciones.

El año de 1704. ſaliò en buſca de los Puraxìs, que ſe avian retirado à vna eſpeſa Selva, para defenderſe de los aſſaltos de algunos Europeos, que ſin temor à las leyes, ſobre el ſeguro de eſtàr lexos de la viſta de quien pudieſſe caſtigar ſus exceſſos, ſe tomaban la licencia de hazer eſclavos à los Payſanos, y venderlos à ſu guſto como tales; y llegando à donde vno de eſtos eſtaba alojado junto à aquellos Pueblos, le recibiò con mal ſemblante, y peores palabras, diziendo al Venerable Padre, que aquel no era tiempo de hazer Miſsiones, y aſsi, que ſe bolvieſſe, y metieſſe en ſu Reducion, porque ſi no lo hazia por bien, le obligaria, mal de ſu grado, à que lo hizieſſe. Eran buenas eſtas palabras para eſpantar cobardes animos, no para entibiar el zelo ardiente de vn Apoſtol: y aſsi, reſpondiendole el Padre afable, y corteſmente, proſiguiò ſu viage; mas no hallò Indio alguno en ſus Rancherias, por-

que todos andaban huìdos por los montes, y ſelvas, y ſolo ſe dexaba vèr tal qual, que deſde las copas de los arboles exploraba los paſſos de los Eſpañoles. Eſto le obligò à que trepaſſe por los arboles, para poder llegar à ſus alvergues, y cabernas, donde los recogiò, y predicò la Fè, y adminiſtrò à los niños el Santo Bautiſmo; y porque con la falta de lluvias ſe les perdian irreparablemente los ſembrados, ſe echò à ſus pies aquella pobre gente, y mas con lagrimas, que con palabras, le pidieron, que ſi tanto podian con el Dios que predicaba ſus ſuplicas, les alcançaſſe luego remedio en aquella neceſſidad. Enterneciòſe el buen Padre de ſus lagrimas, y haziendolos poner à todos de rodillas delante de vna Cruz, y levantadas las manos al Cielo, les mandò pidieſſen agua à la fuente de todos los bienes, que es Dios. No ſe hizo Dios ſordo à las ſuplicas de aquellos nuevos Fieles, y aſsi les concediò ſu peticion con lluvia copioſiſsima. Rabiaba de peſar el demonio, al vèr que ſe le eſcapaba de ſus garras eſta gente, de quien haſta entonces avia eſtado en pacifica poſſeſsion, y moviò vna tempeſtad terrible contra èl. Saliò vno de aquellos Europeos, de quien poco ha hize mencion, hombre perdido, y cruel, y encendido en colera, por vèr mas que nunca perdidos aora ſus intereſſes, maquinò, con el fomento de otros parciales, hazer de vn golpe dos tiros, que

fue-

fueron recoger gran numero de esclavos, y malquistar al Padre Lucas con aquellos Pueblos, de suerte, que jamàs ossasse ponerse delante de ellos. Con este designio passò à los Puraxìs, y les dixo, que no creyessen à aquel Padre, porque era vn Mamaluco disfraçado en trage de Jesuita; y para que viessen, que dezia verdad, à la buelta (avia passado el Venerable Padre à reducir la Nacion de los Tapacuràs) le haria prender, y cargado de prisiones le remitiria à Santa Cruz de la Sierra. No diò la gente à sus palabras todo el credito que deseaba; pero no obstante, combatidos sus animos de dos diversos afectos, de temor de que en la realidad fuesse Mamaluco, y del amor que le tenian, estaban tristes, y melancolicos. Luego que el Santo Varon supo este enredo, les descubriò los fraudes del enemigo, y procurò aquietarlos con buenas razones. Poco despues diò la buelta con su gente aquel malvado, y afrentando al Padre con palabras llenas de oprobrios, faltò poco para poner en èl las manos. Por vltimo le intimò en nombre de su Magestad Catholica (que en tales empressas fingen estos malvados la autoridad Real, para abusar de ella quando les està à cuento, ò se atraviesan sus interesses) que se retirasse luego de aquel Paìs, y fuesse à dar razon al Govierno de Santa Cruz. Este tan pesado lance no descompuso, ni alterò en el Padre Lucas aquella se-

renidad de animo, que siempre mostraba en el semblante; sino atento solamente à reparar el daño que de aqui se podia seguir, le respondiò con aquella intrepida, y santa libertad, que le daba el espiritu de Dios: que sabìa bien se enderezaban todos sus designios, no à otro fin, que à hazerle aborrecido de aquella gente, para que en adelante jamàs le admitiessen en sus Tierras, ni le diessen oìdos. Que què diria el Pueblo de Santa Cruz, al vèr llevar preso à vn pobre Religioso, porque predicaba la Fè? Que no se fiasse de su poder, pues Dios Nuestro Señor, y la Magestad Catholica del Rey, no tenian lexos las armas, aun de aquellos desiertos remotos, para hazerle pagar vn atentado tan temerario, è injusto: y por fin, que no esperasse contrastar con sus embustes la piedad, y zelo de aquella piadosa Ciudad, y de sus Regidores. Replicòle el hombre perdido, con furia, que obedeciesse. Mas el Padre Lucas, no haziendo caso alguno de lo que le pudiesse suceder, por los enredos, y calumnias de aquel hombre descarado, determinò quedarse para deshazer la maquina, fabricada para daño, y ruina de aquella nueva Christiandad. A este tiempo le traxerõ los Puraxìs vn Indio Manacica, que hecho esclavo de aquel hombre, avia tenido maña para huirse de èl: y puesto en libertad, se acompañò con los Neofitos. Entendia este Mañacica alguna cosa del Idioma de los Chiquitos: era de

buen

buen entendimiento, quanto cabe en vn barbaro: obſervaba con atencion las Ceremonias Sagradas, la forma de bautizar, el ponerſe de rodillas delante de la Santa Cruz, el levantar las manos al Cielo, las Preces Sagradas, que muchas vezes al dia entonaba el Santo Varon en voz alta; y pareciendole todo conforme à ſu genio, y à la razon, procuraba hazer lo miſmo. Advertido eſto muchas vezes por el Padre Lucas, y coligiendo lo que ſeria toda la Nacion, por lo que veìa en aquel ſolo, determinò emprender ſu converſion.

CAPITULO XI.

PASSA EL VENERABLE PADRE LUCAS à los Manacicas, quieren matarle los Indios Sibacas, y el Cielo toma por èl la venganza.

ALegres los Indios de que aquel Europeo, aterrado del animo del Apoſtolico Padre, huvieſſe deſamparado el Paìs, ſin hazer preſa en ellos, como les avia amenazado, penetraron à lo mas enmarañado del Boſque: y Zuriquios, Cacique de aquella Rancheria, le pidiò, que fueſſe à los Aruporès, que ellos le acompañarian: los hablarèmos, dixo el Cacique, y los entretendremos, para que no ſe pierdan, y anden deſcarriados por temor de los enemigos, y todos

dos nosotros los Puraxìs, y Tubacìs nos juntarémos con ellos para hazer vn Pueblo, en que tu nos puedas doctrinar, y dar el Santo Bautismo: porque de otra suerte nos esparcirèmos por estos Bosques, de tal manera, que ni tu, ni otros nos puedan jamàs encontrar. El Santo Padre, que no deseaba otra cosa, se puso al punto en camino, y llegando allà en pocos dias, hallò la gente tan bien dispuesta à recibir la Fè de Christo, que de vna vez bautizò ochenta, ò mas niños. No quiso por entonces bautizar à los adultos, porque la experiencia le avia enseñado à vsar con ellos de lentitud. De aqui passò à otra Rancheria, donde falto de fuerças, sin poder sostener tantas fatigas, y trabajos, desmayò de pura flaqueza: y assaltado de vna fiebre ardentissima, se echò debaxo de vn arbol, en vn total desamparo de todo humano consuelo, abandonado aun de los Neofitos Piñocas; y persuadiendose no le restaba mucho tiempo de vida, se iba disponiendo para el vltimo trance. Los Indios del Paìs se dolian grandemente de que por aver los enemigos assolado la Tierra, no tenian con que socorrerle, y reparar su flaqueza; pero hallando por gran ventura vna gallina, se la ofrecieron; mas el Santo Padre rehusò aquel alivio, y quiso resueltamente se guisasse para dar de comer à vn Neofito, que junto à èl yacia enfermo. En este estado se hallaba, quando sintiò en

ſu coraçon, que era voluntad de Dios ſe ofrecieſ-ſe à llevar ſu Santo Nombre à los Manacicas, y que con eſta oferta ſe reſtituiria à ſus fuerças. Al punto prometiò, no ſolo darle à conocer à nuevas gentes, ſino derramar ſu ſangre por el bien de los proximos, ſi fueſſe eſta ſu voluntad ſantiſsima. Agradò al Cielo eſta oferta, y al momento ſe recobrò el cuerpo de ſus antiguas fuerças, y no aviendo podido los dias antecedentes atraveſar bocado, pudo luego comer lo que la piedad de los barbaros le ofrecian: lo qual, aunque mal guiſado, fue baſtante à recobrarle del todo. Vino à darle el parabien de ſu perfecta mejoria Pou, Cacique del Lugar, con algunos de ſus Vaſſallos; y el fervoroſo Padre Lucas, acordandoſe de la promeſſa hecha à Dios, tratò luego de la empreſſa, y con quantas razones le dictò el amor de Dios, y del proximo, le exortò à que fueſſe ſu compañero en aquella empreſſa. Pareciòle al Cacique, que eſte negocio no tendria exito feliz, por ſer los Manacicas en valor terribles, y en numero muchiſsimos, y ſobremanera opueſtos à los Eſpañoles, pues por la matança reciente que eſtos avian hecho, tenian jurado de vengarſe, no dexando con vida à qualquiera que cayeſſe en ſus manos: que ir allà, era lo miſmo que ir à buſcar por sì miſmo la muerte, y que encontraria en el viage tantos peligros,

quan-

quantas ſerian las agudiſsimas puntas que ellos avian ſembrado por todo el camino, como èl miſmo lo avia experimentado el año antecedente, viendoſe preciſado à dar la buelta, por no quedar eſtropeado. Finalmente, el Cacique, que le miraba como à Padre amoroſo, y le reverenciaba como à Santo, por la extremada piedad con que ſentia todos ſus males, le dixo por vltimo, para apartarle de ſu ſanto propoſito: *Padre, ſi te acometieren los Manacicas, con què te defenderàs tu ſolo?* A lo qual el Apoſtolico Padre, ſacando del ſeno vn Santo Chriſto, le reſpondiò: *Mira* (ſon palabras ſuyas) *mira aqui el Eſcudo, con que repararè ſus furias: Nada temo, porque Chriſto me ordena, que lleve allà ſu Santa Ley: No pueden ellos quitarme ni vn cabello, ſi èl no quiere, y aun quando yo padecieſſe eſta, que voſotros llamais deſgracia, de ſer muerto à ſus manos, ella ſerìa mi ſuma felicidad: ſi voſotros teneis miedo, podreis quedaros antes de llegar à ſus Pueblos: que yo me irè ſolo: y ſi me recibieren con buen ſemblante, bolverè à llamaros; y ſi no bolviere, os podreis huir.* Animados de tan fervoroſas palabras aquellos barbaros, reſpondieron vnanimes, y conformes: *Eſſo no, no huirèmos noſotros; y ſi te matan, por el amor que te tenemos, vengarèmos tu muerte, aunque nos hagan pedazos.* Y ſin mas tardança, tocando al arma el Cacique, eſcogiò vna florida Eſquadra de Soldados, y ſe

y ſe los traxo à la preſencia del Padre, en donde cada vno con brio extraordinario prometiò morir à ſu lado, ſi los Manacicas oſſaſſen hazerle algun vltrage.

Pero antes de ponerſe en camino, le pidiò la gente les predicaſſe la Ley, que debian profeſſar; que bautizaſſe à los niños, y pidieſſe à Dios agua, porque ſus ſembrados ſe perdian por falta de lluvias. Viendo el Padre Lucas, que era juſta ſu demanda, y que ſus corazones eſtaban tan inclinados à lo bueno, hizo el dia ſiguiente, al romper del Alba, enarbolar vna grande Cruz, aunque mal compueſta de dos leños toſcos atraveſados, y rodeado de muchos niños, mugeres, y Soldados, hizo oracion delante de ella, repreſentando à Dios Nueſtro Señor los meritos de la muerte de ſu Hijo Jeſu-Chriſto, que le recordaba aquella Cruz, pidiendole por ellos no ſe negaſſe à ſu piedad paternal, y à la grande neceſsidad de aquellos miſerables, embiandoles vna lluvia, que no le coſtaria mas, que vna inſinuacion de ſu voluntad, para ganar aquellas almas, por las quales ſu Vnigenito Hijo avia derramado ſu Sangre ſobre la tierra. Aunque tan fervoroſa, y eficazmente rogaba, no ſe moviò Dios eſta vez à oìr tan preſto ſus ſuplicas, como lo avia hecho en otras Rancherias, para que con la dilacion de el favor ſe arrepintieſſe el Pueblo, y arrojaſſe de

ſu coraçon el odio, y la vengança: por tanto ordenò el Padre, que à la tarde ſe bolvieſſe à juntar el Pueblo al pie de la miſma Cruz, y con aquella energìa, que comunicaba à la lengua vn coraçon abraſado en amor, y zelo, les declarò como Dios es Juez de nueſtras acciones, buenas, ò malas, y que las caſtiga en eſta, ò en la otra vida, con penas à ellas proporcionadas: dixoles, Nueſtro Señor Jeſu-Chriſto eſtà juſtamente airado con voſotros, ni quiere oìr vueſtras ſuplicas, ni ſocorrer vueſtras miſerias, porque aveis ſido cauſa de gravifsimos daños, que han padecido los Tapacuràs, y Manacicas; y porque aveis hecho guerras à vueſtros parientes los Aruporecas, no perdonando à incendios, y priſiones, y la inhumana matança de tanta gente, pide contra voſotros vengança al Cielo. Jeſu-Chriſto manda en ſu Ley, que no ſe cauſe daño à ninguno, ſea amigo, ò enemigo, ſino que ſe perdone de coraçon à qualquiera que nos ofendiere, Es verdad que eran vueſtros enemigos, y que avian maltratado vueſtras haziendas, pero de vn leve daño no àviais de aver tomado ſatisfacion con tantas crueldades. Por tanto, mientras no os arrepintiereis de lo paſſado, y hiziereis cordial amiſtad con vueſtros enemigos, no proveerà Dios vueſtra neceſsidad. No fue neceſſario mas, para que todos aquellos Indios ſe puſieſſen à punto de caminar: y

Dios,

Dios, atendiendo à las suplicas de su Siervo, apenas avian caminado vna milla, quando empezò à cubrirse el ayre de nubes, y cayò vna copiosissima lluvia, que con increible jubilo de la gente llenò los pozos, y asseguró las esperanças de coger abundante cosecha.

Tardaron muchos dias en llegar al Rio Arubaitù, ò como otros le llaman, Zuquibuiquì. Aquí dieron algunas señales de temor los Puraxìs, porque el enemigo infernal, para desvaratar los designios del Missionero, avia persuadido à los Manacicas pusiessen escondidas en la tierra gran numero de puntas de madera durissima; y descubriendolas los Puraxìs, le suplicaron al Padre diesse la buelta, porque sino era evidente el riesgo de quedar muchos heridos, è inhabiles para caminar; y cayeron tanto de animo, que solo Dios pudo infundirles valor para passar adelante. *Confiesso* (escrive el mismo Padre Lucas à su Provincial) *que aunque es grande el valor de los Puraxìs, y es tambien grande el amor, y reverencia que me tenian, aunque Infieles, y recien conocidos; con todo esso, solo el brazo de Dios Omnipotente pudo infundirles aliento, y vigor para proseguir, à fin de mostrar, que por medio de instrumentos debiles, y flacos, queria abrir el camino de la salud eterna à aquellos nuevos Pueblos, y Naciones: Y à dos palabras que dixe, se levantò Pou*

el Cacique, y tras èl sus Vassallos: llegados à vna empalizada, pusieron à punto los arcos, y las flechas: de aqui passo à passo, en profundo silencio, por no ser descubiertos antes de tiempo, abançaron por fin. Y aqui es donde confiessa el Santo Varon, que representandosele tan cercana la muerte, temiò de suerte, que se le erizaron los cabellos, por ventura, para que entendiesse, que toda su virtud era de Dios. *Confiesso* (prosigue hablando de sì) *que experimentè vn natural pavor, considerando, que yo avia de ir delante de todos, y romper el primero las furias de los barbaros, y teñir de mi sangre las saetas envenenadas; pero el deseo de vèr à Christo me alentaba en este trance à todo riesgo, aunque con razon temia de mi lo que por humildad decia el Apostol San Francisco Xavier de sì mismo, que mis pecados serian mi mas fuerte escudo, que me defendiesse de la muerte. Pero no me daba menos animo, y esfuerço mi Page Diego Neofito, que de solo mirarle, me sacaba las lagrimas de los ojos, y de el coraçon mil afectos de agradecimiento à las llagas del Redemptor, que avia infundido en su pecho, poco antes barbaro, tanto amor para con su Mageftad, y su Santa Ley, porque levantadas al Cielo las manos, con vn rostro de Angel, estaba ofreciendo à Dios su vida, para perderla en su servicio, y sus sudores para plantar la Santa Fè entre los Infieles.* Passaron adelante de la empalizada, y entrados en la Rancheria,

la hallaron sin gente, no viendo por todas partes mas, que incendios, ruinas, cadaveres, y vn desapiadado estrago de hombres. Quisieron bolver atràs los Puraxìs, pero assegurados de vn Paysano, su Interprete, llamado Izù, de que no lexos de alli avia otras Tierras, y mucho mas animados del Padre, que à pie los guiaba, passaron adelante, y descubierta de lexos otra Rancheria, se pararon palidos los Puraxìs, temerosos de algun infeliz sucesso, y el Cacique de ellos Pou hizo señas al Padre para que se adelantasse. Iba delante de todos el Santo Missionero, disponiendose à morir con los actos mas encendidos de caridad; y para que el impetu de las flechas no le quitasse de las manos el Santo Christo, se le atò à ellas, y quedandose atràs los Compañeros, solo le seguia el Interprete, el qual à pocos passos, con semblante compassivo, clavò los ojos en el Padre, avisandole del riesgo, en que se metia, y del qual quizàs no le podria librar. Quedaba yà poco de dia, quando entrò con el Interprete en la Rancheria. Apenas le vieron los Paysanos, quando con gritos, y vozes descompassadas, mandaron à las mugeres, y demàs chusma, que se huyessen, y ellos echaron mano à las armas, aguardandole con semblante feròz, y con ojos, que despedian llamas. El Interprete Izù levantò la voz, diziendo, no matassen à aquel hombre, que no

era

era enemigo suyo. *Soy Missionero* (añadiò el Padre Lucas) *que vengo à predicar la Santa Ley de Christo.* No hizieron los Manacicas caso de quanto les dezia; y sin otra diligencia, se pusieron todos à punto de pelea. A este tiempo se llegò al Santo Padre el Cacique Pou, diziendole à vozes: *Nos quieren matar à todos, y nos vàn cercando, para que ninguno escape con vida.* El Padre Lucas, sin turbarse nada, procuraba animarlos: y la naturaleza, que poco antes lexos de los peligros avia sentido algun miedo, aora de nada temiò: *Digo ingenuamente* (escrive de sì) *que en el mayor riesgo depuse en vn punto todo temor, y oì interiormente vna voz, que me dezia: No moriràs aora; y aunque cubierto de vn torvellino de flechas, y rodeado de gente, que se me acercaba para hacerme pedazos, estaba en la Plaza con el Crucifixo en la mano, con tanta serenidad de animo, y de rostro, como si me hallasse en vna Iglesia de Christianos.* Viendo Izù el trance tan peligroso en que estaban las cosas, se puso en medio de sus Paysanos, y pudo tanto con la eficacia de sus palabras, y mucho mas con la gracia de Dios, que interiormente labraba en aquellos coraçones barbaros, è inhumanos, que detuvo sus furias, y apagò todo el odio: despues, aunque muy nuevo en la Fè, hablò tanto de Dios, y predicò de su Santa Ley, que aquellos barbaros, assi como estaban con las manos llenas

de

de saetas envenenadas, se fueron llegando vno à vno al Padre Lucas; y puestos de rodillas, con humilde reverencia besaron las llagas del Santo Christo. A lo qual ayudò no poco el Cacique de los Puraxìs, que en voz alta dezia: *Venid, amigos, à rendir omenage à nuestro Criador Jesu Christo, adoradle, y hazeos vassallos suyos.* Espectaculo verdaderamente digno de alabar por èl à la Divina Misericordia! vèr à vnos Infieles instruìdos pocos dias antes en las cosas de nuestra Santa Fè, y aun no reengendrados en las santas aguas del Bautismo, ser yà Predicadores del Evangelio, y vna Nacion, que no mucho antes avia respiraba solo fiereza verla con vna mudança propria de la diestra del Altissimo, humillada à los pies de Christo: de lo qual no pudo contenerse el Venerable Padre, sin prorrumpir en vn llanto ternissimo todo de alegria, y no cessaba de dar mil gracias à Dios, con tanto mayor fervor, quanto aquel beneficio avia sido mas fuera de toda esperança. Despues que todos los Paysanos se arrodillaron à los pies de Christo, estando la Plaza llena de gente, se hizieron pazes entre las dos Naciones; y aunque se entendian muy poco, por la diferencia de los Idiomas, con todo avia algunos, que sabiendo algo de la Lengua de los Chiquitos, sirvieron de Interpretes.

Luego el Interprete Izù, dando calor à sus parien-

rientes, hizo componer vna Cruz, lo mas pulidamente que ſe pudo, y la enarbolò el Santo Padre, con indecible alegria, en vn lugar eminente, para que fueſſe trofeo de la victoria, que el Cielo avia conſeguido del Infierno, y ſeñal de la poſſeſsion, que Chriſto, y ſu Fè tomaban en aquel dia de la Nacion de los Manacicas. Y parece que agradò al Cielo eſta devota accion, porque los Principales del Pueblo ſe moſtraron luego tan aficionados à lo bueno, que le ſuplicaron al Padre con eficaciſsimos ruegos, ſe quedaſſe entre ellos para enſeñarles el camino de la ſalvacion eterna: mas por mucho que el Padre Lucas deſeaba lo miſmo, no les pudo dar guſto por entonces, porque yà entraba el Invierno: pero les diò palabra, que à la Primavera ſiguiente bolveria à vivir de aſsiento entre ellos. A otro dia, al rayar el Alva, vinieron todas las mugeres con los niños en los braços para que los bautizaſſe; y aviendo ſabido, que avian venido alli los Indios Curucarecàs, para ajuſtar pazes con los Manacicas, los hizo llamar; y congregados al pie de la Cruz, extinguiò todo el odio de ambas Naciones con vna fervoroſiſsima Platica, y les hizo efectuar, con juramento, mutua paz, y amiſtad; y para colmo de ſus jubilos, concurrieron alli tambien al miſmo tiempo los Zoucas, Soſiacas, Yritucas, y Zaacas, que la miſma noche antecedente tuvieron aviſo de

ſu

ſu venida; y ſi ſe huvieſſe detenido aqui dos dias mas, huviera viſto gente de otras muchas Rancherias, porque en aquel contorno, por la parte que tira al gran Rio Marañon, eſtàn las Tierras muy pobladas: pero ſus compañeros, rezelando que las lluvias no cerraſſen los caminos, quiſieron bolverſe luego, con que ſe viò preciſado el Santo Padre à retirar la mano de aquella mies, que yà eſtaba ſazonada para la ſiega; y deſpedido de aquel Pueblo, que ſintiò mucho ſu partida tan improviſa, ſe previno para dar la buelta: y queriendo montar à cavallo, le cercaron en rueda todos los Manacicas para ſervirle, y le quiſieron acompañar por largo trecho del camino, con no poca admiracion del Padre Lucas, que jamàs avia viſto tal corteſia en las otras barbaras Naciones, con quienes avia tratado.

Es coſa muy ordinaria en la Divina Providencia, que los caſos fortuitos ſean diſpoſiciones ſuyas, quando no quiere echar mano de los prodigios para los altos fines que pretende; y tal fue aora la ſubita reſolucion de los Puraxìs. Si el Padre Lucas ſe huviera detenido pocas horas mas en aquella Tierra, fuera inevitable la pelea de aquellos barbaros entre sì; porque aquella noche miſma, en la Rancheria de los Sibacas, el demonio, à quien adoran en la miſma forma en que ſe manifieſta, y dexa vèr, hablò à ſu Sacerdote (à quien ellos llaman *Mapono*)

mandandole, diesse orden al Cacique, que recogiendo la gente que podia tomar armas, fuesse à dar muerte à aquel Padre, que poco antes avia llegado à los Igritucas (assi se llamaba aquella Rancheria de los Manacicas) porque era su grande enemigo; y añadiò, que no entrassen alli, porque no le hallarian, sino que armandole vna celada en el camino, le aguardassen alli. Obedecieron con toda promptitud, por estàr acostumbrados à executar muchas vezes semejantes ordenes. Pero llegados al lugar, desde donde avian de hazer el tiro, dixo el Capitan al Mapono, que era bien entrar en aquella Tierra, y tomar noticia de què Padre era aquel, y à què fin avia venido: pues no era puesto en razon quitar la vida, à quien ni aun de vista conocian. El Mapono se huvo de bolver loco de dolor, al vèr esta determinacion tan resuelta del Capitan, de que no le pudo apartar con toda la fuerça de sus palabras diabolicas: hablò con grande energìa à los Soldados, para que executassen el orden como el demonio queria, porque si no, saldrian vanas todas sus diligencias; y se escaparia de sus manos aquel enemigo jurado de su Dios. Todo empero fue en vano: porque aprobando todos vnanimes la determinacion del Capitan, le fue precisso al Mapono seguirlos, aunque se deshazia de rabia. Aviendo, pues, llegado à aquella Rancheria, preguntaron, que què Padre avia venido

do alli, porque por mandado de su Dios, de quien era enemigo, venian à matarlo. No hareis tal cosa, replicò Chabì el Cacique, pues para executar esto, yo solo era bastante, ni eran necessarias vuestras manos; mas vista la confiança con que aqui se entrò, y oì las sus palabras llenas de amor, no tuve causa para hazerle algun vltrage: presentòme este cuchillo con otras cosas, por lo qual le estoy muy obligado, y tengo con el estrecha amistad. Con los Puraxìs, nuestros enemigos antiguos, he hecho pazes: por tanto bolveos de donde venisteis, porque no consentirè, que passeis adelante: y à las palabras añadiò las obras, mandando à los suyos, que puestos en orden, aprestassen las armas. Con respuesta tan animosa se amilanaron los Sibacas, y no queriendo exponerse à la fortuna de vna batalla, en que podian llevar la peor parte, dieron todos la buelta. Queria el Mapono, yà que no se avia logrado el designio de coger al Padre entre sus garras, desfogar à lo menos su rabia con la Santa Cruz, que alli estaba enarbolada, y blandiendo la macana, la quiso derribar. Esto tambien le estorvò el Cacique, afirmando, que èl tenia de aquel Madero grande estimacion, y aprecio, porque avia visto, que el Padre le adoraba: con lo qual, maldiciendo el Mapono su fortuna, se bolviò à su Tierra, con esperança de averlo à las manos el año siguiente, y hazer en èl

el estrago que deseaba, lo qual huviera por ventura executado, si Dios no huviera desvanecido sus designios, queriendo no quedassen sin vengança por mas tiempo los intentos dañados de aquel barbaro apassionado por el demonio, y ganando veneracion, y aprecio el propagador de su Santa Ley, con el castigo proporcionado à gente, que no estima otra cosa, sino lo que vè por los ojos, ò toca con las manos. Fue, pues, el caso, que se encendiò por toda aquella comarca vn contagio furioso, que hizo tal estrago en los hombres, que de los complices en los intentos de matar al Padre, ninguno quedò con vida; y lo que causaba mas maravilla, era, que apenas les tocaba la peste, quando desvariando salian fuera de sì, y se iban por los Bosques, donde yà por la enfermedad, yà por la hambre, se caìan muertos, quedando los cadaveres tan abominables, como si fueran tizones del Infierno. No passò assi con los niños, lavados con las saludables aguas del Santo Bautismo, cuyos cuerpecitos quedaron blancos, y hermosos, como si aun à ellos se les huviesse comunicado el candor de sus inocentes almas. El primero que cayò en las manos de la Divina Justicia, fue aquel Ministro diabolico, que incitò à los suyos à poner por obra lo que su Dios le avia inspirado. Avia este jurado se avia de beber la sangre del Apostolico Padre, luego que el tiem-

tiempo le ofrecieſſe comodidad, ſin hazer caſo de qualquiera de los ſuyos, que ſe lo procuraſſe impedir; no conociendo, por eſtàr ciego de ſu paſſion, ò no queriendo conocer, que otro Señor mas poderoſo, de cuyas manos no podia èl huir, avia de embarazar, y deſvanecer ſus intentos. La miſma pena llevaron otros, que ſe atrevieron à vltrajar la Santa Cruz, que el Padre Lucas avia hecho levantar en los Tapacuràs, para que en ella tuvieſſe la gente adonde acudir por ſocorro en ſus neceſsidades. Llegò alli vn Mapono con otros de ſu profeſsion, y à muchos golpes de macana la hizieron pedazos, vltrajandola con quantos eſcarnios, y afrentas ſabe, y puede hazer, y dezir vn zelo diabolico: pero fue muy à coſta de los agreſſores, porque en breve pagaron con muerte deſaſtrada ſu delito. Los Aruporès, aviendo oìdo el deſcarado atrevimiento de aquellos malvados, aunque no tenian noticia alguna de los Myſterios que ſe obraron en aquel Sagrado Leño, llevaron mal aquella injuria, y aprobaron el caſtigo, que de ellos avia tomado el Cielo.

(✠) (✠) (✠)
(✠) (✠)
(§)

CA-

CAPITULO XII.

DESCRIBESE EL PAIS, Y QUALIDADES DE los Manacicas, su Religion, y Ritos de ella.

PAra mayor claridad de lo que me resta por referir de las Apostolicas Missiones de este fervorosissimo Operario, es preciso interrumpir el hilo de la historia, para dar vna breve noticia de el Paìs, y qualidades de los Manacicas, y despues, de su Religion, Ritos, y Ceremonias. Esta Nacion, que se divide en veinte y dos Rancherias, està situada àcia el Septentrion, dos jornadas del Pueblo de San Francisco Xavier, entre espesos, y grandes Bosques; de suerte, que escrive el Padre Lucas, que por mucho tiempo apenas tuvo alguna vez ocasion de mirar cara à cara al Sol. Tiran estos Bosques de Oriente à Poniente, y rematan en vnas vastas soledades, inundadas la mayor parte del año. Es abundante el Paìs de frutas silvestres, y de Fieras, vna de las quales es el Famacosio: tiene este la cabeza de tigre, en el cuerpo se parece al mastin, bien que no tiene cola: es mas feròz, y ligero, que ninguno de los otros animales, de suerte, que ninguno se puede escapar de sus garras; y si alguno, para defenderse de

èl

èl, se sube à algun arbol, se juntan muchos en vn momento, caban la tierra, y arrancan las raizes, hasta que caiga el tronco. Para matar à este animal, los Indios vsan de esta traza: juntanse muchos, y levantando vna estacada, se meten dentro de ella: desde alli hazen gran ruido, y estrepito, para llamar aquellos animales, y mientras ellos de fuera procuran echar por tierra la empalizada, los Indios, mirando por las redendijas, los flechan, y matan à su salvo. Hallase alli la bainilla, y tutumas, que es vna especie de cocos grandes, à manera de melones, bien que no es fruto de la Palma, como los cocos, sino de vn arbol muy gruesso, que los produce, no en las ramas, sino en el tronco, porque las ramas no pueden sustentar su peso. Bañan el Paìs algunos Rios muy abundantes de pesca: el terreno es fertil, y las mieses generalmente son buenas. La gente es de buena estatura, y bien hecha, aunque de color de azeytuna. Ay no pequeña parte del Pueblo, que tiene como en herencia vn genero de lepra, que parece que los cuerpos estàn cubiertos de escamas de pescado, pero no les causa molestia, ni fastidio. Son en la guerra tan esforçados, y valientes como los Chiquitos, y antiguamente eran vna misma Nacion, y por las discordias se dividieron, de de donde les vino el corromper el Idioma Chiquito, y la Ido-

la-

latria, que no tienen los Chiquitos, la aprendieron de las Naciones confinantes, como tambien el ser Caribes, ò comedores de carne humana. Sus Rancherias las forman con algun genero de arquitectura, con calles, y Plazas bien proporcionadas: tienen tres, ò quatro casas grandes, con repartimientos de salas, y camaras, en que viven los Capitanes, y el Cacique principal. Estas mismas sirven para las funciones publicas de combites, y banquetes, y son juntamente Templos de los Dioses. Las casas de los Particulares estàn tambien con proporcion, y en ellas reciben à los forasteros que los vàn à visitar. Y lo que mas admira, es, que para fabricarlas no vsan de otro instrumento, que de vna hacha de piedra, con que cortan maderos muy gruessos, aunque con mucha dificultad. Las maugeres ponen mucho cuidado en la fabrica de telas, y vasos de tierra; para los quales dexan por mucho tiempo pudrir el barro, y labran los vasos tan hermosos, y delicados, que al sonido parecen de metal. Sus Rancherias estàn poco distantes vnas de otras, y por esso es frequente entre ellos la comunicacion, los combites, y la embriaguèz. Quando los de vna Rancheria quieren hazer algun banquete à los de la otra, el Cacique embia à combidarlos con algunos Mensageros, y en su casa se hazen los bayles, y dançàs generales. El orden

que

que tienen en todas las funciones publicas, es este: El Cacique toma el primer lugar; el segundo, es de los Sacerdotes, el tercero, de los Medicos; el quarto, de los Capitanes; y despues de ellos se assienta el resto de la Nobleza. Al Cacique, no solamente dàn esta preeminencia, sino que le rinden entera obediencia, y vassallage; fabricanle sus casas, cultivanle los campos, y le mantienen abundante mesa de todo lo bueno, y mejor del Paìs. El solo manda, y castiga con gran rigor à los Reos, quebrandoles los huessos con horrendos bastonazos. Las mugeres rinden tambien obediencia à la muger principal del Cacique (el qual tiene quantas quiere.) Paganle el diezmo de la pesca, y de la caza, à la qual no salen, sin aver primero pedido licencia al Cacique. El govierno và por succession, y el hijo primogenito del Cacique govierna à los jovenes, y se cria con espiritus generosos, y señoriles; y quando llega à edad de manejar los negocios publicos, govierna en lugar de su Padre, que dà al hijo la investidura, y possession del govierno, con muchas ceremonias, y ritos: mas no por esso los Vassallos pierden el amor, y respeto al Señor passado; antes, quando passa de esta vida, le hazen solemnissimas exequias, con infinitas supersticiones, y llantos; y su sepulcro es vna bobeda soterranea, bien fortificada con palos, y con pie-

dras, para que la humedad no corrompa los huessos, y la tierra no le sea pesada.

En quanto al numero, son muchissimos, repartidos en Rancherias numerosas, porque el Paìs de los Manacicas forma vna como piramide, que se estiende desde el Mediodia al Septentrion, en cuya extremidad viven ellos; y en el medio habitan otros Pueblos, tan discordes en el Idioma, quanto conformes en su vida barbara. Basas de esta piramide son: la de Levante es de las Quimomecas; y de los Tapacuràs la del Poniente. Despues por la vanda del Norte, dexando fuera à los Puizocas, y Paunacas, la ciñen dos grandes Rios, llamados Potaquissimo, y Zununaca, à los quales rinden tributo, con sus aguas, otros muchos Arroyos, ò Riachuelos, que atraviessan, y fecundan el Paìs. Las primeras Rancherias de àcia Levante son las de los Eirinucas, Moposicas, Zibacas, Jurucarecas, Quiviquicas, Cozocas, Subarecas, Ibocicas, Ozonimaaca, Tunumaaca, Zouca, Quitesuca, Osaaca, Matezupinica, Totaica, Quimomeca. Por el Poniente estàn las de Zounaaca, Quitemuca, Ovizibica, Beruca, Obariquica, Obobococa, Monocaraca, Quizemaaca, Simomuca, Piquica, Otuquimaaca, Oiutuuca, Bararoca, Quimamaca, Cuzica, Pichazica. Estas Rancherias, y quizàs muchas mas, de que aun no se tiene noticia, estàn situadas al pie de esta pira-

ramide: y tirando de aqui àcia la punta al Norte, se encuentran Quimiticas, Zouca, Boviruzaica, Sepeseca, Otaroso, Tobaizica, Munaisica, Zaruraca, Obisisioca, Baquica, Obobizooca, Sosiaca, Otenenema, Otigoca, Barayzipunoca, Zizooca, Tobazica. A estos estàn confinantes los Zibacas, que hasta aora no han sido jamàs acometidos, ni robados de los Mamalucos, que han destruido, y assolado lo restante del Paìs, que se estiende àcia el Rio Paraguay. Entre Levante, y Septentrion, detràs de los Zabicas, habitan, bien que distantes muchas leguas, los Parabacas, Quiziacas, Naquicas, y los Mapasinas, gente valerosa, pero destruida en buena parte de cierto genero de paxaros, llamados Peresiucas, que viven debaxo de tierra, y aunque del tamaño ordinario de vn paxaro, son de tan estraña fuerça, y fiereza, que en viendo algun Indio, dàn sobre èl, y le matan. Enfrente de estos estàn los Mnochozuus, los Picozas, que andan brutalmente desnudos, aun las mugeres, que solo traen pendiente del cuello vna faxa para acomodar los niños. La Nacion de los Tapacuràs se estiende entre Poniente, y Septentrion, y viven tambien à lo animal, totalmente desnudos, y à mas de esso comen carne humana. Estàn muy cercados à estos los Boures, Oyures, Sepes, Carababas, Payzinones, Toros, Omunaisis, Penoquìs, Jovatubes, Zutimus,

Oyurica, Sibu, Otezoo, Baraisi, Canamasi, Comano, Mochosi, Tesu, Pochaquiunape, Mayeo, Omenasisopa, Omemoquisoo, Botaquichoca, Ochizirisa, Jobarusica, Zasuquichoco, Tepopechosisos, Sosoaca, Zumonocococa, y otras muchissimas, de que aun no se ha tenido distinta relacion.

En quanto à la Religion, Ceremonias, y Ritos de que vsan, se puede dezir, que es vna de las mas supersticiosas, que ay entre tantas Naciones de estas Indias Occidentales. Pero antes de referir lo que toca à su falsa Religion, dirè brevemente lo que tienen de la verdadera, bien, que mezclados con muchos errores, y fabulosas invenciones. Tienen algunos vislumbres de la predicacion del Apostol Santo Thomè, que publicò en estas Provincias el Evangelio, y tambien tienen alguna confusa noticia de la venida del Redemptor al Mundo. Creen, por tradicion de sus mayores, que en los siglos passados vna bellissima Señora concibiò vn hermoso Niño sin obra de varon. Crecido en edad este Niño, obrò cosas maravillosas, que le ganaron el estupor, y assombro del Mundo, como eran sanar enfermos, resucitar muertos, dar vista à ciegos, pies à tullidos, y vencer otros imposibles à las fuerças naturales. Finalmente, vn dia dixo à vna numerosissima turba, que le seguia: Veis, que mi naturaleza es diferente de la vuestra: y levantandose en el ayre à

vis-

vista de todos, se transformò en este Sol, que aora vemos. Los Sacerdotes (que como abaxo dirèmos vuelan quando quieren por el ayre) dizen al Pueblo, que es el Sol vn hombre luminoso, aunque nosotros desde la tierra no discernimos sus facciones, ni el semblante. Esto es lo que saben del Mysterio de la Encarnacion: mas no por esso dàn veneracion alguna à aquel Personage, que obrò cosas tan estrañas, y solo adoran à los demonios, no en figura de piedra, leño, ò metal, sino monstruosissimos, como se dexan vèr de estos Indios; y de esto estàn tan contentos, y jactanciosos, que dàn en rostro à los nuevos Christianos con su simpleza, en honrar en las pinturas, y estatuas Dioses mudos, y ciegos, que no vèn, ni hablan, ni oyen. Ni se contenta el demonio con solo hazerse adorar de esta gente, vsurpando la adoracion, y culto, que se debe al verdadero Dios, sino por escarnio, y injuria de la Iglesia de Christo, ha querido en este rincon vltimo del Mundo remedarla, transformandola en vn sèr monstruoso, convirtiendo los Mysterios en fabulas, los Sacramentos en supersticiones, las Ceremonias en sacrilegios. Y primeramente les enseñò vna tal Trinidad de Dioses principales (à distincion de otros de menor autoridad, y credito) Padre, Hijo, y Espiritu, no Santo, colateral de aquellos dos: llamase el Padre, *Omequeturiqui*, ò *Uragozoriso*:

el

el Hijo *Urasana*: y el Espiritu, *Urapo*. Tienen tambien otro diablo, remedo de la Santissima Virgen, que fingen es Madre del Dios Urasana, y muger de su Padre *Omequeturiqui*. Dexase vèr esta Diosa con rostro resplandeciente, transfigurandose en Angel de luz: los Dioses aparecen horribles, y sucios: la cabeza, y el rostro de color de sangre, orejas de jumento, la nariz chata, ojos en extremo grandes, de que despiden ardientes llamas: los cuerpos de color resplandeciente: el vientre le ciñen vivoras, y dragones. El primero que habla es *Omequeturiqui*, y esto con voz alta: el segundo es su Hijo, y habla con las narizes: el vltimo habla *Urapò*, y tiene vna voz semejante à vn trueno: el Padre es el Dios de la Justicia, y castiga à los malos, yà con vn palo, yà con otro instrumento semejante: el Hijo, y el Espiritu son los Abogados, pero mucho mas la Diosa. El Templo para estas Deidades es, como yà dixe, el Palacio del Cacique, adonde ellos vienen quando ay Junta General del Pueblo, ò se hazen solemnes exequias. En estas fiestas ordena el Cacique à los suyos, que texan gran numero de esteras, y hecho de ellos vnas grandes cortinas, cubren, y cierran vna parte de la sala, y este es el Santa Sanctorum, en que entran los Dioses, à quien con nombre comun llaman Tinimaacas, que saliendo del Infierno, fingen que baxan del Cielo, y turban-

bando con ruido descompassado todo el ayre, tiembla la casa, y toda aquella tapiceria, ò cortinage de esteras. El Pueblo, que està bebiendo, ò baylando, le saluda, y dà la bien venida con gritos descompassados, y mucha algazara, diziendo: *Tata equice?* Padre, yà has venido? à que responde èl con el titulo de *Panitoques*; esto es: *Hijos, què hazeis? Estais bebiendo, ò comiendo? Bebed, y comed, que me dais grande gusto, y tengo de vosotros gran cuidado, y providencia: yo he criado la caza, y la pesca, y quanto bueno ay para vosotros.* Con estos tres Dioses vienen, para cortejarlos, vna tropa de demonios, y en señal de respeto, y reverencia, estàn en pie: Los Indios creen, que estas son las animas de sus enemigos, con quien tienen guerras, y tambien otras gentes estrañas. A este tiempo que hablan los Dioses, el Pueblo se està quieto, y en silencio, assi para oìr sus Oraculos, como tambien porque al principio afectan seriedad, hasta que la *chicha*, (que es su bebida) les calienta la cabeza; despues de lo qual se siguen los bailes, las riñas, las heridas, y muertes, de que hazen gran fiesta aquella maldita canalla de Dioses: y quando vèn que se pàran, procuran atizarlos, diziendo: Què es lo que hazeis, fieles mios? Mucho silencio es este; por què no bebeis, y bailais? y al punto el Sacerdote, ò Mapono se reviste de gravedad, y en nombre de los Dioses les

les manda que beban, y bailen, y llenen de ruido la Iglesia, para que ninguno se muera de tristeza.

Tambien muestran tener sed estos Dioses, y para refrigerarla piden à los Indios de beber. Para esta honra se levantan en pie el Indio, è India mas ancianos, y venerables de todo el Pueblo, con vna taza llena de flores, y esmaltes, hecha solamente para que beba aquella Deidad fingida: le dàn con la mano derecha tres vezes à beber, y con la siniestra levantan la estera. Saca el demonio vna mano muy sucia, y con vñas muy largas, con que toma la taza, y beben todos tres por su orden; bien, que su modo de beber es mas proprio de brutos, que de hombres, y mucho menos de lo que se fingen. Despues Urasana toca denrro del Tabernaculo vna sinfonia, que se oye bien lexos, à la qual corresponden con bailes sus devotos. A ninguno es licito mirar al Santa Sanctorum, sino solo al Mapono, ò Sacerdote, que es vn gran hechizero, ù hombre diabolico; y si alguno de los otros hechizeros de menos ciencia, y menores proezas en el oficio, quiere echar la vista dentro para verlos, le detiene el Mapono, amenazandole, que pagarà al momento su delito con la vida. Solo el Mapono es el valido, y el confidente, y es quien obra cosas estrañissimas. En cada Rancheria ay vno, ò dos, y à vezes mas. Entra este à recibir audiencia de los Dioses, y se sien-

ſienta à la par con ellos. Proponeles ſus dudas, oye los oraculos, y las profecìas, y tal vez las oye tambien el Pueblo, porque ſuelen hablar en voz muy alta. Quando el Pueblo eſtà en el mayor fervor de ſus bailes, y greſcas, ſale de la Audiencia el Mapono, y declara las reſpueſtas, que las mas de las vezes ſon de buenas fortunas, de lluvias, de buenas coſechas, de caza, de peſca, y de todo lo que à ellos mas les agrada, aunque las mas de eſtas fortunas, y dichas les ſalen vanas, y mentiroſas, de ſuerte, que algunos mas arreſtados, al oìr tales promeſſas, reſponden con riſa: los Dioſes han bebido bien: mas ſi eſtas palabras llegan à oìdos del Mapono, ſale con furia diabolica del Tabernaculo, amenazandoles muertes, tempeſtades, y rayos, con que les haze callar. Muchas vezes vſa tambien el demonio provocarlos contra los confinantes, ordenandoles, que aſſalten ſus Rancherias, hagan eſtrago en la gente, y roben, y ſaqueen ſus haziendas, con lo qual eſtàn ſiempre en continuas rebueltas. Algunos pocos, aun con ſer rudos, y barbaros, advierten los fraudes, y engaños diabolicos: pero los mas creen nacer eſto de la gran providencia, y amor, que ſus Dioſes les tienen, no obſtante que toquen con la experiencia, que al mejor tiempo ſon de ellos abandonados, y vencidos, y deſpojados de ſus enemigos. Acabados los oraculos, ſe hazen las

ofrendas de la pesca, y de la caza, y aquellas diabolicas Mageſtades, en ſeñal de agradecimiento, llegan alguna coſa à la boca. Deſpues vuelan con el Mapono por el ayre, temblando à eſte tiempo tanto la Igleſia, que parece ſe viene al ſuelo. Deſaparece por mucho tiempo el Mapono, fingiendo que ſe và con ſus Dioſes al Cielo. Buelve deſpues conducido en brazos de la Dioſa *Quipoci*, en cuyo ſeno deſcanſa, y duerme, mientras ella canta; y aunque la oyen, no ſe dexa vèr de ellos, porque ſe eſtà retirada dentro del Tabernaculo. Hazen todos mucha fieſta, en ſeñal de grande alegria, por ſu venida, y la tratan como Madre de Dios, de la manera que noſotros à la Virgen Santiſsima. Danle la bienvenida con mil titulos de afecto, y reverencia: à que ella correſponde llamandolos hijos, y diziendoles, que es ſu verdadera Madre, que los defiende de la indignacion de los Dioſes, que ſon crueles, y ſangrientos, moleſtandolos con enfermedades, y deſventuras. Por eſto la invocan frequentemente en ſus aflicciones, aprietos, y calamidades, y ella viene, y los conſuela, y confabula con los otros Dioſes, quando viene en ſu compañia. Parece eſte diablo mas humano que los otros; mas al fin es de la miſma raza, y tan cruel como ellos. Quando eſtà en el Tabernaculo, canta con mucha melodia, mientras bailan las mugeres, ſiguiendo, y repitiendo eſtas

tas el canto de la Diosa, cuyo contenido es sus guerras, y victorias. Siguese despues la ceremonia del brindis, y de las ofrendas, y luego vuela por los ayres, con grande aplauso, y fiesta del Pueblo. Pero esta Diosa no se lleva consigo al Mapono, como lo hazen los otros Dioses; antes bien, no siempre que el Mapono baxa del Cielo, viene en brazos de la Diosa. Son muchos sus viages, y sus funciones. Baxa tal vez en medio de la Iglesia en la mayor bulla del Pueblo, que se assombra, y desordena, por el ruido, y estrepito que haze, cortejandole, y trayendole en sus manos vna gran tropa de demonios, los quales no pocas vezes se suelen burlar de él à costa suya, porque de lo mas alto del Templo le dexan caer à plomo en tierra muy maltratado, y à pique de morir, como no ha mucho que sucediò en la Tierra de los Mopoosicas. La postura del cuerpo para volar, es en forma de alas, y en pie, derecho quando vuela àcia arriba; y cabeza abaxo, quando baxa à la tierra. Fuera de estos Dioses adoran otra casta de Deidades, à quien llaman *Isituùs*, que quiere dezir, Señores del agua. Su exercicio es andar por los Rios, y Lagunas, llenandolos de pescados, para el mantenimiento de sus devotos. A estos *Isituùs* invoca la gente en las pescas, incensandolos con humo de tabaco, de que vsan para aturdir los pezes: y si logran buena pesca, agradecidos al be-

neficio, vàn al Templo, y les ofrecen alguna porcion de pescado, con los mismos ritos, que à los otros Dioses.

Tales Deidades, y tal Religion tienen Sacerdotes semejantes. Al principal llaman *Mapono*, y es el Maestro, con quien el Pueblo consulta las cosas de su conciencia, y à quien manifiestan sus necessidades: de las quales haze relacion en el Consejo de los Dioses, y les solicita el remedio. No habla solamente en la Iglesia con los demonios, sino que ellos se dignan tambien de visitarle en su casa, y tratarlo con toda afabilidad, y cortesìa. En estas visitas lo pagan las mugeres del Mapono, que se vèn obligadas à huir, por el espanto, y terror de aquellas horribles, y monstruosas visiones. Por esto, no solo es respetado, sino tambien temido de todos, pudiendo à su antojo causar daño, y matar à quien quiere; y para hazer mayor ostentacion de su poder, tiene la casa llena de viboras, y serpientes; y quando buelve à casa de sus funciones eclesiasticas, viene acariciando en sus brazos semejantes animales. La forma de consagrarle, y las ceremonias de que usan para esta funcion, son estrañas, y conformes al que ha de servir à tales Deidades. Es el Mapono la persona mas venerada del Pueblo; y de la misma manera que al Cacique, se le dàn à èl los diezmos de la caza, y de las co-

ſechas. Vive en vna caſa bien labrada, quanto cabe en la induſtria de aquellos barbaros, y à vezes, por gozar con mas frequencia de las viſitas del Cielo, ſe retira ſolitario al yermo. Los que quieren entrar en eſte oficio, antes de tener barba, empiezan à aprender las ceremonias, y à acoſtumbrarſe à tratar con los Dioſes. Para eſto ſuele el Mapono mas venerable coger en brazos al aprendiz, ponerle à mirar à la Luna, quando eſtà llena, eſtirarle los dedos, mandandole, que ſe dexe crecer las vñas, llevarle por los ayres, y ponerle en el ſeno de la Dioſa *Quipoci*: buelve el miſerable de aquellos extaſis, afligido, y deſmayado, de ſuerte, que apenas, deſpues de muchos dias, recobra ſus fuerças. Fuera de eſto, obſervan riguroſiſſimos ayunos, y abſtinencia perpetua de ciertos animales, y frutas, ſingularmente de la granadilla, que vulgarmente llamamos *Flor de la Paſsion*, por eſtàr retratados en ella los Inſtrumentos de nueſtra Redempcion. Ni ſe contentan los demonios de ſer reverenciados de ſus Sacerdotes con ayunos, y penitencias; antes bien mandan hazer riguroſos ayunos à todo el Pueblo. Uno, entre los otros, es ſemejante à los nueſtros, y es el que ſe guarda en la dedicacion del Templo, en que por eſpacio de cinco dias no ſe puede comer carne; y veſtida de luto la Rancheria, ſe prohiben las muſicas, ban-

quetes, y bayles. Guardase estrecho silencio, y no se gasta el tiempo en otra cosa, que en texer esteras para adorno del Tabernaculo. El vltimo dia se pone en la Iglesia mesa franca, abastecida de lo mejor del Paìs. Para dar principio à la fiesta, la vieja mas devota, y al parecer mas santa, saludando al Cacique, con reverente inclinacion, baxa la cabeza, que hiere el Cacique ligeramente tres vezes con vna piedra curiosamente labrada: despues dà buelta de rodillas à todo el Templo con grandes suspiros, y devocion: luego el Mapono bendice todas las partes del Templo para santificarle, y con otras ceremonias, que serìa largo contar, consagra aquel lugar: y por vltimo se fenece la fiesta con vna gran comida, y celebrando vn solemne festin de musicas, y bayles.

Acerca del vltimo fin, y eterna bienaventurança, tienen estos ciegos Idolatras muchos errores. Creen la inmortalidad de las almas, à quien llaman *Oquipau*, y que han de vivir, y gozarse eternamente en el Cielo, à donde las llevan sus Sacerdotes. Quando alguno muere, le celebran sus exequias, mas, ò menos, segun su esfera. Despues la madre, y muger del difunto vàn al Templo con su ofrenda, poniendose cerca del Tabernaculo. Vienen luego los diablos, y fingiendose el vno ser el alma de el difunto, consuela à la muger con palabras tier-

nas,

nas], y afectuosas, dandola esperanças de que en breve se bolveràn à vèr en el Parayso: luego el Mapono rocìa el alma con agua, para limpiarla de las manchas de los pecados, como vsamos nosotros con el agua bendita; y con esso se despide el alma de su madre, y muger. Al punto el Mapono se la echa acuestas, y buela en alto, quedando la muger llorando su desventura, hasta que tiene noticia de su marido. Buelve el Mapono, despues de largo rato, con alegres nuevas, diziendola, que enjugue las lagrimas, dexe de llorar, y deponga el luto, porque su marido queda gozando de la vision beatifica de los Dioses, y la espera, para que la haga compañia eternamente en el Cielo. Es cosa digna de saberse la jornada que haze el Mapono con el alma, y lo que esta padece, hasta llegar al Parayso. El Paìs por donde passa es todo Selvas, Montañas, y Valles, por donde corren muchos Rios caudalosos; y por los remansos de Lagunas, y grandes pantanos, para cuyo passage se gastan muchos dias, con gran dificultad se llega à vna encrucijada de muchos caminos, junto à la qual corre vn grande Rio, sobre que ay vn puente de madera, en el qual assiste de dia, y de noche vn Dios, llamado *Tatusiso*, cuyo oficio es passar por aquel puente las almas, y ponerlas los Maponos en el camino del Cielo. El trage, y porte de este Dios, es

pun-

puntualmente aquel, con que la fantasia loca de los Poetas representa à su Charonte: palido el semblante, la frente horrorosa, sin cabellos la cabeza, cubierto de llagas, è inmundicias el cuerpo, y por vestido vn trapo, con que cubrirse honestamente. Este Dios jamàs baxa à la la Iglesia à oìr las suplicas de sus devotos, porque su oficio nunca le dà treguas, pues à todas horas tiene viandantes que passar. Sucede muchas vezes, que mientras passa el Mapono con el alma, especialmente si es de algun muchacho, la pide Tatusiso que se pare, para limpiarle de las inmundicias; y si aquel lo rehusa, lo sufre vnas vezes, pero no pocas, encendido en colera, coge al alma, y la arroja para que se anegue en el Rio. De aqui dizen que se originan mil desgracias en el mundo; y para que estos desatinos sean creìdos de la gente, se vale el demonio de algunos sucessos naturales, para que se confirmen aquellos miserables en su creencia. Poco ha que sucediò en la Tierra de los Jurucarès, que deshaziendose el Cielo en copiosissimas lluvias, se perdian los sembrados. Afligida, y desconsolada la gente, suplicò al Mapono preguntasse à sus Dioses la causa de este infortunio: A que respondieron, que yà la sabian; y era, que llevando al Cielo el alma de vn niño, cuyo padre vivia alli, tratò con poca reverencia à *Tatusiso*, y no se quiso dexar limpiar:

piar: por lo qual, enfurecido aquel Dios, la echò en el Rio. Oyendo esto su Padre, huvo de salir fuera de sì de puro dolor, y se afligia tanto, que causaba compassion, porque le amaba como à su misma vida, y yà que no avia podido gozarle en este mundo, se consolaba à lo menos, juzgandole yà felìz, y bienaventurado en el Cielo. Alentòle el Mapono, dandole buenas esperanças, si le aprestaba vna Barquilla, en que ir à sacarle de lo profundo del Rio. Aprestò luego el Padre vna Canoa, y el Mapono, cargandosela en sus espaldas, volò por los ayres, y desapareciò: poco despues se serenò el Cielo, con lo qual bolviò el Mapono con alegres nuevas; pero la Canoa jamàs pareciò. El Parayso donde descansan las almas, es bien pobre de contentos, y placeres. Fingen que ay en èl ciertos arboles muy gruessos, que destilan vn genero de goma, con que se mantienen las almas: y que ay monos, que en el aspecto parecen Ethiopes: que ay tambien miel, y algun poco de pescado: dà bueltas por todo aquel lugar vna grande Aguila, de quien fingen muchas fabulas ridiculas, dignas de compassivo llanto, por la ceguedad de esta gente. Tantos son los Dioses, quantas son las mansiones en su Parayso: pero la de la Diosa *Quipoci* haze muchas ventajas à las demàs, en comodidades, y riquezas. Los *Isituucas*, ò Dioses del Agua, tienen

abaſtecido el Cielo de peſcados, platanos, y papagayos; y aqui gozan de ſu eterna bienaventurança, los que mueren ahogados en los Rios, à los quales por eſto llaman *Aſineeràs*: à los que mueren en los Boſques, y Selvas, llaman *Yiriticùs*; y à los que mueren en ſu caſa, *Poſibacas*; poniendo el merito, no yà en las obras, ſino en la diverſidad de lugares, en donde los coge la muerte. Baſte aver inſinuado eſto de la barbara idolatria de los Manacicas, para que ſe pueda hazer algun concepto de los trabajos, y fatigas, que padeciò el Venerable Padre Lucas en ganarlos para Chriſto.

CAPITULO XIII.

CONTINUA EL VENERABLE PADRE LUCAS Cavallero ſu Miſsion de los Manacicas.

VIendo el fervoroſiſsimo Operario vn nuevo campo, en que ſembrar la palabra Evangelica, para recoger no menos almas para el Cielo, que merecimientos para sì miſmo, deſeaba poner quanto antes manos à la obra: no obſtante conſiderando ſabiamente, que era neceſſario aſsiſtir tambien à tantos Cathecumenos, como avia en el Pueblo de San Franciſco Xavier, y que era mejor tener pocos, y bien doctrinados, que muchos, è igno-

ran-

rantes, que aùnque se ganan facilmente, con la mifma facilidad tambien se pierden, se resolviò à gaftàr la mayor parte de aquel año en efte exercicio, vfando de todas las induftrias de fu caridad, y de fu zelo en desarraygar de los Xavieriftas la barbarie, la lafcivia, la embriaguèz, y quantos males trae configo la vida brutal, è imprimir en ellos las virtudes, y buenas coftumbres, que fe requieren, para vivir como Chriftianos. No obftante enmedio de efte afan, hizo algunas correrias por los Paìfes defcubiertos, fomentando en aquella gente los defeos de recibir el Santo Bautifmo, y juntamente tomando noticia de quantas eran las Rancherias, las Lenguas, y el numero de los Indios del Paìs: y teniendo diftinta relacion de todo, meditaba emprender el año figuiente con mas calor el negocio de fu converfion, y en ferenandofe el tiempo, penetrar la Tierra mas adentro: pero le fruftraron en parte eftos defignios los achaques, que le afligieron largo tiempo, y las fuplicas de fus Neofitos de San Xavier, que le rogaron mudaffe la Reducion à otro Lugar, à caufa de fer el Clima, que al prefente tenian, notablemente nocivo à la falud. Por efte motivo no pudo antes de mediado Octubre, quando yà el tiempo amenazaba con lluvias, falir con algunos de los mas fervorofos: los quales, confortados antes en el alma con el Pan

Divino de la Eucariſtia, avian ofrecido la vida por anunciar el Santo Nombre de Dios, à los que vivian en las obſcuras tiniebias de la infidelidad. Iban eſtos empero triſtes, y deſconſolados, por eſtàr perſuadidos no avia de tener buen fin ſu viage, yà por las muchas lluvias con que ſe anegaban las campañas, yà por aver hallado el camino ſembrado de agudiſsimas puntas, clavadas en el ſuelo con ſutìl aſtucia por los enemigos de la Fè, para retraerlos de paſſar adelante. Preſto ſe deſvanecieron eſtos temores, porque à pocas leguas no hallaron yà eſtas puntas, y las tempeſtades del Cielo no paſſaban muy adelante, antes apenas hallaban agua para beber; y aviendo con gran trabajo ſubido vna montaña muy agria, no tuvieron en dos dias con que apagar la ſed, ſino con la humedad del barro, que exprimido, mas parecia comida, que bebida. Mas Dios Nueſtro Señor, que nunca en las neceſsidades deſampara à los ſuyos, acudiò à la del Padre Lucas con copia de agua clara, y criſtalina, que fuera de toda eſperança hallò en el concabo de vn arbol. Finalmente, aviendo llegado à las primeras Rancherias, hallò aquella gente conſtante en ſus primeros intentos, y ſolo huvo que hazer en allanarles vna grande dificultad, y era quitarles las diſcordias, y ponerlos en paz: porque entre las otras perverſidades, à que los incitaba el enemigo infernal,

nal, era vna irritàra vnos contra otros, y sembrar discordias entre ellos, para tener ganancia de almas. Hablòles con grande energìa de las vtilidades de la paz, descubriendo los fraudes, y engaños del enemigo, que nada deseaba mas, que tenerlos por compañeros de sus maldades en esta vida, y de las eternas penas de el Infierno en la otra. Convencidos aquellos barbaros de las razones, y movidos de las suplicas del Apostolico Padre, prometieron hazer las amistades con las Tierras confinantes, y luego con las mas remotas. Aviendose detenido para esto alli dos dias, passò adelante, acompañado de algunos Paysanos. Un dia entero gastò en passar vna fragosa montaña, con grande trabajo, y riesgo, no de los Indios acostumbrados à trepar facilmente por las peñas, sino del Padre; y siendole preciso hazer alto à la falda, no hallò con que desayunarse: por lo qual vn Christiano, de Nacion Manacica, movido de compassion, quiso componerle vnas yervas, que eran las delicias de sus Dioses; mas por mucho que estuvieron al fuego, jamas se pudieron cocer. No obstante la carestìa, y la hambre, se las hizo sabrosas; y sonriendose, dixo: *Grande hambre, y mucho calor tienen en el estomago estos Dioses, que con tales viandas se alimentan.*

Llevando mal el demonio tanta cónstancia en el Santo Missionero, procurò, con todo el esfuerço pos-

possible, desvanecer sus designios, yà haziendo que los Indios perdiessen el camino, yà embarazandole los passos, yà haziendole rodar del cavallo, yà hiriendole con las ramas de los arboles; y en suma, hasta las espinas, y abrojos le maltrataron el cuerpo, y los tabanos, con sus agudissimos aguijones, le mortificaron de suerte, que apenas podia tenerse en pie, y era necessario, que los Neofitos le desmontassen, y subiessen à cavallo. Finalmente, à pesar del Infierno, llegò à vista de los Zibicas; pero antes de entrar en la Rancheria, embiò delante à *Numani*, Christiano fervorosissimo, para que reconociesse si estaban dispuestos à recibir la Fè: no tuvo este mucho que hazer, porque la muerte desgraciada de los que el año antecedente avian ossado poner en èl las manos, les avia persuadido, que el Siervo de Dios era amigo estrecho del demonio, y que por tanto se le debia hospedar, no por algun provecho de sus almas, sino para que no les causasse algun daño corporal. Viendo el buen Padre Lucas, que avia alli poca esperança de sembrar la semilla Evangelica, à causa de la mala opinion, que de èl tenian, se encomendò à sì, y al Cacique à la suave, y poderosa gracia del Espiritu Santo; y llamandole à parte, procurò lo primero, con el mejor modo que pudo, quitarle de la cabeza aquel error, y despues le manifestò el fin de su venida, y el

el bien que recibiria, si abrazasse la Santa Ley de Jesu Christo. Mientras le hablaba el Padre, penetrò Dios el alma de aquel barbaro con vn rayo de divina luz; de suerte, que aun no bien enteramente discipulo, saliò à predicar como Maestro en su Pueblo, que no necessitaba mucho del magisterio de sus palabras, quando le sobraba el exemplo de su Mapono para inducirle à hazer lo mismo. Era este joven hijo de aquel que avia jurado beberse la sangre del Siervo de Dios, si el Cielo con la muerte no le huviesse atajado los deseos. Para ganar à este à la Santa Fè, se empeñò vn Christiano, joven tambien, y su Paysano, llamado Diego, y à pocos lances le reduxo, porque no le avia aun corrompido el coraçon la malicia: y mas por ignorancia del entendimiento, que por mala disposicion de la voluntad, no seguia lo bueno, porque no conocia la verdad. Aviendo ganado aquella noche à dos de los Principales, no tardò mucho el Pueblo en juntarse todo el dia siguiente; y despues de vn largo razonamiento de los Mysterios de nuestra Santa Fè, y de las obligaciones para vivir christianamente, hizo el Santo Varon levantar vna Cruz, y junto à ella armar el Altar portatil, con las Imagenes de Christo Nuestro Señor, de la Santissima Virgen, y de San Miguèl Arcangel; y arrodillados todos, las adoraron profundamente, gritando en alta voz: *Jesu Christo Se-*

ñor Nuestro, vos sois nuestro Padre: Maria Santissima, vos, Señora, sois nuestra Madre; y no contentos con esto, repitieron lo mismo con gran fiesta, y alegria, y con danças, guiadas mas de la devocion, que del arte. Con este espectaculo lloraban de alegria los Neofitos, dando mil gracias al Redemptor, de cuya sangre se veìan tan claros, y manifiestos los efectos en la conversion de esta gente: pero incomparablemente mayor era el jubilo del Padre Lucas, que inundado el coraçon de celestiales consuelos, bolviendose à mirar al Cielo, exclamaba: *Contentome, Dios mio, en paga de mis trabajos, y sudores, con ver que las criaturas os reconocen por su Criador, y Señor. Solo con que estas os amen, y os adoren, no quiero otro galardon.* Quanto agradassen à Dios estas sus ofertas, no me es licito escudriñarlo; y por ventura, en premio de acto tan generoso, concediò su Magestad à algunos de estos barbaros vn dòn tan excelente de Fè, que antes de recibir el Bautismo, la conservaron incorrupta, y quisieron mas perder con el martyrio la vida, que negarla. Singularmente es digna de eterna memoria la persecucion que sufriò del comun enemigo el Mapono: la qual, haziendo vna breve interrupcion, quiero referir aqui, aunque sucediò años despues. Pesabales mucho à los demonios verse despojados del dominio de aquella Rancheria, que por muchos siglos avia estado à su

de-

devocion: vsaron de toda su astucia, y poder diabolico, para reducirla à su antiguo culto, y adoracion; y apareciendose à aquel fervoroso Christiano, que antes avia sido su Ministro muy querido, le reprehendiò asperamente, porque èl, à quien tocaba por oficio, no hazia sus partes, para que bolviesse à su estado el antiguo culto, sus Iglesias, y sacrificios. No vès (le dixeron) que el Cacique Payaizà ha profanado los Altares, quebrado los Vasos Sagrados, y execrado los Tabernaculos, y el Cacique Potumanì ha abandonado la sumptuosa fabrica, que tenia destinada para nosotros: se han dexado engañar de las necedades, y locuras de este traydor maldito, que tiene arte de encantamento para trabucar los entendimientos, predica fabulas por Mysterios, y quantas mentiras le vienen à la imaginacion? Buelve por tanto en tu acuerdo, y con todo el poder de autoridad, y razones restaura las ruinas de la Religion, restituye el culto, y haz recuerdo al Pueblo de sus promessas, y al Cacique de sus obligaciones, porque si no, te juramos de hazer grande estrago en la gente del Pueblo, que servirà de exemplo, y memoria de terror por todo el Paìs. Riòse el fervoroso joven de sus amenazas, y por mas que se empeñaron, nunca pudieron conseguir, que dixesse en publico vna sola palabra en su abono. Ofendida excessivamente la sobervia diabolica de tal despre-

cio, ſe echaron ſobre èl, y con vna fiera tempeſtad de muchos, y crueles golpes le piſaron, hirieron, y maltrataron tanto, que le hizieron arrojar por la boca gran copia de ſangre; y por mas que repitieron los golpes, aunque lo reduxeron à los vltimos peligros de la vida, nunca pudieron contraſtar ſu conſtancia. Tan profundas raìzes avian echado en ſu animo la Fè, y la piedad, que el Padre Lucas, y por ſu medio el Eſpiritu Santo, avian plantado en ſu coraçon. Un amigo, compadecido de ſus trabajos, le exortò, que à lo menos en lo exterior moſtraſſe algun reſpeto à los demonios, y les dieſſe guſto, hablando al Cacique para que les fabricaſſe ſu Igleſia. Mas èl, enojado, le echò de sì diziendo, queria acabar la vida que le quedaba, antes que faltar vn apice à la Ley que profeſſaba, à Jeſu-Chriſto, à quien ſolo reconocia por Dios, y Señor. Tan heroyca virtud en vn Chriſtiano tan nuevo, no pudo dexar de ſer premiada de Dios, que le reſtituyò à ſu antigua ſalud, y fuerças.

Bolviendo aora al hilo de la Hiſtoria, bautizados los niños, no ſolo de aquella, ſino de otras Rancherias, tratò el Padre Lucas de paſſar à los Quiriquicas; mas los Neofitos, à cauſa del Invierno que amenazaba, emprendian de mala gana aquel dificultoſo viage: empero repreſentandoles el Padre Lucas el galardon con que Dios premiaria ſus fati-

gas

gas en el Cielo, los alentò tanto, que se sintieron increiblemente confortados à proseguir, y durar en èl. Solo faltaba persuadir al Cacique Patozi, que viniesse con sus vassallos à abrir camino por medio de espesos bosques, y juntamente à hazer las pazes con los Quiriquicas, porque el dicho Cacique temia, con grande fundamento, le avian de quitar la vida los Quiriquicas, por el implacable odio que le tenian: no obstante esta dificultad, venciò al Cacique para emprender el viage la reverencia, y amor, que al Padre tenia; y tomando vna escogida Esquadra de Soldados bien armados, por si acaso fuesse necessario, se fue tras el Padre: pero este le dixo, que no vsasse de las armas sino quando fuesse necessario, para defender sus vidas de las saetas enemigas, que por lo que à sì tocaba, nada se le daba de vivir, ò morir; y como fuesse del agrado de Dios, y honra suya, derramaria gustoso la sangre por adelantar la gloria Divina. A su imitacion los Neofitos, dexadas las armas, se ofrecieron à acompañarle en el peligro, y en poner à riesgo su vida; y para que no huviesse alguno que faltasse à sus ordenes, puso à la punta de todos à vn Santo Indio, llamado Juan Quiarà, amado de todos, aun de los Gentiles, por la bondad de su vida, è inocencia de sus costumbres. Ajustadas las cosas en esta forma, se pusieron en camino, y tuvieron no poco

que hazer primero con vn bosque espesissimo, en que gastaron algunos dias para abrirle, despues con la hambre, no hallando con que sustentarse, sino vna fruta silvestre, que sola la carestìa de otro manjar hazia dulce, y sabrosa: conociòse entonces la ternura de afecto, y la reverencia que tenian los Gentiles al Padre Lucas; porque viendole descaecido, y que por la suma flaqueza apenas se podia tener en pie, le buscaban, à costa de gran trabajo, algun poco de miel, y se quitaban la comida de la boca, para tener con que mantenerle sus fuerças. Estando yà cerca, se adelantaron dos Christianos à reconocer la tierra, y observar los movimientos de los Paysanos, queriendo entrar sin ser sentidos en la Rancheria, para que no se alborotassen, ò pusiessen en huida: mas Patozi el Cacique, con sabia advertencia dixo, que era en vano esta diligencia, porque los demonios avrian yà avisado à los Maponos, y por medio de ellos à los Capitanes. Y dezia la verdad, porque pocos dias antes, estando junto al Pueblo para sus acostumbradas devociones, baxò al Tabernaculo el diablo Cozoriso, y con semblante triste, y melancolico le avisò de la venida de vn enemigo suyo jurado, que le avia desterrado de otros Països, trayendo en la mano vna Cruz, que era la ruina de su Religion; y diziendo esto, prorrumpiò en vn copioso llanto, co-

mo

mo compadeciendose de sì mismo, que adonde iria en partiendose de alli? Donde podria con seguridad repararse, para no ser desaloxado? Que por tanto, si le amaban, tomassen luego las armas, y con el valor, y con el brazo fuerte, sostuviessen en pie su culto, que de otra suerte caeria presto por tierra. Con semejante nueva se conmoviò todo el Pueblo, y al mismo punto se encendiò en rabia, y furor contra qualquiera que maquinasse algo en daño de la Religion; pero no el Mapono, que argumentando, è infiriendo, quan grande hombre, y mayor que sus Dioses, debia de ser aquel à quien sus Dioses temian, les respondiò con voz, y ademan de enojado: Si este forastero es vuestro enemigo, por què vosotros le dexais el passo franco? Por què no le echais del mundo, ò à lo menos tan lexos de aqui, que no se ponga à riesgo vuestra reputacion? Es este vuestro poder? Si necessitais de nuestras armas para defenderos; ò no sois lo que mostrais, ò mostrais ser lo que no sois. Esta conclusion, deducida de los principios de la razon natural, fue bastante para que la gracia de el Espiritu Santo penetrasse de alli à poco su coraçon, y de vn tizon, que era del Infierno, le convirtiesse en vn Angel del Parayso. El Cacique, y los Nobles, juntos en consejo, determinaron echar el resto de sus fuerças, y poder para reparar los daños,

y rui-

y ruina de su Religion, mas no sin temor de salir con sus intentos, quando aun sus mismos Dioses temian. Mientras esta gente estaba en arma, y en confusion, se adelantò el Santo Missionero, con Patozi, y dos muchachos muy fervorosos, dexando toda la demas gente algo distante. Apenas las espias los divisaron de lexos, quando dando gritos muy descompassados, se huyeron la tierra adentro, y tras ellos, con su Cruz en la mano, marchò à cavallo el Padre Lucas, porque las llagas de las piernas no le permitian ir à pie. Los Paysanos, puestos en orden, le salieron al encuentro para hazerle frente; y partidos en dos alas, le rodearon, para que por ninguna parte tuviesse passo libre por donde huir. Estando las cosas en este estado, se le ofreciò à vn mozo Christiano enarbolar vna Imagen de la Madre de Dios, que llevaba en la mano; y con la confiança de que la piadosissima Señora vsarìa entonces de su poder para librarlos de aquel peligro, la levantò en alto, y lo mismo fue mirarla los barbaros, que perder el vso de los brazos, sin poder tirar las saetas, que yà tenian à punto, y flechados los arcos. Atonitos, y despavoridos de este sucesso los barbaros, recelosos de que no les sucediesse peor, huyeron precipitadamente, retirandose à vn Bosque no muy distante, de donde ninguno se atreviò à salir, quedandose, por providencia de Dios,

vn solo Indio de ellos, llamado *Soneca*, que despues los ayudò mucho para la conversion. El dia siguiente, el Apostolico Padre, aunque no se podia tener en pie, no sufriendole el coraçon ver entronizado al demonio en dos Templos, hizo que le llevassen allà sus Compañeros: echò por tierra aquellos infames Tabernaculos, hizo pedazos las Estatuas, y encendiendo en la Plaza vna grande hoguera, quemò en ella todos los arreos, y ornamentos de la impia idolatria, no sin temor de sus Neofitos, que recelaban no diessen sobre ellos los barbaros, ofendidos de aquella afrenta de sus Dioses para vengar su agravio.

Passaronse dos dias, sin que los Quiriquicas saliessen fuera de las tinieblas de aquel Bosque: por lo qual, desesperando Patozi de poder hazer las pazes, y establecer vna mutua amistad, à cuyo fin avia venido, tuvo por mejor dar la buelta, y persuadiò à esto al Padre Lucas con quantas razones, y suplicas le dictò su afecto; y sobre todo, ponderando quanto fue posible el manifiesto peligro en que quedaba de que los Quiricas desahogassen en èl solo la fiereza del odio, que contra todos avian concebido. Respondiòle el Padre, que se bolviessen en buen hora èl, y sus vassallos, porque èl tenia firme resolucion de no bolver el pie atràs, hasta aver anunciado el Santo Nombre de Dios à

aque-

aquella gente, aunque para esto le fuesse necessario perder la vida. Fueronse, pues, Patozi, y los suyos, sin quedar con el Padre Lucas mas que cinco santos mancebos, resueltos à correr la misma fortuna, y dar la vida por aprovechar à sus proximos. No teniendo, pues, el Padre mas defensa, que la confiança en Dios, se puso à rezar el Oficio Divino, quando viò de repente junto à sì al Cacique de los Quiriquicas, hombre de grande estatura, y bien dispuesto; el qual creyendo que en el Breviario estaban los hechizos, que à èl, y à los suyos impidieron el vso de los brazos, hizo fuerça por quitarsele de las manos; mas el Padre, con buenas razones, y modo proprio de vna caridad Apostolica, procurò disuadirle de su error, y prosiguiò hablando de Christo, y de su Santa Ley, descubriendole la perversidad, y los engaños de sus *Tinimaacas*. Al oìr estas cosas se contuvo el barbaro, ò fuesse por virtud milagrosa de Dios, ò por natural genio suyo, y sin responder palabra, le bolviò las espaldas; y ido à su casa, con vn buen manojo de flechas, se tornò à los suyos. Dieronse entonces por perdidos los Neofitos, y al Santo Varon le saltaba de jubilo el coraçon en el pecho, esperando llegar finalmente al termino de sus deseos, regando aquella Tierra con su sangre, para que en los años siguientes correspondiesse con abundante fruto à los trabajos,

y su-

y ſudores de quien la cultivaſſe: y à la verdad por poco ſe le huvieran cumplido ſus deſeos, porque juntandoſe en lo mas obſcuro de la noche los Principales, para tomar la vltima reſolucion, eſtuvieron gran rato dudoſos de lo que harian; y ſolo aquel milagro de averſeles paſmado los brazos, quando le quiſieron flechar, obligò à todos al miedo de que no les ſucedieſſe lo miſmo, ſi intentaſſen matarle; mas no por eſſo aplacaron la ira del Cielo, que avia tomado à ſu cuenta la vengança de aquella injuria; y aſsi encendiò entre ellos vna enfermedad peſtilencial, que quitò la vida à los mas culpados. No ayudò poco à la reſolucion de que ſe rindieſſen aquel Indio *Sonema*, que acudiendo à la junta, dixo tantas coſas en alabança del Padre Lucas, y de la Santa Fè, de que yà avia oìdo alguna coſa, que de comun conſentimiento determinaron bolver à ſu Rancheria al amanecer, y ponerſe en manos del Santo Varon. Saliendo, pues, de aquel Boſque, y entrando vnos tras otros en la Rancheria, ſe fueron derechos al Rancho donde yacìa el Padre Lucas, quien con aquel ſu modo amabiliſsimo los recibiò con muchiſsimo agaſſajo, y pareciò que Nueſtro Señor, para darſeles à eſtimar, y reſpetar, avia pueſto en ſu ſemblante vn no sè què mas que humano; por lo qual la gente, en ademàn de quien le pedia perdon, ſe

 poſ-

postrò à sus pies, y no huvo ninguno de ellos, aun de los mas ossados, que se atreviesse à partir de su presencia, sin licencia del Padre. Vino el vltimo de todos el Mapono, que con toda su chusma se puso muy humilde, y modesto delante del Apostolico Varon, quien recibiendole con los brazos abiertos, le sentò à su lado, y empezando à hablar de la Religion, mostrò como sin el conocimiento del Verdadero Dios, y sin la Fè de Jesu-Christo, no era possible salvarse, diziendo tambien de los Tinimacas, y de aquella diabolica Trinidad quanto le dictò el zelo de la gloria Divina, y la santa indignacion de verlos triunfar por tantos siglos hechos Señores de aquella Tierra. Estaba todo el Pueblo deseoso de vèr el fin de aquel successo, esperando los vnos, que montando en colera el Mapono, se empeñasse en defender mas con obras, que con las palabras, la Divinidad de los demonios; y los otros se prometian exito mas felìz, en que no se engañaron: porque el Mapono quedò assombrado, y como aturdido; y siendo, como era, hombre de buen natural, de ingenio prompto, y de entendimiento agudo, Dios Nuestro Señor, compadecido de èl, le sacò de sus engaños, le alumbrò el entendimiento, y moviò su corazon con tanta eficacia de su gracia, que luego pidiò ser Christiano; y en prueba de las veras

con

con que lo dezia, confessò delante de todos, que èl avia estado engañado, y avia engañado à los demàs; y que se desdecia, y retrataba de quanto avia aprendido, y les avia enseñado: que no avia otro Dios, que Jesu-Christo: y que su Santa Ley, no solo era mejor que la de ellos, sino la vnica, y necessaria para la salvacion eterna del alma: y que para enmienda de lo passado, no solo exortaba à sus Paysanos, que la abrazassen, sino que irìa à los Jurucarès, Cozacas, y Quimiticas para reducirlos à que hiziessen lo mismo. Con vna tan ilustre confession, tanto mas digna de agradecimiento, quanto menos esperada: haziendo increible fiesta los Neofitos, y gritando de contento, se arrojaron todos à darle muchos abrazos; pero à ninguno cupo mayor jubilo, que al Venerable Padre, que con la conversion de este solo diò por reducido à todo el Pueblo al Gremio de la Santa Iglesia.

Haziendo, pues, labrar vna grande Cruz, se fue con ella en Procession à la Plaza, en donde la colocò en el mejor lugar por trofeo de la victoria, y en señal de la possession, que Christo, y su Santa Ley tomaban aquel dia de los Quiriquicas; y los Christianos entonaron las Letanìas à dos coros de musica, lo que à los barbaros, que nunca hasta entonces avian oìdo harmonìa de buen con-

cierto, les pareciò cosa del Cielo, y estaban como absortos oyendola. Hecho esto, mandò que traxessen los niños para bautizarlos. *Al punto* (son palabras del Padre Lucas) *me ofrecieron tantos, que gastè vn dia entero en sus Bautismos: cansandose el cuerpo en este exercicio, pero alegrandose el espiritu al vèr tanta multitud de niños admitidos à la filiacion de Dios en las saludables aguas del Bautismo, y à sus Padres reducidos, de obstinados idolatras à fervorosos Cathecumenos. No sabian apartarse de mi lado por aprender lo que les era necessario hazer para alcançar en premio la eterna bienaventurança.* Detuvose aqui algunos dias, para confirmarlos mas en la Fè, para que pudiessen resistir à las sugestiones del comun enemigo, y luego se dispuso à la partida, la qual en què forma la executò, serà mejor oìrlo de la boca del Padre: *Empezando à moverme* (dize) *se vino tras mi todo el Pueblo llorando, y lamentandose, y diziendome, Padre mio, Padre mio, tu te vàs, dexandonos en vn extremo desamparo: no te olvides de nosotros, bolved, por compassion de nosotros, el año que viene: y bolviendose à mis compañeros, les suplicaban, que entonces me conduxessen acà. De esta manera vinieron tras mi por algun trecho del camino, no pudiendo yo responderles palabra por las lagrimas que me corrian de los ojos, y por vn inexplicable consuelo, que me ocupaba el coraçon, considerando quan facil es à la*

Di-

Divina Omnipotencia mudar los coraçones, y voluntades humanas, pues con solo su querer puede en vn instante convertir los tizones del Infierno en piedras resplandecientes del Parayso: no cessaba de bendecir, y besar las santas Llagas del Redemptor, à cuyos meritos reconocia deber el felìz exito de esta Mission. Ofrecieronme muchos niños, para que desde luego los llevasse para servir en la Iglesia, y de ellos escogì solos tres, no queriendo cargar de mayor peso, y molestia à mis compañeros. En tres dias se puso en la Rancheria de su aficionadissimo Patozi, de quien fue recibido como si bolviesse de la otra vida; y siendo yà muy entradas las aguas, que no le permitian detenerse, diò la buelta à San Francisco Xavier, con no poco pesar, y dolor de los Paysanos, à quienes dexaba.

CAPITULO XIV.

BUELVE EL PADRE LUCAS A LOS Manacicas, visita todas sus Rancherias, y se restituye por otro camino à la Reducion de San Francisco Xavier.

AUnque el Apostolico Operario procuraba registrar todas las Tierras de esta Nacion; no obstante, assi porque era necessario abrir camino à costa de sudores, y trabajos, y por esso gastar mu-

cho tiempo, como porque donde quiera que entraba, queria arrancar de raìz la Idolatrìa, y plantar la Fè, y en esto se le passaban meses enteros, no pudo los años antecedentes visitar, y vèr todas las Rancherias; para lo qual le fue preciso esperar à la Primavera del año de 1707. Estando, pues, todo este Paìs, segun yà dixe, en forma de vna piramide, que por ambos lados confina con los Chiquitos, era su animo correr todas las Tierras hasta los Aruporès, y assi darse las manos por dos caminos con los Chiquitos; mas para empressa tan grande era necessario vencer grandissimas dificultades, y estorvos del camino. Pero Dios Nuestro Señor, à quien se le recrecia tanta gloria accidental en este designio, quiso, no solamente satisfacer sus deseos con el exito felìz, sino mostrar tambien quanto le agradaban sus sudores, con muchos sucessos milagrosos, para darle à èl animo en tantos trabajos, y afanes, y à los Infieles mas claro conocimiento de su Fè. Prevenido, pues, el Santo Varon de tanta mayor caridad, y zelo, quanto era necessario para tamaña empressa, y animados algunos de los mas fervorosos Neofitos, no solo para ser sus compañeros, sino tambien para dar la vida en testimonio de aquella Ley, que iban à plantar entre los barbaros, se puso en camino à los quatro de Agosto de 707. y llegando el dia de la Assumpcion de la Santissima

Vir-

Virgen à las Riberas del Rio Zununaca, se encontrò con los Zibacas, de quien fue recibido con muestras de grande amor, y *Petumanì* su Cacique le regalò con mucha pesca, y se partiò à largas jornadas à su Tierra, donde diò orden à sus vassallos, que allanassen el camino, y desde alli diariamente le proveyò de comida, y bebida, hasta que entrando el Padre en su Rancheria, le saliò à recibir el Pueblo, muchachos, mugeres, y aun las que criaban, con sus niños en los brazos: y el Cacique le cumplimentò, no yà como barbaro, sino con terminos muy corteses; y llegando à la Plaza, le cercaron todos en rueda, y con semblantes, y vozes de increìble alegria, le daban la bien venida, besandole la mano, y pidiendole les echasse su bendicion. Alegrissimo el Siervo de Dios con tan buen principio de su Mission, de donde inferia el logro de sus deseos, se puso luego à tratar las pazes de aquella gente con los Ziritucas, à quienes por vn leve disgusto avian jurado dar la muerte: y assegurandose aquellos entre los bosques, avian saqueado, y robado toda la Tierra, y pegado fuego à las casas. Llamando, pues, à parte al Cacique, y à los Principales, les diò à conocer la gravedad de su delito, y les ordenò embiassen à llamar à los Ziritucas, y bolviessen à entablar con ellos vna buena amistad. Vinieron los Ziritucas, dieronle grandes quexas de los Zibacas, pidiendo

les

les obligasse à resarcirles los daños, y que les restituyessen las haziendas que les avian robado, y tenian aun en su poder. Llamò entonces à los Zibacas, que baxaron la cabeza, y no tuvieron que responder otra cosa, sino es que la colera, y la vengança les avia hecho passar los terminos de la razon: que arrepentidos de lo hecho, querian yà ser sus compañeros, y hermanos: mas para no tener obligacion de restituirles su hazienda, añadieron con sutil astucia, que los avian mantenido à su costa por espacio de nueve cosechas. No vino en esto el Padre Lucas, y les mandò, mal de su grado, que restituyessen luego las haziendas à sus dueños; y no huvo ninguno, aun de los mas atrevidos, que osasse contradezirle, porque la reverencia que le havian cobrado, por el severo castigo con que Dios avia vengado las injurias, que algunos le hizieron en los años passados, les quitò el atrevimiento para resistirse. El dia siguiente juntò el Pueblo en la Plaza al pie de vna Cruz, donde el Santo Missionero explicò la Ley de Christo, que avian de guardar para alcançar la salvacion, descubriendo juntamente todas las maldades de los Maponos, y de aquellas diabolicas Deidades, con singular gusto, y contento de los oyentes, que le interrumpian muchas vezes, gritando en alta voz, y diziendo, querian à Jesu Christo por su Dios, y su Padre, y à la Reyna
de

de los Angeles por su Madre, y Señora, y detestaban, y maldecian de los Tinimacas. Luego para que las cosas que avian oìdo, se les quedassen mas vivas en la memoria, hizo à sus Neofitos cantar las excelencias de nuestra Fè, y los vituperios de aquellos Dioses, en ciertas canciones, que èl mismo avia compuesto en aquel Idioma; de lo qual recibiò tanto gusto, y contento aquella buena gente, que las quisieron oìr muchas vezes para aprenderlas, con tanto empeño, que en gran rato no dexaron descansar à los Cantores.

Tan buena disposicion de este Pueblo para alistarse en el numero de los Christianos, no fue tanto obra del Padre Cavallero, que el año antecedente les avia predicado la Ley de Dios, quanto de la Virgen Santissima Nuestra Señora, que poco antes, con vn insigne milagro, avia dispuesto los coraçones de aquellos barbaros, para que prendiesse en ellos la semilla de la predicacion Evangelica, y rindiesse fruto correspondiente à los sudores del Sembrador. Esta fue la sanidad, que milagrosamente diò la Madre de Dios à *Zumacaze*, sobrino del Cacique, que abrasado por muchas semanas continuas de vna maligna fiebre, se le avian secado las carnes, y consumido las fuerças, de suerte, que como incurable, le avian à su vsança dexado en vn total desamparo. Viendo *Zumacaze* el caso, desesperado, y mas pesa-

roso de perder la Bienaventurança sin el Bautismo, que la vida corporal, bolviò su confiança toda à la Santissima Virgen, cuyas alabanças, y poder avia oìdo muchas vezes, y por esso la invocaba con frequencia, diziendo: *Señora mia, creo que sois la verdadera Madre de las gentes, y que la Diosa Quipoci es un diablo engañador: creo en ti, y en Jesu-Christo, y te suplico no permitas, que yo muera Infiel, para que no me condene eternamente: quitadme esta fiebre, hasta que recibido el Santo Bautismo, te pueda ir à vèr allà en el Cielo.* No podia hazerse sorda la Madre de Misericordia à las plegarias de quien era tan devoto suyo, aun antes de ser Christiano; por lo qual, mientras èl con encendido afecto, y esperança grande repetia esta oracion, se le apareciò de improviso al medio dia la Reyna del Cielo, despidiendo de sì tantos resplandores en las manos, y rostro, que todo el Rancho estaba bañado con luzes; y con semblante amabilissimo le dixo: *Yo soy aquella à quien tu invocas: confia, hijo, que sanaràs: cree lo que enseña el Padre, y dì en mi nombre à tus Paysanos, que hagan lo mismo.* Desapareciò entonces la Santissima Virgen, y en aquel punto se hallò el enfermo perfectamente sano. Acudiò à verle todo el Pueblo, y oìda la causa de su milagrosa sanidad, se encendieron sus coraçones en vivos deseos de ser Christianos. No se acabaron aqui las bendiciones del Cielo;

lo; antes teniendo aquellos barbaros al Padre Lucas vn amor de Padre, y reverenciandole como à Santo, traxeron à ſu preſencia todos los enfermos, pidiendole, que pues era Miniſtro de vn Dios tan poderoſo, intercedieſſe aora por ellos. No podia èl yà juſtamente hazerſe deſentendido à aquellas ſuplicas, y mas quando la gracia no ſeria menos poderoſa, que la eficacia de ſus palabras, para ſu converſion, y para que con la ſalud del cuerpo recibieſſen tambien la del alma: por eſto preguntaba à los enfermos, ſi de coraçon creìan en Jeſu-Chriſto, y querian bautizarſe; y reſpondiendo ellos, que sì verdaderamente: *Leìdo el Evangelio ſuper ægros* (ſon palabras del Padre Lucas) *me daba Dios animo de dezir, fiat vobis ſicut crediditis, y al punto quedaron ſanos. Corriò la voz de lo ſucedido, deſde eſta Rancheria, à las otras de la Tierra, y plugò à Dios darme la milagroſa virtud de las curaciones, para traerlos caſi contra ſu voluntad à ſu conocimiento, porque ſanando milagroſamente, conocian con claridad quanta diferencia avia entre el Dios de los Chriſtianos, y los Tinimacas.* Haſta aqui el Venerable Padre. Bautizados deſpues los niños, le ſuplicaron el Cacique, y los Principales, fueſſe à los Jurucarès, que tenian alborotado todo el contorno, ſaqueando todas las Rancherias, y matando à ſus moradores. Condeſcendiò guſtoſo con ſus ſuplicas, porque teniendo noticia cierta,

que los Jurucarès tenian gran devocion al demonio, y à sus Ministros; èl, que tenia encendidos deseos del martyrio, esperaba que se le satisfarian plenamente. Apenas se puso en camino, quando toda la alegria festiva del Pueblo se convirtiò en otra tanta melancolia, y tristeza. Fueronse todos tras èl con las lagrimas en los ojos, y cogiendole las manos, no acababan de besarselas; y fue esto de suerte, que movieron à compassion al Cacique, à cuyos ruegos se partia tan presto: procurò el Padre consolarlos, dandoles esperanças de que quanto antes pudiesse bolveria à visitarlos, y que si no fuesse èl, seria à lo menos otro de sus Compañeros. Tres dias gastò en el camino, afligido sobremanera de la sed, ocasionada del Sol ardentissimo. Al tercero, à esso del medio dia, creyendo estar aun muy lexos de los Jurucarès, se hallò casi à sus puertas; y no pudiendo dexar de ser descubiertos, llamò à sus Christianos, y les manifestò el riesgo evidente que corrian de perder la vida à manos de aquellos barbaros, enemigos capitales del nombre de Christo, si Dios no los libraba milagrosamente: por lo qual, hecho vn fervoroso Acto de contricion, les diò la absolucion general. Al vèr esto, se echò à sus pies vn Gentil, y le pidiò con eficacissimas instancias le hiziesse Christiano, dando palabra al Padre de que viviria, y moriria entre Christianos: lo qual agradò tanto mas

el

al Santo Varon, quanto mas claramente conociò, que sola la gracia del Espiritu Santo le avia movido à pedir el Bautismo.

Mas no les cogiò de improviso su venida à los de la Rancheria, porque dos dias antes, estando todo el Pueblo en sus devociones, y suplicas, les dieron noticia aquellas diabolicas Deidades de que venian el Padre, y sus Compañeros, diziendo *Uracozorisò* con lagrimas en los ojos: yà me veo obligado à buscar en otras partes otros que me adoren, porque de esta mi Iglesia me echa vn grande enemigo mio, que yà se acerca: huìos tambien vosotros. Trae esse hombre en la mano vn instrumento (deziaIo por la Cruz) en que no puedo fixar la vista. Oyò sus llantos, y lamentos el Pueblo, y procurò consolarle con mil dones, y ofrendas; mas èl, con sus Compañeros, les bolvieron el rostro, haziendo como de concierto vn doloroso llanto, levantando el grito, y los ahullidos, à manera de desesperados. Causò esto en el Pueblo gran confusion, y espanto, el qual creciò hasta que el demonio, en forma de vn grande paxaro, despertando al Cacique, le estimulò, y exoitò à la fuga: por lo qual, assi el Cacique, como el Mapono mas venerable, y de mas años, y en pos de ellos gran parte de la Plebe, se huyeron à los Bosques, metiendose en las grutas de las fieras. Avianse quedado algunos en el Pueblo, que

es-

eſtaban yà de partida, quando el Venerable Padre, à pie, y con la Cruz en la mano, acompañado de algunos Chriſtianos mas fervoroſos, entrò en la Rancheria, llevando en alto la Imagen de la Santiſsima Virgen. Apenas le diviſaron los Payſanos, quando ſe puſieron en fuga, y de ellos detuvieron à algunos los Compañeros del Padre, no ſin rieſgo: porque enfurecido vn barbaro, deſcargò en la cabeza de vn muchacho Chriſtiano tan fiero golpe con vna hacheta de piedra, que ſi Dios por ſu miſericordia no huviera permitido que erraſſe el golpe, ſe la huviera partido por medio. Procuraron aquietarlos con buenas palabras, y quitarles de la cabeza aquellas ſombras, y ſoſpechas, con que el enemigo infernal avia maquinado impedir ſu converſion. Luego llamando el Padre Cavallero à vn mozo de buen ayre, y bien ageſtado, procurò ganarle para sì con aquellos modos de caridad, y amor, que enſeña à los Varones Apoſtolicos el zelo de la ſalvacion de los proximos; y regalandole con mil coſillas de las que aprecian los barbaros, le deſpachò à los que ſe avian huido: y Dios le puſo en el coraçon tal afecto para con el Miſsionero, y en la lengua tal eficacia, que dentro de vn breve rato bolviò con vna tropa de Payſanos, y poco à poco los conduxo à todos. Miraban al Padre aſſombrados, y le

ima-

imaginaban, ò vn monſtruo, ò coſa de la otra vida, pues tenia tanto poder para deſterrar à los Tinimacas, y echarlos de ſus Tierras: mas à ſus dulces, y ſuaves palabras ſe recobraron; y aunque ignorantes, reflexionando en aquellos lamentos, y deſeſperaciones de ſus Dioſes, infirieron por evidente concluſion, que eran muy flacos, y de ningun poder, pues no podian reſiſtir à aquel hombre: con lo qual ſe le aficionaron increiblemente, y deſterrado de ſus coraçones todo temor, hoſpedaron con igual afecto en ſus Ranchos, ò Chozas al Padre, y à ſus Compañeros.

El dia ſiguiente, junto todo el Pueblo en la Plaza, al pie de vna Cruz, que alli avia enarbolado, les explicò los Myſterios que debian creer, y los preceptos que avian de obſervar, deſcubriendo la vanidad de ſus Deidades, y perverſidad, y fraudes de los Sacerdotes; y publicamente el mas viejo de todos, que avia encanecido en la malicia, no pudiendo negarſe à las luzes de la verdad, con que el Padre le daba en los ojos, ſe rindiò vencido, y confeſsò que avia engañado à los demàs, por tener con que ſuſtentarſe. Oìale la gente con ſilencio, y atencion, y aun con aplauſo, y placer, principalmente quando refiriò la creacion del Mundo, y la caìda de los Angeles prevaricadores, à quienes avian ſido muy devotos, y fieles.

Con-

Continuò por algunos dias la explicacion de la Doctrina Christiana, oyendole siempre con igual gusto, y provecho; y pareciendole yà tiempo de quitarles todas las ocasiones de recaer en la idolatrìa, ordenò, que traxessen à la Plaza los Tabernaculos, las esteras, y quanto servia al culto de sus Dioses, y pisandolo todo por escarnio, y llenandolo de inmundicia, lo hizo todo abrasar, reservando solamente vn instrumento astronomico de bronce, que representaba al Sol, y Luna, con los otros signos del Zodiaco: dòn que muchos siglos antes les avian dado los demonios, y despues todos juntos se pusieron à baylar, y cantar algunas canciones al son de los instrumentos, que entre ellos se vsan. Ayudaron no poco à la conversion de esta gente los Indios Zibacas, cuyo Cacique dixo, en alabança de la Ley Christiana, tales cosas, que sin duda le dictaba las palabras el Espiritu Santo, à quien tenia en el coraçon, que el mismo Padre Cavallero quedò no poco maravillado: y no hazian nada menos sus vassallos, los quales, no pudiendo detenerse mas tiempo, por causa de sus labores, se fueron con gran dolor à despedir del Venerable Padre, quien describiendo esta despedida, habla de esta manera: *Con quantas lagrimas, y suspiros se despidiessen, no puedo expressarlo bastantemente: no sabian apartarse de mi, y yo no sentia menos su*

partida; procurè consolarlos, diziendo, que el año siguiente, queriendo Dios, bolveria, y les enseñaria mas de espacio su Santa Ley. Aunque se partieron los Zibacas tan aficionados, y devotos del Padre Lucas, no por esso se resfriaron en su amor los Jurucarès, ni huvo cosa, aunque muy dificil, que no hiziessen por èl. Exortoles à que depusiessen las armas, y ajustassen pazes con los confinantes, y ninguno huvo que no viniesse en ello, y antes ellos mismos quisieron ir en persona à pedir la paz à los Pizocas, mostrando que las obras correspondian bien à las palabras que le daban. El Cacique de mas autoridad, antes de ponerse en camino, le suplicò con eficacissimos ruegos le administrasse el Santo Bautismo, porque cargado yà de años, y lleno de canas, le quedaba poco de vida; y yà que por la misericordia de Dios avia conocido la verdad, la queria tambien abrazar, para que el conocimiento no le sirviesse de eterna confusion. Enterneciòse el Santo Varon con tan justa demanda; mas no pudo darle consuelo, porque tenia orden estrecho de los Superiores, para no bautizar à ningun adulto, antes de fabricar la Reducion: por lo qual se escusò con èl lo mejor que pudo de no poder condescender con su peticion, aunque lo deseaba sumamente: y que si èl daba la palabra, y perseveraba en aquel sabio, y santo proposito, no

Mm tar-

tardaria mucho, ò en bolver èl mismo, ò si no pudiesse, embiaria otro de sus Compañeros en su lugar, para que le pusiesse en el camino de la salvacion eterna. Yà que no pudo conseguir esto el buen Cathecumeno, quiso que à lo menos, en prenda de su promessa, le diesse vna pequeña Cruz para traer al cuello, y para muestra de otras, que queria fabricassen sus vassallos; porque entendida la virtud de aquel Santo Leño, queria ponerla en todas partes, para que por su respeto no ossasse el demonio causarles algun daño en la vida, ò hazienda. Bautizados, pues, aqui los muchachos, passò à los Quiriquicas, donde el año antecedente la Reyna de los Angeles le avia defendido de sus flechas. Salieronle al encuentro todos, hombres, y mugeres, y le hospedaron cortesmente en su Rancheria, mas no con aquellas demostraciones de afecto, que el Padre esperaba: y sin duda fue porque avia yà algunos dias, que estaba hecha la Rancheria vn hospital de enfermos, y moribundos, por vna epidemia pestilente, que hazia gran estrago en todos, y lo peor era, que echaban la culpa al Padre, diziendo, que por aver querido matarle, avia hecho venir de otro Lugar la peste, para vengar su agravio. Fue luego à visitar los enfermos, y con extremo dolor suyo viò morir à su vista vna muger, sin tener tiempo para administrarle el Santo

to Bautiſmo: leyò ſobre todos el Evangelio *Super ægros*: mas Dios quiſo diferir algun tanto el favor para que la gente tuvieſſe en mayor aprecio, y veneracion ſu Santa Ley, y por ella à ſu Miniſtro, y aſsi fueron mejorando poco à poco los apeſtados; y entonces ordenò el Santo Varon, que por las tardes ſe juntaſſen todos en la Plaza: alli deſde vn lugar eminente les explicò la verdadera cauſa de aquel accidente; que no era èl la cauſa, por ſer hombre flaco, y miſerable, y de ningun poder, como ellos, ſino ſolo Dios del Cielo, à quien èl ſervia, que avia tomado à ſu cuenta la vengança de la injuria que à èl le avian hecho: que por tanto ſe quexaſſen de sì miſmos, que à èl le peſaba mucho de aquel mal. Interrumpiòle el Cacique, diziendo, ſe avian muerto yà los que le avian hecho aquel agravio. A lo qual dixo el Padre Cavallero: No ſoy el autor de eſte eſtrago: Jeſu-Chriſto, Criador del Univerſo, lo es: à ſu Mageſtad es neceſſario pedirle que ceſſe, y eſperar de èl la gracia, y miſericordia. Mientras eſtaba en eſtas platicas, le vinieron à aviſar que eſtaba para eſpirar el Cacique *Sanucare*. Rompiò al punto el diſcurſo, para acudir à donde le llamaba la extrema neceſſidad; pero fue en vano, porque el mal, que era fuertemente maligno, le avia ſacado de juicio, y eſtaba yà delirando con vn frenesì: y por mas re-

medios de que se valiò, nunca le pudo bolver en sì. Afligidissimo por esta causa, se saliò del Rancho del enfermo, y postrado en tierra, con lagrimas, y suplicas muy afectuosas, empezò à pedir à Dios, que por su piedad, y por los merecimientos de su Hijo Santissimo, le concediesse la gracia de darle à aquella alma, comprada con el precio de su Sangre, el vso de la razon. Al punto cessò el delirio, y bolviò en sì el enfermo, de suerte, que el Padre tuvo tiempo para instruirle en los Divinos Mysterios, y lavarle en las Santas aguas del Bautismo; y sugiriendole afectos de contricion, y esperança en Dios, espirò en breve. El dia siguiente ordenò vna devota Procession para obtener para aquella pobre gente el remedio de su calamidad. Mas lo que sucediò, serà mejor oirlo de boca del Santo Padre: *Acompañado* (dize) *de Christianos, y Gentiles, enarbolè vna Imagen de la Madre de Dios, dando bueltas por toda la Tierra, llevandola à las casas de los enfermos, y lleno de confiança, le dezia à Nuestro Señor: Mirad, Señor, à vuestra misericordia, y no entregueis al estrago de la peste estos nuevos Fieles: no diga este Pueblo, tierno en la Fè, y debil en la virtud, que sois muy riguroso en los castigos: si para mi defensa echasteis mano de los milagros, mostrad aora vuestro poder en sanarlos, para gloria de vuestra Ley. Entraba con esta confiança en las casas de los enfermos apestados, y arrodillados todos,*

assi

assì Christianos, como Gentiles, rezabamos el Ave Maria: luego preguntaba al enfermo, si creìa de coraçon en Jesu-Christo, y confiaba en su Santissima Madre; y respondiendome, que si, le aplicaba vna Estampa de San Francisco Xavier, para que me fuesse intercessor con la Reyna del Cielo, y mis pecados no impidiessen su piedad: por vltimo le tocaba con la Imagen de la Virgen Nuestra Señora, y de esta manera en pocos dias cessò la peste, y aun los de mas peligro recobraron la salud. Assi el Venerable Padre.

Consolado con este favor aquel Pueblo, se puso luego en camino àzia los Cozocas, para llegar à los Tapacuràs, antes que el tiempo rompiesse en lluvias, y cerrasse los caminos. En esta jornada vino Patozi el Cacique de los Moposicas, con gran numero de sus vassallos, y se le quexò mucho, porque no iba à sus Tierras, vsando de quantas artes, y modos de ruegos supo, para moverle à compassion: con todo esso, aunque el Padre lo deseaba mucho, no le pudo consolar, por no querer torcer su viage à otras Rancherias del Norte, ò del Mediodia, sino solo tirar derechamente à Poniente; y reconocida su buena voluntad, le combidò à que le acompañasse hasta los Cozocas, que yà tenia à la vista. Luego confortò en el alma, con vn fervorosissimo razonamiento, à sus Neofitos, y les exortò à ofrecer su vida à aquel Señor, que por el bien de las

nuef-

nueſtras diò la ſuya: porque el demonio, que lle-vaba muy mal tantas pèrdidas, ſin averlas podido remediar, avia hecho el vltimo esfuerço con los Cozocas para que le quitaſſen la vida: lo miſmo deſeaba el Santo Miſsionero; y hablando con ſus Chriſtianos, ſolo ſentia, que la rabia del enemigo infernal, y de ſus ſequaces, no tuvieſſen permiſsion para matarlo. Eſtabanle mirando los Cozocas deſde la Plaza de ſu Rancheria, y apenas el Padre ſe puſo à mirarlos con la Cruz en la mano, quando prorrumpiendo en gritos deſcompaſſados, à la vſança de barbaros, le diſpararon vna tempeſtad de ſaetas, que à no repararlas Dios con ſu mano poderoſa, huviera quedado muerto. Los Chriſtianos, y Cathecumenos, viendo las coſas tan contrarias, ſe retiraron atràs. Solo iba al lado del Siervo de Dios vn joven fervoroſiſsimo, deſeoſo de dar la vida en teſtimonio de la Fè, que pocos meſes antes avia abrazado. Seguianle otros quatro, vno de los quales llevaba en alto la Imagen de la Madre de Dios. Procurò el Apoſtolico Padre ſoſſegar con ſu Angelical roſtro, y afables, y corteſes palabras, aquellas furias del Infierno. Todo fue en vano, porque envenenados los barbaros contra Jeſu-Chriſto, y ſu Ley, ſin hazer caſo de nada, le apuntaron, y diſpararon vn gran numero de ſaetas à ſu cabeza, mas nunca pudieron acertar; antes bien veìan manifieſtamente, que bol-

vian

vian atràs las flechas, como si vna mano contraria las tiràra: y vna disparada con tal impetu, que le huviera passado de parte à parte; pero al llegar, la detuvo sin duda Dios, è hizo caer sin fuerça à los pies del Padre. Con otra hirieron en el vientre al Christiano que llevaba la Imagen; y alegrissimo el buen muchacho de su dichosa suerte, se retirò à parte, para gastar con Dios los vltimos periodos de su vida, con no menor gloria suya, que embidia del Padre Lucas, que abrazandole estrechamente, se dolia de que en pena de sus pecados, no merecia acompañarle en la muerte. Entre tanto el Mapono atizaba con rabia infernal à los suyos, y cerca de vna hora estuvieron disparandole saetas, sin causarle mas daño, que romperle el vestido; bien, que al levantar en alto aquella Santa Imagen, le corrieron por los brazos estraños dolores, y le impidieron el vso de ellos. Mientras ellos procuraban valerse de todas las suertes de su crueldad, y fiereza para darle la muerte, los Cathecumenos desde lexos procuraban librarle de ella, amenazando à los Cozocas, que vendria sobre ellos la ira de Dios, y les daria su merecido, como à su costa ellos lo avian experimentado; y ò fuesse porque el temor les hiziesse caer en la cuenta, ò porque Dios reprimiesse su orgullo, dandoles mas acerbos dolores en los brazos, se pararon algun rato, y dieron tiempo, y oportuni-

nidad al Siervo de Dios para acercarse al Mapono, y con modo cortès, y afable le diò à conocer el poder de Jesu-Christo, que por mas que èl, y los suyos lo intentassen, si no era voluntad de su Divina Magestad, no le podrian quitar vn cabello; y que sus Tinimacas, por mas que se jactassen de que eran Señores del Cielo, y dueños del Mundo, al fin no eran otra cosa, que miserables, y flacas criaturas, condenadas por su culpa à carcel perpetua en el Infierno. Entretanto que èl hablaba assi al Mapono, puso Dios los ojos de su piedad sobre aquel barbaro, y penetrandole lo interior de el alma, sossegò aquellas furias: con lo qual, cambiado el furor en agrado, le hospedò cortesmente en su casa, poniendole la mesa abastecida de lo mejor del Pais. Estando en esto, se echò à sus pies vn Gentil, y con lagrimas en los ojos le pidiò, que al punto le bautizasse, porque temia mucho no le matassen alli à traicion, por causa de algunos disgustos antiguos, y no queria perder con el cuerpo la vida de el alma. Diòle gusto el Padre Lucas, y quiso celebrar, como celebrò, la sagrada funcion de aquel Bautismo en vno de los Templos, por mas que le pesaba al demonio, y à los de su partido.

El mismo dia avia despachado el Mapono vn mensage à *Abetzaico*, Cacique de los Subarezas, para que con su Milicia viniesse à ayudarle à extermi-

nar,

nar, ò desterrar del mundo al enemigo capital de los Dioses, y à sus compañeros: mas desbaratò sus designios vn Angel, el qual apareciendole, no sè si en sueños, ò despierto, le ordenò, que fuesse à encontrar al Padre, y le recibiesse en su Tierra, y oyesse su doctrina. Vino el Cacique sin armas, servido de dos de sus vassallos, y noticiado del atrevimiento de los Cozocas, se encolerizò sobremanera contra el Mapono: y huviera puesto en èl las manos, à no aver venido à buen tiempo vno, que daba aviso de que dos Christianos heridos estaban yà para espirar. El Padre Lucas nos dirà mejor con sus palabras lo que entonces sucediò. *Acudì* (dize) *adonde yazian tendidos sobre la tierra aquellos mis dos muchachos, que à la verdad era espectaculo, digno de mover à qualquiera à compassion, verlos tan malamente heridos, que el suelo estaba bañado en su sangre, cubiertos de moscas, que parecian cadaveres, sin tener vn trapo con que cubrir las llagas, y ser necessario por esto servirse de las hojas de los arboles: causabame empero grande admiracion, y assombro su paciencia, los tiernos coloquios, que hazian à la Santissima Virgen, alegrandose de derramar la sangre, y morir, por aprovechar à sus proximos, y en servicio de su Santissimo Hijo. Vno de ellos era Manacica de Nacion, bautizado pocos meses antes, y me servia de Interprete: tenia atravesado el brazo con vna flecha, y por esso, heridos los nervios, le*

causaban desmayos, y pasmos mortales: al otro, herido en el vientre, se le avian salido en gran parte las entrañas. Ordenè, que los llevassen debaxo de una enramada, donde queriendo bolver à poner en su lugar las entrañas à este ultimo, fue necessario cortarle parte de ellas. Encomendòse, con grande confiança, à la Reyna de los Angeles, y despues de un ligero sueño, se hallò perfectamente sano: el otro se restituyò en breve à su entera salud, hallando su brazo libre, y expedito, sin otro remedio, que el de Dios, y su providencia, pues alli no avia otro. Hasta aqui el Padre Lucas. Detuvose alli algunos dias, para arrancar de raìz la Idolatrìa, y disponerlos à recibir la Santa Ley de Christo; y aunque al principio le fue preciso ir ganando tierra poco à poco, venciendo al fin la gracia del Espiritu Santo, abrieron los ojos aquellos barbaros, y se ofrecieron de buena gana à alistarse en el numero de los Fieles, presentando en prendas de esta verdad, à sus hijos, para que desde luego fuessen lo que ellos de alli à poco avian de ser. Llevaba mal *Abetzaico*, que se detuviesse el Padre tanto con los Cozocas; y se lamentaba tanto de esta tardança, que precisò al Siervo de Dios à despedirse de aqui, è ir à su Tierra, donde no huvo bien llegado, quando fueron inexplicables las alegrias, y señales de jubilo, que mostraron los Subarecas, saliendole à recibir, y haziendo fiestas à su

vlan-

vſança, proprias para quando quieren moſtrar extraordinaria alegria. Qual fueſſe la pompa, y lo que mas importa, el ſanto fervor de devocion con que deſde el primero al vltimo veneraron eſtos nuevos Cathecumenos la Santa Cruz, no es facil referirlo. El Cacique, y los Principales quiſieron tener la honra de formarla, y ponerla en la Plaza, no permitiendo, que otros mas inferiores puſieſſen la mano en eſta obra: luego arrodillados todos al rededor de la Cruz, la adoraron humildemente, y entre tanto las mugeres, y el reſto del Pueblo eſtaba bailando, y cantando al ſon de ſus inſtrumentos, y los cantares eran alabanças de la Cruz, de la Santa Ley de Dios, y de la Santiſsima Virgen: ni ſe acabaron las fieſtas aquel dia, antes bien las continuaron por muchos dias, no ſabiendo ponderar el conſuelo que tenian por aver de ſer quanto antes Chriſtianos, y levantado, y adorado en ſu Tierra el Arbol de nueſtra Redempcion. Y Dios Nueſtro Señor, para confirmarlos en la Fè, y moſtrar quanto ſe agradaba de aquella devocion, y fervor, reſtituyò la ſalud à todos los enfermos, y calenturientos, con ſolo leer el Padre ſobre ellos el Santo Evangelio. Què jubilos de alegria ſentia en el coraçon, y què lagrimas de conſuelo le corrian de los ojos al Padre Cavallero, confieſſa èl miſmo, que no lo podia explicar, acordandoſe, que aquellos miſmos, que aora con tanta

ve-

veneracion adoraban la Cruz, y en ella à Jesu-Christo, eran los que poco antes adoraban à los demonios feos, y abominables.

Mas no por esto se olvidaba del termino de su viage, por cuya causa se huvo de despedir de los Subarecas, no sin grandes lamentos, y llanto vniversal de aquella buena gente; la qual, viendo que no le podian tener mas tiempo en su Tierra por entonces, quiso que la flor de la juventud le fuesse acompañando para ir allanando el camino, y proveyendo de viveres al Padre, y à sus Compañeros, lo que executaban à competencia con los Cozocas. Yà avia caminado algunas jornadas, quando cayeron enfermos once de sus Neofitos, con increible dolor del Santo Misionero; mas el modo como sanaron, le escrive èl mismo por estas palabras à su Provincial: *Padecia yo* (dize el Padre Lucas) *las enfermedades de todos, y me penetraba mucho mas el coraçon el escandalo de los Gentiles, los quales se maravillaban mucho, que gozando ellos de muy buena salud, enfermassen los Christianos: con lo qual parecia querer dezir, que aquella Ley no era tan santa como yo se la avia pintado, pues sus professores estaban sujetos à las enfermedades, sin poderse librar con solas quatro palabras, como à ellos no pocas vezes les avia sucedido. Quexème amorosamente à mi Señor Jesu-Christo, y à su Santissima Madre, diziendo: Bien conozco,*

Se-

Señor, que mis pecados merecen esto, y mucho mas; pero mirad, Señor, por vuestra gloria: no digan los Infieles, que los Christianos tienen vn Dios, que no tiene entrañas de compassion con aquellos que le adoran: Ne dicant gentes, vbi est Deus eorum? Mirad, Señor, que los Neofitos tendràn horror à los trabajos, y fatigas de la Mission, si perseguidos de los Infieles barbaros, y afligidos de las enfermedades, no acudìs presto à socorrerlos, y librarles. Quien me acompañarà en estos desiertos, para abrirme camino, y servirme de Interprete, para declarar vuestra Ley? Si obrais milagros para sanar à los Infieles, por què no hareis lo mismo con los Christianos? No tardò mucho en moverse à piedad el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion; porque la Vispera de los Angeles Custodios se dexò vèr muy resplandeciente vno de estos bienaventurados Espiritus, de vno, que estaba con calentura, y le dixo Esta enfermedad que padeceis, os ha venido en lugar de la muerte, que aviais de llevar de mano de los barbaros. Confiad en Dios, que cessarà el mal. Grande serà el premio que tendreis allà en el Cielo, por los trabajos, y fatigas que padeceis, por dar à conocer à Dios à vuestros Paysanos. Con esso creciò en todos la confianza: quise yo darles vna bebida, no sè si purga, ò bebida, porque no conocia su fuerça, con lo qual creciò el mal; y no sufriendo los ardores de las fiebres ardentissimas, y haziendose llevar al Rio, se arrojaron al agua para tem-

plar

plar con lo exterior de aquel frio el calor de sus fiebres; y sin otro remedio quedaron todos sanos, y salvos. Hasta aqui el Venerable Padre Lucas. Yà la verdad era necessaria tal enfermedad, y tal milagro, para que perseverassen hasta el fin del viage; porque atemorizados de tantos riesgos, y peligros de la muerte, que à cada passo encontraban, yà à manos de los barbaros, yà de la sed, de la hambre, y de tantas inconmodidades, se avian los Neofitos resfriado no poco en el zelo de anunciar el Santo Nombre de Dios à los que vivian en las tinieblas de la Infidelidad; y cayendo aora en la cuenta, y reconociendo mejor las cosas, postrados todos por tierra, pidieron al Padre perdon de su temor, y flaqueza, y se ofrecieron à Dios con coraçon valiente, y firme, para vencer quantas asperezas, y dificultades encontrassen, aunque fuesse necessario perder la vida en su servicio. Pusieronse nuevamente en camino con esta resolucion, por vna senda estrecha, y dificil de vn Bosque espesissimo, con no pequeño trabajo: y despues de caminadas pocas leguas, perdieron el rastro de la senda, no sabiendo donde estaban, ni por donde tomar el rumbo, por cuya causa anduvieron perdidos por espacio de vn mes entero; yà trepando por fragosas Montañas, yà metiendose por lo mas interior del Bosque, sin tener otra cosa que comer, sino hojas de arboles, y

rai-

raizes ſilveſtres, ni en que deſcanſar, y tomar vn corto ſueño, ſino vna red colgada de vn arbol, à Cielo deſcubierto. En eſte aprieto al, Padre Cavallero, que era de complexion delicada, y de ſuyo enfermizo, y que por los trabajos, è incomodidades, apenas ſe podia tener en pie, le ſobrevino vna tan gran flaqueza de eſtomago, que no podia retener manjar ninguno, por ligero, y de poca ſuſtancia que fueſſe; pero no obſtante eſſo, la virtud de ſu eſpiritu ſuplia las fuerças que faltaban al cuerpo, ſiendo el primero que animaba à los otros à arrojarſe à los peligros, y que con ſus miſmas manos abria el camino. Finalmente, con algunas frutas aſperas, y deſabridas al paladar, ſe recobrò à ſus fuerças antiguas, echando Dios ſu bendicion en aquel remedio, mas à propoſito para enfermar à los ſanos, que para ſanar enfermos. Aterrados de tantas dificultades los Gentiles, ſe bolvieron atràs, y lo miſmo huvieran hecho no pocos de los Chriſtianos, ſi la Madre de Dios, en cuya gloria redundaba el buen ſuceſſo de aquella empreſſa, no ſe huviera aparecido à vno de los mas deſanimados, y reprendidole aſperamente de ſu poco animo, y la falta de fidelidad à lo prometido à Dios. Por vltimo haziendo el Padre Lucas fervoroſiſsima oracion al Arcangel San Rafaèl, y à los Angeles Cuſtodios de aquellas Naciones, vino à ſalir à la Ranche-

cheria de los Aruporecas, donde los años passados avia hecho vna Mission, y rogando à su Cacique, que le acompañasse con algunos de sus vassallos hasta las Rancherias de los Tapacuràs, se escusò de hazerlo, temeroso de que los Tapacuràs se vengassen de los daños que avian padecido en vna guerra que les avia hecho; mas dandole el Padre su palabra de que ajustaria la paz, se rindiò el Cacique à ir acompañando al Siervo de Dios.

Guiado, pues, de vna Esquadra de Aruporecas, se puso en pocos dias à vista de los Tapacuràs; pero antes de entrar, embiò à la Rancheria vn Neofito, de Nacion Tapacurà, para que le recibiessen cortesmente, y no hiziessen algun desman contra sus enemigos los Aruporecas. Sintieron mucho los Tapacuràs su venida; mas con todo esso, dissimulando el disgusto, le salieron à recibir, y hospedandole en vna casa acomodada, le hizieron muchos presentes de frutas, y caza: no obstante, quando quiso dar principio à sus Apostolicos ministerios, se hizieron sordos, y aun le impidieron obstinadamente, que passasse a las otras Rancherias de su Nacion; y solo le querian conducir à Tierras de los enem[illegible]gos. Lo mismo respondiò *Maymanè*, Cacique de otro Pue[illegible]blo, que avia venido à cumplimentar al Padre. Es dign[illegible]a de saberse la causa de todo esto. Avia el Santo Varon [illegible] los años passados

enar-

enárbolado en esta Tierra vna Cruz: vinieron alli vnos Ministros del demonio, acompañados de vna tropa de Indios Cuzicas, Quimomecas, y Pichasicas, y sacandola del hoyo, en que estaba fixada, la hizieron pedazos, con mucha irrision, y escarnio. No tardò mucho la ira del Cielo en vengar el atrevimiento de aquellos malvados, y desagraviar la Santa Cruz, porque se encendiò entre ellos vna peste, que hizo tal estrago, que en breve quedaron muertos aun los menos culpados en aquel delito, siendo muy pocos los que escaparon de toda aquella parcialidad. Por esta causa temian estos que sucediesse lo mismo aqui, y en los otros Lugares de su Nacion; por lo qual, à fin de prevenir el daño proprio, le exortaron à que se fuesse à los Paunacas, ò à donde mas gustasse: porque ignorantes, y ciegos en sus errores, no conocian, que si por las injurias hechas à la Santa Cruz, les venian tantas desgracias, y desastres; la reverencia, y devocion que la tuviessen, les alcançaria mucho mejor del Cielo la bendicion. No por esto desmayò el Siervo de Dios, antes tomando materia de este mismo temor para predicarles, lo hizo con tanto fervor de espiritu, y eficacia de palabras, mostrando que no eran menos dignos de muerte los que ossaban injuriar à la Santa Cruz, que los que impedian su culto; y assi convencidos, se rindieron à su vo-

luntad; y levantandola en alto en medio de la Plaza, todos con reverente inclinacion la adoraron, y se ofrecieron à passar con èl à otras Tierras. Bautizados, pues, alli los niños, prosiguiò con ellos su viage, pero hallaron desiertas las Rancherias; porque el demonio, que llevaba mal tantas ventajas de la gloria Divina, avia con infernal astucia persuadido à la gente, que se mudassen à otro lugar, donde no les pudiessen hallar tan facilmente: fueron no obstante esto siguiendo el rastro, y al salir de vna espesa selva, dieron en vna bellissima campaña, muy amena, y alegre à la vista, pero por la mayor parte pantanosa, por los muchos manantiales de agua que en ella avia. Descalçòse el Padre Cavallero, y empezò à passarla, y tras èl los Indios; y à la verdad lo que padeciò en aquel passo, ninguno lo puede decir mejor, que èl mismo, que lo experimentò. Escrivelo asi el Venerable Missionero. *Passabanos el agua à las rodillas, y eran tan profundos los pantanos, que apenas podia sacar el pie, cayendo, y levantando à cada passo: acabò de empaparme en agua vna lluvia deshecha, que durò muchas horas. Y lo que me causò mas tormento, fue vn genero de paja, que alli avia, de dientes tan agudos como de sierra, que me desollò los muslos, y piernas, de que aun tengo aora las señales, y durò este martyrio mas de media legua.* Despues de tantos trabajos diò con vna Rancheria, cuyos

mo-

moradores, viendole tan desfigurado, se maravillaron no poco de que quisiesse padecer tanto solo por el provecho, y salvacion eterna de sus almas. Huvieran mostrado la fineza de su afecto, si la pobreza, y carestìa de lo necessario se lo huviera permitido: con todo esso buscaron alguna cosa, lo mejor que hallaron, para proveerle de mantenimiento. Viendo el Cacique de los Paunacas tanta miseria, y pobreza en aquella gente, le combidò cortesmente para que fuesse à su Tierra, donde con mas comodidad podria repararse, y recobrar sus fuerças. Aceptò el Padre al punto la oferta, no tanto por restituirse à su salud, de que no se le daba mucho, quanto por anunciarles el nombre de Dios, y ganar Fieles à la Iglesia. En compañia, pues, de gran multitud de barbaros, se partiò allà el dia siguiente, y en el camino les cogiò vna tan furiosa tempestad de agua, que por mas prisa que se diò, se le deshizieron sus pobres zapatos: con que hasta la buelta se viò precisado à andar descalço, caminando por bosques, y montañas muy agrias, y por llanuras sembradas de yervas muy espinosas. Salieronle al encuentro los Paunacas, con señales de grande fiesta, y amor, à que no pudo corresponder el Santo Varon, sino con vn semblante alegre, y risueño, porque ni ellos entendian su lengua, ni el Padre la de ellos, ni tenian Interprete, por cuyo medio se pudiessen declarar:

y afsi le fue precifo trabajar mas con las manos en obras de caridad, que con la lengua en la predicacion: nò obftante todo effo, por feñas, y con tal qual palabra que entendieron, les explicò el fin de fu venida; pero el enemigo infernal, por no llevar tambien aqui la peor parte, perfuadiò al Pueblo defpachaffen los niños à otro lugar, para que el Padre Lucas no fe los facaffe de fus garras, reengendrandolos al Cielo con el Santo Bautifmo: por lo qual, con increible dolor del Santo Varon, por no poder recoger alli el mejor, y mas feguro fruto de fu Mifsion, quifo vengarfe, levantando vna grande Cruz delante de vn Templo del demonio, en lo qual trabajò no poco, porque fe le opufieron obftinadamente aquellos barbaros, y faltò poco para que no pufieffen en èl las manos: pero el Siervo de Dios, que nada defeaba mas, que fer muerto por Chrifto, no defiftiò de fu empeño, antes à fu vifta hizo pedazos, y pisò algunas figuras, y retratos del demonio, con no poco horror de los Gentiles, temiendo cayeffe fobre todos vna tempeftad de rayos, y faetas.

Por entrar yà el Invierno, fe viò precifado à falir prefto de aqui, y le fue forçofo bolver à paffar de nuevo, y à pie defcalço aquella campaña pantanofa, con lo qual fe le abrieron las llagas, y apenas podia moverfe. Por efta caufa fus Compañeros, movidos por vna parte de compafsion, y por otra

vien-

viendo, que eſtaban mal aviados, y que el viage que les faltaba era de muchas ſemanas, le pidieron apretadamente, ſe quedaſſe entre los Tapacuràs haſta la Primavera. Mas el Padre, à quien dolian mas las neceſsidades comunes de las almas, que las de ſu cuerpo, alentandolos no tanto con las palabras, quanto con el exemplo, paſsò adelante, y à pocas jornadas le dexaron los Aruporecas, por cauſa de los Rios ſobervios, yà con las crecientes, y los Neofitos paſſaron, no ſin gran rieſgo, en vna pequeña Canoa el Rio Zireſirio, *y ſin guia, ni rumbo* (eſcrive el miſmo Padre) *caminamos por Rios, Lagunas, y Pantanos, ſin hallar, ni tener algun mantenimiento para ſoportar tantos trabajos, ſino hojas de arboles, y raizes de yervas: acordème aver oìdo, que cerca de los Bohocas ſe deſcubria en alto vna montaña: mandè à mis Compañeros, que ſubiendoſe en las copas de los arboles, regiſtraſſen la tierra; y deſcubriendola al fin, por gran ventura, caminamos àzia allà, y con el favor de Dios, deſpues de tres ſemanas de camino, con mil trabajos, y fatigas, entramos en ſu Rancheria, donde recibidos con gran fieſta, y alegria, nos proveyeron de quantos viveres les fue poſsible para nueſtro reparo.* Aſsi el Padre Lucas. Detuvoſe aqui algun tiempo para recobrar, aſsi èl, como ſus Compañeros, las fuerças con que proſeguir el viage haſta la Reducion de San Franciſco Xavier, y de eſta manera tuvo comodidad, y tiem-
po

po para confirmar à los Bohocas en el amor de Chriſto, y devocion à la Santa Cruz. Obſervò vn dia, que en la Choza, ò Rancho, donde le avian hoſpedado, avia vnas diſciplinas con pelotillas de cera, armadas de agudas eſpinas; y ſabiendo que en otras partes avia tambien vn gran numero de ellas, entrò en ſoſpecha de que fueſſe alguna ſuperſticion: llamò à parte al Cacique *Sorioсò*, y quiſo informarſe de èl, preguntandole la cauſa de eſta novedad, la qual me parece cometeria vn grande yerro, ſi la refirieſſe con otras palabras, que las de aquel barbaro, ſegun la declarò al Padre Cavallero. Avian ,, venido aqui (*dixo el Cacique*) à hazer ſus Ranchos ,, los Borillos, gente de genio altivo, y ſobervio, que ,, burlandoſe de noſotros, y de nueſtras coſtumbres, ,, nos tenian en poco. Enfadados noſotros de eſte ,, deſprecio, en lo mas obſcuro de la noche nos conjuramos contra ellos, y matamos à todos los varones, reſervando las mugeres para nueſtro vſo. ,, Dentro de breve tiempo vino ſobre noſotros vn ,, contagio, que hizo tal eſtrago, que penſamos perecer todos: y creyendo que era caſtigo del Cielo, ,, en pena de aquel delito, nos acordamos de que ,, los Chriſtianos, para aplacar la Juſticia de Dios, ,, ſe diſciplinaban haſta derramar ſangre de las eſpaldas. Por lo qual, levantando en alto aqueſta ,, Cruz, que aqui vès, nos azotamos aſperamente

mu-

,, muchas vezes al pie de ella, pidiendo à Dios misericordia, y perdon de nuestras culpas: cessò al punto la pestilencia, de suerte, que desde aquella hora en adelante, no muriò ninguno de los tocados de la peste, y ninguno de los sanos enfermò del contagio; y vna noche, estando presentes muchos del Pueblo que lo vieron, baxò del Cielo vn Mancebo bellissimo, con el rostro muy resplandeciente, y postrado en tierra la adorò: desde entonces tenemos nosotros en gran veneracion à este Santo Madero, y deseamos abrazar quanto antes la Fè de Jesu-Christo. *Hasta aqui el buen Cacique.* No es facil de explicar quanto se animò el Santo Missionero à llevar al fin la obra començada de juntar en vna Reducion aquellos Pueblos, para instruirlos en los Mysterios que deben creer, y en los Mandamientos que deben observar, viendo que agradaban à Dios sus designios, y los bendecia desde el Cielo con sus influxos. Despidiòse al fin de aquella gente, y enderezò su viage àzia la Reducion de S. Francisco Xavier, donde por Enero de el año de 1708. despues de cinco meses, no menos de meritos para sì mismo, por los trabajos, y afanes tolerados, que vtiles al Cielo, por la conquista de tantas almas, llegò deshecho, y consumido de las fatigas de sus Apostolicos ministerios, para recobrarse, y tomar aliento, no tanto en el cuerpo, de que cuidaba poco,

co, quanto en el eſpiritu, para poder bolver, en abriendo el tiempo, à fundar vna nueva Reducion en los Paìſes deſcubiertos.

CAPITULO XV.

FUNDA EL VENERABLE PADRE LUCAS Cavallero la Reducion de Nueſtra Señora de la Concepcion, y es muerto à manos de los Infieles Puyzocas.

TEnia orden el Padre Lucas, como yà he inſinuado, del Padre Viſitador de aquellas Reduciones Juan Bautiſta de Zea, de eſcoger vn ſitio conmodo, en campaña abierta, en medio de aquellas Rancherias, de diferentes Lenguas, para que en èl ſe pudieſſen juntar aquellos Pueblos, y ſer alli impueſtos en la vida civil, y inſtruìdos en la Ley Divina. Tenia poco en que eſcoger, por eſtàr todo el Paìs poblado de eſpeſiſsimos boſques: ſolo entre los Tapacuràs, y Paunacas ſe deſcubria vn Valle, mas por la mayor parte eſtaba lleno de Lagunas, y Pantanos, fuera de aver en èl infinita multitud de moſquitos, y tabanos, que de dia, y de noche cauſaban inſufrible moleſtia. No obſtante, conſtreñido de la neceſsidad, puſo aqui caſa el Venerable Padre, y diò principio à la Reducion de la Inmaculada Con-

cep-

cepcion, à orillas de vna grande Laguna, donde vivia gente de muchos Idiomas, y diferentes costumbres. Eran estos los Paunapas, Unapes, y Carababas, Pueblos sobremanera salvages, de poco animo, y cobardes: todos, hombres, y mugeres, andan barbaramente desnudos: y aunque de distintas Lenguas, y costumbres que los Manacicas, tienen la misma Religion de adorar al demonio en la forma que se les manifiesta. Propusoles el Santo Varon, con su acostumbrada energìa, las supersticiones que debian abandonar, y los Mysterios, y Preceptos que avian de creer, y guardar, para merecer el favor de Dios en esta vida, y la eterna Bienaventurança en la otra. Ellos, atraìdos de la esperança del premio, y atemorizados de los castigos, si no obedecian à la voluntad de Dios, le dieron palabra, vnanimes, y conformes, de obedecer promptos à su voluntad, con tal, que solo les permitiesse la *chicha*, bebida ordinaria suya, porque el agua les causaba dolores agudos de estomago. Es esta gente muy dada al trabajo, porque no tienen otto Dios à quien mas estimen, que sus campos, y sembrados, y tienen en poco al demonio, y solo le estiman, en quanto se persuaden les està bien à sus interesses. No vsan ir à cazar à los bosques, ni ir à coger miel, y solamente se apartan de sus casas aquel espacio de tierra, que les puede durar vn frasco de aquel su vino,

que es ſu vnica proviſion, y matalotage en los caminos. No tuvo el Padre Lucas mucha dificultad en permitirles el vſo de aquella bebida, porque no cauſaba en ellos embriaguèz, vnico motivo para deſterrarla de las otras Reduciones. Tueſtan el maìz haſta que ſe haze carbon, y deſpues bien piſado, ò molido, le ponen à cocer en vnas grandes calderas, ò paylas de barro, y aquella agua negra, y ſucia que ſacan, es toda la compoſicion de la chicha, de que ellos guſtan tanto, que gaſtan buena parte del dia en brindis, no durando el trabajo en el campo ſino deſde la mañana, haſta el medio dia; mas aunque prometieron ellos dexar ſus antiguas diabolicas ſuperſticiones, no las olvidaron tan facilmente. Soſpechò el Padre Lucas, que algunos ocultamente no obſervaban eſte ſu orden, haziendo, y celebrando los funerales, y exequias con los Ritos, y Ceremonias del Gentiliſmo; y para cogerlos *in fragranti*, puſo algunos que los eſpiaſſen. Dentro de poco muriò vna muger, y luego determinaron los Infieles hazerle el entierro à ſu vſança. Compuſieron para eſſo vn Galpon, ò Templo, hecho de ramas trabadas, con las mejores labores, que les fueſſe poſsible, y levantaron en medio dos palos para trono del demonio, que en forma viſible viene à recibir las ofrendas, à oìr las ſuplicas, y à agradecer los ſacrificios, que hazen por el alma

del

del difunto. Ciñen la enramada de vna red, dentro de la qual no entran otros, que el Mapono, y los mas cercanos parientes del muerto. Celebraban estas exequias, para que no fuessen descubiertos, en lo mas obscuro de la noche; y estaban yà en lo mejor, y mas devoto de la funcion, quando de repente llegò el Padre Lucas, y fixando la vista dentro de aquel infame sagrario, viò en medio de aquellas tinieblas centellear los ojos de el enemigo infernal, que lleno de magestad, y terror, estaba sentado sobre aquellos dos palos; y aunque al Siervo de Dios se le erizaron los cabellos, y se estremeciò de horror, quiso no obstante esso, arrojarse dentro. Lo qual no pudiendo sufrir el demonio, desapareciò en vn momento, arrebatando en cuerpo, y alma à su Sacerdote, que jamàs pareciò, gritando, que nunca le verian mas en aquel lugar, de donde, mal de su grado, era arrojado con deshonra, y verguença. Reprehendiòles el fervoroso Missionero con zelo ardiente su poca feè; y con el exemplo del Mapono, llevado vivo por el demonio al Infierno, les hizo conocer claramente, que no era otra su intencion, que hazerles perder de vna vez el cuerpo, y alma.

Tomaron casa en la Reducion los mas cercanos Pueblos de los Manacicas, dexando los mas distantes, situados àcia el Oriente, al zelo del Padre

Francisco Hervàs, para que los conduxesse al Pueblo de San Francisco Xavier: mas el Padre Hervàs, con extremo dolor, y sentimiento, no encontrò otra cosa, que cadaveres, y huessos de muertos, por aver hecho en aquellos pobres Infieles vn estrago fatal el furioso contagio, que poco antes avia infestado aquel Païs. Tuvo alli el Padre Cavallero noticia cierta de otra Nacion, con quien los Manacicas andaban siempre en guerras, y hostilidades, por lo que se le inflamò el coraçon en encendidissima caridad, y deseo de verlos, y traerlos al conocimiento de su Criador, especialmente, que no eran tan rudos, y salvages, como los otros Pueblos, que à costa de tantos trabajos, y sudores avia reducido al rebaño de Christo. Estaban sus Rancherias bien pobladas, con govierno civil, y politico: las casas, calles, y plazas estaban bien ordenadas: fabricaban de pluma bellissimos escudos, y las mugeres texian sus vestidos con grande arte, bordandolos con flores en proporcion, y orden. Estas noticias le avivaron el deseo de registrar aquel Païs, y conocer à sus naturales: y assi, no haziendo caso del riesgo de perder la vida, animò, y exortò à algunos de sus Neofitos à que le acompañassen. Puesto, pues, en camino, apenas tocò en la primera Tierra, pocas millas distante, le saliò al encuentro vna quadrilla de barbaros, que le recibieron

ron

ron con vna tempestad de saetas, no queriendo en ninguna manera dar oìdos à sus palabras: no por esso perdiò el Padre vn punto de su aliento, y valor, antes bien, sin temor alguno, se iba acercando à ellos, que viendo tanta generosidad, y que no le podian acertar con ningun flechazo, mudaron la nativa fiereza en otra tanta cortesia, y afecto. Recibieronle con muestras de grande benevolencia, presentandole frutas del Paìs, y algunos escudos primorosamente adornados de plumas. La casa en que le hospedaron, caìa àcia el Templo, con lo qual tuvo comodidad para observar los ritos, y supersticiones en el entierro de vn difunto. Al entrar la noche, traxeron el cadaver en medio de la plaza, donde dandole sus amigos, y parientes los vltimos abrazos, le pusieron sobre vn haz de leña, dispuesto en forma de Pira: luego le pegaron fuego, y reduxeron el cadaver à cenizas, que recogidas con infinitas ceremonias, y llantos, las depositaron en vna vrna de barro. Esta vista, y espectaculo causò gran temor, y espanto à los Neofitos; y viendo entretanto que venian à la plaza, muchas quadrillas de gente, que andaba rondando, y tomando los puestos, y bocas-calles, bien que quietos, y en silencio, sospecharon, que semejantes exequias se disponian para ellos, por lo qual se quisieron luego poner en salvo: causa porque le hizieron al Siervo de Dios

tales inſtancias, que le fue neceſſario ſalirſe antes de amanecer, y bolverſe con increible dolor ſuyo, porque perdia la eſperança de reducir en breve aquella no mal diſpueſta Nacion al conocimiento de Chriſto, y de lograr en poco tiempo vna copioſa ganancia de almas para el Cielo. Conſolòſe empero con la eſperança de recoger el año ſiguiente aquella mies; mas aun eſta eſperança ſe le deſvaneciò tambien dentro de poco, porque vna tropa de Mercaderes Europèos, de la profeſsion que arriba dixe, diò de improviſo ſobre tres de ſus Rancherias, donde deſtrozados los principales, y hecho notable eſtrago en todos los adultos, haſta llegar à quemarlos vivos en ſus caſas, quando no querian rendirſe, las deſtruyeron totalmente, llevando por eſclavos à toda la chuſma de niños, y mugeres, de que buena parte pereciò en el camino, rendida à los trabajos, y malos tratamientos de aquellos barbaros vencedores. Quiſo con todo eſſo el Apoſtolico Padre paſſar adelante, pero hallò la gente confinante tan envenenada por aquella cruelìſsima matança, vrdida, y maquinada à traicion, que queria vengar la injuria en las vidas de los nuevos Chriſtianos: por lo qual le fue preciſo retirarſe con preſteza, para que los inocentes no pagaſſen la pena de los culpados, difiriendo la empreſſa, para quando el tiempo puſieſſe en olvido el agravio, y de-

desahogando entretanto su zelo en otras Tierras, cuyos moradores iba juntando en la nueva Reducion; la qual trasladò à sitio mas comodo para la salud de los Cathecumenos, en vna llanura, que de la vanda de Oriente miraba à los Puyzocas, por el Norte à los Cozocas, y à los Cosiricas por Occidente. Aqui no daba treguas à las fatigas: imponiendo à los barbaros con increible paciencia, en costumbres civiles, y politicas, enseñandoles la observancia de los preceptos de la Ley de Dios, è instruyendolos en los Mysterios de la Fè; siendo esta la tarèa continua de todo tiempo, y de todas horas, y olvidado de sì mismo, solo atendia al bien de los proximos, de suerte, que aun el necessario alimento para conservar la vida, apenas avia dia, que no le repartiesse con sus Christianos, gozoso, y contento en dilatar la gloria de su Señor, y en comprar, à costa de sus sudores, la eterna bienaventurança à aquella miserable Gentilidad; y quando cansada la naturaleza de tanto trabajo, pedia algun reposo, se escondia en la Iglesia, y todo absorto en las cosas Divinas, se encendia en el amor de Dios, tanto, que no sabia apartarse de su amadissimo bien, hasta que no pudiendo sufrir mas el cuerpo flaco, tomaba aquel corto sueño, que era necessario para cobrar aliento, y vigor, bolviendo con mas brio, y denuedo à cultivar aquellas nuevas plantas.

Esta-

Eſtaba entretanto penſando en las Apoſtolicas correrias , que meditaba hazer à los Coſiricas, en abriendo el tiempo , eſpecialmente , porque eſtos le embiaron vna embaxada , para que los fueſſe à aliſtar en el numero de los convertidos , ofreciendo ſitio conmodo para fundar en èl vna Reducion. Entrò en duda de ſi ſerìa mas del ſervicio de Dios el aceptar la oferta de eſtos Coſiricas , ò paſſar à los Puyzocas , ſobre que no le pareciò tomar reſolucion cierta , antes de conocer qual fueſſe la voluntad de Dios: por lo qual en eſpacio de muchos meſes , en lo mas obſcuro de la noche ſe recogia à hazer oracion , (tomando para sì la noche , y dando à los proximos el dia , por no faltar a ſus neceſsidades ,) pidiò à los Angeles Cuſtodios de aquellas Naciones, le alumbraſſen el entendimiento con algun rayo de ſu luz , para que pudieſſe conocer con certeza, qual era en eſte negocio el Divino beneplacito : y tuvo revelacion , ò luz interior de que la voluntad , y agrado de Dios era , que paſſaſſe à las Tierras de los Puyzocas , y ſe puſieſſe à todo rieſgo , ſin hazer caſo de ſu vida ; y no sè de que manera, (porque las noticias que de aquellas Reduciones han venido, no lo expreſſan.) Tuvo tambien anuncios , de que el Cielo avia yà oìdo ſus ſuplicas , y determinado dar cumplimiento à ſus deſeos de ſacrificar la vida por las glorias de ſu Criador : y de

quales

quales fuessen los jubilos de su coraçon, y quales las alegrias, mas facil es pensarlo, que dezirlo. Pero no obstante quiso Dios quitarle vn poco de aquel excesso de dulçura, en que estaba su alma felizmente anegada, permitiendo à la parte inferior trabajasse, y diesse que hazer à la superior, para que fuesse tanto mas glorioso el triunfo, y la palma, quanto fuesse mas dificultosa la victoria: porque corriendole por las venas vn sudor frio, se puso palido, y se le representò tan fiera la vista de la muerte, que le hizo muchas vezes entrar en duda, si debia executar aquella empressa; y cada vez que pensaba en ella, temblaba todo, y mostraba en lo exterior señales de la batalla interior: y no sè si por sus ordinarias enfermedades, ò por nueva destemplança de los humores, que causaba à todos los miembros aquel combate del espiritu, y de la carne, le baxò à las piernas vn humor maligno, que le obligò à hazer cama, pretendiendo, al parecer, la naturaleza, con aquellos extremos, conservar la vida, à quien tan de cerca amenazaba la muerte; y de hecho el Venerable Padre estaba en gran perplexidad, y angustia de animo, de suerte, que no se atrevia à resolver por sì mismo; y era espectaculo digno de compassion, verlo batallar consigo mismo, venciendo vna vez, y quedando otra vencido, siempre pensativo, y como assombrado con

esta lucha. Al fin bolviò Dios los ojos de su piedad al Venerable Padre, que por tan largo tiempo, en hambre, sed, pobreza, y tantos trabajos, avia sido su fidelissimo siervo, y penetrandole lo intimo del alma con vn rayo de luz, esclareciò aquella densa niebla, que antes le tenia en obscuridad, y tinieblas, y le infundiò tal valor, y aliento en el espiritu, que vencida del primer lance la carne, dixo con gran denuedo: *Que por sentir tanta repugnancia, queria, à pesar suyo, poner manos à la obra.* Son palabras suyas) y estando yà de partida, escriviò à vn Commissionero suyo, avisandole con confiança de lo sucedido; y pidiendole sus oraciones, añadiò: *Spiritus quidèm promptus est, caro autem infirma.*

Por vltimo, se puso en camino àcia los Puyzocas, acompañado de treinta y seis Manacicas, recien bautizados: y llegando à la primera Tierra de aquella Nacion, fue recibido con muestras de grande amor, y benevolencia, presentandole la gente frutas del Paìs en grande abundancia, y encubriendo de esta manera lo que maquinaban: de alli passò à la segunda Rancheria, pero llevado en brazos agenos, porque assi por la flaqueza del cuerpo, como por vn pantano que avia de por medio, no se podia tener en pie: aqui tambien fue recibido con vna falsa alegria, y con alhagueñas palabras, que los traydores tenian yà premeditadas, y aviendole

dole entretenido el Cacique en converſacion, encubriendo en ſu pecho ſus dañados intentos, ordenò entre tanto à ſu gente, que llevaſſen à los foraſteros à ſus caſas, dividiendolos de manera, que huvieſſe pocos en cada vna, para hazer aſsi el tiro con mas ſeguridad. Apenas los nuevos Chriſtianos ſe avian ſentado à la meſa, ignorantes de lo que contra ellos ſe maquinaba, ſalieron de repente en tropa muchas mugeres deſnudas, las quales tiraron ciertas lineas de color negro en ſus roſtros, (ceremonia que vſa eſta Nacion con los que quieren matar) de la qual los Chriſtianos ſe maravillaron mucho; y luego dieron ſobre ellos muchos Indios con gran furia, y mataron, con poco trabajo, à la mayor parte de los Chriſtianos. Eſcaparon, por gran ventura, de aquella matança algunos pocos, los quales fueron al punto à dar aviſo al Padre Cavallero, que aviendoſe quedado ſolo en ſu Rancho, todo abſorto en Dios, rezaba el Oficio Divino; y no ſufriendo vn Neofito verle expueſto al eſtrago de aquellos barbaros, lo puſo ſobre ſus eſpaldas, para librar ſu vida con la fuga. Fue eſto en vano, porque no queriendo los traydores ſe les eſcapaſſe de entre las manos aquel, à quien tanto aborrecian, por la Ley Santa que les predicaba, le ſiguieron, y le clavaron vna flecha en las eſpaldas. Sintiendoſe el Padre mortalmente herido,

pidiò al Neofito, que le dexasse allì; y clavando luego en tierra la Cruz, que llevaba en las manos, se puso de rodillas delante de ella, ofreciendo la sangre que derramaba, por sus mismos matadores: è invocando los dulcissimos Nombres de Jesus, y de Maria, quebrada, y deshecha la cabeza à grandes golpes de macana, entregò su espiritu en manos de su Criador el dia 18. de Septiembre del año de 1711. El mismo fin tuvieron 26. de sus Compañeros Neofitos, que lograron la suerte de dar sus vidas en testimonio de aquella Fè, que poco antes avian empezado à professar. Libròse vn muchacho, que le servia para ayudarle à Missa, el qual viendo las cosas de mala data, montò à cavallo, y à rienda suelta se pudo escapar: y entrando en lo espeso del bosque, desde donde en compañia de otros Neofitos, que tambien se avian huìdo, llegaron muy consumidos à la Reducion de la Inmaculada Concepcion, donde de las heridas murieron cinco en breves dias. Assi acabò el Venerable Padre Lucas el curso de su predicacion, llena de tantos trabajos, afanes, y fatigas, con la mayor muestra de amor de Dios, y de los proximos, sacrificandose à sì mismo todo, por traer al conocimiento de su Criador los que vivian en las tinieblas, y sombras de la Gentilidad.

Aun no se diò por bien satisfecha la crueldad de los barbaros; por lo qual, poco despues, temerosos

de que viniessen à castigar su infame traicion los Christianos de la Concepcion, embiaron allà espias, que observassen los movimientos de los Fieles; y encontrando fuera de poblado alguna gente, mataron à vn Indio, y apresaron, y llevaron dos mugeres, lo que causò tal espanto en el Pueblo de la Concepcion, que todos se iban huyendo por los bosques, como si estuviessen yà à las puertas los enemigos: por lo qual le fue necessario al Padre Juan de Benavente suplicar al Govierno de Santa Cruz de la Sierra, que pusiesse freno al atrevimiento, y ferocidad de los Puyzocas. Vino luego vna Compañia de valerosos Soldados à domar aquella Nacion, y vengar la muerte del Padre Cavallero, y llevar su Santo Cadaver à aquella Reducion. Llegaron allà los Españoles al ponerse el Sol, por lo qual quisieron esperar al dia siguiente para recoger las sagradas cenizas. En la mayor obscuridad de la noche vieron, no muy lexos de donde se avian acampado, vna llama en forma de antorcha, que muchas vezes se encendia, y apagaba. Maravillados de esto, apenas amaneciò, quando fueron à reconocer aquel lugar, y hallaron, que resplandecia aquella antorcha sobre el Cuerpo del Venerable Padre, *que estaba en vn pantano en vna admirable postura, hincada en tierra la rodilla izquierda, estendido el pie derecho en vn hoyo del pantano, la cabeza reclinada sobre la*

ma-

mano siniestra, y delante plantada la Cruz, como mirandola. Esta vista les acrecentò el assombro, y veneracion, y mas hallandole entero, fresco, è incorrupto, sin despedir mal olor, que parecia cosa mas que natural, aviendo passado tanto tiempo de Soles ardentissimos, y por otra parte la humedad del Lugar, que como dixe, era vn pantano: fuera de que los cuerpos de sus Compañeros estaban yà corrompidos. *Los Soldados de Santa Cruz le quitaron por reliquias las vñas, el Rosario que llevaba, y la Cruz, que vn Portuguès que se hallò en la funcion, presentò al señor Marquès de Toxo, insigne Bienhechor de aquellas Missiones, y su Señoria la apreciò mucho, como reliquia de vn Apostol, que assi le llamaba el Marquès. Estando en este piadoso despojo, rezelaron los Santa Cruzeños no les acometiessen en mayor numero los Infieles; y pesarosos de aver dexado sus mulas maneadas muchas leguas de allì, para poder entrar por los bosques al lugar del Martyrio, pidieron à Dios, por intercession del Venerable Martyr, los socorriesse: apenas hizieron esta oracion, quando oyeron vn gran ruido, que juzgaron ser de los enemigos, que venian sobre ellos, por lo qual se pusieron en armas; mas quedaron pasmados, quando vieron que eran sus mulas, que sueltas de las maneas, venian desde tan lexos corriendo derechas al lugar donde estaban.* Tomaron, con gran veneracion, el Santo Cuerpo, y le llevaron à la Concepcion, pidien-

diendo al Padre Benavente, en paga de este trabajo, algunos pedazos de sus vestidos por reliquia, lo que no se les pudo negar, viendo su piedad, y afecto; y parece que Dios ha querido honrar los merecimientos, y zelo de su Siervo con muchos milagros, que omito por aora. No pudieron empero aquellos piadosos Españoles dar su merecido à los barbaros matadores, porque atormentados estos de la conciencia, y de su pecado, se huyeron por diversas partes, entrandose por los bosques, y selvas; mas aunque se libraron de la justa indignacion de los Españoles, no se pudieron librar de las manos de Dios; porque el primero de los Puyzocas, que se atreviò à echar mano del Venerable Padre por la sotana, pagò dentro de pocos dias su temerario atrevimiento con muerte desastrada: los otros murieron consumidos de la peste; bien, que el mayor castigo, que contra aquella Nacion fulminò el Cielo, fue dexarlos en su Infidelidad, pues hasta aora no sabemos, que alguno de dicha Nacion, detestados sus errores, se aya reducido al Rebaño de Christo.

Aunque de lo dicho hasta aqui se puede colegir la santidad de este Apostolico Missionero; con todo esso, no quiero defraudar à sus merecimientos la gloria, y à nosotros el exemplo de sus heroycas virtudes; bien, que serà con toda brevedad. Fue hom-

bre casi sin igual en el zelo de ampliar el conocimiento de Dios, y reducir almas à la Santa Fè, digno verdaderamente de ser contado entre aquellos que *tradiderunt animas suas pro nomine Domini Iesu Christi.* Sus Conmissioneros hablan de èl con singular estima, y no le ponen otra falta, que de muy intrepido en los peligros, y riesgos, quando avia de llevar la Ley Divina entre los Barbaros, è Infieles; y he oìdo à vn Superior suyo, que no acababa de maravillarse, como siendo de complexion delicada, y enfermizo, podia tolerar tantas fatigas, y tener tanto aliento, y vigor, quando emprendia algun negocio del servicio de Dios; à que se añade, que trabajaba en vn clima muy destemplado, poco sano à los Naturales, y mucho menos à los forasteros. Era dotado de castidad tan Angelica, que muriò con la entereza virginal, sin empañarla ni aun con la mas leve sombra de mancha; antes viendose en vn clima, en que domina la lascivia tanto, y entre gente muy dissoluta en la deshonestidad, alcançò del Cielo, que aquellas tentaciones, y estimulos, à que avia de estar sujeto, ò por vniversal pena del pecado, ò por maligna sugestion del enemigo infernal, se le conmutassen en otra materia, de suerte, que no fuesse tentado de perder esta preciosa joya, y entre tanto no le faltassen enemigos domesticos que vencer. Posseìa en grado heroyco la virtud de la obedien-

diencia: y verdaderamente, que à las grandes pruebas, que en ella tuvo, huviera cedido otra menos rendida voluntad: vèr delante de sì gran numero de Infieles, que le pedian el Santo Bautiſmo, y por obediencia contener ſu ardentiſsimo zelo en no adminiſtrarſele: ſer combidado à fundar nuevas Reduciones, de que reſultaban grande provecho à las almas, y à Dios tanta gloria, y à vna inſinuacion del Superior no moverſe del lugar que le eſtaba ſeñalado: retirarſe de improviſo de los Lugares, en que tenia copioſa mies de almas, fueron las ocaſiones que tuvo eſte Santo Varon en que hazer oſtentacion de ſu heroyca obediencia, ſujetando, y rindiendo ſu miſma voluntad, y aun ſu juizio. Al que no mira eſtas coſas ſino con los ojos corporales, le parecerà de poca virtud tales exercicios de obediencia; pero en la realidad eſte es el yugo mas grave, y mas peſado, que oprime à los Miſsioneros. En eſtos lances campeaba maravilloſamente ſu virtud. Y vna vez (no sè por què cauſa, porque las relaciones de allà no lo expreſſan, pero bien lo pudieramos congeturar) ſe hizo tanta fuerça para vencerſe, y ſujetar ſu voluntad à los ordenes de los Superiores, que cayò gravemente enfermo. Acompañaba eſta obediencia con no menor humildad, y baxo concepto de sì miſmo. No hallaba en sì otra coſa, ſino materia de abatimiento, y confuſion; y aunque à qual-

quiera parte de eſtas trabajoſiſsimas Miſsiones, que bolvieſſe los ojos, no hallaſſe ſino materia de conſuelo, aſsi por los ſudores derramados, como por las converſiones de tantos Infieles; con todo eſſo lo deſeſtimaba todo, y ſolo le parecian grandes ſus defectos, atribuyendo à ellos el no aver vertido ſu ſangre en teſtimonio de la Fè, aunque Dios le libraba de la muerte con manifieſtos milagros, y ſe quexaba principalmente de sì miſmo. De eſte baxo concepto nacia el maltratar tanto à ſu cuerpo, cuidando tan poco de èl, como ſi fueſſe vna beſtia: con vna eſcudilla de arròz, ò maìz mal guiſado, y con frutas ſilveſtres, paſſaba ordinariamente; y quando comia vn pez mal cocido, le parecia vn gran regalo. Finalmente, era tan deſpegado de las coſas de la tierra (ſon palabras de vn Conmiſsionero ſuyo) que parecia carecer de inclinaciones de hombre, y que era ſolo nacido para dilatar la gloria de Dios, y procurar el bien de las almas: eſtos eran ſus deſeos, eſtas ſus anſias, y eſto todo èl miſmo. No es, pues, maravilla el que quiſieſſe Dios coronar à Siervo tan adornado de meritos, y de virtudes con tan feliciſsima muerte.

(✠) (✠)
(✠)

CA-

CAPITULO XVI.

CONVERSION DE LOS MOROTOCOS, Y QUIES, y descubrimiento de nuevo camino para estas Missiones por el Rio Paraguay.

AViendo el Padre Juan Bautista de Zea visitado la Reducion de San Joseph, ordenò, que se fuesse en busca de las Rancherias de los Tapuyquias: por lo qual se pusieron luego en camino algunos Indios, de Nacion Boxos, llevando consigo vno de los Tapuyquias, que avian ellos cautivado quando eran aun Gentiles. Despues de muchos dias llegaron à dar en vn camino, lleno de huellas de hombres, por donde se persuadieron los Boxos, que poco antes avian passado por alli los Tapuyquias, quando impensadamente llegaron à vna sementera, donde estaba trabajando actualmente vn Indio anciano con su familia. Perdiòse de animo este à la vista de los nuestros, y con palabras, y ademanes de quien suplicaba, les pidiò no le matassen. Burlaronse los Boxos de su suplica, y le quitaron todo el susto, presentandole vn cuchillo; y guiandolos el viejo, que baylaba de contento con aquel presente, fueron recibidos de los Paysanos con señales de gran benevolencia, à que correspondieron

los Neofitos dandoles algunas cosas de Europa, tenidas en poca estima entre nosotros, pero de ellos muy apreciadas. No se entendian, por ser de diferentes Lenguas; pero con todo esso, alcançaron, y consiguieron traer consigo dos jovenes, que aprendida la Lengua de los Chiquitos, sirviessen despues de Interpretes. No eran estos Indios Tapuyquias como se avia pensado, sino Morotocos; ò como otros los llaman, Coroinos. Son gente de grande estatura, y de buenas fuerças: vsan de flechas, y lanças, que hazen de vna madera durissima, y la manejan con gran destreza. Son pocos en numero, assi por las pestes, como por las guerras, que traen con los vezinos, y tambien porque contentandose con solos dos hijos, matan à los otros, con lo qual las mugeres se libran de toda molestia, y fastidio, para de essa manera poder vivir à su antojo en toda deshonestidad. Honran à las mugeres con el titulo de Señoras; y verdaderamente lo son, porque ellas mandan à sus maridos, y por su capricho se mudan de vn Lugar à otro: jamàs ponen mano en las haziendas domesticas, sino que se sirven de sus maridos, aun para los ministerios mas humildes. Aunque tienen Caciques, y Capitanes, no por esso tienen ni govierno, ni religion, y solo tienen alguna reverencia à los familiares del diablo. El Paìs es el mas desdichado de aquellas Naciones, de terruño

es-

esteril, y silvestre, y rodeado todo de montes, y la comida es peor que en otras partes, pues la gente apenas se sustenta de otra cosa, que de algunas raizes, de que abundan los bosques. Para beber tienen vnas Selvas de palmas, de cuyos troncos sacan el meollo gruesso, y esponjoso, que exprimido suple la falta de agua. En el Invierno haze alli gran frio, y tambien yela, lo que à los Paysanos, aunque andan desnudos, no causa molestia, por tener la piel con dos dedos de callos, y por esso son robustos, forçudos, y de mucho aguante, de suerte, que ay hombres, y mugeres que passan de los cien años, y mueren sin otra enfermedad, que la vejèz. A los dos mancebos de esta Nacion quadrò mucho el modo de vivir de los Christianos, y despues tambien à los otros, los quales, viendo tanta abundancia de viveres, y tan pingues las cosechas de los campos, daban señas, con grandes fiestas à su vsança, de la extraordinaria alegria que sentian, viendo tenian tanto con que passar la vida comodamente, y con menos trabajos, y quedandose entre los Christianos, se prometian salir de sus desdichas, y miseria de sus Tierras.

A los fines de Junio del mismo año se prevenia el Padre Phelipe Suarez, para ir à cinco Rancherias de Morotocos, à atraer la gente al conocimiento del Verdadero Dios; pero se huvo de detener

ner algun tiempo, por aver recibido carta del Padre Visitador, y Vice-Provincial Antonio Garriga, en que le ordenaba succediesse al Padre Juan Patricio Fernandez en el Oficio de Superior de aquellas Missiones: con todo esso, por no perder la ocasion, fue allà, y traxo felizmente para Dios el Pueblo, del qual muchos se inquietaron despues, y quisieron bolverse à sus antiguas miserias, por ser el Clima poco conforme à su salud; mas premiando Dios los trabajos, y fatigas de su Siervo, que verdaderamente fueron grandes, especialmente vna ardentissima sed de cinco dias, sin tener vna gota de agua con que refrigerarla, se quietaron, finalmente, y se reduxeron todos à ser Christianos, y tomar casa fixa en San Joseph. Con la venida de estos, se tuvo noticia cierta de otros Infieles, como fueron los Quies, confinantes con los Morotocos, pero de diferente Lengua; los Cucarates, situados àcia el Norte; los Zamucos, que aunque hablan la misma Lengua de los Morotocos, y vsan de sus mismas armas, no obstante se distinguen de ellos, en que se rapan la cabeza como los Tobas, y Mocovies, y en que las mugeres visten con mas honestidad, cubriendose desde la cintura hasta las rodillas; los Careràs, y Zatienos, ò Ibirayas, que viven junto à vnas Salinas, y otras Naciones àcia el Mediodia, las quales se estienden àcia las Provincias

amplissimas del Chaco. Recibidas estas noticias, se tratò luego de ganar à Christo à los Cucarates, y Quies, los quales viven à orillas de vn Rio, que desemboca en el gran Rio Paraguay. Despacharon, pues, allà algunos Boxos, y Chiquitos, que en pocos dias llegaron à las Tierras de los Quies, que aunque no hizieron resistencia, no obstante no se fiaron, ni dieron credito à las caricias, y cortesias de los Nuestros; antes bien les dieron en cara con el estrago, que en ellos avian hecho con sus armas los años passados, de que aun conservaban muchos las señales, y cicatrizes: con todo esso, se llevaron consigo los Neofitos à vnos dos muchachos, para que aprendida la Lengua Chiquita, fuessen despues Interpretes. Deseosos sus Padres de saber el fin que avian tenido estos dos muchachos, vinieron à la Reducion, donde fueron recibidos con gran fiesta, y alegria, y tratados por los Christianos con igual liberalidad, de que quedaron tan prendados, que se vinieron luego al punto ellos, y despues lo restante de la gente, à vivir en San Joseph, y sujetarse al suave yugo de la Ley de Dios; y aunque algunas familias todavia se querian quedar en sus Tierras, sin saber desamparar de vna vez sus Ranchos, por tirarles el amor de la Patria, y nativo suelo, cedieron, finalmente, al zelo del Padre Phelipe Suarez, quando el año de 715. passò por alli de camino,

para

para ir à encontrar à algunos Missioneros, que se creìa passaban de las Reduciones de los Guaranìs à aquellas de los Chiquitos.

Para la Mission à los Cucarates no quiso llevar en su compañia el Padre Zea ningun Indio Chiquito, porque no temiessen aquellos, y huyessen; y assi se fue solo con algunos Morotocos. Llegando à la primera Rancheria de los Cucarates, hallò en ella algunos Zamucos, que avian venido à visitarle: hablòles el Padre con toda la eficacia de su espiritu, que era grande, por medio de vn Interprete, haziendoles vn rico presente de cuchillos, cuñas, ò destrales, y otros instrumentos para cultivar la Tierra. No querian estos admitir el presente, porque los Cucarates se avian enojado con ellos, como si huviessen venido à visitar al Padre movidos del interès, y porque quanto se les daba à los Zamucos, tanto menos avia que dar à los Cucarates. No obstante esso, el Padre Zea les obligò à que le recibiessen, diziendo, que Dios daria para todos. O fuesse por esto, ò porque los Cucarates no se quisiessen reducir à la Santa Fè, echò mano del Padre Zea vn Cacique suyo, y se lo llevaba aparte para matarle, diziendo, que à què fin venia à engañarlos? El Santo Varon, que no deseaba otra cosa, impidiò à sus Christianos que le defendiessen; mas vn valiente Morotoco, no sufriendole

dole el coraçon vèr matar à su vista à aquel Venerable Missionero, con gran valor, y denuedo, se le quitò de las manos, diziendo al Cacique: Porquè quieres matar à nuestro Padre, siendo tan bueno? Admirando el Padre Zea (no sin dolor suyo de vèr perdida la ocasion de la corona del Martyrio, que tenia tan proxima) la accion de aquel barbaro, que siendo poco antes poco menos que vn bruto, aora era defensor de la Ley Divina, y de sus Predicadores, no cessaba de dar mil gracias al Cielo, y à las Llagas de Nuestro Redemptor, cuya Sangre era tan eficàz en los coraçones barbaros, è inhumanos. Mas no fue del todo inutil esta ida del Padre Zea, porque algunas familias de mejor condicion se reduxeron à San Joseph, y despues poco à poco han ido siguiendo su exemplo las otras.

Tambien se pudo aqui informar con individualidad de la Nacion de los Zamucos, cuyo Cacique le dixo, que avia en su Tierra seis Pueblos tan grandes, como el de San Joseph, que entonces constaba de quinientos Indios; y otros seis medianos, y menores, muy cercanos vnos de otros, y en todos ellos mucho gentìo de la misma Nacion, y Lengua; y que no pocos estaban poblados à orillas de vn Rio grande, que corria de Oriente à Poniente: y añadiò el Cacique traìan guerras continuas con los Tobas, Caipotourades, y otras Naciones sus fronterizas, que tenian innumerable gente: de donde inferia

 ser

ser el Chaco donde consta aver mucho numero de Naciones ; y siendo assi, se abria por alli puerta para la comunicacion mas breve de aquellas Missiones con esta Provincia , cosa que siempre se ha deseado sumamente, aunque no se ha conseguido hasta aora. Aora , pues, apartandome vn poco de la Historia , referirè el viage , las desgracias , y la muerte de dos Apostolicos Operarios Joseph de Arze , y Bartholomè de Blende , que despues de vna molestissima peregrinacion por el Rio Paraguay , arribaron, con no menos embidia de los otros , que gloria suya, al Puerto seguro de la eterna Bienaventurança.

Estos , pues , à los fines de Enero de 1715. salieron del Puerto de la Assumpcion acompañados hasta la Ribera por el Governador de aquella Provincia, y de toda la Ciudad, la qual hizo exponer publicamente el Santissimo en la Cathedral , para que Dios les diesse felicissimo viage. Contar por extenso los peligros de caer en manos de enemigos, no menos de Dios , que de los Españoles , de naufragar en escollos , de encallar en la arena , de contrariedad de vientos , de tempestades en el agua , y en el ayre , serìa nunca acabar : parecia que todo el Infierno avia tocado al arma , y salido del Abysmo, para impedir con todo el esfuerço possible el feliz logro de este viage ; y Dios, cuyos juicios , como dixo David , son vn abysmo insondable , permitiò

no

no se lograsse vna empressa tan deseada de tantos Pueblos, y Ciudades. El primer contraste que tuvieron, fue la perfidia de los Payaguàs, que entreteniendolos con buenas palabras, y con muestras de tener ardientes deseos de ser Christianos, intentaron sorprenderlos à traicion, quitarles las vidas, assi à ellos, como à los Indios Christianos, que los conducian, y pegando fuego al Barco, robar, y aprovecharse de la clavazon de hierro: mas frustrado su impìo designio, por aviso secreto de algunos menos inhumanos que avia entre ellos: y sin embargo tuvo ossadia para salir al descubierto contra ellos, en sus ligerissimas Canoas, vn Cuerpo de ducientos Indios, que como mas abaxo verèmos, lograron al fin cogerlos desprevenidos, y matarlos à traicion. Mas adelante los Guaycurùs, gente valerosissima, pero jurados enemigos del nombre de Christo, y de los Españoles, en todos tiempos, y lugares, por gran espacio del camino, de dia, y de noche les disputaron el passo con las Armas, y estuvieron siempre à la mira, para vèr si podian dar sobre ellos, y apressar el Barco, y ò prender, ò matar à los passageros; y vna vez, à no averse por misericordia de Dios levantado de repente vn viento, que llevò la embarcacion à otro parage, huvieran caido infaliblemente en sus manos, dando en vna celada de centenares de dichos Guaycurùs, que es-

condidos en el agua hasta la garganta, esperaban para dar en ellos, à que el Barco se pusiesse à la bolina para passar vna estrechura, que por aver baxado la creciente, era muy dificil de montar. Al fin se libraron de sus continuos assaltos, à costa de vn rico presente de cuchillos, cuñas de hierro, y algunas varas de lienço, que los Pueblos de los Guaranìs embiaban de limosna à la Christiandad de los Chiquitos. Finalmente, los vientos siempre contrarios les obligaron à caminar à fuerça de remo; y vnas vezes, por encallar el Barco en la arena, se veìan obligados, para que desencallasse, à alijarlo, transportando la carga à la ribera; y otras dando en los escollos, les hazia andar en continuo susto, y sobresalto. A esto se les añadia el cuidado de tomar lengua de los Chiquitos, del camino, y de à donde caìan aquellas Missiones; y los Infieles, de industria, les daban mil nuevas felices, que venian à parar por vltimo en burlas, y besas; y Dios, cuyos juizios son inescrutables, no permitiò el que se les ofreciesse reconocer la playa àzia el Norte, donde el Padre Juan Patricio Fernandez avia dexado algunas señales, por las quales se pudiessen encaminar à la Reducion de San Rafaèl. Y assi, navegando à todas partes por el Rio en afan continuo, sin tomar reposo, ni descanso, gastaron cerca de siete meses, hasta mediado Agosto; pero no sufriendole el coraçon al zelosissimo

Pa-

Padre Arce, que se frustrasse aquel viage, y tantas fatigas como avian sucedido los años passados, tomò vna resolucion, que solo la pudo escusar de temeraria su ardentissimo zelo de las almas, su confiança en Dios, y el amor que tenia à estas Missiones, como primer Apostol de ellas; y fue, que dexada la Barca, y escogidos doze Indios, los mas valientes, y fervorosos en la Fè, emprendiò el viage por tierra, con animo firme de buscar las Reduciones de los Chiquitos, aunque fuesse con peligro de caer en manos de los barbaros, que le quitassen la vida, ò de morir de hambre, y sed por aquellos desiertos, y tierras incognitas. Lo que padeciò en aquel camino por espacio de dos meses, quantas fatigas, quantos trabajos, y penalidades, para no dezirlo con mis palabras, pondrè aqui parte de la relacion, que hizieron cinco Indios de sus Compañeros en aquel viage. Dizen, pues, assi en su Relacion.

Cogiendo el Padre su Cruz, se partiò del Mamorè por tierra, acompañado de quatro Indios, dando orden à los demàs, que no se partiessen de alli. A pocos dias recibimos vn villete suyo, en que nos dezia, le siguiessemos los otros ocho, y despues de algunos dias de camino, por vna humareda, que vimos à lo lexos, conocimos donde estaba; y llegados, nos recibiò con los brazos abiertos, pero en

todo aquel dia no tuvimos que llegar à la boca. Viendo las anguſtias, y trabajos del Padre, bolvimos quatro al Barco, y tomando algunos viveres, bolvimos à buſcar al Padre con toda preſteza: hallamosle ſolo, porque los demàs, no teniendo que comer, avian ido à cercar con fuego vn conejito. Con tantos trabajos, y falta de comida, y bebida, ſe avia pueſto tal, que ſolo tenia la piel ſobre los hueſſos. Fue increible el jubilo que tuvo quando nos viò, abrazandonos bañados ſus ojos en lagrimas. Proſeguimos el viage, caminando vn dia entero por vn boſque eſpeſiſsimo; y era tal la eſpeſura, que no ſabiamos por donde ibamos. Eſtando el Padre en eſtas anguſtias, ſin ſaber que hazerſe, ni à donde bolverſe, nos dixo: Hijos, el que eſtuviere canſado de los trabajos, buelvaſe al Barco. A que reſpondimos todos vnanimes, que eſtabamos aparejados à ſeguirle à donde quiera que fueſſe: no tuvimos aquel dia otra agua que beber, ſino de vn Pantano de maliſsimo olor. Caminamos àzia la Coſta del Rio Paraguay, donde aviendo cazado vn ciervo, eſtabamos afligidos por la falta de agua; mas cavando vno de nueſtros Compañeros vn pozo, por gran providencia de Dios, à dos brazas, deſcubriò vna vena de agua. Paſſamos aqui la noche; y entrando el dia ſiguiente en vn boſque muy eſpeſo, nos fue preciſo abrir camino, con gran fati-

ga,

ga, y sudor, hasta salir fuera de èl à campaña abierta. Juzgò entonces el Padre Joseph, que yà nosotros estabamos consumidos, y cansados de tantas molestias, y penas, por lo qual nos bolviò à dezir: El que quisiere bolverse, buelvase en buen hora, que yo estoy determinado à passar adelante, y à cumplir la voluntad de Dios, y de mis Superiores. Uno, y mas años caminarè por estos bosques, si Dios me quiere conservar la vida, hasta llegar al termino deseado. Si encontraremos Infieles, nos pararèmos entre ellos, y les enseñarèmos la Ley de Dios. Tal brio, y tal aliento tenia el Padre Joseph, afligido de la hambre, sed, cansancio, y tambien de la desnudèz (porque estando durmiendo junto al fuego, se le quemò su pobre sotana) causandonos no poca maravilla, que estando tan falto de fuerças, que apenas se tenia en pie, no dudasse llevar adelante, à tanta costa suya, vn negocio tan dificil, y casi desesperado. Animados con su aliento, y brio, nos entramos por vn espeso bosque, donde el Santo Varon, passando por las matas, y troncos, armados de durissimas espinas por todas partes, dexaba aquellos andrajos de su sotana, que avian escapado del fuego, cayendo à cada passo, sin poderse levantar, con que era preciso darle la mano. De esta manera, con gran fatiga, llegamos à vn Rio, donde recobrados con algunos pezes, que pescamos, hi-

hizimos alto, en donde poco antes avian estado vna tropa de Infieles. Estaba yà tan acabado de fuerças el Padre Joseph, que era muy poco lo que podia caminar, y entre tanto se passaron muchos dias, sin llegar à la boca sino alguna poca de fruta silvestre. Era admirable su paciencia, y serenidad de animo en estos lances, sin mostrar el menor sentimiento quando no tenia que comer, gastando el tiempo absorto en Dios; y todas las mañanas, antes de ponerse en camino, estaba de rodillas largo espacio. Hallamos cierta fruta silvestre, que solo nos hazia comer la extrema necessidad. Algunos Exploradores, que iban delante, descubrieron à lo lexos vna humareda, de que tuvimos todos grande alegria. A primero de Octubre hizimos alto à la orilla de vn Rio, donde nos pudimos reparar con pescado, y tortugas, que hallamos en vna Laguna. Passamos adelante, y nos faltò totalmente la comida, y bebida, y no teniamos que dar al Padre sino vnos palmitos, que primero nos sirvieron de alimento, mas despues experimentamos malignos efectos, causando al Padre gran dolor de estomago, y vna fiera inflamacion de las entrañas, con ardentissima sed. Con esta enfermedad se le acabaron tanto las fuerças, y se consumiò de manera, que creyendo ser yà llegado el fin de su vida, nos suplicò, que le conduxessemos à orillas de algun Rio, y que dexandole

le alli, nos bolvieissemos al Paraguay. Hallamonos en grandes angustias, no solo por esto que nos dezia, quanto porque tenia el semblante mas de cadaver, que de cuerpo vivo: y queriendo consolarnos, no pudo proferir palabra, por aversele inflamado la lengua. Nosotros, à quienes mas dolia la pèrdida de la vida del Padre, que la nuestra, diximos resueltamente, que le queriamos seguir en todos trabajos, y aun perder la vida, si fuesse necessario. Recobròse algun tanto, y dando aliento à la naturaleza el vigor del espiritu, se puso en camino, cayendo, y levantando à cada passo; y al quarto dia, hallando vn poco de miel silvestre, se la presentamos al Padre para apagar la sed. Estando vno de nosotros en vn arbol, viò vna humareda àzia el Poniente, que avian hecho los Indios Christianos del Padre Zea, al bolver de las Costas del Rio Paraguay, como se supo despues; y caminando àzia allà, quisimos llevar al Padre en vna amaca, porque temiamos mucho, que à pocos passos se cayesse muerto, si iba por su pie: mas èl lo rehusò, diziendo, que queria padecer con nosotros hasta el vltimo instante de su vida. El dia siguiente, que era Viernes, no hallamos que comer; y el Sabado, por providencia de Dios, cogimos alguna caza, y vna tortuga para el Padre. Al fin quiso Dios consolarnos, descubriendose el camino tan deseado de los Chi-

quitos. Increible fue el jubilo, que tuvo el Santo Varon, no cessando de dar gracias; y exortandonos con las lagrimas en los ojos à que hiziessemos lo mismo, entonò las Letanias de Nuestra Señora; y llegando poco despues al lugar donde el dia antecedente avia dicho Missa el Padre Juan Bautista de Zea, nos juntò à todos, y mas con lagrimas, que con palabras, nos agradeciò tantos trabajos como aviamos passado por èl, y que toda su vida se acordaria de nosotros. Este consuelo se convirtiò en pena, al reconocer, que perdido su Santo Christo, y buscado por todas partes, no se pudo hallar, y en toda aquella noche no pegò los ojos por la pèrdida de su Señor, que le avia dado tanto aliento, y vigor en aquellas angustias, hasta llegar al termino deseado. A otro dia tuvimos provision de agua, y pescado: y encontrandonos con dos Christianos, que llevaban el Altar portatil del Padre Zea, nos encaminaron allà. Quales fuessen las salutaciones, y alegrias de estos dos Apostolicos Missioneros, al verse juntos, despues de tantos trabajos, no lo podemos explicar: porque mas hablaban con los ojos, y con los suspiros, que con la lengua. Hasta aqui la relacion de los Indios.

Apenas llegò el Padre Arce à San Rafaèl, quando sin tomar algun descanso para recobrarse, por consejo del Padre Superior se puso en camino àzia

la

la Laguna Mamorè, cuyo camino, aunque mas corto, era ſemejante al paſſado. Llegado allà, hizo las diligencias poſsibles para encontrar al Padre Blende, y el Barco; pero fue en vano, porque eſte, deſpues de aver eſperado mucho tiempo, ſe avia partido, obligado de la violencia de ſus Compañeros. A eſte tiempo recibiò vna carta del Padre Vice-Provincial, en que le aviſaba, que le eſperaſſe, porque queria embarcarſe. Reſpondiòle el Padre Arce, que ſe detuvieſſe ſu Reverencia en San Rafaèl, que èl, en vna Canoa iria à los Payaguàs, de quien por averſe yà ganado ſu animo, y afecto, ſe prometia, que le conducirian à la Aſſumpcion, de donde por Abril del año ſiguiente bolveria para llevarlo. No eſperò la reſpueſta el Padre Provincial, ſino que ſe puſo luego en camino àzia el Mamorè, acompañado del Padre Zea, que deſpues de cinco meſes de trabajoſas Miſsiones en aquellos deſiertos, ſe ofreciò à ſervirle de guia; y lo que cauſa mas admiracion, es, que eſtaba reſuelto, ſi no eſtuvieſſe prompto el Barco del Padre Arce, à hazer algunas Canoas, y conducir en ellas al Padre Vice-Provincial haſta la Aſſumpcion, por medio de tantos peligros, y enemigos. Mas Dios Nueſtro Señor accepto los deſeos del Padre Vice-Provincial para premiarlos, pero no la execucion, porque huviera caìdo en manos de aquellos barbaros, que à ſu anto-

jo le huvieran hecho pedazos. Apenas avian camido treinta y tres, ò treinta y quatro leguas, quando cargaron tantas lluvias, y hallaron tan profundos pantanos, que no pudieron passar adelante, sino con evidente peligro de quedar alli anegados, como dixeron algunos Guaranìs, que traìan al Padre Vice-Provincial.

CAPITULO XVII.

SON MUERTOS DE LOS PAYAGUAS LOS Padres Joseph de Arce, y Bartholomè Blende, y se dà una sucinta Relacion de sus virtudes.

DEspues que el Padre Arce se apartò del Padre Blende, para encontrar por tierra las Missiones de los Chiquitos, esperò este dos meses en aquel parage, resuelto à no partir de alli hasta tener primero noticia de su Compañero: pero dos Españoles, que estaban con el Padre Blende, el uno Piloto, y el otro Capitan de la gente, disgustados mucho antes con el Padre Arce, porque les avia prohibido la compra de esclavos, començaron à enfadarse de tan larga detencion, y con verdaderas, ò aparentes razones hizieron instancia al Padre Blende para que se bolviessen. Al principio se negò re-

resueltamente, exoitandoles à sufrir aquellas incomodidades, y trabajos por amor de Dios; mas no cessando las palabras, los lamentos, las quexas, y aun tambien las amenazas de dexarle solo à la discrecion de tantos barbaros, que habitaban à lo largo de la Costa, le fue necessario condescender con ellos. Entendida esta resolucion por Quatì, Cacique de los Payaguàs, se fueron tras ellos, assi èl, como sus vassallos, con intencion de vivir en las Reduciones de los Guaranìs, y hazerse Christianos: mas reconociendo que entre los suyos avia aun algunos, cuyo caudillo era vn Christiano Apostata, llamado Ambrosio, que estababan obstinados en vivir à su libertad, y eran los familiares del demonio, y hechizeros, determinò apartarse de ellos, è irse adelante con su chusma en sus Canoas, que son ligerissimas. Persuadiò tambien à otros de su Nacion, confinantes con la Ciudad de la Assumpcion, que siguiessen su resolucion, y todos juntos alegres, y contentos, prosiguieron el viage. En este estado se hallaba la conversion de estas almas tan perdidas, y todos esperaban feliz sucesso, si el enemigo comun no huviera malogrado los intentos por medio de aquellos perfidos Apostatas.

Alegre, pues, el Santo Varon, y contento con la ganancia, que le parecia aver logrado, diò fondo, al ponerse el Sol, junto à vna barranca, llama-

mada Tare, à donde aquellos traidores le vinieron à visitar, dando fingidas muestras de amor, y arrepentimiento. El Padre, que no deseaba otra cosa, los recibiò con aquel afecto, con que amaba el bien de sus almas, y procurò, con todas las industrias de vn zelo Apostolico, confirmarlos en aquellos buenos propositos. Los Payaguàs, para dissimular mejor su traicion, le suplicaron, que llevasse su chusma en el Barco, que ellos le seguirian en sus Canoas. Levantòse vn viento fresco, y el Barco se adelantò tanto à las Canoas, de suyo velocissimas, que apenas en tres dias le pudieron dar alcance, estando continuamente los barbaros rezelosos de que se les desvaneciessen sus intentos; y por no exponerse à riesgo de perder el lance, se metieron todos en el Barco, con pretexto de que el Padre les diesse alguna comida. El primero que entrò fue vn mancebo, llamado *Cotaga*, hijo de vn grande hechizero, al qual tenia el Padre grande afecto, y por ganarle la voluntad, le sentaba siempre à su lado. Este, pues, entrò, y se puso junto al Padre, como solia: otro se puso al lado de vn Español, que governaba el timon, y echando la vista à vna hacha, ò destral, que estaba alli cerca, se sentò sobre ella dissimulado, y haziendose señas el vno al otro, el que escondia la hacha, echò mano de ella con gran destreza, y tirandole al Piloto,

loto, de vn golpe le cortò la cabeza. Al mismo tiempo *Cotaga* se echò sobre el Padre, para que no tuviesse lugar de defenderse; y el otro con vn recio golpe le partiò por medio la cabeza, y viendole aun palpitar, le descargò con mas furia el segundo: luego los otros traidores acometieron à los Neofitos, y en poco tiempo les dieron cruel muerte: y à vn Indio, llamado Francisco Guarayo, que ayudaba à Missa al Padre, le mataron à lançadas. Despues, saltando de alegria por esta feissima traicion, les cortaron à todos las cabezas, y pusieron tendidos los cadaveres en la orilla de vna Isla, que alli hazia el Rio, poniendo en medio de todos al del dichoso Padre Blende: pegaron fuego al Barco, para quitarle la clavazon de hierro, y de los ornamentos, y demàs alhajas sagradas, destinadas para la nueva Iglesia de los Chiquitos, despues de escarnecerlos, y vltrajarlos, las hizieron pedazos, tomando cada vno la parte que le cupo de tan impìo botin, y sacrilego despojo.

No quedaron satisfechos estos enemigos de Dios, y de su Ley con tan horrenda traicion; antes tomando de ellas mas animo, instigados del demonio, y de los hechizeros, se previnieron al vltimo acto de la tragedia con la muerte del Padre Arce, para apartar de sì à quien les reprehendia sus bestiales costumbres, è impedir juntamente, que los de

su

su Nacion no abrazassen la Santa Fè: por lo qual se pusieron à espiar por donde avia de passar el Padre. Este, pues, no aviendo podido encontrar el Barco, aviendo compuesto lo mejor que pudo vna pequeña embarcacion, se embarcò en ella con trece Neofitos, sus fidelissimos compañeros en tantos riesgos, y peligros, al principio de Diciembre. Caminò prosperamente por muchos dias, hasta que llegò à aquella Isla, en cuya playa yacian tendidos los cadaveres, y observando que eran cuerpos recien muertos, saltaron en tierra los Indios, y reconocieron que eran sus compañeros. Què sentimiento, y lagrimas de consuelo causò en el Santo Varon el vèr martyrizado a su Compañero, y por otra parte què dolor tendria de averle perdido, esto mas facil es discurrirlo, que explicarlo: abrazòle, bañòle en lagrimas de santa embidia, y le huviera de buena gana llevado consigo, à aver sido capàz de ello la embarcacion. No sabia aun, que Dios le queria dar en breve, con semejante corona, el galardon de tantos trabajos, y fatigas, sufridas por acrecentar su gloria, y el bien de las almas. Viendo esta carniceria los Neofitos, le dixeron: Padre, demos la buelta, porque los Payaguàs estàn enconados con nosotros, y nos mataràn, como lo han hecho con los demàs. Esso no, respondiò el Padre, porque estamos yà muy distantes:
Dios

Dios ferà con nofotros, pues que por fu amor nos hemos puefto en camino. Querian à lo menos lo Indios prevenir las armas, y nueftros Guaranìs fus mofqueces. Ni aun efto les permitiò, diziendo, que queria morir por Chrifto, y les exortò con palabras ardientes à facrificar à Dios fus vidas, diziendoles: Si nueftros trabajos, y fudores no han fido fuficientes para conducir al fin defeado efta emprefla, lo fupliremos à lo menos con la fangre: que no podian hazer obra mas agradable à Dios, ni a sì mifmos mas provechofa, que perder la vida, en teftimonio de aquella Fè que profeffaban: que no perdieffen aquella corona que fe les ofrecia, y que tantos andaban bufcando, fin tener la fuerte de encontrarla: y que fe verian en breve eternamente felices en el Cielo, con folo ofrecer de buena voluntad fus cabezas à las macanas de los Payaguàs. Con efte razonamiento fe animaron aquellos buenos Chriftianos à no hazer cafo de fu vida temporal, è imitar el exemplo, y valor del Santo Mifsionero. Paffaron vn poco adelante, quando de repente cayeron en las celadas de aquellos malvados, los quales faliendo con prefteza al encuentro, al primer lance aferraron la embarcacion, y la llevaron à tierra: el primero que entrò en ella, fue aquel maldito Indio Cotaga, que llegandofe al Padre Arce, le facò à la playa, echan-

dole con impetu en el ſuelo, y fue meneſter muy poco, porque eſtaba yà conſumido de fuerças, y ſolo ſe tenia en pie en quanto el aliento, y fervor de ſu eſpiritu le daban animo, y vigor: ſacò luego ſu macana aquel ſacrilego Infiel, y le diò tan fiero golpe en la cabeza, que le quitò al punto la vida, ſin poder dezir otra coſa, ſino: Hijos mios muy amados, por què hazeis eſto? A eſte tiempo en la Ciudad de la Aſſumpcion, el R. P. M. Fray Joſeph de Zerza, Comendador del Convento de Nueſtra Señora de la Merced, amigo muy intimo del Siervo de Dios, por aver ſido ſu diſcipulo en la Philoſophia, le viò entrar en ſu Celda, y le dixo con tierno afecto: Hijo, encomiendame à Dios, porque me hallo en grandes anguſtias. Eſto ſucediò poco antes que le mataſſen, ſegun el computo que deſpues ſe hizo: por lo qual el dia ſiguiente ordenò à ſus Subditos, que dixeſſen la Miſſa por ſu intencion, y ſe viò obligado à deſcubrirles la cauſa, por el ſemblante palido, y deſcolorido que tenia.

Deſpues de aver aquellos malvados cometido eſta barbara traicion, dieron ſobre los Compañeros del Padre Joſeph, los quales, movidos yà de ſus palabras, y mucho mas de ſu exemplo, ſe dexaron matar ſin la menor reſiſtencia, haziendo eſte acto de generoſiſsima caridad, y manſedumbre, quando facil-

cilmente, aunque tan pocos, se podian defender à sì mismos, y al Padre, con los mosquetes que traìan. Mas no quiso Dios que muriessen todos, para que tuviessemos noticia de la felicissima suerte de estos dos Operarios Apostolicos: à algunos, pues, dexaron con la vida, bien que condenados à esclavitud perpetua. Los matadores trasportaron el cuerpo del Padre Arce à la otra vanda del Rio, y le entregaron à los Guaycurùs, que tambien avian echado leña al fuego, y tenido parte en este tan cruel delito. Tomaron estos el cadaver del Santo Martyr, y se enfurecieron contra èl con grande inhumanidad, hiriendole con sus lanças, y solo dessearon ensangrentarse mas, quando yà no avia que maltratar, y herir. Aquel Apostata Ambrosio, que avia sido la causa principal de esta impiedad, despachò luego algunos de sus complices à avisar de lo sucedido à la gente que iba à nuestras Missiones de los Guaranis à alistarse en el numero de los Fieles. Apenas lo supo Quatì, el Cacique principal de todos, y el mas fervoroso en el deseo de recibir el Santo Bautismo, quando saliendo de sì de dolor, diò la buelta con todo sus vasallos para vengar las muertes de los Padres. Los delinquentes, viendo que no se podian escapar de la furia de aquel valeroso Cacique, llamaron en su favor à los Guycurùs; pero con todo esso los acometiò Quati

 con

con grande valor, y à la primera embestida matò à no pocos de los complices: los otros, no pudiendo resistirle, se entraron huyendo por las Selvas, y por mucho tiempo no ossaron salir de ellas: por lo qual todos los dias este Cacique daba en rostro à los menos malos con tan enorme delito, diziendoles, que à què fin avian quitado la vida à los Padres, que tanto bien les hazian, y los querian tanto? que se fuessen à los Mamalucos, y viessen si ellos les trataban mejor. Dexaron los traidores en la fuga los ornamentos del Altar, y otras alhajas sagradas, que aunque profanadas, y hechas pedazos, las recogiò Quatì para restituirlas, porque todavia mantenia su buen deseo de ser Christiano: mas este al fin se desvaneciò, por aver algunos Caciques de su Nacion, confinantes con la Assumpcion, roto las pazes con los Españoles.

Ha sido bien particular la providencia que Dios ha tenido, para darnos noticia de todos estos sucessos. Avia yà poco menos de dos años, que no se sabia el fin de estos dos Apostolicos Operarios, por lo qual estabamos sobremanera afligidos, y desconsolados. Creìan algunos, que viendose impossibilitados à bolver à la Assumpcion, se avian internado por el Paìs à predicar en èl la Santa Ley de Dios; y era fundamento para este juizio el zelo insaciable de entrambos, pues à donde quiera que

se

se les ofreciesse ocasion de predicar, iban aun à cos-ta de grandes sudores, y trabajos: otros discurrian mejor, que avian sido muertos de los Payaguàs, ò à lo menos hechos esclavos. Y en carta que he vis-to escrita de la Assumpcion de 30. de Abril de 1717. escrita despues del castigo de muerte, que se diò à los Payaguàs dichos, se dezia, corria por cierto en aquella Ciudad, que avian muerto solo al Padre Ar-ce, y al Padre Blende le tenian los mismos Payaguàs cautivo con algunos de sus Indios, y que al Piloto Español le avian vendido à los Guaycurùs. Quiso Dios al fin consolarnos con noticia cierta del felicis-simo arribo de estos dos Missioneros al puerto de la Bienaventurança, con vna muerte tan gloriosa. Fueron, pues, testigos de vista de todo lo sucedido quatro Christianos, Compañeros del Padre Arce, cuyos nombres eran Joseph Mazzabis, Jacinto Po-quibiqui, Pablo Tubarì, y Pedro Melchor Guarayo, que aviendo estado esclavos de los Payaguàs, fue-ron rescatados por los Padres en el primer viage, y en este los avia llevado consigo el Padre para In-terpretes de aquella Lengua. Estos aora tambien quedaron esclavos segunda vez de los Payaguàs. Los quatro, pues, con vna India, de Nacion Asio-nès, tambien esclava, por el mes de Enero de 718. se salieron de entre los Payaguàs, con pretexto de ir à buscar algunas frutas silvestres, llamadas mota-

quìs,

quìs, y dexandolos descuidar, cogieron dos Canoas, y se dieron à la vela, vogando con la fuerça que les daba el deseo de la libertad, y el temor de ser alcançados de sus cruelissimos dueños. Navegaron cosa de docientas leguas àzia la Laguna Mamorè, donde dexadas las Canoas, se metieron por la espesura de los bosques, para no caer en manos de los Guaycurùs; y tomando el camino àcia el Pueblo de San Rafaèl de los Chiquitos, consumidos de los trabajos, y de la hambre, llegaron, con mucha dificultad, al dicho Pueblo, y dieron las noticias, que yo aqui he referido.

Yà es tiempo de dar alguna noticia de estos dos zelosissimos Missioneros, para ilustrar esta Historia con la relacion de su vida, y virtudes, bien, que serà con toda concision. Naciò el Padre Joseph de Arce à nueve de Noviembre del año de seiscientos y cinquenta y vno, en la Isla de la Palma, vna de las Canarias. Sus Padres, no menos ilustres en la sangre, que en la piedad, le criaron en el santo temor de Dios, y devocion à la Reyna de los Angeles; y descubriendo en èl vna indole, que prometia grandes esperanças para los adelantamientos de su familia, le embiaron en edad tierna à la Universidad de Salamanca, donde con la cultura de las Ciencias se hiziesse apto para conseguir alguna Dignidad Eclesiastica, ò Secular, segun el estado que

eli-

eligiesse. Mas Dios Nuestro Señor, que muchissimas vezes se vale de los interesses humanos, para lograr mejor el fin de su eterna providencia, se sirviò de la ida de nuestro Joseph à aquella Universidad, para llamarle à la Compañia, y despues al Apostolado en las Indias. Ponia todo empeño en el estudio de las Letras, con la mira siempre à lo que el mundo promete, y despues no cumple: pero como mas por disposicion agena, que por voluntad propria, avia puesto sus esperanças en las cosas caducas, y perecederas, tuvo poco que hazer en èl el desengaño; pues considerando los innumerables, que llenos, como èl, de esperanças, se avian alistado en las vanderas del Mundo, y no avian alcançado mas premio, despues de sus trabajos, y fatigas, que quedar desvanecidos, y burlados sus intentos, se persuadiò à que lo mismo le sucederia à èl, si mal aconsejado tomasse su partido; pero que si ofreciesse sus sudores, y trabajos à Dios en el camino de la virtud, lograria por premio la Gloria. Estas, y otras reflexiones le alumbraron no poco el entendimiento, y encendieron la voluntad en el amor à las cosas del alma, de Dios, y de la eternidad, hasta que labrando interiormente el Espiritu Santo, con su gracia, en su coraçon este desengaño, le trocò totalmente en otro hombre; y assi resuelto à ser Religioso, se sintiò llamar eficazmente à la Compañia;

y

y como yà eſtaba deſcarnado de las coſas del ſiglo; facilmente obedeciò à las inſpiraciones del Cielo: y recibido en la Compañia en el miſmo Colegio de Salamanca à los tres de Julio de mil ſeiſcientos y ſeſenta y nueve, paſsò luego à tener ſu Noviciado en Villagarcia. Apenas nueſtro Novicio puſo el pie en aquella Santa Caſa, quando como arbol eſcogido, traſplantado junto à las corrientes de las aguas de la gracia, començò à dar frutos de todas las virtudes. Eſtaba entonces en los diez y ocho años de ſu edad, y era de natural ardiente, y vivo; mas ſujetò, y rindiò tanto eſta viveza deſde los primeros meſes de Noviciado, que no dexò paſsion, que no domaſſe, regla que no obſervaſſe, virtud que no practicaſſe, ajuſtandoſe muy deſde luego perfectamente al modelo, y nivèl de nueſtras Conſtituciones. Cumplido tan ſantamente ſu Noviciado, paſsò à los Eſtudios mayores, donde juntando el fervor, y devocion con las Ciencias, concibiò ardientes deſeos de conſagrarſe à Dios mas eſtrechamente en las Miſsiones de las Indias, y ſeguir mas de cerca las piſadas del glorioſo Apoſtol San Franciſco Xavier.

Para el cumplimiento de ſus deſeos le ofreciò ocaſion muy oportuna la venida à Europa del Padre Chriſtoval de Altamirano, Procurador General de la Provincia del Paraguay, à cuyo cargo eſtaba

lle-

llevar Sugetos de la Compañia, que conservassen, y dilatassen la Fè en aquellas dilatadas Provincias. Consultò primero este negocio en la oracion con Dios, y con su grande Abogado San Francisco Xavier, y luego manifestò sus deseos à los Superiores, pidiendoles con mucha instancia le diessen licencia para passar al Paraguay. Nuestro Padre General Juan Pablo de Oliva, sabiendo la santa, y loable costumbre de las Provincias de España, en no retener en Europa los Sugetos que Dios escoge para Predicadores de su Santo Nombre en el Nuevo Mundo, remitiò la licencia à arbitrio del Padre Provincial de la Provincia de Castilla, que à la sazon lo era el Padre Pedro Geronimo de Cordova, à quien pareciendole ser el Hermano Arce joven de quien se podia esperar mucho fruto en la conversion de los Indios, por su modo de vida ajustada, y conforme al espiritu de la Compañia, sin aver jamàs descaecido vn punto en la carrera de la perfeccion, aun en el tiempo mas peligroso de los estudios, le destinò luego promptamente para esta Provincia. Llegò à Buenos-Ayres el año de mil seiscientos y setenta y quatro, aviendose portado en toda la navegacion con grande exemplo, y edificacion; y fue tal el que diò de su porte Religioso en aquel Puerto, que he oìdo à Sugeto, que aora es de la Compañia, y entonces era Seglar, que no se cansaba de mirar-

le, quando salia fuera del Colegio, y se iba tras èl, sin acabar de admirar su silencio, recogimiento, y compostura exterior, y vna modesta alegria, que manifestaba en su rostro el Espiritu del Señor, de que estaba lleno su coraçon. Qual fuesse despues en las Indias, no me parece lo podrè declarar mejor, ni con prueba mas cierta, y convincente, que con el vniversal sentir de toda esta Provincia, que le acomodò aquellas palabras *copiosissimè Sanctus*, con que San Agustin epilogò las virtudes de su grande amigo San Paulino, fundado este concepto tan alto en el grande zelo, humildad profundissima, ardentissima caridad, trabajos Apostolicos, desprecio de sì mismo, y de su vida, y otras heroycas virtudes, que conservò invariablemente en el largo espacio de quarenta y vno, ò quarenta y dos años, que aqui gastò en servicio de Dios, y provecho de las almas. No repetirè aqui sus fatigas en las Provincias de Chiriguanàs, de Chiquitos, y de los Guaranìs, y en el descubrimiento del Rio Paraguay, las conversiones que alli hizo, las Iglesias que fundò, las repetidas vezes que estuvo en peligro de perder la vida, el trabajo en aprender con excelencia tantos barbaros, y diferentes Idiomas, Chiquito, Quichuo, Guaranì, Chiriguanà, y Payaguà: sus continuas tareas en provecho de las almas, y aun de los cuerpos de los Infieles, y Neofitos, las grandes, y

mo-

molestissimas persecuciones, que por esta causa padeciò, hasta llegar à ser mortificado, y reprehendido publicamente, como hombre sin prudencia, y sin juizio.

Solo dirè algo de otras virtudes suyas; y en primer lugar se ofrece luego à la vista aquella admirable concordia, que tuvieron en el Padre Joseph de Arce los empleos de Marta, y Maria; esto es, la vida activa, y la contemplativa, las ocupaciones exteriores en servicio, y ayuda de los proximos, y la interior, y estrecha vnion con Dios. Lloran continuamente los Missioneros, y se desconsuelan mucho, viendo que despues de averse empleado todo el dia en provecho de los Neofitos, sin tener el menor descanso, despues entrada la noche, apenas pueden recogerse à solas con Dios vn rato. Mas el Padre Arce, despues de sus ordinarias ocupaciones en ayuda de los proximos, luego que se ponia en presencia de Dios en la oracion, estaba tan dentro de sì, que todo lo que no era Dios, lo dexaba lexos de sì; y sè de persona fidedigna, testigo de vista, que le veìa orar delante del Santissimo Sacramento, que observaba en el Padre tan devota compostura, y tal inmobilidad de cuerpo, y de sentidos, que le compungia no poco, y ayudaba para atender con mayor devocion à este santo exercicio: bien, que su orar, y estàr en la presencia de Dios, no se redu-

cia à horas determinadas, ſino que jamàs perdia de viſta à aquel infinito bien, de ſuerte, que eſtaba todo en lo que hazia, y todo en aquel por quien lo hazia, no ſolamente obrando por amor, ſino amando en el miſmo obrar; y qualquiera que fixaba en èl los ojos, lo conocia manifieſtamente. Por tanto, no conociendo èl, en todo el Mundo, belleza digna de amar, ni bondad à que aficionar aun el mas minimo de ſus deſeos, ſino mirando en ſolo Dios, que era ſiempre para èl todo lo amable por ſu belleza, y todo lo apetecible por ſu bondad, ſe olvidò, y perdiò de viſta todas las coſas de la tierra, y aun à sì miſmo. Cathedras, Pulpitos, y qualquier otro oficio honorifico, de los que tal vez ſuelen eſtimar los menos deſengañados en el pequeño mundo de la Religion, eran para el Padre Arce cargas inſufribles, y por eſſo, como vimos, no acabò de llorar, y de hazer inſtancias à los Superiores, haſta que le deſcargaron de la ocupacion de leer las Facultades mayores en la Real Univerſidad de Cordova del Tucumàn. Y para que mas pleno concepto ſe haga de lo que ſe deſpreciaba à sì miſmo, referirè ſolo vn caſo, digno ſingularmente entre los otros de tenerſe en eterna memoria, y lo he ſabido de Sugetos de la Compañia, que fueron teſtigos de viſta. Tenia aventajado talento de Pulpito el Padre Joſeph, y por eſto ſe le avia encargado predi-

dicasse sobre las virtudes de su grande Apostol San Francisco Xavier à vn numeroso, y lucidissimo auditorio en la Ciudad de Cordova, en el dia de la Fiesta del Santo, que aqui se guarda de precepto: mas el Padre, à quien resultaba no poca honra de aquella funcion, la quiso convertir toda en provecho proprio: por tanto, subiendo al Pulpito, se bolviò al Illustrissimo Señor Obispo de Tucumàn D. Fr. Nicolas de Ulloa, de la Esclarecida Orden de San Agustin, y escusandose con protesta de que no tenia habilidad para componer, ni dezir cosa buena, explicò, con periodos mal formados, y peor dichos, algunos puntos de la Doctrina Christiana: y no parò aqui su proprio abatimiento, y desprecio, pues lo que el Padre empezò de su voluntad, otro lo acabò, sin que èl lo pensasse, con burla: porque cierto mozo, discipulo suyo en la Philosophia, saliendo pocos dias despues al theatro publico en trage de bufon, representò al vivo aquella misma accion del Pulpito, glossandola de manera, que moviò à risa à los circunstantes, con no pequeño desdoro, y desprecio del Padre Arce. Estuvo este tan lexos de sentirse de aquel desmàn de su Discipulo, que antes alegrandose sumamente, le diò muchos abrazos, y agradecimientos à su injuriador, de lo qual èl no poco se compungiò, y fue en adelante perpetuo Panegirista de sus virtudes.

El

El veſtido de que vſaba, era tan vil, y deſpreciable, y la ſotana tan pobre, y remendada, que el mendigo mas miſerable no pudiera veſtir mas pobremente. Su comida tan parca, y mal guiſada, que ni aun los barbaros, que viven como brutos en las Selvas, la huvieran podido aguantar tan largo tiempo; y paſsò por las manos de muchos vna calabaza, que le ſervia de olla, eſcudilla, y vaſo: de ordinario paſſaba con maìz, ſin otro aderezo, que el que de ſuyo tiene eſte deſabrido manjar, cocido en agua; y quando ſus enfermedades le obligaban, añadia vn pedacillo de carne mal aſſada. Concluirè el elogio de eſte Varon Apoſtolico, con vn acto, que por ventura es el mas digno de ſaberſe, y que èl ſolo baſtaba para contarle entre los Heroes de eſta Provincia; para cuya inteligencia me es preciſo tomar la Relacion de mas lexos. Aviaſe roto, no sè por què cauſa, la antigua paz, y amiſtad entre los Indios Guaranìes, y la Nacion de los Guanoàs: los animos de eſtos eſtaban tan exaſperados, que avian jurado de no dexar con vida à qualquier Guaranì, que cayeſſe en ſus manos: ni paraba aqui el daño de eſtas enemiſtades, ſino que amenazaban tambien la total ruina, y deſtruicion de la floridiſsima Chriſtiandad del Uruguay, y Paranà: porque los Guanoas no permitian que los Chriſtianos, para la manutencion de ſus Pueblos,

que

que no vsan otra comida que carne, passassen el Uruguay à hazer provision de bacas, de que solian juntar veinte, ò treinta mil cada año en las vastissimas campañas, que estan à orillas del Mar Atlantico: por lo qual la hambre, y carestia afligia muchissimo à la gente de las Reduciones. Nuestros Missioneros avian vsado de muchos, y eficacissimos medios, para apagar toda malevolencia, y odio entre las dos Naciones, y reducirlos à su antigua amistad: pero todo avia sido en vano. Quisieron lo primero probar, si podian convertir à la Santa Fè à los Guanoàs; pero ellos lo rehusaron obstinadamente, dandoles por respuesta la misma razon, porque los Jaròs eran perdidissimos Idolatras: conviene à saber, que el Dios de los Christianos sabìa tanto, que no le era nada oculto, y por ser inmenso estaba en todos lugares mirando lo que en ellos se haze: que no querian tener vn Dios, que tuviesse tanta ciencia, y los ojos tan abiertos: que en sus bosques, y cabernas vivian ellos con mas paz, y libertad, sin tener vn Sindico, y Juez continuo de sus acciones. No aprovechando este medio, se tomò otro expediente, que solo parecia mas concerniente al intento, y fue comprar la amistad, y benevolencia de la Nobleza Guanoà con algunos presentes de cosas ordinarias entre nosotros, mas entre ellos muy apreciadas. Pero ni aun de esta

ma-

manera se pudo reducir su obstinacion à tratado de paz, y concordia. Entre tanto crecia la carestìa, lloraban los Pueblos, y se podia temer con fundamento, que la peste, ò la desesperacion destruyesse aquella Ilustrissima Iglesia. Viendo esto el Padre Arce, se ofreciò à ir en persona à hablar à los principales Caciques de los Guanoàs, y arriesgar su vida, para rescatar de aquellas miserias las animas, y los cuerpos de tantos millares de Christianos, y arrojarse à la furia de la tempestad, para que con sola su muerte se serenasse del todo. Y en la realidad se tenia por cierto avia de perder la vida, por las manifiestas señales del odio, que nos tenian los Guanoàs; por lo qual los nuestros, al darle los vltimos abrazos à la despedida, le lloraban, como si de cierto fuesse à morir. El, con vna serenidad de rostro imperturbable, se puso en camino, pidiendo à Dios aceptasse su vida en sacrificio de placacion, y paz, ò de la manera que mas le agradasse à su Magestad, y le fue necessario padecer semejantes trabajos, à los que tolerò en su viage à las Missiones de los Chiquitos. Los barbaros, admirando la generosidad, y grandeza de su animo, ò yà fuesse por su virtud, de que ellos tambien hazian grande aprecio, ò por la destreza, y eficacia de sus agencias, ajustò por fin tan dificil negocio, se estableciò la antigua, y mutua paz en-

tre

tre ellos, y se remediò la necessidad, y hambre de tantos Pueblos. Falleciò este incomparable Varon por el mes de Diciembre de 1715. en edad casi de setenta y cinco años, quarenta y seis de Religion, y veinte y nueve de profession de quatro Votos, que avia hecho à los quince de Agosto de 1686. Fue vn trienio Rector del Colegio de Tarija, en que promoviò mucho la observancia religiosa, y nuestros ministerios. Dexemos yà à este admirable Varon, y passemos à dar alguna noticia de su Apostolico Compañero.

Naciò, pues, el Padre Bartholomè Blende à 24. de Agosto de 1675. en la Ciudad de Bruxas, vna de las principales del Condado de Flandes, de padres nobles. Era dotado de excelente ingenio, y para lograrle, empezò à estudiar en su Patria las Letras Humanas, y alguna cosa de Philosophia; mas llamado de Dios à aprender en la Compañia de Jesvs la Sabiduria del Evangelio, no tuvo mucho trabajo en obedecer, pues aun en medio de los peligros del mundo vivia con mucha religion, y piedad. Aviendo vivido en su Provincia de Flandes cerca de quince años, alcançò de nuestro Padre General Miguèl Angel Tamburini licencia para passar à las Indias, cosa que por largo tiempo avia deseado. Passò de Flandes à Madrid, donde en su Colegio Imperial esparciò en breve el olor de su santi-

dad, y virtud, y formaron todos vniversalmente vn concepto extraordinario, de que era Varon Apostolico, y dotado de aquellos talentos, que son necessarios para las Missiones de las Indias: por lo qual, mucho tiempo despues de su partida, durò alli fresca la memoria de sus virtudes. De Madrid fue à Cadiz, donde se embarcò à dos de Março de 1710. en los Navios que salian para el Puerto de Buenos-Ayres, en compañia de otros ochenta y nueve Jesuitas de varias Naciones, pero todos de vn mismo espiritu, que los conducia de Europa à la America à las fatigas y penalidades de las trabajosas Missiones de Paraguay, y Chile. Mientras el dia siguiente navegaban viento en popa, se levantò vna espesa niebla, y cubiertos de ella, se acercaron tres Navios Olandeses, los quales con grande estrepito, y ruido de batalla, los arrestaron, disparandoles vn tiro de artilleria, y estuvo à pique de aver vn combate sangriento de ambas partes, defendiendo los vnos sus haberes, y las grandes esperanças con que se avian embarcado, y los otros esperando hazerse ricos con vn quantioso despojo; mas como los Españoles al cargar sus Navios de registro, no observen la comun medida del peso, que à proporcion del buque se debe cargar, sino que meten mas generos de los que caben, añadiendose à esto la gruessa cantidad de provisiones para seis, ò siete meses,
de

de aì nace ir tan hundidos en el agua, que solo llevan fuera lo que es preciso para que se mantengan en ella, quedando inutil la mas de la artilleria para pelear, por ir las andanas dentro del agua. Por esta causa, juzgando cuerdamente los Capitanes, que era menos mal rendirse, que pelear, pues rindiendose tenian esperança, que por la proteccion de la Reyna de Inglaterra, de quien tenian passaporte, se les bolveria la mayor parte de sus haziendas, echaron vanderas; y aunque lo contradixeron los Marineros, y los passageros gritassen, protestando que se ponian à manifiesto peligro sus personas, y caudales, se rindieron totalmente. No es facil de dezir con què algazàra, y furor entraron los vencedores en los Navios, que despojando à los Oficiales, y Passageros, los trataron con modo muy estraño, y cruel, registrando los pechos, aun à los mismos Capitanes, con instrumentos sutiles de hierro, para vèr si por ventura avian escondido en el seno algunos pedazos de oro, ù otra cosa preciosa. Lo que pareciò tan mal, aun à los Senadores, y Magistrado de Olanda, que llamando à los Capitanes Olandeses à Amsterdàn, à dar razon de sì, les privaron, y depusieron de sus Oficios. Los Nuestros, pues, à quienes la Sotana de la Compañia hazia dignos de peor tratamiento en el juicio de los Hereges, fueron de ellos muy maltra-

tados, quitandoles à todos ſu ropa, y lo demàs, y echandolos en el lugar peor, y mas deſacomodado de las Naves, con ſolo el mantenimiento preciſo para no morir. Entre tanto, los vencedores banqueteaban, y ſe regalaban muy feſtivos con la proviſion que avian hallado en los Navios, mas à coſta de los vencidos todo; porque tomados del vino, y brevages que hazian, ſalian tan fuera de sì, que à manadas andaban diſcurriendo por todas partes, de popa à proa, tomando por entretenimiento, y placer eſcarnecerlos à todos con mofas injurioſas, con viſages ridiculos, y tratandolos tan infamemente, como ſi fueſſen vna vil canalla de Turcos. Tambien los Nueſtros mantenian à ſu coſta gran parte, ò la mayor de eſta fieſta; porque como echando mano de ellos, les regiſtraſſen aun los mas ſecretos ſenos, y hallaſſen en lugar de joyas cilicios, cadenillas, y diſciplinas, montando en colera, por verſe burlados, les ſacudian reciamente con ellas: otras vezes, como queriendo vſar con ellos de miſericordia, por verlos palidos, y conſumidos de tantos trabajos, les ofrecian vnos grandes vaſos llenos de licores, ſuyos proprios; y ſi por modeſtia, ò por otra cauſa rehuſaban llegarlos à los labios, les obligaban à ello con la piſtola en la mano. En tantas, y tan duras aflicciones, que les duraron deſde 26. de Março, haſta ſeis de Abril,

era

era el Padre Blende el consuelo, y alivio de todos, y con su afabilidad, y cortesia se ganò la voluntad del Capitan Olandès, con que pudo alcançar algun alivio para sus hermanos, hasta que dieron fondo en Lisboa el Domingo de Lazaro en la tarde. En aquella Ciudad, adonde avia llegado antes la fama de lo sucedido, avian yà prevenido el Insigne Colegio de San Antonio, y el Noviciado algunas Lanchas, en que salieron à recibir à los Nuestros, y con el mayor cariño, y amor, que es imaginable, los procuraron reparar de los trabajos passados; y por todo el tiempo, que alli se detuvieron, vsaron con ellos de todas aquellas finezas de caridad, que son tan proprias, y antiguas en aquella observantissima Provincia de Portugal. No pudo el Padre Bartholomè gozar de estas caritativas demonstraciones; porque à las repetidas instancias del Ilustrissimo señor Don Pedro Levanto, Arçobispo de Lima, à quien en Lisboa no quisieron dexar los Olandeses, por ser persona de tanta distincion, fue preciso le ordenassen los Superiores fuesse acompañando à su Ilustrissima hasta Olanda: para lo qual, disfraçado en trage de Secular, porque vestido de Jesuita no le permitieron ir los Olandeses, passò à Amsterdàn, no sin conocido provecho de muchos de los mismos Olandeses, ocultos Catholicos, à quienes en secreto confessò, y exortò à mantenerse constan-

tes,

tes, y firmes en la Fè. Puesto finalmente en libertad aquel Prelado, bolviò con èl à Sevilla, donde à 15. de Agosto de 1711. hizo la Profession de quatro Votos. De aqui se partiò otra vez à Cadiz, sin querer recibir ninguno de los riquissimos presentes, que el Ilustrissimo señor Levanto le ofrecia, en agradecimiento de lo mucho que avia cooperado con los Ministros de la Republica de Olanda, para que su Ilustrissima fuesse restituìdo à su libertad. Solo admitiò vnos Libritos de devocion, vtiles para introducir, aun en gentes de poca, ò ninguna conciencia, sentimientos de piedad Christiana, y para aumentar la estima, y reverencia de la Reyna de los Angeles, de quien era devotissimo. Hizose à la vela à 27. de Diziembre del año mismo de 711. Y aun en esta segunda navegacion fue con sus Compañeros apresado de los Ingleses, que disparando vna vala de artilleria para pedir Vandera, diò el golpe muy cerca del lugar donde venia el Padre Blende, que con los demàs se prevenia para la muerte, caso que se llegasse à rompimiento, para que à toda priesa se prevenian las armas: y aun en este caso, en que turbados todos con el peligro de muerte, andaban en continuo susto, y sobresalto; èl, con vna serenidad de rostro Angelical, despues de aver echado à todos los Jesuitas, y otras personas de suposicion, hombres, y mugeres, que se avian refugiado

giado à la Camara de Santa Barbara, la absolucion general, se puso muy de espacio à oìr las confessiones de algunos que se pudieron confessar. A este tiempo se reconociò yà, que los agressores eran Ingleses, con que viniendo ellos à nuestra Capitana, se les hizo demostracion del passaporte de la Reyna Ana, que traìa, y dexaron passar libres las Naves. Caminòse despues con varia fortuna, y al Padre Bartholomè le encargò el Padre Procurador General Francisco Burgès el cuidado de los Novicios, como lo avia hecho el tiempo que estuvieron detenidos en Cadiz, y mostrò siempre con ellos entrañas, y ternura de verdadera Madre, no solo en su aprovechamiento espiritual, sino aun en el alivio corporal, de suerte, que para estàr mas prompto à socorrerlos en sus necessidades, renunciò la comodidad de venir en la Camara de popa, y quiso vivir con ellos en la de Santa Barbara, lugar incommodissimo, y de que rarissimas vezes saliò para repararse con el viento fresco en la Plaza de Armas, contento solo con las delicias, y conortes del Cielo, que jamàs le faltaban, gastando lo mas del tiempo en continua, y estrecha vnion con Dios. Llegado à Buenos-Ayres à ocho de Abril del año siguiente de 712. y esperando alli algunos pocos meses las embarcaciones de las Doctrinas, passò en ellas, con otros quatro de sus Conmissioneros, por orden del

Padre Visitador Antonio Garriga, à las Missiones de los Guaranìs, no sin dolor, y sentimiento de sus Novicios, que deseaban gozarle por mas largo tiempo, y tener à la vista vn exemplar perfecto de Jesuita Indiano, para copiar en sì aquellas tan grandes, y tan excelentes virtudes, que son necessarias à quien en Pais tan estraño, y entre gente tan barbara, por naturaleza, y por los vicios, debe exercitar el oficio de la Predicacion Apostolica. Lo que obrò despues en servicio de Dios, y de las almas en aquellas Reduciones, no se puede dezir facilmente; pero se puede congeturar bastantemente de què entre tantos, por otra parte dignissimos, fue escogido por compañero del Apostolico Padre Arce, para ir al descubrimiento del Puerto de los Itatines, por donde se hiziesse escala para la comunicacion con las Missiones de los Chiquitos, y para observar la voluntad de las Naciones circunvecinas à la Ley de Christo, en cuya empressa felizmente muriò. Hombre verdaderamente de virtudes, y talentos, de que se esperaba mucho para la exaltacion de la Fè, si Dios, que desde el Cielo ordena las cosas de la tierra, muy al revès de lo que alcançan nuestros cortos juizios, no huviera privado de èl al Paraguay, poco despues que se le diò, y llamadole à recibir el descanso eterno, quando estaba con fuerças, y vigor para trabajar por muchos años. Muriò

riò el año de setecientos y quince; no se sabe el dia, pero se cree fue su muerte à los vltimos de Noviembre, en edad de quarenta años, y veinte y vno de Religion, en que avia entrado à primero de Octubre de mil seiscientos y noventa y quatro.

CAPITULO XVIII.

FUNDASE UNA REDUCION NUEVA, y el Padre Juan Bautista de Zea emprende la Mission de los Zamucos.

YA es tiempo de que bolvamos à atar el hilo de la Historia, interrumpida con esta larga, bien que vtil digression, y en primer lugar à dar vna vista à la Reducion de San Juan Bautista, para passar despues à hablar por extenso de las trabajosissimas Missiones, que en estos años emprendiò à gloria de Dios, y bien de las almas el Apostolico Padre Juan Bautista de Zea. Yà diximos en el Capitulo XVI. como para suplir la falta de Sugetos se avian extinguido dos Pueblos, y el vno de la advocacion de San Juan Bautista: mas por este tiempo se bolviò à fundar otro con la misma advocacion. Avianse, pues, agregado à San Joseph buen numero de Morotocos, y Quies, y para mantener tanta gente era el terruño algo esteril, y cortas las cosechas: por lo

qual era neceſſario dividir aquel Pueblo, y buſcar en otra parte lugar para fundar en èl otro nuevo. Trece leguas de San Joſeph, àzia Levante, avia vna campaña llamada el Naranjal, eſteril, no tanto por infelicidad de la tierra, quanto por no aver quien la cultivaſſe. De comun conſentimiento eſcogieron, entre los otros, eſte parage los Neofitos, y tomò luego habitacion en èl la gente de quatro Naciones, y de otros tantos Idiomas, Boròs, Penotos, Taus, y Morotocos, poniendo por nombre à aquel Pueblo San Juan Bautiſta: y para eſto ſe atendiò tanto à que tuvieſſen comodamente con que paſſar la vida, quanto à que en barbaros nuevos en la Fè, viviendo muchos en numero, y envejecidos en los vicios, es coſa de increible trabajo quitarles las malas coſtumbres, hazerlos olvidar las antiguas ſuperſticiones, y reducirlos à la eſtrechèz de la Ley, y vida Chriſtiana: y como dezia graciofamente vn Miſsionero, ſon ellos tan niños, ſin vſo de razon, que para criarlos con vida de hombres racionales, es neceſſario eſtar en continuo exercicio de todas las virtudes, en eſpecial de la paciencia, del zelo, agrado, y de aquella que todo lo obra, la caridad, ſufriendoles infinitas impertinencias, y necedades, acomodandoſe à ſu modo, y transformandoſe en cada vno de ellos, para ganarlos, y conducirlos todos à Dios. Encargòſe eſte nuevo Pueblo al Padre

Juan

Juan Bautista Xandra, Sardo de Nacion, el qual procurò, con todo el fervor de su espiritu, que la gente fabricasse sus Ranchos, y labrasse la tierra, de suerte, que bolviendo de alli à poco el Padre Zea de los Zamucos, con no tan buen sucesso como esperaba, se consolò no poco con lo que viò en el nuevo Pueblo de San Juan, y tomò animo para arriesgar de nuevo la vida en la empressa de los Zamucos. Esta conversion de Zamucos, es aquella obra, que emprendo aora escrivir, en que por aver sido la vltima de este Obrero Evangelico; assi como el Sol en su Orizonte, quanto mas precipitado corre al ocaso, tanto se muestra mas luminoso, y bello, assi este Sol Apostolico echò el resto de su incomparable caridad, quando mas cercano à su muerte; y aunque consumido no menos de los años, que de los trabajos, tuvo tantas fuerças, y aliento, que pudo llegar à plantar triunfante la Vandera de Christo en Paìs inaccessible, no tanto por la barbaridad de sus moradores, quanto por su sitio natural: bien, que despues, por los inescrutables juizios de Dios, cometida à otros aquella grande obra, se frustraron por algun tiempo tantas fatigas, y las esperanças concebidas de penetrar por aqui à las vastissimas Provincias del Chaco. Fortalecido, pues, su espiritu con largas oraciones, y suplicas à Dios Nuestro Señor, para la feliz conducta

de aquel negocio, se puso en camino para los Zamucos por Julio de mil setecientos y diez y seis, acompañado de cien Neofitos, y à pocas leguas se le opuso el Infierno con horribles tempestades en el ayre, torvellinos de agua, y viento, crecientes de Rios, y otras mil incomodidades; de manera, que en andar cosa de catorce leguas gastò diez y nueve dias, mas no sin algun fruto; porque dando vna ligera corrida à registrar algunas Rancherias de los Tapiquias, yà assoladas, hallò alli treinta almas, que perseveraban aun en las tinieblas del Gentilismo; y ganadas para Christo, las despachò al Pueblo de San Joseph. Alegre con esta ganancia impensada, passò adelante, y à pocas leguas encontrò con vn bosque de diez leguas de largo, horrible à la vista, y tan dificil de penetrar por èl, que nunca le avia visto semejante en todas sus correrias. Lo que aqui hizo, y padeciò, con ningunas palabras lo podrè mejor referir, que con las que el mismo Padre Zea se lo escriviò al Padre Vice-Provincial Luis de la Roca. *Los Indios* (dize) *no obstante que desconfiaban llegar al cabo, començaron à trabajar, y à desmontar la espesura: mas à la mitad de ella desmayaron totalmente, y se resolvieron à dexarla, y tuve por milagro el poder detenerlos; y para animarlos à llevar al cabo lo començado, me puse yo à la frente con vna hacha en la mano, à vezes con el azadon, y otras lle-*

van-

vandoles agua, para refrigerarlos de los incendios del ardentissimo Sol que hazia, y de esta manera, con el favor de Dios, en diez y nueve dias de trabajo se acabò de romper el bosque. Mas lo que se hazia insufrible, era el no tener de dia, ni de noche treguas de las sangrientas molestias de infinitos mosquitos, y tabanos de varias especies, molestissimos, cuyos aguijones nos desfiguraron sobremanera, y nos duraron por mucho tiempo las señales. Puse por nombre à este bosque el Purgatorio, para que quien los años siguientes viniere à este Paìs en busca de almas, sepa quanto le han de costar. Hasta aqui el Padre Zea.

Abierto finalmente el camino, salieron à campaña rasa, donde no hallaron cosa de comer el Padre, ni sus compañeros, para repararse de los trabajos passados, porque no avia en aquel lugar ninguna caza, ni Laguna de pescado, ò alguna colmena, como ay por otras partes. Solo avia gran copia de agua estantìa en las Lagunas, y algunas raìces duras, y tan amargas como la hiel, y de estas no en mucha abundancia: por esta causa perdiò las esperanças de llegar al termino de su viage, porque fuera de lo dicho, avian tambien con los trabajos caìdo enfermos no pocos de los Neofitos, y los demàs apenas se podian tener, por la falta de alimento. Con todo esso passò adelante, y à dos jornadas distante de la vltima Rancheria de los Cuca-

rates, le ſuplicaron algunos Orerobates, y Morotocos, torcieſſe algun tanto el camino, y fueſſe à tres Rancherias de ſu Nacion à reducir à aquellos ſus Payſanos al conocimiento del Dios Verdadero. Condeſcendiò con ellos de buena gana el Santo Varon, y dando orden al reſto de ſu comitiva, que le eſperaſſen junto à los Cucarates, con ſolos algunos pocos, diò la buelta àcia las dichas Rancherias, y en menos de dos dias entrò en aquellas Tierras, donde no hallò ni aun vna ſola alma, porque la careſtìa avia obligado à los Payſanos à eſparcirſe por los boſques en buſca de comidas: por tanto fueron tras ellos los Chriſtianos, ſin perder tiempo; mas los Infieles, juzgandolos, ò enemigos, ò Indios Chiquitos, de quien ſe temen en gran manera, huyeron, haſta que deſengañados por averſe dado à conocer los nueſtros, ſe pararon. Pero fue en vano hablarlos de que ſe hizieſſen Chriſtianos, porque no venian bien en abandonar ſu nativo ſuelo, y tomar caſa en otro parage; y de otra manera no podian ſer doctrinados en las coſas de la Fè, y admitidos al Santo Bautiſmo: por cuya razon, viendo el Padre Zea, que no era aun llegado el tiempo para ſu converſion, diò la buelta en buſca de ſus compañeros; mas no le ſalieron en vano ſus fatigas, porque corriendo por algunas Rancherias, yà deſiertas, hallò alli poco mas de ſetenta almas, que redu-

duxo con facilidad à la Fè; y dexandolas al cuidado de algunos de sus Neofitos, que las guiassen, y conduxessen hasta San Joseph, alegrissimo el Siervo de Dios de aver en tres dias sacado de las garras del demonio tantos Infieles, llegò junto à la vltima Rancheria de los Cucarates, donde le esperaban sus compañeros, à los quales el espiritu maligno avia puesto en el coraçon tal desesperacion del exito felìz de aquella empressa, que por mas que los animò, no pudo jamàs conseguir con ellos que passassen adelante: y què podria hazer èl solo, si faltaba por romper otro bosque semejante al passado? Detenerse aqui, y con el ayuda de otros Infieles penetrar à los Zamucos, era impossible, porque todos, al vèr à los Chiquitos, se avian retirado muy adentro. Por tanto, con increible sentimiento, y dolor de su coraçon, se viò obligado à bolver atràs, y diferir la empressa hasta el año siguiente. Mas el zelo de las almas, y de la mayor gloria de Dios, que estimulaban al Apostolico Padre à proseguir lo començado, no le dexaron esperar à que abriesse el tiempo; y aunque de las continuas lluvias, que caìan, estaban anegadas las campañas, resolviò exponerse segunda vez à los riesgos, y peligros passados. Quales, y quantos fuessen, no lo refiere el Padre por extenso, pero sì explica lo bastante para comprehender el valor, y
alien-

aliento, que tenia en los negocios del ſervicio de Dios. *Lo miſmo* (dize) *era tratar de eſta Miſsion, que tocar al arma el Infierno para deshazerla, romper el ayre con furioſas tempeſtades, y mover en la tierra perſecucion aun mas terrible; porque vnos me perſuadian à que era temerario atrevimiento eſta empreſſa, y que no avia de ſalirme bien con los esfuerços humanos. Otros, con mas errado juicio, dezian que ſe perdia inutilmente el tiempo, y el trabajo en la converſion de pocos, quando avia cerca tantos Payſes, donde à menos coſta ſe ganaria para Dios muy grande multitud de almas.* Aſsi nos pinta, como en boſquexo, los esfuerços de los hombres, y de los demonios para apartarle de ſus intentos; mas todo ſe deſvaneciò, porque quando Dios le llamaba, ni perſuaſion de razones, ni terror de peligros, ni embarazos que ſe le atraveſaſſen, eran poderoſos para apartarle de ſus intentos.

Llamò, pues, vn dia à doce de los mas fervoroſos Chriſtianos, y de igual animo en los peligros, y con gran copia de razones les exortò à que quiſieſſen ſer ſus compañeros en aquella empreſſa, diziendoles, que en el Cielo les daria Dios el galardon de lo que por ſu amor padecieſſen: que debian procurar el bien de los otros, y moverſe à compaſsion de tantas almas oprimidas de la tiranìa del demonio, de quien ellos, por la miſericordia divina,

ſacudido el yugo: que no ſe eſpantaſſen de los trabajos, y rieſgos que ſe les ofrecerian, porque corria por cuenta del Cielo el librarlos de ellos: fuera de que èl ſerìa el primero en exponerſe à los peligros, y ellos en ſu ſeguimiento vendrian piſando ſus huellas: èl tentaria el primero los vados de los Rios, ſe arrojaria por los pantanos, echaria mano de la hacha, y ſi oſaſſen acometerlos los barbaros, èl ſe ofrecia à ſervirles de eſcudo. Eſto, y mas les dixo eſte generoſiſsimo Propagador de la Ley de Dios, con grande energìa de eſpiritu, porque de ſuyo era eloquentiſsimo. Y à la verdad era neceſſaria tal eficacia en ſus palabras, para que ſus Indios perſeveraſſen, y pudieſſen ſufrir tantos trabajos. Perſuadiòles lo que queria, y con eſtos pocos compañeros, en el mayor rigor del tiempo, por Febrero del año ſiguiente paſsò à reconocer el Boſque, que faltaba por abrir, para entrar en los Zamucos; y pareciendole cobardia el no poner luego manos à la obra, para allanar aquella dificultad, cogiendo vna hacha, y otras à ſu imitacion los Neofitos, començò à hacer el camino. *Por eſpacio de quince dias* (dize èl miſmo en vna carta) *deſde el amanecer haſta pueſto el Sol, trabajè en deſmontar parte de aquella Selva, las mas de las vezes con el agua haſta la cintura, à pie deſcalço por entre aquellos eſpinares, perdiendo à cada paſſo el camino, porque la violencia del agua nos*
 lle-

llevaba de vna parte à otra. Trabajando con este tesson, llegaron hasta la mitad del Bosque, donde conociò el Santo Varon, que de aquella manera, no tanto se avian de sufrir trabajos, y vencer dificultades, quanto contrastar poco menos que vn impossible; pues fuera del riesgo que avia, de que creciendo vn poco mas el agua, quedassen todos anegados, no tenian vn palmo de tierra donde reposar de noche, y la molestia, y enfado de los mosquitos era mas insufrible, que estàr debaxo del agua: por esto se viò precisado à bolver atràs, hasta que se serenasse el tiempo, y tomassen nuevo vigor, y aliento sus compañeros, aunque el Venerable Padre, à quien los consuelos del Cielo infundian tanto animo, y valor en tantas angustias, que el zelo de las almas le hazia casi insensibles todos los trabajos. Llegaron todos sanos, y salvos, el Sabado Santo à la Reducion de San Juan Bautista, aviendo gastado mas de quarenta dias en el viage. Al siguiente dia de Pasqua de Resurreccion tratò el Padre Zea de ajustar las pazes, y reducir al conocimiento de Dios los Carerás, para limpiar de esta manera el camino de peligros, y encuentros con aquellos Caribes, que causaban no poco terror à los passageros, y servian de embarazo à la dilatacion de la Santa Fè. Son estos Carerás de la misma Lengua, y Nacion que los Morotocos, con los quales po-

poco antes avian roto la paz, por litigios, y contiendas que tenian entre sì, y se avian seguido de ambas partes muchas muertes, y ruinas, hasta que cansados de pelear, y hazer guerra los Careràs, embiaron Mensageros à los Morotocos para bolver à su antigua amistad: pero contra todo el derecho de las Gentes, dieron estos inhumanamente la muerte à dichos Mensageros. Irritò tanto esta alevosìa à los Careràs, que se conjuraron para destruir à los Morotocos, sin dar jamàs quartèl à ninguno de ellos; antes bien haziendo pedazos à qualquiera que caìa en sus manos, y celebrando con sus carnes banquetes de cruelissima alegria. A domesticar, pues, estas fieras, y reducirlas al Rebaño de Christo, se partieron ciento y sesenta Indios Christianos del Pueblo de San Joseph, y entrando en su Rancheria, procuraron introducir tratados de paz; mas los Careràs, sin querer dar oìdos à estas platicas, se pusieron luego en arma, y del primer golpe mataron vn Indio Christiano, y hirieron à otros dos: Los Neofitos entonces, ofendidos, dieron sobre ellos, disparandoles vna tempestad de flechas, de que muchos quedaron muertos: irritados, los que pudieron, escaparon, y solo se recogieron diez y seis de la chusma, que traìdos à San Joseph, se reduxeron à nuestra Santa Fè. Los fugitivos en varias ocasiones quisieron matar al Padre Zea; mas Dios, que le guar-

 da-

daba, le librò siempre de varias maneras de su furor, y crueldad. Mientras sucedia lo referido con los Careràs, se estaba disponiendo el infatigable Missionero, para llevar al cabo, y conseguir el fin glorioso de tan trabajosa empressa: para la qual escogiendo segunda vez algunos Christianos de mas valor, y fuerças, partiò à fines de Mayo de setecientos y diez y siete, y llegado al lugar de sus sudores, se puso luego con mayor brio à cortar arboles, y à allanar la tierra, facilitando este trabajo, y fatiga, la esperança de feliz sucesso. Parecia casi impossible quitar aquel embarazo; pero nada le es inaccessible, nada duro de vencer, à quien ha ofrecido su espiritu à Dios, y à los proximos su vida en obsequio de la caridad. Al cabo de veinte dias se llegò à abrir del todo aquel impenetrable Bosque, y à los doce de Julio llegò à la primera Rancheria de los Zamucos. Estos, à quienes avia llegado antes la fama de su venida, la festejaron con demostraciones de extraordinria alegria; cercaronle todos en rueda, y los varones todos vno por vno le fueron besando la mano: querian hazer lo mismo las mugeres; mas el Santo Varon, que se deshazia todo en lagrimas de consuelo, les diò à besar la Imagen de la Virgen Santissima, que traìa en la mano. Cumplimentaron despues à los Neofitos, abrazandolos en señal de paz, y de amor, y les alojaron

jaron en sus casas, dandoles parte de la pobreza, y escasèz del Paìs. El dia siguiente, junto el Pueblo en la Plaza, les diò razon, y juntamente vna breve noticia de Dios, de su Santa Ley, y les preguntò, si querian que los Missioneros viniessen à predicarles alli la Fè de Iesu-Christo, y enseñarles el camino de el Cielo. Respondieron ellos, que avia mucho tiempo que lo deseaban, y el no ser yà Christianos, era, porque no tenian quien les explicasse los Mysterios de la Fè, que avian de creer, ni los Mandamientos que debian observar. Pues si es assi, añadiò el Padre, bañado en alegria, es necessario levantar primero Iglesia à vuestro Criador, y Señor, y que os junteis todos en vn Pueblo. A esta propuesta se levantaron dos Caciques principales, diziendo, que lo harian de buena voluntad, mas no alli, sino en mejor sitio, y que juntarian luego al punto toda la gente del contorno, para fundar vna Reducion numerosa. Entre tanto hizo el Padre Zea enarbolar vna Cruz en vn alto; y puestos todos de rodillas delante de ella, la adoraron; y entonadas las Letanias de la Virgen, puso aquel Pueblo debaxo del patrocinio, y tutela de Nuestro Padre San Ignacio, cuya advocacion le diò. Huvierase quedado alli de buena gana para dar calor à la buena voluntad de los Zamucos, si huviera llevado consigo los Ornamentos sagrados, y Altar portatil, aunque le fuesse for-

ço ſo ſufrir muchas incomodidades, y no tener otra coſa para comer; que agua, y algunas raìzes de yervas ſilveſtres: por eſta cauſa ſe huvo de deſpedir de ellos, y bolverſe por entonces con igual ſentimiento, y dolor del que ſe partia, y de los que ſe quedaban. A la buelta tuvo ocaſion oportuna de ganar para Chriſto à cien Indios de varias Naciones, Zinotecas, Japoretecas, y Cucarates, que ſe traxo conſigo à la Reducion de San Juan Bautiſta, en donde mientras ſe eſtaba diſponiendo de nuevo para bolver à ſus Zamucos, recibiò orden de nueſtro Padre General Miguèl Angel Tamburini, de que tomaſſe à ſu cargo el govierno de eſta Provincia; à que obedeciò promptamente, no ſin incomparable dolor de ſu coraçon. Y porque con eſta ocaſion muriò al bien publico de eſtas Miſsiones, dexando deſpues de dos años, poco menos, la vida en el empleo de Provincial, harèmos aqui vna breve relacion de los meritos, que partiendoſe de aqui llevò conſigo al Paraguay, para exemplo de los Subditos, y deſpues al Cielo, para recibir la corona debida à los Operarios Apoſtolicos.

Fue el Padre Juan Bautiſta de Zea Natural de Goaze, Lugar de Caſtilla la Vieja, en donde naciò à diez y ocho de Março de mil ſeiſcientos y cinquenta y quatro. Aqui aprendiò los primeros rudimentos de la Gramatica, aunque por la calidad del

Lu-

Lugar, y de los Maeſtros, aprovechò mas en la devocion, que en las letras, creciendo no menos en la virtud, que en los años. Para eſtudiar las Ciencias mayores, paſsò à la Univerſidad de Valladolid, donde diò buenas mueſtras de ingenio en las Ciencias eſpeculativas, pero mucho mas en la de los Santos. Sobreſalia en èl vna modeſtia virginal, vna inocencia de coſtumbres, tan chriſtianas como amables, vn deſprecio grande de las coſas del mundo, y vn no guſtar de otra coſa, que de Dios, y de ſu alma. Poco era meneſter para que quien eſtaba tan deſpegado de los afectos de la carne, y ſangre, ſe rindieſſe à la voluntad Divina, que le llamaba à la Compañia, en que à trece de Agoſto de mil ſeiſcientos y ſetenta yvno le recibiò el DoctiſsimoPadre Diego de la Fuente Hurtado, el qual deſcubriendo con luz ſoberana, y anteviendo los fines à que Dios tenia deſtinado al nuevo Jeſuita, pronoſticò de èl coſas grandes en el ſervicio de Dios, y aumento de la Santa Igleſia, y de alli adelante le amò ſiempre, y le venerò como à Santo. Apenas el Hermano Zea ſe viſtiò la Sotana de la Compañia, quando haziendoſe cargo de las nuevas obligaciones, que con ella avia contraìdo, procurò dar à ellas entero cumplimiento; y como ſi empezàra de nuevo el camino de la virtud, ſe miraba en las virtudes de ſus Connovicios, obſervando quanto en ellos era digno de

ſer

ser imitado, para copiar en sì mismo la perfeccion de todos. Dandosele para leer, y considerar nuestras reglas, se las puso delante como modelo, à que se arreglò perfectamente en lo interior, y exterior. Tuvo muy poco en que vencerse, para entregar del todo su coraçon à Dios, no queriendo, ni amando, ni pensando en otro bien, que en su Magestad; y testifica Sugeto que le conociò estudiando la Philosofia, que aviendole dado los Superiores el cuidado del Relox de Casa, se estaba solo en vn aposento bien incomodo, sin salir de èl, sino obligado de las funciones escolasticas, ò domesticas. Aqui todo el tiempo que le sobraba de las tareas del estudio, lo daba à Dios, y rarissima vez à los hombres, porque vsaba muy poco de su conversacion, y esto solamente quando lo pedia la obligacion.

Passò despues à estudiar la Theologia à Salamanca, y à este tiempo corriò la noticia por las Provincias de España de aver llegado à Cadiz los Padres Christoval de Grijalva, y Thomàs Dombidas, Procuradores del Paraguay; y poniendose à considerar sobre la conversion de los Idolatras, y el extremo desamparo en que estàn innumerables Pueblos del Occidente, dilatado campo en que ofrece copiosissima mies à muchos Operarios Evangelicos, si huviesse muchos, que despreciando las comodi-

dades proprias, atendiessen à la eterna salvacion de las almas, se le encendiò el coraçon en deseos de ser vno de los escogidos à quien tocasse la suerte de sèr señalado para la Mission de la dilatadissima Provincia del Paraguay: por tanto puso luego todo empeño en alcançar licencia de sus Superiores, los quales sintieron mucho sù peticion, porque por vna parte no querian privarse de èl, y por otra no querian oponerse à la voluntad de Dios, conocida claramente en su vocacion, prevaleciò finalmente la America, y la abandonada Gentilidad del Paraguay: por lo qual nuestro Zea, contento, y alegrissimo se partiò de su Provincia de Castilla, à quien como hijo professò siempre ternissimo afecto; y sus Condiscipulos le siguieron con el coraçon, conservando su dulcissima memoria; singularmente se esmerò en esto su Maestro en la Philosofia el Padre Balthasar Rubio, Confessor que fue de la Serenissima Reyna de España Doña Maria Luisa de Saboya: este le siguiò con el afecto, con sus oraciones, y con sus cartas, pues quando se ofrecia ocasion, siempre le escrivia, por tener del Padre Zea subido concepto, como en ellas lo manifestaba. Ordenòse de Sacerdote antes de embarcarse para esta Provincia, à que passò el año de seiscientos y ochenta y vno; y apenas se dieron à la vela en Cadiz, quando se le ofreciò ocasion, en que dar muestras del espiritu, y

 vir-

vi.tudes, de las quales iba abundantemente prevenido para aquel viage. Cayeron enfermos casi todos sus compañeros, que llegaban à sesenta, porque se marearon con extraordinaria inapetencia, y fastidio de la comida, à que se siguieron otras enfermedades, de que murieron ocho de los Jesuitas, como dixe en la vida del Padre Cavallero, que passò tambien à Indias en esta ocasion. El Padre Zea era entonces todo para todos, sirviendoles no solamente de enfermero, sino de cocinero, aunque sin experiencia en tales oficios; mas la caridad, que es maestra muy ingeniosa, le enseñò estos, y otros oficios para servir à sus Hermanos. Convalecidos estos, empleò todos sus pensamientos, y zelo en la chusma de los Grumetes del Navio, tomando à su cargo el cuidado espiritual de ellos con las platicas, exortaciones, confessiones, y todos los otros exercicios conducentes al aprovechamiento de las almas, no dexando entre tanto obra ninguna, por vil, y repugnante que fuesse, que no la executasse en servicio de ellos, por ganarlos para Dios, y de mejor gana, y mas alegremente hazia aquellas que eran de mayor trabajo, y desprecio. Con este porte tan santo procediò toda la navegacion, que durò tres meses, con aprovechamiento maravilloso de muchos, à quien reduxo à bien vivir, yà valiendose de las verdades eternas, yà poniendoles à la vista tantos peli-

ligros, y tempestades del Mar, que aun à los mas perdidos suelen obligar à cuidar de la conciencia, y del alma, que antes tenian en total olvido, ò parecia no tenerla.

Lo que obrò despues que llegò à las Indias, y en què oficios se empleò en el largo curso de su vida, no lo he podido averiguar, por la distancia de los Lugares donde viviò, y trabajò, y por aver muerto muchos de la Compañia, que le trataron familiarmente. Pero sè, que por el aprecio, que desde el principio hizieron de èl los Superiores, poco despues que llegò de España, le hizieron Ministro del Colegio Maximo de Cordova, donde se cria la Religiosa juventud de toda esta Provincia. Despues fue Superior de las Missiones del Uruguay, Visitador de las de los Chiquitos, Vice-Rector del Colegio de Cordova, y estuvo tambien señalado Rector de el Colegio de las Corrientes, à que por motivos que tuvo propuso; y vltimamente fue Provincial de esta Provincia, oficio en que le cogiò la muerte al año y medio de su govierno. Aora solo dirè brevemente alguna cosa de sus virtudes, reservando para mejor ocasion el dar por extenso relacion completa de sus muchas empressas, y acciones heroycas. Y en primer lugar dirè de su pobreza Religiosa. Fue siempre pobrissimo en su vestido, tanto, que por los muchos remiendos que tenia, dezia con gracia

vn Missionero, que avia en èl mas accidentes, que substancia: èl mismo lo remendaba por sus manos: jamàs mudò otro, hasta que el primero, por no poder yà subsistir, se le caìa à pedazos. Al entrar en Buenos-Ayres siendo Provincial, le rogò su Secretario el Padre Juan de Alzola, que à lo menos en aquella Ciudad se dexasse vèr con Sotana vn poco decente, pues la que llevaba estaba, de muy desteñida, casi blanca, porque si no, le obligaria à èl à que se vistiesse otra semejante. Yo le mando à V. R. respondiò el Padre Zea, que no haga mudança ninguna en su vestido, y dexe que yo me goze en esta pobreza, de que hago mas aprecio, que de quantas Purpuras visten los Monarcas, y Emperadores. Todos los muebles de su aposento eran vna red; ò como aqui llamamos, amaca, para dormir, sin colchon, ni almohada, vnos quantos libros devotos, y vn Santo Christo: Su Breviario era tan viejo, y hecho pedazos, que solo ayudado de la memoria podia satisfacer à la obligacion de rezar el Oficio Divino: su mayor tesoro eran los instrumentos de penitencia, con que maceraba su carne, silicio, cadenas de hierro, cruces armadas de agudas puntas, y otros de este jaèz, con que reduxo su cuerpo à perpetua esclavitud; con aquel santo temor con que se armò tambien contra sì mismo el Apostol San Pablo. En sus viages solo comia vn poco

co de pan, y alguna otra vianda, de que vsan los pobres Indios; bien, que quanto al pan, ù otro de los manjares, que vsan los Europèos, en muchos años no probò bocado, contento solo con vn puñado de maìz mal cocido, y en muchas ocasiones con raìzes, ò frutas silvestres, pues muchas vezes no tenia, ni hallaba otra cosa en los bosques; y quando comia con mas esplendidèz, era, ò algun pezecillo, ò vnas yervas cocidas sin algun aderezo: y vivia tan gozoso, y alegre en esta pobreza, y miseria, que en su vltima enfermedad le eran molestas, y pesadas las comodidades, que vsa con sus enfermos la Compañia. No fue inferior à la pobreza su obediencia, de que diò pruebas maravillosas, las quales por ventura, alguno que no mira la verdadera santidad sino con los ojos del cuerpo, tendrà en poco, pero no quien mirando las cosas con los ojos limpios, y claros del espiritu, mide la perfeccion de las virtudes, no con lo que muestran en la apariencia, sino con lo que en la realidad son en sì mismas. Era, como despues verèmos, Varon de zelo ardentissimo, y de natural sobremanera ardiente: con todo esso, à vna leve insinuacion de sus Superiores, desde las Missiones de los Guaranìs, donde trabajaba en grandes obras del servicio de Dios, y provecho de las almas, se reduxo, sin la menor propuesta, à las angustias de vn aposento en vn Colegio,

gio, con el empleo de enseñar à los niños los primeros rudimento de la Gramatica. A otra insinuacion de su Provincial, mientras estaba reduciendo al gremio de la Iglesia gran numero de Infieles, dexando al punto aquella grande obra, passò à las Reduciones del Uruguay, como si dixeramos de vn cabo del mundo al otro, pues distaban estas mas de mil y ducientas leguas de las otras donde estaba: y vn viage de veinte y quatro horas bolviò à desandarle, por obediencia, en veinte y quatro dias. Finalmente, donde esta virtud campeò, con admiracion de todos, fue, quando estando en el fervor de sus conversiones, y à lo mejor de la obra de reducir à la Fè à los Zamucos, y fundar aquella nueva Christiandad, levantò al punto las manos de la labor, sin esperança de bolver jamàs à proseguirla, à vn orden de nuestro Padre General de que tomasse à su cargo el govierno de esta Provincia: èl mismo confessò con toda ingenuidad, que le costò la execucion de este orden increible dolor, y sentimiento, y que jamàs avia sentido tanta repugnancia su natural, como en este caso de ser Superior: y aunque facilmente se huviera podido escusar de aquella carga, para èl tan pesada, con todo esso, por no dexar de obedecer, la acceptò promptamente, y sin dilacion se vino à largas jornadas al Tucumàn, sufriendo por el camino in-

increibles trabajos, è incomodidades.

Mas en lo que sobre todo se hizo admirable entre los Nuestros, fue en el zelo de las almas, y en la conversion de los Infieles. El dilatar la Fè, el predicar à los Christianos, el reducir à los Gentiles, no parecia en èl obra de virtud, sino inclinacion, y apetito natural: por lo qual no sabìa vivir de otra suerte, ni en otra ocupacion recibia gusto, sino en esta de conducir almas al conocimiento, y amor de Dios, y en este exercicio estaba toda su quietud, y descanso; y para aliviarle en todas enfermedades, no avia mejor medio, que hablarle de nuevas empressas en bien de las almas, de la santa vida de los nuevos Christianos, y de nueva conversion de Infieles à la Santa Iglesia. Ojalà pudiera yo trasladar aqui algunas cartas suyas, que tengo en mi poder, para que vieran todos, que no pudieran los enamorados del mundo, y de la carne explicar con mas vivas expresiones sus contentos, y deseos, quanto este Obrero Evangelico manifiesta los sentimientos de su coraçon en los negocios del servicio de Dios; los lamentos, y quexas que haze de su mayor enemigo el demonio, quando se le atravesaba, ò hazia se le desvaneciessen sus designios. Por esso no me causa admiracion, que con animo invicto sufriesse muchas persecuciones, y reparasse, aun con la perdida de su reputacion, los daños, bien

que ligeros, de ſu Chriſtiandad; antes dando cuenta de eſtas ſus borraſcas al Padre Franciſco Burgès, Procurador General de eſta Provincia, en carta de 29. de Septiembre de 1705. eſcrita à Madrid, le dize aſsi: *Para mi no puede aver mayor gloria, que el que me perſigan por llevar adelante aquella nueva Chriſtiandad de los Chiquitos, que tantos trabajos, y ſudores me ha coſtado deſde los principios.* Y dezia la la verdad: porque ſi ſe habla de ſolos trabajos, que ſe padecen en deſvaſtar, è inſtruir à eſtos Gentiles, que en las facciones ſon hombres, pero en las obras ſe diſtinguen poco de los brutos, ſufria, y hazia por ellos quanto puede hazer vn verdadero Padre, para provecho eſpiritual, y corporal de ſus hijos, porque à èl la virtud le avia dado tan tiernas entrañas, y amor de verdadero Padre, como los Padres naturales ſuelen tenerlas por naturaleza con los hijos: de dia, y de noche trabajaba, no ſolo para bien de las almas, ſino tambien de los cuerpos de ſus Neofitos, yà poveyendo de viveres en abundancia à los hambrientos, yà componiendo recetas, y aplicando remedios à los enfermos, y aunque ſe reſintieſſe la naturaleza, tratando, y limpiando ſus llagas con tal deſembarazo, como ſi no ſintieſſe là menor repugnancia, ni aſco en sì miſmo: el miſmo amor le enſeñò à ſer Juez, y arbitro en ſus litigios, gaſtando mucho tiempo en oìrles contar, con pacien-

ciencia, y dulçura inexplicable, las diferencias que tenian entre sì, para lograr assi el mantener, y conservar entre ellos la paz; porque antes de ser Christianos, cada vno, por su propria autoridad, se hazia justicia, y vengaba sus agravios con las armas. Esto, y mucho mas hazia, y sufria por los pobres Indios; y aunque otros no pudieran tolerar el continuo peso de vida tan trabajosa, y con tan poco alivio, con todo esso èl durò en ella por muchos años, y cada dia se hallaba con tanto vigor, como si en aquel comenzasse: de lo qual, como dixe en otra parte, no acababa yo de maravillarme; pues quando oìdos sus trabajos en la Mission de los Zamucos, le consideraba consumido de fuerças, y que apenas se podia tener en pie, le vì poco despues en Cordova, con alientos, y vigor de joven, siendo assì, que yà contaba sesenta y quatro años de edad. A tantas fatigas, por el bien de aquellos nuevos Christianos, se añadiò otra trabajosissima, de aprender tantos, y tan dificultosos Idiomas barbaros, para que al tiempo que ellos en las obras le experimentaban Padre, no le tuviessen en la Lengua por Estrangero. Cosa era esta, que à vn hombre de su edad le pudiera ser muy enfadosa, y de mucho empacho; mas el zelo de las almas le obligò à bolver à la condicion, y simplicidad de niño, para aprender vno por vno los vocablos, y significados

dos de àquellas Lenguas, y para expressar las vozes con los acentos proprios de los barbaros; y no rehusando hazerse discipulo de los mismos Infieles, los tomaba por Interpretes, para traducir en su Idioma los Mysterios, y Preceptos de la Ley de Dios, procurando despues enseñarselos à ellos, con trabajo continuo de meses, y años enteros.

Tales entrañas de caridad experimentamos tambien nosotros, quando le gozamos en el Oficio de Provincial: era muy liberal, humano, y afable con sus Subditos, guardando con ellos la gravedad precisamente necessaria, para ser obedecido; y todos no solamente le amaban por su agradable trato, por el candor de sus inocentes costumbres, y por vna singular, è inseparable sinceridad, con que tenia el corazon en los labios, y el alma patente en el rostro, mas tambien le reverenciaban como à Santo; de que dieron muy claras muestras, quando assaltado de vna lenta calentura, con otras enfermedades, poco à poco le conduxo al termino de sus dias. Avisado del peligro que corria su vida, en vez de espantarse, ò temer la muerte, parecia que le salia al encuentro con generosidad, y fortaleza de animo, confiado en la misericordia de aquel Señor, que le avia concedido quarenta y ocho años para servirle en la Compañia, y treinta y ocho en las Indias. Por muchos dias hizo este Colegio de Cordo-

va

va muchas rogativas, y penitencias, para pedir, y ſuplicar à Nueſtro Señor no le quitaſſe tan preſto vn Superior, y Padre tan neceſſario al bien publico, y tan amado de todos. Pero al fin quiſo Dios llevarle à la Gloria, como de ſu bondad eſperamos, à darle el premio debido à ſus meritos: la Viſpera de la Santiſsima Trinidad recibiò todos los Sacramentos, ſin dar la menor ſeñal de temer la muerte, y ſe entretuvo todo aquel dia, parte en dar diſpoſiciones, con mucha ſerenidad, acerca del govierno de la Provincia, y parte en ſuaviſsimos coloquios con ſu Crucificado Redemptor, en cuyas manos entregò ſu eſpiritu, al entrar el dia de la Santiſsima Trinidad, de cuya viſta iba à gozar en la bienaventurança. Fue ſu muerte à los ſeſenta y cinco años de ſu edad, à quatro de Junio de ſetecientos y diez y nueve. El miſmo dia ſe celebrò ſu entierro, à que aſsiſtiò el Iluſtriſsimo Señor Obiſpo de eſta Dioceſi, gran numero de Religioſos de todas Ordenes, el Cabildo Secular, lo principal de la Nobleza, y mucho Pueblo: los Nueſtros repartieron entre sì ſus pobres alhajas, que ſe reducian à inſtrumentos de penitencia, y algunos libritos devotos, para tenerlos por Reliquias, y conſervar ſiempre freſca la memoria del incomparable Varon, que avian perdido, no menos venerable, y digno de eterna alabança, por la ſantidad de ſu

 vi-

vida, que por las muchas almas de que enriqueciò à la Iglesia toda.

CAPITULO XIX.

CONTINUA EL PADRE MIGUEL DE YEGROS la Mission de los Zamucos, à cuyas manos muere el Hermano Alberto Romero.

AViendo ordenado el nuevo Provincial Padre Juan Bautista de Zea, que el Padre Miguèl de Yegros, en passando las lluvias, fuesse con el Hermano Alberto Romero à fundar la Reducion de Nuestro Padre San Ignacio, se anticipò el Padre Yegros algun tiempo, assi por escoger con tiempo sitio à proposito, como por no exponerse à peligro de no hallar agua que beber en el camino; por tanto, à principios de Abril empezò su viage: mas entrando en el Bosque de los Zamucos, se viò obligado à bolver atràs, por tener tanta falta de agua, que ni la gente, ni las cavallerias tenian con que apagar la sed. Pusose en camino segunda vez por Septiembre, y lloviò tanto, que anegadas las campañas de los Cucarates, apenas pudo llegar al termino de su viage. Lo que padeciò en este viage, lo referirè con las mismas palabras, con que èl, aviendo buelto de los Zamucos, se lo escriviò en

car-

carta de 27. de Octubre de aquel año de 1718. al Padre Visitador de los Chiquitos Juan Patricio Fernandez, desde el Pueblo de San Juan. *Por no alargarme* (dize) *no describo aqui, como consegui el llegar à este Pueblo contra el parecer, y juizio de todos los practicos de estos caminos, y contra toda disposicion de el tiempo; y los pocos Morotocos que llevè conmigo, y se adelantaron à entrar en la montaña, huvieron de perecer de sed, aunque consiguieron con gran valor el llegar al Pueblo; y yo, que de aì à algunos dias los seguì, fuì nadando en agua (como dizen) por toda la montaña, que yà servia de enfado, y de embarazo al que iba de posta, y de ligera. Solo lo atribuì al dedo de Dios, pues quando la piedad, y misericordia Divina se inclina à obrar, no ay impossibles, y mas quando precedieron los sudores, trabajos, necessidades, y hambres de su primer Conquistador de esta Nacion nuestro dignissimo Padre Provincial Juan Bautista de Zea.* Despachò, pues, delante el Padre Yegros algunos Indios Christianos, que avisassen al Cacique principal de los Zamucos de su venida, y que le llevassen en su nombre vn Baston, hermosamente guarnecido, y vna camiseta colorada, que son las galas, que ellos estiman. Llegaron los Mensageros, y fueron recibidos con grande amor, y cortesia, y fueron sentados à la mesa del Cacique, cuyas viandas se reducian à raizes de cardos silvestres, que era todo su manteni-

nimiento, y por gran regalo les ofrecieron vn vaso de agua, porque avia alli tal carestìa, que cada vno estaba esperando la suerte de poder coger tanta quanta cabia en la palma de la mano, de vn pequeño manantial, que salia de vn peñasco. Dos dias despues se partieron los Christianos, acompañados del Cacique principal, con otros de los suyos, y encontrandose en el Bosque con el Padre Miguèl, dieron la buelta, y à cinco de Octubre llegaron à donde el Padre Zea el año antecedente avia levantado la Cruz. Increible fue el jubilo, y la fiesta que hizo aquella buena gente, manifestando el gusto que tenian de vèr en sus Paìses à nuestros Missioneros: diziendo en nombre de todos el Cacique principal, Indio por cierto digno de estimacion, que no obstante sus grandes necessidades, hambres, y pobreza, no se avia apartado de su Pueblo, ni permitido que los suyos se alexassen, por estar en continua esperança de que avian de ir los nuestros, aviendo embiado varias vezes, y èl mismo ido en persona à registrar los caminos para vèr si parecian. Igual fue tambien la alegria del Padre Miguèl, que veìa yà logrados los sudores del Padre Zea, que con tantos trabajos avia empezado à plantar aquella viña, y para su fecundidad le llovia el Cielo copiosas bendiciones. Tratò luego con aquel Cacique, y con todos los demàs Principales, del fin de

ſu ida à aquellos Pueblos, que era el fundar Reducion en ſus Tierras, y quedarſe con ellos: à cuyo fin les pidiò le dieſſen paſſo franco, y guias para todos los demàs Pueblos, para eſcoger en ellos el que fueſſe mas acomodado para la fundacion, y en particular àzia los que eſtaban al Poniente cercanos à las Salinas, donde avian informado al Padre avia parages muy buenos para Pueblos, aguadas, montañas, y palmares para eſtancias de ganados, intereſſandoſe en eſto tambien el irſe acercando à los demàs Pueblos de los Chiquitos, con camino mas derecho, y mas breve. *Oyendome el Cacique* (ſon palabras del Padre Miguèl, en la carta para el Padre Juan Patricio Fernandez) *Oyendome el Cacique eſtas, y otras conveniencias, diò vn grito, y ſuſpiro, diziendo: Me tuviera por ingrato, y vil, deſpues de tantas finezas, y eſtimacion, que aveis hecho de mi, ſi en alguna coſa os mintiera, y engañàra, y negando lo que me pedìs os deſazonàra: y aunque no me querais creer, os deſengaño, Padre, de que en todas nueſtras Tierras no hallareis parages, ni las comodidades que dezìs para fundar, pues lo miſmo que veis, y reconoceis en eſte mi Pueblo, ſucede en todos los demàs: y aunque en tiempo de lluvias, por cauſa de las avenidas, corren algunas cañadas con abundancia de agua, mas paſſados algunos meſes, no quedan mas que las madres ſecas, y ſin agua, por lo qual luego nos deſparramamos con nueſtras chuſmas à buſ-*

buscar que comer, y que beber. No obstante esta respuesta, le bolvì à instar con otras razones mas eficaces, que Nuestro Señor me inspirò, que me dexasse passar siquiera à visitar al Cacique de los Pueblos del Poniente, dandome guias, y quien me abriesse alguna senda para poder passar à la ligera. Respondiòme à esta peticion el Cacique: Te asseguro, Padre, por el amor que te tengo, que si vàs, tu, y todos tus Compañeros pereceréis de sed. Hasta aqui el Padre Miguèl, que oyendo esto se retirò à parte, para encomendar à Nuestro Señor aquel negocio.

Entonces el Cacique juntò à todo el Pueblo en la Plaza, y le reprehendiò con palabras muy sentidas el que huviesse alguno de ellos mentido, y engañado al Padre Missionero, con dezirle, que avia en sus Tierras los parages, y comodidades yà dichas para fundacion; y les añadiò, que quedaba muy avergonçado de que huviessen dado ocasion para que el Padre juzgasse, que èl le engañaba, negandole lo que ellos mismos tanto deseaban; y por fin mandò à todos, que obedeciessen en todo à la voluntad del Padre Miguèl. Estaba este retirado en su Rancho, rogando à Nuestro Señor, que no se frustrasse esta fundacion, y reducion de todo el gentìo cercano, y encomendando à su Magestad la resolucion que tomaria en este caso. Luego supo por medio del Interprete, que avia estado oyendo de secreto

creto al Cacique, todo el razonamiento, que este avia hecho à los suyos en la Plaza. *Con lo qual* (prosigue el Padre en su relacion) *me determinè à proponerles, si gustarian de fundar, y juntarse para este efecto fuera de sus montañas, y al remate de las campañas de las Japeras de los Cucarates, por ser Tierras muy cabales para vna fundacion, aunque solo de passo vistas, y registradas, con animo (si viniessen en ello) de registrarlo mejor à la buelta, trayendo algunos de ellos conmigo para vèr los parages. Llamè de alli à vn rato al Cacique, y le propuse todo esto; à que sin dexarme passar adelante, con grande algazara respondiò, que era grande eleccion, y que yà avia estado, y visto todas aquellas campañas, y que le parecieron muy buenas, y à proposito para el fin, y que me siguiera luego con toda su gente, y todos los demàs Pueblos vezinos, à no tener todos sus zapallares yà en flor, y muchos que yà començaban à dàr, y que no sembrarian otra cosa, sino que en acabando los juntaria, y convocaria toda aquella gente, y se vendria luego al sitio que yo dexasse señalado para el Pueblo, y embiaria conmigo algunos de los Principales, para que registrassen, y viessen el puesto para dicho Pueblo; y en bolviendo à darles cuenta de lo visto, tomaria luego el camino para aquel parage. Con esto resolvì bolverme despues de dos dias, porque no avia agua que beber; y en estos dos dias que estuve alli, fue forçoso beber de vnos charquitos, que se avian juntado en vna cañada,*

vna legua del Pueblo, de vn aguazero que cayò, que mas era barro, que agua; y de vna poca, que ellos tenian recogida llovediza, en vnos calabazos, nos dieron vno por gran fineza, y vendido por vn poco de maiz. Poco despues que se sossegaron los del Pueblo, cerrada yà la noche, vino el Cacique, acompañado con algunos viejos, à pedirme audiencia junto à mi toldo; y dandoles asiento por señal de alegria, y albricias, me dixo el Cacique: Padre, no te aflijas, que despues del año en que se aya poblado el sitio que nos señalares, irè con la gente de este mi Pueblo àzia el Sur, en tres dias de camino de montaña, à traer, y à combidar à otra Provincia de Zamucos (con quienes antiguamente estabamos amigos, y quebramos con ellos) que son diez Pueblos de tanto numero como nosotros; y de aì à vn dia de camino, en que remata la montaña, y comiençan las campañas, està innumerable gentìo, que llega hasta los Pueblos, que llamamos nosotros de los Españoles. Estos guerrean siempre con esta otra Provincia de Zamucos, que se llaman Vgaronòs (de los quales ay vno en este Pueblo de San Juan, que antiguamente vino con sus Padres à esta otra Provincia, y de aì à los Morotocos; y quando andaba con los Padres, llegò à vèr todo esse gentìo, que es el Chaco, y à vn lado algunos Pueblos de Guarayos.) Agradecile sumamente las noticias al Cacique, quien bolviò à añadir estaban contentissimos con el parage que les avia insinuado, muy à proposito para poder desde aì con mas facilidad, y bre-

brevedad penetrar hasta las Naciones dichas, pues desde mas lexos avia venido yo à sus Tierras, y Pueblos; y dandome otras noticias de otros gentìos por diversos rumbos, se despidiò para irse à descansar. Asi el Padre Miguèl; el qual queriendo al otro dia despedirse de ellos, se levantò vna griteria, y llanto de toda la gente, à quien el deseo del Santo Bautismo no daba aliento para vèr partir al Padre Missionero; mas dandoles palabra de que quanto antes los bolveria à vèr, se quietaron; y levantadas al Cielo las manos, pedian à Dios le diesse felìz viage, y que bolviesse presto. Partiòse finalmente, echando mil bendiciones à aquel Pueblo, tan deseoso de recibir la Santa Fè, trayendose en su compañia aquellos Zamucos, embiados de su Cacique; y reconocido el Paìs de los Cucarates, passò à San Juan Bautista, donde los Neofitos recibieron, y acogieron à los dos Cathecumenos con extraordinario afecto, tratandolos con aquellas cortesias, que el zelo del bien de sus almas, y el amor de Dios dictan à los que son nuevos en la Santa Fè. Llegò, pues, de buelta de los Zamucos al Pueblo de San Juan à 26. de Octubre de aquel mismo año de 718. y luego participò las noticias de todo lo referido en este Capitulo al Padre Visitador de aquellas Missiones Juan Patricio Fernandez, quien atribuyendo à singular misericordia de Dios, y à los meritos, y sudores del Apostolico

 lico

lico Padre Zea; que aquellos barbaros eſtuvieſſen tan deſeoſos del Santo Bautiſmo, y tan contentos, y promptos à dexar ſus Tierras, hizo luego deſpachar los dos Zamucos, que traxo el Padre Miguèl de Yegros, con aviſo al Cacique de que ſe fueſſe con todos ſus vaſſallos à las Tierras de los Cucarates, porque en breve ſe partiria allà el Padre Miguèl con el Hermano Alberto Romero.

Quien creyera, que vna obra, encaminada con tantos trabajos, y ſudores, y con tanta felicidad, de donde reſultaria à Dios grande gloria, y à la Igleſia mucho numero de Fieles, ſe deſtruyeſſe en vn momento, y de tal manera, que haſta aora no ſe les ha podido reducir, bien, que ſiempre ſe intenta. La cauſa de eſta novedad la atribuyen todos à la natural inconſtancia, è inſtabilidad de los Indios; mas ſi yo à eſte comun ſentir pudieſſe añadir el mio particular, diria, que ha tenido mas alta cauſa eſte infelìz ſuceſſo: porque ſiendo la converſion de las almas obra principalmente de Dios, dexa ſu Mageſtad muchas vezes, que las induſtrias humanas, y la virtud de los medios que ponemos, no ſurtan efecto, para que deſconfiados noſotros de ellos, atribuyamos à ſola la virtud de ſu gracia aquellos ſuceſſos, que efectuandoſe proſperamente, ſeria facil coſa nos los atribuyeſſemos à noſotros miſmos. Mas ſea lo que fuere de eſto, ſalieron por Agoſto

de

de 1719. el Padre Miguèl de Yegros, y el Hermano Alberto, llevando todo recado para celebrar la Missa, y lo demàs necessario para fundar la Iglesia de la nueva Reducion de San Ignacio Nuestro Padre, llegando à la campaña, que los Zamucos avian escogido para fundarla, no hallaron persona alguna; y embiando algunos por todas partes para tomar noticia de esta gente, hallaron su Pueblo quemado, y supieron, que se avia retirado algunas jornadas lexos de alli, junto à vna Laguna abundante de pesca, cerrando los passos por donde se les podia seguir. Resolviò ir en persona el Hermano Alberto en su seguimiento, à buscarlos, como lo hizo; y aviendolos encontrado, los reconvino con la palabra que avian dado à Dios, y à los Padres, de querer ser Christianos, y vivir juntos en vn Pueblo, en el lugar que ellos mismos avian escogido, y señalado. Hizieronle al principio buen semblante los barbaros, y con muestras de alegria fingieron querer estàr à lo prometido; y en señal de esso, se encaminaron con èl àzia el sitio señalado, encubriendo entre tanto en el coraçon su premeditada alevosìa, y por muchos dias fueron entreteniendo con buenas palabras al Hermano, que procuraba, con todas las finezas de su gran caridad, ganarles las voluntades con beneficios. Al fin se quitaron la mascara el dia primero de Octubre, y muertos à traicion doze

Chris-

Chriſtianos, vn infame Cacique aſiò de la garganta al Santo Hermano, y con el filo de vna peſada macana le partiò la cabeza; deſpojòle deſpues barbaramente, y de miedo de que no vinieſſen ſobre ellos à vengar aquella muerte los Chiquitos, ſe huyeron todos juntos, ſin ſaberſe donde. El Padre Miguèl, aviſado de eſte ſuceſſo por dos Chriſtianos, que por gran ventura ſe pudieron eſcapar del eſtrago, ſe bolviò con increìble dolor de ſu coraçon, por no poder hazer mas; y divulgada por todos los Pueblos la nueva de la muerte del Santo Hermano, le lloraron inconſolablemente los Indios; los quales, en recompenſa de las buenas obras que de èl avian recibido, le celebraron ſolemnes exequias en todos ſus Pueblos, quanto cupo, y fue poſsible en ſu pobreza: y yo, para acabar eſte capitulo, darè aqui vna breve noticia de ſu vida, y virtudes, por ſerle muy debida eſta memoria.

Fue el Hermano Alberto Romero de Nacion Eſpañol, y Natural de Segovia, hijo de Padres honrados, y de profeſsion Mercader, bien acomodado: mas deſeoſo de vèr tierras, y hazer mayor fortuna, paſsò con otros Mercaderes al Perù, eſperando hallar aqui fortuna igual à ſus deſeos. Nò le salieron ſalidas ſus eſperanças, porque adquiriò gran caudal, y fue de todos muy eſtimado; y aſsi la Real Audiencia, como el Arçobiſpo de Chuquiſaca, le

co-

cometieron negocios de mucha monta para bien publico; mas como sea tan ordinario en las cosas humanas el hazerse, y deshacerse en vn punto, mudando semblante à cada passo la fortuna, sin durar mucho en vn estado, yà sea prospera, yà adversa, siendo solo semejante à sì misma, en ser siempre inconstante, aviendo estado siempre para nuestro Alberto risueña, y propicia, experimentò en sì estas mudanças; porque de repente, no sè por què causa, si yà no fuesse para que levantasse sus deseos à las cosas del Cielo, cayò desplomada à tierra la gran maquina de su prosperidad. En poco tiempo perdiò todo lo que en muchos años, y à costa de grandes fatigas avia adquirido, con que quedò reducido à mucha pobreza, mas no sin ganancia, porque con este golpe bolviò en sì, y viendose yà anciano, sin tener en la tierra riquezas, ni meritos para el Cielo, se doliò mucho de lo mal que avia empleado su coraçon, en ganar, y adquirir bienes caducos, sin quedarle de tanto tiempo perdido, mas que vn perpetuo remordimiento del mal logro de sus años. Por tanto resolviò darse todo à Dios, al cuidado de su alma, y à las cosas de la eternidad, gastando, como mas provido Mercader, el resto de su vida, en el trafico de bienes, no sujetos à mudanças, y rebeses de la fortuna, en lo qual tuvo mejor logro, que quando en el Mundo navegaba

su

ſu proſperidad viento en popa. Y Dios, que muchas vezes ſe agrada mas de los que vienen à trabajar en ſu Viña à la vltima hora, que los que deſde la primera hora del dia echan mano à la labor, ſe agradò ſobremanera de ſu determinacion, y le diò luego de contado vna plenitud de conſuelo en ſu ſervicio, por prenda del galardon, que ſobre todos ſus meritos le tenia preparado aqui en la tierra, y deſpues eternamente en el Cielo. Por aquel tiempo algunos piadoſos Eſpañoles, recogiendo de los vecinos de Tarija algunas limoſnas, embiaban todos los años vn copioſo ſocorro à la Chriſtiandad de los Chiquitos, y à los Miſsioneros lo neceſſario para celebrar el Santo Sacrificio de la Miſſa, y hazer, con toda la devocion poſsible, las funciones ſagradas. Con eſta Proviſion le embiaron vna vez nueſtros Padres del Colegio de Tarija, con quienes èl trataba familiarmente, y luego le pagò Dios aquella caridad muy largamente. Porque conſiderando el fervor, y ſanta vida de los nuevos Chriſtianos, y las Apoſtolicas fatigas de los Obreros Evangelicos, que con vivir en ſemejantes trabajos, à los que de sì eſcrive el Apoſtol San Pablo, eſtaban ſiempre alegres, y con vna boca de riſa, ſe mudò en otro hombre, y ſe le inflamò el coraçon en viviſsimos deſeos de vnirſe mas eſtrechamente con Dios, y gaſtar ſu vida en ſervicio de

aque-

aquella nueva Chriſtiandad, y de hecho diò luego mueſtras de quan de veras lo dezia. Puſoſe luego à enſeñar à los Indios todos los Oficios mecanicos, à deſmontar los boſques, à labrar la tierra, y à manejar los arados para cultivarla: con los enfermos, viejos, y eſtropeados, tenia entrañas, y ternura de madre: no avia coſa, que por ellos no hizieſſe: con los barbaros, que ſe convertian de nuevo, ſe deſhazia en afectos de caridad, no ſabia apartarſe de ſu lado, parecia que ſe los queria meter dentro del coraçon; y por barbaros que fueſſen, no dexaba de hazer con ellos ſemejantes demoſtraciones, no mirando en ellos lo que parecian en lo exterior, ſino el valor de ſus almas, compradas por el Redemptor con el precio de toda ſu Sangre. Ni por trabajar tanto por las almas de ſus proximos, ſe deſcuidaba de la ſuya propria: recogiaſe muchas vezes à tener oracion, en el qual tiempo las copioſas lagrimas que derramaba, eran indicios de los conſuelos, con que Dios confortaba ſu eſpiritu. Y à la verdad era bien neceſſario eſte conorte celeſtial para darle animo, y aliento en la dura, y continuada batalla con el enemigo infernal, que dolorido fuertemente, de que vn viejo idiota, y ſin letras, corrieſſe por el camino de la mas alta perfeccion, y ſe burlaſſe de èl, quitandole tantas almas de ſus manos, no le dexaba de perſeguir de dia, ni

de noche, yà apareciendosele en forma de feissimos animales, yà espantandole con otras visiones abominables. Durò esta terrible persecucion mas de tres años; mas nuestro Alberto, assistido siempre de Dios, y del Angel de su guarda, que si no estaba à su lado en forma visible, à lo menos lo estaba con la invisible operacion en su coraçon, jamàs se diò por vencido, ni omitiò las acostumbradas obras de caridad, ni diò vn passo atràs en el modo de vida que avia emprendido. Y por ventura, en premio de esta generosa constancia, se le encendiò el coraçon en vivos deseos de entrar en la Compañia, que amaba ternissimamente: mas atendida su mucha edad, era necessaria la licencia de nuestro Padre General, la que no se podia tan presto alcançar: por lo qual, para consolar en parte sus plegarias, y sus lagrimas, el Padre Vice-Provincial Luis de la Roca, quando visitò aquellas Missiones, le admitiò por Donado, hasta que viniesse de Roma la licencia de recibirle por Hermano Coadjutor de la Compañia; pero el Cielo le firmò mas presto esta licencia, y la Compañia Triunfante le contò en el numero de aquellos Campeones, que bordaron la librea de Christo con su propria sangre, antes que acà en la tierra le contasse la Militante en el numero de aquellos, que con los ministerios humildes de su estado la ayudan à la conversion de las almas.

CAPITULO XX.

PROGRESSOS, Y AUMENTOS DE OTRAS Reduciones en los años de 1717. y 1718.

AUnque lo que he escrito en estos dos capitulos vltimos, ha sucedido en muchos años, y en este tiempo se han convertido à la Fè, y ganado para el Cielo muchos centenares de Infieles, todavia, por no confundir los sucessos, y Missiones de las Reduciones, los quise separar, con animo de referir aora, y dar noticia del fervor, y meritos de los Neofitos de las otras Tierras, dignandose Dios Nuestro Señor de premiar sus sudores con abundante cosecha de Infieles, para animarlos à trabajar con mayor aliento, y fervor en servicio de la Iglesia. Los Christianos, pues, de la Reducion de San Francisco Xavier hizieron Mission por dos partes diversas. Algunos Zamalos salieron en busca de vnos Infieles, que avian hallado los años passados, y los avian dexado de recoger por falta de Interprete; entraron, pues, en Tierra de Guarayos, donde fueron bien recibidos: y aunque no se entendian, les hablaron por señas, y movieron à algunos à seguirlos, y à recibir el Santo Bautismo. Otros, de Nacion Piñocas, quisieron ir à los Puyzocas, que ma-

taron al Padre Lucas Cavallero; mas apenas lo pudieron conseguir, porque en el camino entraron en vna Rancheria de los Cozocas, tan de improviso, que sentidos de los Paysanos, que estaban trabajando en sus sementeras, y creyendo ser gente enemiga, se dieron à huir à toda furia, por librar la vida: los nuestros alcançaron à algunos, y entrando en la Rancheria, la hallaron desierta, sin persona viviente: Vieron en los Ranchos muchos escudos, texidos de plumas de bellissimos colores, con mucho arte, y industria: con estos estaban adornadas las camaras, donde estaban amontonados muchos huessos de difuntos, y pedazos de carne fresca, indicio de que eran comedores de carne humana. Andan todos bien vestidos, y tienen las mismas costumbres que los Baures, y Cosiricas, bien que vsan de diferente Lengua. Entre grandes, y pequeños recogieron treinta y seis. Los Christianos del Pueblo de la Concepcion fueron à predicar la Ley de Christo à los Cosiricas; mas no sacaron mas logro, que los trabajos. Dos años antes avian ido à su Rancheria, y avian traìdo quatro, para que viessen las Reduciones, en donde fueron recibidos con grande amor, y cortesìa. Estos dos fueron con los Neofitos, para llevarlos à sus Paysanos, de quienes no fueron admitidos con mucho afecto; porque el demonio les puso en sospecha de

que

que eran Mamalucos, ù otròs enemigos, que avian venido à hazerlos esclavos. No obstante, los sentaron à la mesa, y les presentaron algunos regalos de el Paìs; mas concurriendo alli Indios de otras Tierras, los cercaron en forma de media luna, disparandoles vna tempestad de flechas para hazerlos huir: los Nuestros, sin hazer mas que reparar los golpes, se retiraron con buen orden; y en medio de que muchos hazian instancia à los Capitanes para responderles con las armas, venciò la parte de los mejores, que à imitacion del Redemptor no quisieron bolverles mal por mal: tres quedaron muertos, los otros maltratados se bolvieron à la Reducion.

De San Rafaèl salieron por dos partes en busca de almas: vna tropa de Taus ganò à la Fè quatrocientos y ochenta Infieles, de Nacion Bacusones. La otra de Tabicas fue à las Riberas del Rio Paraguay en busca de Curucanes. Apenas llegaron à orillas del Rio, quando vn Chiquito, con algunos otros, se adelantò, y descubriendo vna Canoa, que venia àzia ellos, se escondieron detràs de algunos matorrales, creyendo ser los Infieles que buscaban; mas observando, que era vn Negro con dos Indios, que andaban pescando, gritaron los compañeros del Chiquito, *Mamalucos*, *Mamalucos*, y se pusieron en fuga precipitada. Apenas el Negro viò solo al

Chi-

Chiquito, quando le apuntò con el arcabuz; mas se detuvo en dispararle, porque el Indio le gritò en voz alta: No me mates, que soy Christiano como tu, y no te hago daño; y para que lo conociesse mas claramente, le mostrò vna Imagen de Nuestra Señora con el Niño en los braços, la qual el Negro, dexando el arcabuz, adorò de rodillas. Juntaronse luego alli nuestros Neofitos en numero de ciento y cinquenta, estendidos en buen orden sobre la ribera. En este interin vino el Capitan de los Mamalucos, y llamando à vn Chiquito, que entendia la Lengua Guaranì, le preguntò quienes eran, y à què fin andaban por aquellas Costas? Respondiò, que eran hijos de nuestros Missioneros (esta es la frasse, que vsan ellos con los que les han reducido à la Fè) y Christianos del Pueblo de San Rafaèl, que andaban en busca de Infieles, para conducirlos al gremio de la Santa Madre Iglesia. Para el mismo fin los buscamos nosotros, respondiò el Capitan Mamaluco; y añadiò en ademàn de enojado: Y por què venìs aqui, si nosotros hemos llevado yà todos los Infieles? Preguntòle despues, què Padre le instruìa, y enseñaba la Fè, y quien venia con ellos? Dixo, que el Padre Phelipe Suarez era Cura de su Pueblo; mas que ellos iban solos. Y pues, replicò el Mamaluco, què Capitanes, y Conductores os goviernan? A que ellos, con astucia mas que de Indios, les res-

pon-

pondieron, que sus Capitanes eran sesenta. Entonces, buelto à los suyos, les dixo el Mamaluco: Mucha gente tienen estos alistada; y sin hablar mas, haziendo tocar à retirada, se embarcò con todos los suyos en las Canoas, huyendo à todo vogar, por no venir à las manos con tanta gente; y quiera el Cielo, que assi como los Christianos Guaranìs, de mucho tiempo à esta parte, son el terror de estos crueles enemigos, assi lo sean tambien los Chiquitos, reducidos à la Fè, y al govierno civil. Los Neofitos, alegres con el buen logro de su astucia, anduvieron mucho trecho por aquella Ribera, hasta que finalmente dieron con la Rancheria de los Curucanes, donde siendo bien recibidos, se pusieron todos en la Plaza de rodillas à rezar el Rosario de Nuestra Señora, para que su Magestad diesse à aquellos Gentiles juizio (frasse con que se explican quando hazen oracion por sì, ò por otros à Nuestro Señor, y à la Santissima Virgen) para que todos abrazassen la Santa Ley de Dios. Mientras que los Christianos rezaban el Rosario, estaban los Curucanes llenos de estupor refugiados en sus Ranchos, sospechando, que aquella era alguna trama inventada para daño de ellos. Acabaron los Christianos su santo exercicio, y viendose solos, fueron siguiendo los passos de los fugitivos, y cogieron diez, los quales vinieron de buena gana à hazerse Christianos,

Y estos, aviendo buelto el año siguiente à aquella Tierra, reduxeron à la Santa Fè docientos y once, los quales dieron noticia de otros muchos Pueblos, que eran confinantes con ellos, como son, Merejones, Guijones, Bacusones, Betaminis, Aripayres, Zipes, Tades, Guarayos, Subarecas, Paricis, y otros muchos.

Tambien se debe reputar entre los aumentos de esta Reducion, vn funesto sucesso, que para exemplo de otros sucediò en ella. Aviase bautizado en San Rafaèl vna doncella de diez y ocho años, y se llamaba Isabela, la qual poco despues se avia casado; mas el comun enemigo, pesaroso de que se le escapasse de sus manos la que antes avia sido toda suya, resolviò tentarla quanto pudo, trayendola à la memoria su antigua brutal vida. Ella, pues, yà por estàr en la flor de su edad, y en lo mejor de la juventud, yà por las sugestiones del demonio, se rindiò finalmente à sus apetitos, viviendo peor que antes: porque es ordinario, que sea mas malo quien abandona la Fè, que quien jamàs la ha professado. Perdida, pues, la verguença, y el temor de Dios, se amistò mal con algunos de sus iguales; y para que no llegasse à oìdos del Padre Cura de aquella Reducion, se llegaba à los Santos Sacramentos frequentemente, con muestras de tierna devocion, y algunas lagrimas en los ojos. Mas Dios Nuestro Señor,

ñor, que ama tanto à aquella nueva Iglesia, no tardò mucho en castigar su hipocresia, y lascivia, de suerte, que quien supiesse el castigo, escarmentasse, y juntamente tuviesse tiempo la miserable, è infelìz de pedir à Dios misericordia. Estando durmiendo vna noche en casa de su padre, prorrumpiò de repente en gritos, y ahullidos, que parecia dementada, y echando los ojos àzia el techo, con grande espanto, dezia à su padre: Mira, mira, que vienen los diablos à llevarme consigo al infierno; y saltando de la cama, queria huir, mas su padre la detuvo. Quedò con aquella vista tan consumida de fuerças, y desmayada, que parecia aversele desquardenado todos los miembros. Estando de esta manera medio fuera de sì, pero siempre obstinada en sus pecados, fue avisado el Padre Missionero del grave peligro de la enferma, mas no de la causa, y mucho menos de su mal vivir: la primera diligencia del Padre, fue ajustar las cosas del alma de aquella infelìz: y viendo que estaba yà cercana su muerte, le administrò los vltimos Sacramentos; y llegandose para dezirla alguna palabra de Dios, se hazia sorda: y fixando los ojos en vn lugar, se procuraba descubrir, llamando, y combidando à los amigos con quienes avia vivido mal, haziendo los mismos ademanes, y feos movimientos, que quando estaba sana. Sospechò el Padre, que el demonio en for-

ma visible hazia de las suyas con la enferma: por lo qual procurò confessarla con mayor diligencia, mas la infelìz nunca quiso vomitar aquellos pecados feos, por que padecia tanto en el alma, y en el cuerpo. Pareciendole al Padre, que el mal empezaba à dar algunas treguas, y que los demonios, por la intercessión de Nuestro Padre San Ignacio, cuya Reliquia la aplicò, se avian ausentado de la camara de la enferma; precisado de otra ocupacion, se partiò de alli, con intento de bolver quanto antes. Apenas se avia apartado algunos passos, quando la doliente, quitandose del cuello la Santa Reliquia, empezò à llamar con palabras amorosas à sus galanes, y en ademàn de quien se abrazaba con alguno, acabò la vida, dexando à sus parientes afligidos, y desconsolados, por muerte tan desgraciada. Hizosele por la tarde su entierro, y luego aquella noche vino à llamar à la puerta de la casa de su padre, y llamò à su marido, diziendole: Abreme, no me conoces? Yo soy Isabèl. Levantòse despavorido, y asustado el marido, y abriendo la puerta, la viò tan monstruosa, que se quedò pasmado de assombro, y espanto. Despues yendo à nuestra Casa, se manifestò al Padre Missionero, el qual, con el horror de verla, se desmayò, y cayò en tierra medio muerto, y por muchos dias no pudo recobrarse. Anduvose luego passeando por el corredor de casa, y diò

diò muchos golpes en la campana de la Iglesia, mas nadie ossò salir fuera, sospechando lo que era. De aqui saliò, y anduvo todas las calles de la Reducion, y con ahullidos, y bramidos como de fiera, aterrorizò sobremanera à toda la gente. El dia siguiente se apareciò à vna hermana suya, y à otros, con semblante horroroso, queriendo Dios, que huviesse muchos testigos del caso, porque quien necessitasse del temor para vivir bien, no pudiesse negar el hecho para no temer.

Aviendo fallecido este año vn fervorosissimo Missionero en estas Reduciones, es razon, que le dèmos aqui lugar à sus meritos, refiriendo brevemente sus virtudes, y sus Apostolicas fatigas en servicio de Dios, y bien de las almas. Este fue el Padre Joseph Tolù, que à los setenta y cinco años de su edad passò de estos trabajos al eterno descanso, en el Pueblo de San Rafaèl, à diez de Mayo de mil setecientos y diez y siete. Naciò este Santo Varon à veinte y dos de Noviembre de seiscientos y quarenta y tres, en Potago, Lugar de la Isla de Cerdeña: fue en aquella Provincia recibido en la Compañia, teniendo veinte y vn años de edad, à dos de Mayo de sesenta y quatro; y el año de setenta y quatro passò à esta Provincia, donde concluìdos los estudios que le faltaban, y recibidos los Sagrados Ordenes, passò à las Missiones de los Guaranìs, donde viviò al-

gun tiempo, con mucho fruto de los Indios. Aqui le quiso Dios dar à entender los muchos trabajos, que le tenia preparados para labrarle la corona de sus merecimientos; y fue de esta manera. Avia acabado vn dia de dezir Missa, y mientras se retiraba à su aposento à dar gracias à Nuestro Señor, se viò como en extasis cercado de vna tropa de gente desconocida, y se viò tambien à sì mismo cultivando la tierra con vn hazadon en la mano, lleno todo de sudor, sin que alguno de los presentes, movido à piedad, se determinasse à quitarle de las manos aquel rustico instrumento, y à ayudarle en aquel oficio. Quedò el Padre Joseph estrañamente maravillado, y pensativo, por no entender, què se le queria significar con aquella vision, hasta que passando poco despues, por orden de los Superiores, à la Conversion de los Chiriguanàs, lo conociò en la Reducion de San Ignacio, donde aunque avia gran multitud de gente, con todo esso el hablarles de su conversion, era predicar à las piedras; ò como dizen, en desierto, sin poder reducir ni aun vno solo de aquellos obstinados, ni tener aun vn sirviente, que le assistiesse en el Altar: por lo qual se viò obligado à cultivar con sus manos vna huertecilla, y con el sudor de su rostro recoger alguna cosa con que passar la vida: iba en persona al Bosque à traer vn haz de leña, y al Rio por vn cantaro de agua, mi-

randole entre tanto aquellos barbaros, sin moverse à ayudarle. Acordòse entonces de lo que tanto antes Nuestro Señor le avia mostrado, y assi sufriò con grande valor estas, y otras gravissimas molestias de aquellos barbaros tan crueles, que le echaron los cavallos à pacer en su huerta, para quitarle en vn momento el sudor de su rostro, y el trabajo de sus manos. Y en medio de ser aquella tierra tan dificil de cultivar, y tan dura à recibir la semilla de la palabra Divina, pues aunque trabajaba mucho recogia muy poco fruto, con todo esso no levantò las manos de la labor, hasta que le llamaron los Superiores para ser Operario en el Colegio de Tarija, donde tuvo campo en que exercitar su zelo, con menos trabajos, pero con mas fruto. Aqui le sucediò vn caso, digno de saberse. Ofreciòsele vn dia hazer vna trompetilla, por si acaso venia à confessarse algun sordo; quando poco despues de venir à su aposento, entrò en èl vn hombre doliendose mucho de que no se podia confessar à gusto; por falta de oìdo: consolòle el Padre diziendole, que tenia vn instrumento para oìr con facilidad. Confessòse el buen hombre con gran jubilo de su coraçon, y dando al Padre mil agradecimientos, se despidiò diziendo: Quedese V. R. con Dios, que yo me voy à comulgar, y de alli à morir; y sucediò assi puntualmente. Lo mismo le sucediò con otro,

que

que tenia la misma pena, el qual estando sano, y robusto, se confessò con el Padre, y muriò de alli à dos dias, dexando ambos prendas seguras de su eterna bienaventurança, con la misericordia tan singular, que Dios avia vsado con ellos. No pudo conseguir semejantes esperanças de otro, que exortado del Padre Tolù à que ajustasse las cuentas de su conciencia con Dios, por medio de los exercicios espirituales, hiziesse Confession general, antes de emprender vn largo viage, le pretextò con varios colores aparentes, que no podia: mas apenas avia caminado pocas leguas, quando sorprendido de vna furiosa enfermedad, en pocos dias se puso en camino para la otra vida, con poco, ò ningun aparejo.

Viviò en Tarija el Padre Tolù hasta el año de noventa y ocho, en que passò con oficio de Superior à las Missiones de los Chiquitos, con gran jubilo de su coraçon, por vèr puestos en execucion los ardientes deseos de emplear sus fatigas en la conversion de los Infieles; y aunque las grandes, y frequentes enfermedades le estimulaban à proponer su ningun talento para aquel empleo, todavia, despues que en vna grave enfermedad, el dolor mas agudo, que le traspassaba el coraçon en aquellos extremos, fue el averse escusado vna vez de executar vn orden de sus Superiores, arrojandose en manos

de

de Dios, vino con aquel oficio à estas Reduciones, en que por no estàr aun las cosas puestas en forma, tuvo ocasion de merecer mucho. Lo mas insufrible para su caridad, eran las grandes necessidades, y trabajos de sus Subditos, sin tener con que socorrerlos, y aliviarlos. Procurò no obstante esto, con todo el esfuerço possible, por espacio de quatro años que fue Superior, adelantar aquella recien fundada Christiandad, assi con la conversion de nuevos Infieles, como en desarraygar las barbaras costumbres de los Cathecumenos, exponiendose por esso muchas vezes, con invencible constancia, à riesgos, y peligros de la vida. Una de las muchas vezes que se viò en estos aprietos, fue en cierta ocasion, que aviendo visto, que vn Neofito se avia teñido el rostro de feissimos colores, al vso de su Gentilidad, le dixo, llevado de su zelo: Lindo estàs por cierto, pareces vn demonio (y assi es en la realidad, quando se tiñen el rostro.) Oyò el Indio con disgusto estas palabras, y flechando su arco, le asestò al pecho con vna saeta. Entonces el generoso Padre, desabrochando la Sotana, y jubon, le dixo: Apunta aqui, para que no hierres el golpe, y quitame esta vida, que tanto deseo sacrificar à Dios por amor tuyo. Quiso empero el Cielo recibir la oferta, y no la execucion del sacrificio; porque aquel barbaro, atonito, y lleno de confusion, al

vèr

vèr tanto aliento, no osò passar mas adelante. Su empleo mas continuo, è infatigable, fue instruir à algunos mozos mas despiertos, no solo en las cosas de nuestra Santa Fè, mas aun en el servicio de la Iglesia, y de las funciones sagradas, enseñandoles el Canto Eclesiastico, y las otras sagradas ceremonias, ministerio de trabajo, y tedio increible, y solo tolerable de vna grande caridad, y zelo ardiente, porque era necessario poco menos que hazerles mudar naturaleza, domesticandolos, y desvastandolos poco à poco, corrigiendolos, sin exasperarlos, y tolerandolos algun tiempo mal acostumbrados, y viciosos, para hazerlos totalmente otros diversos de los que eran al principio. Y en este exercicio durò, sin interrumpirle, hasta lo vltimo de su vida; porque la esperança del bien, y frutos, que veìa se lograban en aquella su infatigable tarèa, se la hazia no solo tolerable, sino suave.

En tales obras de Apostolica caridad con los proximos, no se olvidaba de sì mismo, pues en medio de ser todas exercicio de virtudes, y aumento de meritos, era no obstante muy delicado en la observancia regular, portandose de suerte en las funciones de Operario Evangelico, que no se descuidaba vn punto en la guarda de las Santas Leyes, y Constituciones de la vida Religiosa, antes se retiraba muchas horas del dia à vivir mas perfecta-

men-

mente para sì, para despues obrar con mas fervor por los proximos. Era devotissimo de las Santas Almas del Purgatorio, à quien no solamente avia hecho en vida liberal donacion de todas sus buenas obras, sino tambien despues de su muerte, de todos los sufragios, que por su alma se dixessen, reservando sus grandes culpas, como èl decia, para pagarlas con las penas del Purgatorio. Mas quiso Dios, por premio de esta su heroica caridad, darle el Purgatorio en esta vida, para que assi fuesse mayor su corona en la eterna bienaventurança, cargandole de tantas, y tan graves enfermedades, que le inhabilitaron del todo à exercitar nuestros ministerios con los Neofitos, vnico conorte en sus tribulaciones, de suerte, que solia èl dezir, què de este mundo no tenia sino *labor*, *&* *dolor*. Llamòle finalmente Nuestro Señor, à darle el galardon de tantos trabajos, y sudores, con vna muerte propria de los Santos, despues de aver estado mas de diez y ocho años en estas Missiones, à los setenta y quatro de su edad, y cinquenta y tres de Compañia, en que avia hecho la Professìon de quatro Votos à quince de Agosto de seiscientos y ochenta y dos.

CAPITULO XXI.

BREVE DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DEL Chaco: costumbres, y qualidades naturales de sus moradores, y fundacion de vna nueva Reducion en ella.

LA Provincia del Chaco es vn vastissimo espacio de tierra, de trecientas leguas de largo, y ciento de ancho, situado entre las Provincias del Tucumàn, de los Charcas, del Rio de la Plata, del Paraguay, y de Santa Cruz de la Sierra, cercado por todas partes de vna larguissima cadena de montes, que empezando à levantarse desde la Ciudad de Cordova del Tucumàn, llegan hasta las opulentissimas Minas de Lipes, y Potosì: luego tirando à Santa Cruz de la Sierra, rematan en la Gran Laguna Mamorè. Es el terruño en partes maravillosamente abundante, y fertil, por causa de muchos Arroyos, ò Riachuelos, y dos grandes Rios, que la bañan, los quales naciendo de las montañas, atraviessan, y riegan el Paìs; y despues de muchas bueltas, y rodeos, desembocan en el Gran Rio de la Plata, y forman en gran parte su desmedida grandeza. Sus moradores, en tiempos passados, eran muchissimos en numero, de suerte, que

en

en solo el contorno de la Ciudad de Guadalcazar, que oy està destruìda, se contaban mas de quatrocientas Rancherias de diferentes Naciones, y Lenguas. Las Naciones mas celebres son los Calchaquies, Tonocotes, Belelas, Mocobies, Tobas, Mabalaes, Mataguayos, Aguilotes, Chunipies, Amulalaes, Callagaes, Abipones, Payaguàs, Guaycurùs, Churamates, Ayoyas, y Lules. Es el temperamento de estas Naciones igneo, y vivàz, la estatura mas que mediana, las facciones del rostro algo desemejantes de las nuestras, de donde facilmente se distinguen de los Españoles, y demàs Europèos; y quando se tiñen de colores, que es muy de ordinario, estàn sobremanera feos, que parecen vnos demonios; y sucediò no mucho ha en la Ciudad de Santa Fè, que saliendo à pelear con vnos Abipones vn Capitan, que avia militado en Europa, al verlos tan horribles, se quedò desmayado, y sin fuerças. Quanto al vestir los hombres, se ciñen por la cintura vna faxa, de que cuelgan muchas plumas pendientes al rededor, y en el resto desnudos: otros se ponen sobre todo esso vna corona de plumas en la cabeza: y algunas Naciones traen vna como capa larga de cueros de venado, que llaman Queyapì, para defenderse de las inclemencias; y desde el cuello hasta abaxo cuelgan vn cinta emplumada sobre dicha capa. Las mu-

geres ſe cubren algun tanto, lo que baſta para no eſtàr del todo deſnudas. No tienen govierno, ni guardan vida politica: Solo en cada Tierra ay vn Cacique, à quien ordinariamente tienen algun reſpeto, y reverencia. Viven pocos juntos, porque como carecen de govierno, y no tienen cabezas, por qualquiera ligero diſguſto ſe ſeparan. Sus caſas no ſon mas que vn Rancho de paja dentro de los boſques, vnos en vna parte, y otros en otra, ſin orden, ni diſtincion; y ni aun eſſo tienen los Payaguàs, los quales nunca eſtàn fixos en vn lugar, y cada noche hazen alto en diverſo parage: por lo qual no vſan de otra caſa, que vna pequeña eſtera, para repararſe del viento, y en lo demàs duermen al deſcubierto. La mayor parte del tiempo gaſtan en buſcar miel por las Selvas, para hazer ſu vino, con que ſe embriagan muy frequentemente. Y luego que ſe les calienta la cabeza, y pierden aquel poco juizio, que antes tenian, à lo mejor de la embriaguèz paran todas ſus fieſtas en peleas, heridas, y muertes; porque los rencores, y los odios ſepultados largo tiempo en ſus pechos alevoſos, por cobardia, y temor, ſalen afuera en tales ocaſiones, y ſe procuran vengar con furor increible: y lo que cauſa mas admiracion, es, que los parientes de los muertos no ſe ſienten nada de la injuria recibida, quando buelven en sì, por mas eſtrecho que ſea el parenteſco.

En

En reducir eſtas Naciones à vida racional, y à la Ley de Chriſto, emplearon deſde los primeros años del ſiglo paſſado todo el fervor de ſu eſpiritu los Padres Juan Dario, Italiano, y Gaſpar Oſſorio Valderrabano, Eſpañol, por orden del Padre Nicolàs Maſtrilli Duràn, Provincial de eſta Provincia, y Tio del Santo Martyr Marcelo Maſtrilli; pero no correſpondiendo à la labor la dureza de eſtos Pueblos, con fruto digno de ſus fatigas, y ſudores, emplearon en otra parte ſu zelo. La obſtinacion de eſtas Naciones, fue en gran parte originada de los Eſpañoles, coſa que no ſe puede traer à la memoria, ſin dolor, y lagrimas, y por eſſo mas quiero callarlo, que eſcrivirlo; y quien tuviere animo para leerlo, lo podrà vèr en otros Hiſtoriadores. Solo dirè, que apenas ſe introduxo alli el conocimiento de la Ley Chriſtiana, quando en breve tiempo ſe hizo maravilloſo fruto; y en tanto que huvo alli hombres de virtud, fue en aumento la piedad, y religion; pero deſpues que la codicia de los Eſpañoles oprimiò con exceſſo à los pobres inocentes Indios, ſe dieron à la deſeſperacion, para librarſe de aquel cautiverio en que los tenian los Eſpañoles que los governaban, à que ſe oponian los Jeſuitas con todo esfuerço, por ſer contra lo que repetidas vezes tienen ordenado nueſtros Catholicos Monarcas. Llevados, digo, los Indios de la deſeſperacion,

pro-

procuraron buscar vn cruel remedio para redimir la opresion; y fue, disponer secretamente vna conjuracion, y matar à los Governadores, como lo hizieron: y ha quedado en ellos tal horror à todos los Españoles, debaxo del qual nombre entienden à todos los demàs Europèos, que el comun vocablo con que los llaman, es *enemigos*. No obstante esso, el Santo Martyr Padre Pedro Romero, Español, y el infatigable Missionero Padre Joseph Orighi, Hermano del Eminentissimo señor Agustin Orighi, y Tio del Eminentissimo Orighi, que vive al presente, quisieron bolver à promulgar el Evangelio entre los Guaycurùs, y sin tener cuenta de sus proprias vidas, intentaron, con increibles trabajos, y fatigas, domesticar su innata fiereza; però sin hazer mas fruto, que bautizar algunos parvulos, se vieron obligados à retirarse. El año de seiscientos y treinta y siete entraron por el Tucumàn à convertir algunas Naciones el Padre Gaspar Osforio, de quien poco ha hize mencion, y el Padre Antonio Ripario, Italiano, los quales, el mayor fruto que sacaron de su empressa, fue perder la vida por Christo con glorioso martyrio, de que tuvo antes bien clara noticia el Padre Osforio, como lo declara en carta escrita à Roma à su antiguo Confessor nuestro Cardenal Juan de Lugo. Ambos, despues de su muerte, se aparecieron vestidos de los

Or-

Ornamentos Sagrados, y cercados de mucha luz, à ſus barbaros matadores, reprehendiendoles ſu maldad, y exortandoles à que traxeſſen à ſu Tierra nuevos Jeſuitas, que los inſtruyeſſen en la Fè de Jeſu Chriſto. Lo que ellos, obſtinados en ſus vicios, y errores no executaron, emprendieron los Padres Ignacio de Medina, y Andrès de Lujàn, el año de 1653. entrando à reducir à la Fè aquellas Naciones; pero aunque aplicaron ſu fervor mas intenſo, no lograron ſino las almas de algunos niños, y adultos moribundos, y armandoſe contra ellos ſecreta conjuracion de los barbaros, huvieron de retirarſe. El año de 673. entraron con el Governador Don Angelo de Peredo los Padres Diego Franciſco de Altamirano, y Bartholomè Diaz, y pudieron fundar vna Reducion de Mocovies, con nombre de San Franciſco Xavier, quatro leguas de la Ciudad de Eſteco, en que llegò à aver mil y ochocientas almas; pero por juzgar el Governador, y ſus Conſejeros convenir ſe encomendaſſen à los Eſpañoles dichos Indios repartidos en Encomiendas, ſe deshizo aquel Pueblo; bien, que en aquella entrada lograron los Padres bautizar mas de mil almas, entre adultos, y parvulos. Proſiguiòſe nuevamente eſta empreſſa el año de 1683. en el Govierno de Don Fernando de Mendoza Mate de Luna, para la qual fueron ſeñalados los Padres Juan Antonio

So-

Solinas, Natural de Olinis, en Cerdeña, y Diego Ruiz, Valenciano: avian yà agregado algunos Indios Ojotades, y Taños à vna nueva Reducion, con nombre de San Rafaèl; pero embidioſo el comun enemigo, y temiendo de aquellos principios nuevos progreſſos, incitò por medio de ſus hechizeros à ciento y cinquenta Tobas, y à cinco tropas de Mocovies, que quitaſſen la vida à los Miſsioneros: vinieron al lugar donde eſtaban, y hallando ſolo al Padre Solinas, por aver ido à Salta por baſtimentos el Padre Ruiz, le dieron la muerte, y tambien à otro Venerable Sacerdote, llamado Don Pedro Ortiz de Zarate, à 27. de Octubre de aquel miſmo año. Con eſta novedad ſe retiraron los Ojotades, y Taños, Cathecumenos, y ni con la muerte de eſtos dos Martyres, ni de los Padres Oſſorio, y Ripario quedaron eſperanças de que ſu ſangre fueſſe ſemilla de Chriſtianos en aquella Provincia, por la proterva obſtinacion de las mas de ſus Naciones, que con las repetidas hoſtilidades, que hizieron à la Provincia del Tucumàn, por ſu innato odio à la Nacion Eſpañola, cerraron las puertas à la eſperança de ſu converſion; haſta que ſiendo Governador de la Provincia de Tucumàn el piadoſo Cavallero Don Eſtevan de Urizar y Arizpacochaga, Brigadier de los Reales Exercitos de ſu Mageſtad, reprimido primero el orgullo de los Tobas, y Mocovies, quiſo
ſe

se sentasse de nuevo la empressa, y se predicasse la Ley Divina à la Nacion de los Lules: por lo qual el Padre Antonio Garriga, que à la sazon era Visitador de esta Provincia, señalò para esta Conversion el año de 710. al Padre Antonio Machoni, Natural de la Villa de Iglesias, en Cerdeña; el qual, aviendo passado de aquella Provincia à esta el año de 698. y leìdo Philosofia en esta Real Universidad de Cordova, alcançò emplearse en la conversion de estos barbaros.

Diò este principio à la nueva Christiandad, fundando vna Reducion, à quien puso debaxo del patrocinio de San Estevan, compuesta de gente de quatro Naciones, Lules, Toquistinès, Ixistinès, y Oristinès, cuyos ascendientes fueron antiguamente Christianos. Son estos de color de azeytuna, de estatura ordinariamente grande, de genio despierto, y alegre, ni se entristecen facilmente, sino es acaso en sus desgracias domesticas: son promptos de entendimiento, y aprenden maravillosamente los Oficios mecanicos; pero torpes, y duros en creer lo que no alcançan los sentidos materiales. Conservan por largo tiempo en su pecho la memoria de las injurias recibidas, y aunque sientan partirseles el coraçon de dolor, y rabia, lo esconden, y encubren disimuladamente con vn semblante enteramente alegre, esperando coger al enemigo desprevenido, para hazer con mas seguridad el tiro. En lo que toca à re-

ligion, son finissimos Atheistas, no dando culto, ni veneracion à Deidad alguna, sino es que digamos, que su Dios es su vientre, porque no entienden de otra cosa, procurando gozar en esta vida todo el buen tiempo que pueden, viviendo como animales. Parece empero esto menos intolerable, à causa de no reconocer ni aun las leyes naturales, que qualquier hombre, por barbaro, y salvage que sea, con solo ser hombre, venera, y aprecia. Los hijos, por la mayor parte, no tienen ningun respeto à sus padres; antes tienen sobre ellos dominio, haziendose obedecer de ellos con grande descaro; y si les dà gusto, ossan poner en los padres las manos. En sus enfermedades no se mueven à compassion, antes los abandonan con increible ingratitud, y los dexan en manos de la hambre; y enfermedad: cosa, que ni aun con las bestias vsan: y fuera muchas vezes entre ellos mejor ser perro, que hombre, porque de ellos se compadecen, y quitan la comida de la boca para sustentar vna tropa de galgos. Encontròse acaso el Padre Machoni en vna ocasion con algunos de estos barbaros, que llevaban à enterrar à la madre de vno de ellos difunta, que poco antes se avia convertido à nuestra Santa Fè, y con ella querian enterrar à vn hijito suyo de pocos meses, porque ninguna India, aun sus parientas, queria tomar el trabajo de criarle: quitòsele luego

de

de las manos el Padre, y por mas que con la paga por delante se lo pidiò, y suplicò, ninguna se moviò à compassion: por lo qual se viò obligado, mientras viviò el niño, à mantenerle con leche de cabra, ù oveja, no sin increible dolor, viendo entre tanto à muchas madres tener pendientes de sus pechos gran numero de perritos, para que no se muriessen de hambre. Sus casamientos los celebran de mucha edad (si es que entre ellos merecen nombre de casamientos, pues cansada la muger del marido, y este de ella, tienen franqueza, y libertad de tomar otra, ù otro à su antojo) no casandose sino quando yà estàn cansados de torpezas, no experimentando ellos en sì, ni el temor, ni la verguença, que la naturaleza mezclò sabiamente en los placeres vedados, para contener en la raya de lo debido el genio de la concupiscencia desenfrenada.

No es facil de explicar quanto trabajasse el buen Padre Missionero, con otro Compañero Jesuita, en instruir en los principios de la Ley Divina à gente, que parecia no tener ni aun el primer instinto de la naturaleza, ni de què medios de caridad, y de zelo se valieron para hazerlos, de bestias, racionales, y de racionales, Christianos. Eran los primeros con el hazadon en la mano à romper la tierra, à manejar los arados, y à hazer todo lo demàs que es necessario en la labor de los campos, para

adiestrarlos à hazer lo mismo. Despues visitaban los enfermos, y hazian con ellos todos los oficios de caridad, que haria vna amorosa madre, quitandose de la boca la comida, y el sustento que les tenia señalado la piedad de los Españoles, por remediar sus necessidades. Sufrian con increible paciencia sus continuas impertinencias, y necedades, con la esperança del bien que podian sacar de ellos. Pero esto era lo menos, respecto de lo que trabajaban en provecho de sus almas: porque la deshonestidad, la vengança, la embriaguèz, la barbaridad, y otros mil vicios, heredados con la sangre, crecidos con los años, y con la costumbre convertidos en naturaleza, era poco menos que impossible desarraygarlos de sus coraçones: mas pudo tanto la incontrastable virtud del Altissimo, y la fineza de vn zelo Apostolico, que poco à poco se empezò à ablandar la dureza de coraçones tan obstinados, y à domesticarse la barbaridad de animos tan salvages. El primer fruto que se sazonò con los sudores, y fatigas de estos fervorosissimos Operarios, fueron muchas almas de niños, que apenas lavadas en las aguas saludables del Santo Bautismo, volaron con la candida estola de la inocencia à la eterna Bienaventurança, à tomar possession de aquella gloria, que en adelante gozarian los Fieles de su Nacion: despues lograron las almas de muchos adultos, que

assal-

assaltados de vna peste, que se encendiò entre ellos, cambiaron gustosos la vida, con la esperança del eterno descanso en el Cielo, por medio del Santo Bautismo. Uno, entre los demàs, joven de pocos años, que no menos en las llagas de su cuerpo, que en la paciencia del animo, parecia otro Job, se alistò en el numero de los hijos de Dios, con suma alegria, y jubilo de su espiritu, y haziendo fervorosissimos actos de Fè, Esperança, y Caridad, passò de esta peregrinacion à la Patria Celestial.

Llevaba muy mal el comun enemigo los progressos de la Fè en Nacion tan barbara, è inculta: por esso aplicò luego todo su esfuerço para atajarlos, y sufocar la semilla del Evangelio, antes que se arraygasse en los coraçones de los barbaros. El primer medio de que se valiò, fue procurar la muerte de los Missioneros, que le hazian tan cruda guerra, incitando à los Infieles à que se la diessen. Intentaronlo ellos muchas vezes; y vna, entre otras, estuvieron yà conjurados à matar al Padre Machoni. Avian estado algo lexos del Pueblo haziendo vn bayle, con grande bulla, y algazara, y poniendo en medio de la rueda vn calabazo, que por arte del demonio dançaba tambien con ellos, se convinieron todos en darle aquella noche la muerte, para verse libres de vna vez de su zelo, y reprehensiones. Oyòles acaso el Padre, y saliendo de su Rancho

cho à ſaber la cauſa de aquella novedad intempeſtiva, encontròſe con vna India que venia del bayle, bien que no tan fuera de sì como ellos, que eſtaban totalmente embriagados: preguntòla el Padre, por què ſus Parientes metian tanto ruido, y daban tantas vozes? Ella, que ſabìa muy bien lo que trataban, procurò encubrirlo con vna falſa riſa, reſpondiendo, no ſabìa la cauſa. Temiòſe el Miſsionero no fueſſe alguna borrachera: y para certificarſe, y atajarla, inſtò à la India deſcubrieſſe la verdad. Ella, recelando por eſta inſtancia, que yà el Padre lo ſupieſſe, le deſcubriò toda la conjuracion, que contra ſu vida tenian tramada. Recogiòſe en ſu Rancho, ofreciendo à Dios ſu vida en ſacrificio por el bien de aquellas almas, y eſtuvo toda aquella noche eſperando le vinieſſen à matar: mas Nueſtro Señor le librò para otras coſas de ſu ſervicio; porque aviſados los Infieles por la dicha India, de que el Padre Miſsionero ſabìa yà ſus intentos, no ſe atrevieron à darle la muerte, recelando tambien no vinieſſen luego los Eſpañoles à vengarla. Viendo el demonio, que ſe le avia deſvanecido eſta traza, ſe valiò de otra; y fue, introducir en el Pueblo el pernicioſo error de que lo miſmo era echarles à los niños el agua del Bautiſmo en la cabeza, que deſpedirſe del cuerpo ſus almas; y ſe imprimiò tan altamente eſte engaño en ſus fanta-

ta-

tasìas, que convirtiendose el amor à los Padres en odio, y aversion, los miraban con mal coraçon, y huìan de ellos como de enemigos jurados de su bien. Y daba à esso calor, el creerse ellos neciamente eternos; y aunque veìan todos los dias quedarseles muertos en sus brazos sus amigos, y parientes, con todo esso, à la evidencia de los ojos, prevalecia el error del entendimiento. Procuraban los Nuestros, con todas las fuerças de su zelo, desvanecer aquel engaño, y errada persuasion, fomentada del demonio, para daño de aquella reciente Christiandad: y Dios Nuestro Señor, que suele mirar à los nuevos Fieles con ojos de mayor piedad, quiso remediar bien presto este daño, y consolar, y animar juntamente la virtud de sus Siervos. Passò el caso de esta manera: Iba vn dia el Padre Machoni llevando de Rancho en Rancho vna olla de comida, para darla à los enfermos: encontròse con vna India, que traìa al pecho vn niño, que estaba yà para espirar: no pudo ella huir, y esconder tan presto su criatura, de suerte, que el Padre no la viesse. Procurò este con dulcissimas palabras, y mucha afabilidad, mitigar el odio de la madre, y ganarla el animo, à fin de poder bautizar al niño; mas todo fue en vano, porque el demonio, hablando por boca de vna muger, en todo suya, no menos por la infidelidad, que por la lascivia; y vomitando

do contra el Missionero, y contra aquel Santo Sacramento tantas injurias, y blasfemias, quantas diria vn dementado en lo mas ardiente de sus furias, exortaba à la madre, no permitiesse lavar à su hijo en las Santas Aguas del Bautismo, porque le sucederia lo que à otra madre mal aconsejada, que ofreciendo su hijo para ser bautizado, lo mismo fue caer sobre el niño el Agua Santa, que salir de esta vida. Era la India de buen natural, y no se dexaba facilmente trabucar el juicio con las necedades locas de los suyos, y mucho menos de la falsa aprehension, de que el Santo Bautismo era tosigo para quitar la vida, conociendo à tantos Españoles viejos, con canas, que avian sido bautizados: por esso de buena gana ofreciò su niño al Padre; el qual lleno de vna generosa, y humilde confiança en Dios, rogò à su Magestad, y le suplicò, quitasse aquel embarazo à la Santa Fè, pues no le costaria mas que vna insinuacion de su voluntad: luego se bolviò à San Francisco Xavier, pidiendole, que mirasse con ojos de misericordia à aquella ciega Gentilidad; y pues tanto procuraba la honra de Dios, alcançasse de su Magestad, que aquel Santo Sacramento, no solo sirviesse para librar el alma de aquel inocente de la esclavitud del demonio, sino tambien para librarle de la enfermedad corporal; y ofreciò en agradecimiento de aquel beneficio, que es-

esperaba recibir, le llamaria Francisco Xavier. Oyò el Cielo los fervorosos ruegos de su Siervo, pues luego que el niño fue bautizado, quedò sano de su enfermedad. Lo mismo sucediò à vna muchacha, yà casadera, à quien por estàr toda elada, y yerta, la lloraban sus parientes por muerta; mas luego que fue bautizada, por las grandes instancias con que lo avia pedido, como si bolviesse de vn profundo sueño, bolviò en sì, y à la vida. Con lo qual poco à poco cessò en el Pueblo aquel falso temor, y las madres à porfia daban sus hijos, para que fuessen lavados en las Santas, y saludables Aguas del Bautismo.

Bramaba de rabia el demonio, viendo desvanecidos sus enredos; por esso puso todo su esfuerço en empañar el terso esplendor de los procederes de vno de los Missioneros, infamandole con mil calumnias por medio de vnos Apostatas, que estaban muy sentidos de que les impedia el poder saciar el apetito de la carne, con todos los mas torpes, y sucios placeres del sentido; mas, à pesar suyo, saliò triunfante la inocencia de costumbres, y fervor de vida Apostolica de aquel buen Padre, y fue obligado el demonio por entonces à dexar franco el passo al Santo Evangelio en las Provincias amplissimas del Chaco, donde no solo procuran los Jesuitas la conversion de los Infieles, sino la reforma

de los Españoles, è Indios, acudiendo à confessar, y predicar à los Fuertes de Españoles, que por alli ay, como son San Joseph, y Valbuena; y acompañando à los Soldados, quando vàn de las Ciudades à sujetar à los barbaros, que continuamente invaden aquella Provincia, los sirven de Capellanes, exponiendose à los mayores riesgos, y peligros de perder la vida, sin tener cuenta con las suyas: y al mismo tiempo procuran reducir à los que apressan los Españoles, y bautizar à los parvulos.

En estas empressas avia trabajado gloriosamente nueve años el Padre Machoni, quando en el nuevo govierno de setecientos y diez y nueve vino señalado por Secretario del Padre Provincial Joseph de Aguirre, por cuya causa fue preciso encargar el cuidado de aquella Reducion al Padre Joachin de Yegros, con otros dos Compañeros Jesuitas. El nuevo Provincial, y Secretario procuraron fomentar con todo esfuerço la conversion de nuevos Infieles, à que cooperò como siempre el Señor Governador de la Provincia Don Estevan de Urizar. El año, pues, de 719. en vna entrada que à los Infieles hizieron los Vecinos de la Ciudad de San Miguèl de Tucumàn, descubrieron vn nuevo Rio, que se juzgò entonces ser el Pilcomayo; à la ribera de este Rio supieron vivia mucha

gen-

gente blanca, que tuvieron por Españoles. Con esta noticia determinò el Señor Governador, que el año siguiente fuessen à descubrir totalmente este Rio los Tercios de la Provincia de Tucumàn, pidiendo para Capellan à vno de los Padres que estaban en la Reducion de San Estevan. Concediòlo luego el Padre Provincial, y esperançado de que de este descubrimiento se seguiria à Dios mucha gloria, determinò, que por la parte del Rio Paraguay entrassen por el Pilcomayo, que desemboca en aquel Rio, algunos Missioneros de los Guaranìs, con orden preciso de que sin detenerse à reducir Nacion ninguna, y solo ganando la voluntad de los Naturales, penetrassen hasta encontrar con los Soldados Españoles, que entraban por la Provincia de Tucumàn, ò llegassen al parage de los Chiriguanàs. Todo esto era prevencion para dos fines: El primero, que descubierta la Tierra, y el Rio, se pudiesse entrar por el Tucumàn, Paraguay, y Frontera de Santa Fè, dandose la mano toda la gente de estas Provincias, para conquistar todo el Chaco, en que se lograria la conversion de muchas almas. El segundo, abrir por aqui camino mas breve para las Missiones de los Chiquitos, cosa que siempre sumamente se ha deseado, por evitar la suma distancia, que ay por el camino de Tarija, porque se presumia, que los Zamu-

cos se acercaban mucho al Chaco, y al Pilcomayo, y por alli tambien entrò en esta ocasion vn Jesuita, para venirse à encontrar con los demàs. Señalò, pues, el Padre Provincial, para entrar por la boca del Rio Pilcomayo, à los Padres Gabrièl Patiño, y Lucas Rodriguez, ambos nacidos en la Ciudad de la Assumpcion, y à la sazon Missioneros de los Guaranìs; y del Colegio del Paraguay despachò al Hermano Bartholomè de Niebla, Andaluz, y à vn Donado Portuguès, llamado Faustino Correa, con algunos Indios Guaranìs, para que si fuesse necessario, defendiessen à los Padres de las invasiones de los Infieles. Por los Zamucos entraron con algunos Indios Chiquitos los Padres Phelipe Suarez, y Agustin Castañares. Los de la Provincia de Tucumàn no pudieron encontrar con Pilcomayo, y hallaron por fin, que el descubierto por los Tucumaneses el año de 719. no podia ser aquel Rio, por ser este pequeño, y el Pilcomayo muy grande. Los Chiquitos, aviendo caminado por los Zamucos àzia donde se juzga caer este Rio, nunca pudieron dar con èl. Los que entraron por la boca del Pilcomayo, iban en vn Barco, y algunos Botes: caminaron por dicho Rio, siempre à diversos rumbos, por las repetidas bueltas con que corre: al principio hallaron algunos rastros de Indios, pero no los vieron. Caminaron assi cosa de ochen-
ta

ta leguas, parte por Rio, parte por Lagunas, porque ay muchas à la orilla de todo este Rio, las quales, quando baxa el Rio, quedan divididas de èl, y hechas Lagunas; mas quando crece, queda toda la campaña hecha vn mar de agua, porque se incorporan con èl. A estas ochenta leguas reconocieron, que la madre del Rio no era tan honda, que pudiesse navegar por èl el Barco, sin peligro manifiesto de encallar: por lo qual determinò el Padre Patiño passar en los Botes con el Hermano Niebla, tres Españoles, y treinta y quatro Indios, à registrar lo restante, hasta conseguir el fin de su empressa, dexando en el interin en el Barco al Padre Lucas Rodriguez, al Donado, y à la demàs gente, para que aguardassen. Fueron, pues, navegando los dos Botes, y caminaron mas de otras trecientas leguas, en que en diversas partes vieron Indios de varias Naciones, que yà confinaban con los Chiriguanàs. Llegaron por fin à vna Nacion no conocida, cuyos Indios parecian de buenos naturales, y eran de hermosos rostros, y de buena estatura: las Indias tan blancas, que parecian Españolas: tenian crias de yeguas, y muchas ovejas, de cuya lana hazen muy buenos texidos: los cavallos eran sin numero. La tierra fertilissima, en que tienen labranças de los frutos del Paìs. Saltaron en tierra, y dieron à los Naturales

muchos donecillos, que ellos aprecian, y por esto les mostraron mucho afecto, en que concibieron esperanças de reducirlos despues facilmente. Mas algunos Tobas, y Mocovies, que avia entre ellos, malograron estas esperanças, porque hablando à aquellos Indios, les incitaron contra los nuestros, maquinando vna alevosa traicion contra sus vidas. Estaban alli de paz vnos, y otros, tratandose con muchas caricias, todo el tiempo que fue preciso para descansar, quando aviendo ido tres de nuestros Indios à cortar leña, les acometieron los alevosos Tobas, y Mocovies con los Indios de aquella Nacion: mataron à los dos à flechazos, y al otro hirieron malamente, de suerte, que muriò de alli à algunos dias. Los demàs se retiraron à los Botes, que mandò el Padre cubrir de algunos cueros de vaca para resistir. Vinieron siguiendo à los Nuestros mas de seiscientos Infieles, hasta los Bateles, disparandoles vna tempestad tan espesa de saetas, que parecia vna manga de langostas, pero ninguna les hizo daño, porque hallaban resistencia en los cueros, que despedian las flechas: y aun siendo preciso, que el Padre Patiño estuviesse por dos vezes en la proa descubierto à los tiros, aunque por todas partes le caìan las flechas, ninguna le tocò. Visto esto, procuraron retirarse de las furias de aquellos barbaros, que con

su

ſu traicion deshizieron por aora, y fruſtraron las eſperanças de poder penetrar el Chaco, donde ſe eſperaba, como dixe, reducir muchas Naciones. Bolvieronſe, pues, ſin otro fruto, deſandando con mucho trabajo el camino de quatrocientas leguas, que haſta alli avian navegado.

Mas bolviendo à la Reducion de San Eſtevan, eſte miſmo año de 721. ſe contaban en ella muchas familias. Encendiòſe por eſte tiempo vna peſtecilla de viruelas, de que murieron luego dos. Los demàs cobraron tanto miedo à la muerte, que les amenazaban las viruelas, que el miſmo dia que aquellos dos murieron, dexaron deſcuidar à los Nueſtros, y todos ſe huyeron, menos diez y ocho adultos, y veinte muchachos. Luego que lo advirtieron los Padres Joachin de Yegros, y Lorenço Fanlo, montaron à cavallo en ſu ſeguimiento, y fueron à alcançarlos por vnos cerros, àzia Salta: mas ſiendo mucha la eſpeſura de los boſques, y fragoſidad de las ſierras, ſe deſmontaron, y à pie los ſiguieron, con increìble fatiga, porque no huìan por via recta, ſino obliqua ſiempre, porque dezian, que aſsi no les podria ſeguir la peſte, canſada de los matorrales, y rebueltas. Tanta es ſu barbaridad. Quedaron los Padres ſin fuerças, antes do poderles dar alcance; y bolviendoſe à ſu Pueblo à cuidar de los que avian quedado enfermos,

mos, despacharon tras los fugitivos à dos Indios, que llevaban consigo para detenerlos, porque de los diez y ocho adultos, se les murieron los catorce, à quienes asistieron con grande caridad, sin rezelo del contagio, y todos los demàs enfermaron. Los dos Indios encontraron de alli à algunas leguas à los huìdos, y por mas que hizieron, solo les pudieron reducir à que baxassen donde estaban los Padres. Procuraron estos, que bolviessen à la Reducion; mas solo consiguieron por entonces esperanças de que se bolverian acabada la peste. Por tanto, dexandolos alli, se bolvieron los Padres al Pueblo, à cuidar de los que avian quedado, enfermos los mas: de los quales murieron presto catorce adultos, à quienes asistieron con grande zelo, y caridad, hasta darles sepultura por sus proprias manos. Los fugitivos bolvieron despues de algun tiempo à su Pueblo, por las diligencias de los Nuestros, que siempre tienen que trabajar aqui gloriosamente, por la innata barbarie de todas estas Naciones, como se conocerà por lo referido. Al presente se halla este Pueblo en sumo peligro de su destruicion, porque los Mocovies, y Tobas, que hasta aora han estado enfrenados por el valor del Governador de la Provincia de Tucumàn, principal promotor de esta Reducion, aora buelven à alzar cabeza; y aviendo muerto à los

Sol-

Soldados del Fuerte de San Joseph, y tenido atrevimiento para sitiar el de Valbuena, se teme, que dèn en este Pueblo de San Estevan, y le destruyan, por estàr indefenso; bien, que no por esto pierden los Jesuitas las esperanças de hazer mucho fruto en el Chaco, cumpliendose la profecìa de su primer Apostol San Francisco Solano, que predicò el Evangelio à los Lules, y de quien ay tradicion en aquella tierra, que aviendo profetizado la ruina de la Ciudad de Esteco, que ha mas de treinta años que sucediò, predixo tambien, que se convertirian estos Indios del Chaco. Quiera Nuestro Señor se cumpla quanto antes esta profecìa.

CAPITULO XXII.

ULTIMAS NOTICIAS DE LAS MISSIONES de Chiquitos, y Chiriguanàs.

AViendo referido la destruicion de los dos Pueblos, que avia entre los Chiriguanàs, serà bien dar aora razon de como bolvieron los Jesuitas años despues à aquella Nacion. Hallabase el Padre Vice-Provincial Luis de la Roca el año de 1715. visitando el Colegio de Tarija, de passo para las Missiones de los Chiquitos, quando llegaron à aquella Villa mensageros de algunos Pueblos de los Chiri-

guanàs, pidiendo fueſſen Padres à ſus Tierras à predicarles nueſtra Santa Fè, y miniſtrarles el Santo Bautiſmo. Eſtrañòſe eſta repentina mudança, quando ſe tenia tan experimentada la obſtinacion de eſtos Indios, y quan dados eſtaban ſiempre à ſus antiguos vicios, cauſa por la qual ſe avia alzado mas de diez y ſeis años avia de ſu converſion, por no eſperar hazer en ellos el menor fruto. Mas luego ſe ſupo la cauſa de eſta nueva reſolucion. Fue, pues, el caſo, que vn Chriſtiano de la miſma Nacion, aviendo apoſtatado de la Fè, y Religion Chriſtiana, muriò, por juſtos juizios de Dios, pertinàz en ſu apoſtaſìa. Eſte, por permiſsion Divina, ſe apareciò, à peſar del Infierno, à muchos Chiriguanàs, diziendoles, como por aver deſamparado la Religion Chriſtiana, eſtaba condenado à arder en llamas eternas. Hizo notable conmocion en los barbaros eſta viſion, y les moviò à que fueſſen aora à pedir à Tarija Predicadores del Evangelio. El Padre Vice-Provincial, por las repetidas experiencias de la inconſtancia de eſtos barbaros, dudaba mucho concederſelos: pero al fin ſe moviò à embiarles dos Jeſuitas, aſsi por hazer la vltima prueba de ſu obſtinacion, como por condeſcender con la piadoſa voluntad del Señor Marquès del Valle de Toxo, que lo pedia encarecidamente. Señalò, pues, para aquella converſion al Padre Pablo Reſtivo, que à la ſazon era Rector del Colegio de

de Salta, y muy perito en la Lengua Guaranì, que habla aquella Nacion, y por su Compañero al Padre Francisco Guevara, que se hallaba en el Colegio de Tarija. Fueron allà los dos Padres, y à costa de grandes trabajos procuraron fundar vna Reducion, que llamaron de la Inmaculada Concepcion, para que con el favor, y patrocinio de esta poderosa Señora, renunciando los Chiriguanàs al demonio, se alistassen en las Vanderas de Christo. Lograronse algunos parvulos, à quien bautizaron; pero se opuso el demonio à estos felices principios con todas sus maquinas, y esfuerço. Aparecieronseles los Ministros infernales en formas horrendas, y espantosas, à cuya vista caìan desmayados en tierra los Indios. Acudieron por remedio à los Padres. Estos, animandoles à la confiança en Dios, les mandaron, que luego hiziessen muchas cruzes de madera, las quales hizieron poner en sus casas, en las plazas, en las calles, y en los collados, adorandolas humildemente los barbaros. Al vèr el Infierno señal tan saludable, desistiò de perseguirlos, y en adelante depusieron los Indios todo miedo, sin experimentar el menor peligro. Viendose vencido de esta manera el demonio, se valiò de otras trazas diabolicas para perturbar la obra començada, incitando, y conmoviendo para esse fin à muchos de sus sequaces: pero Dios desvaneciò sus intentos, haziendo de los mismos diabolicos Minis-

tros, Fieles Coadjutores de los Padres en el negocio de aquella conversion. Y para mayor abatimiento del demonio, y promover la Fè en esta Reducion, se dignò su Magestad de favorecerles con algunos sucessos, al parecer milagrosos. Entre otros, contarè solos dos. Estaba vna India tan gravemente enferma, que yà sus parientes la lloraban por muerta: llegò la enfermedad à termino, que estaba yà para espirar. En tal aprieto se bolvieron à implorar el patrocinio de Maria Santissima, pidiendola con muchas lagrimas restituyesse su salud à la enferma. Tuvieron buen despacho sus suplicas: porque el mismo dia que avian hecho aquella oracion à Nuestra Señora, al ponerse el Sol, cessò la fiebre, que sobre manera la afligia, y al dia siguiente se hallò enteramente sana, con admiracion, y assombro de todo el Pueblo. En otra ocasion padecia toda la Comarca mucha falta de lluvias, por lo qual se perdian por instantes las sementeras: imploraron el favor de la Virgen, y luego al punto el Cielo, que estaba sereno, se entoldò de nubes, y descargò vna copiosa lluvia, que fue el total remedio de su necessidad. Con estos, y otros favores del Cielo, se espera, que al fin se rendirà, y ablandarà del todo la dureza obstinada de los Chiriguanàs, entre quienes al presente trabajan dos Padres, para lograr à lo menos las almas de los parvulos, y con esperanças de que los que nacieren,

ren, y se criaren con la leche de la Religion Christiana, mantendràn la Fè, y se podràn lograr en toda la Nacion los sudores, y fatigas passadas de tanto Apostolico Missionero, que en diferentes ocasiones han atendido à la labor de este campo.

Aora, para concluir esta Relacion, serà bien dar breve noticia, assi del vltimo estado de las Missiones en los Chiquitos, como de algunas expediciones, en especial de la de los Zamucos, segun lo que hasta aora se ha podido saber por la distancia de los Lugares. Aviase tenido noticia en el Pueblo de San Francisco Xavier, de que avia algo lexos de alli vna parcialidad de Guarayos, que hablan la Lengua Guaranì, y se esperaba hazer en ellos mucho fruto: por lo qual el año de 1719. fueron de aquel Pueblo Indios Chiquitos à hablarles sobre su conversion, pero se bolvieron sin fruto: porque llegando al parage de dicha Nacion, donde tenia sus Pueblecillos, yà se avian huido, sin quedar vno solo; y aunque les siguieron los rastros por algunos dias, los perdieron en vn Rio muy caudaloso, en que se embarcaron, sin saber para donde. Este mismo año, à 4. de Mayo, sucediò en San Rafaèl la fatalidad de averse quemado el Pueblo, por lo qual estaban medio alçados los Gentiles, que avia en èl, y se temia no se bolviessen à los bosques, porque tambien se avian quemado los frutos, de que se mantenian: pe-

ro

ro al fin, con el favor de Dios, se compuso todo, de suerte, que este Pueblo se pudo empezar à dividir el año de 721. saliendo de èl vna Colonia, que es la Reducion de San Miguèl. Pero en medio de estas desgracias, se logrò este año el buen sucèsso de abrir nuevo camino, que mucho tiempo se avia deseado, por las cordilleras de los Chiriguanàs, dexando el antiguo de Santa Cruz de la Sierra, cuyo descubrimiento felìz se debiò al zelo incansable del Santo Padre Francisco Hervàs, que le abriò como se podia desear, y de suerte, que el año siguiente pudieron entrar por èl dos nuevos Missioneros, que fueron el Padre Jayme de Aguilar, Aragonès, que passaba tambien à visitar, en nombre del Padre Provincial, aquellas Doctrinas, y el Padre Juan Bautista Speth, Bavaro, que poco antes avia venido de Europa. Y aora es este el camino comun por donde se tragina, abreviando por èl muchas leguas.

En todos los Pueblos, en los años siguientes, se han hecho sus correrias à diversas Naciones, pues estando todos ellos deseosos de convertir à los muchos Gentiles, que se descubren cada dia, en todas partes se aplican con zelo à la conversion. Azia el Norte, especialmente, es el gentìo innumerable; bien que està algo lexos: son Tierras trabajosissimas, y se descubren animales fieros, y extraordinarios. Por tanto es preciso ir con tiento, trayendo la gente en corto

to numero, para poderla cuidar, porque con la mudança de Tierras, ſiempre mueren muchos, cauſa de que en eſtas Reduciones no ſea mucha mas la gente; y aun en las Miſsiones de los Moxos es peor, por ſer las Tierras mas trabajoſas, y cada dia van à menos, ſi continuamente no reclutan los Pueblos con nuevos Infieles, como lo procuran hazer aquellos fervoroſos Miſsioneros; bien, que en las de los Chiquitos ſabemos ſe ha logrado eſta diligencia, pues generalmente ſe reconoce aver ido en aumento, pues el año de 723. entraron ochenta familias de Infieles en el Pueblo de San Rafaèl, y en el de San Juan noventa y dos almas, valiendoſe Dios de vn medio bien eſpecial para traer à los Infieles, que entraron en San Rafaèl. Fue el caſo, que aviendo avido vna peſtecilla en dicho Pueblo el año de 722. ſe huyeron de miedo por Agoſto de aquel año dos parcialidades de gente nueva, no de los Chiquitos: la vna no avia buelto tan preſto: la otra ſe encontrò con vna Nacion de Infieles, à quienes perſuadieron ſe hizieſſen Chriſtianos, lo que lograron felizmente, pues luego ſe reduxeron muchos, y bolvieron con los fugitivos al Pueblo las ochenta familias yà dichas, en que avia trecientas almas, y entre ellas vn Indio, que hecho cautivo por vnos Mamalucos, que capitaneaba Hernando de Armenta, Portuguès, ſe eſcapò de entre ellos, deſpues de quince años de cauti-

ve-

verio, y vino muy contento. Ni parò aqui el fruto, que sacò Dios de esta fuga, sino que dexaron apalabrada toda la Nacion, para venir luego en seguimiento de los demàs.

Los Pueblos que al presente ay, son seis. Estàn todos por este orden. Començando del Sur, San Juan està de San Joseph como nueve leguas: de San Joseph à San Rafaèl, son 30. de aqui à San Miguèl, ocho: de San Miguèl à San Francisco Xavier, 42. y de este à la Concepcion, ay 24. de suerte, que San Juan, que es el cabo àzia el Sur, està en diez y ocho grados y medio; y la Concepcion, que es el otro cabo, està en quince. Aora ay esperanças de fundar otro, con nombre de Nuestro Padre San Ignacio, àzia el Sur, en los Zamucos, que son mas de mil y docientas almas, è inmediatamente los Ugaranòs, que tienen la misma gente. Dichos Zamucos, yà vimos en el capitulo 19. como se alçaron, y huyeron, dando muerte al Hermano Alberto Romero, y à sus compañeros Chiquitos. No por esso perdieron nuestros Missioneros las esperanças de reducirlos; antes mientras mas oposicion hazia el demonio, se azoraban mas à quitar de sus garras infernales estas almas. Procuraron luego de dar forma, como bolver à reducirlos. Entraron para este efecto los Padres Phelipe Suarez, y Agustin Castañares, y aviendo caminado noventa leguas, llegaron à vn Pueblo de Za-

mucos, y por entonces no ſe conſiguiò reducirlos. El año ſiguiente, entraron los Padres Jayme de Aguilar, y Aguſtin Caſtañares; y aviendo ſalido à 29. de Abril, caminaron las 90. leguas, que los del año antecedente, y hallaron deſierto el Pueblo, en que eſtaban antes. Paſſaron otras 20. leguas mas adelante, à otro Pueblo, à donde dirigian la derrota. Hallaron en èl à ſus moradores, que los recibieron de paz. Serìa dicho Pueblo, llamado *Cucutades*, de cinquenta familias, governado por tres principales Caciques; vno de los quales eſtaba auſente. Deſpues de mucha vocingleria de los Infieles, les propuſieron los Padres el fin de ſu ida à aquellas Tierras, que era quedarſe entre ellos, y ayudarles como à los Chiquitos. Agradecieron los Infieles la viſita, y vno deſpues de otro, reſpondieron los dos principales, que no querian Padres en ſus Tierras: que aquella ſola noche durmieſſen alli, y al otro dia ſe bolvieſſen; porque ſi ſe querian quedar alli, ſe mudarian ellos à otra parte. Mucho ſintieron los Padres eſta no eſperada reſpueſta: mas con todo eſſo eſperaban, que aquella tarde mudarian de reſolucion; y à la verdad, ellos aſsi lo fingieron, diziendo entonces, guſtaban yà de que ſe quedaſſen entre ellos; bien que ſiempre ſe remitian al parecer del principal que faltaba, y dezian, venia yà de buen animo. Eſperaronle deſde el dia 27. de Mayo; y en eſta demora, para ganar la voluntad del Pueblo, ſe les repartieron treinta cuñas à los In-

dios,que es lo que mas àprecian; y à las Indias muchos abalorios, con que todos quedaron contentos, asi Infieles, como los Padres, y los Christianos Chiquitos; bien que entre ellos no faltò quien alcançasse el fingimiento de los barbaros.

Esperaron hasta el Sabado, Vispera de la Santissima Trinidad, en que vino el principal que faltaba, y era Chupador, y hechizero. Entrò dando gritos en su Pueblo, y Plaza, diziendo,que èl era Dios de aquellas Tierras, y Pueblo, y que fuessen los Padres donde èl estaba. Los Padres, viendo que era necessario por entonces vsar de gravedad, para abatir la sobervia de aquel Ministro del demonio, le respondieron, que no avian de ir, sino que èl avia de venir donde ellos estaban. Al fin se hizo asi. Vino èl donde estaban los Padres: estos le recibieron sentados. Dixo lo que los otros dos principales avian dicho al principio,que no queria Padres en sus Tierras,porque con los Padres se les moririan los hijos, y otros disparates semejantes, que aprobò todo el Pueblo, armandose, y tiznandose todos, menos vno de los dos principales, que avian estado antes, y ora quedò medio en duda. A este tiempo llegò de otro Pueblo distante el matador del Hermano Alberto, con otros doce, ò trece de los suyos, que con sus persuasiones confirmò al Pueblo en su resolucion. Viendo los Padres su dureza, se vieron precisados à dar la buelta, como lo hizieron, y llega-

garon al Pueblo de donde avian salido el dia diez y seis de Junio, llevando solas diez almas, que quisieron de suyo irse con ellos à la Reducion, para hazerse Christianos; bien, que no quedaron los Padres sin esperanças de que despues les seguirian los demàs, como de hecho sucediò, assi con estos, como con otros. Porque dando en ellos los Infieles Ugaranòs, y aviendo avido muertes de vna, y otra parte, se vinieron à S. Juan dos parcialidades, que hazian veinte familias, y llegaron à aquel Pueblo à 25. de Febrero de 1723. Eran de dos Pueblos de Zamucos: de el vno llamado *Quiripecodes*, venia el Cacique *Sosiade* con dos hermanos suyos, matadores del Hermano Alberto, y diez familias, en que avia cinquenta almas. De el otro llamado *Cucutades*, vino su Capitan *Omate*, que fue el que el año passado avia echado à los Padres de todas sus tierras, y traìa nueve familias de sus vassallos, que eran 42 almas. Los 92, pues, sin ser llamados, ni combidados, aora se vinieron huyendo de los Ugaranòs, que les hazian guerra, y dixeron, que tras ellos vendrian los demàs. Pero aviendo enfermado de peste todos, se atemorizaron, y dixeron, que querian Padres en sus Tierras; lo qual concedido, se bolvieron à ellas. Por esta causa el dia 30. de Junio saliò el Padre Superior de aquellas Missiones Francisco Hervàs, con el Padre Castañares, à fundar Reducion entre ellos. Llegaron, despues de quarenta dias de camino, à los

Pueblos de Zamucos, que hallaron totalmente desiertos: en busca de ellos fue solo con los Indios el Padre Castañares, y hasta aora no se sabe en què ha parado. El Padre Superior Francisco Hervàs llegò à los dichos Pueblos tan postrado de fuerças, por el cansancio, y sus continuos achaques, que aviendo de quedar alli en vn sumo desamparo, se viò precisado à bolverse; y aviendo llegado quince leguas de S. Juan, le fue à confessar el Padre Juan Bautista Xandra: aplicòle algun remedio, con que se alentò el Padre Hervàs, y pudo llegar en hombros de Indios à San Juan, donde se le administraron los demàs Sacramentos, y aplicaron algunos otros remedios; pero sin efecto, por hallarse muy debilitado, y con ardientes fiebres, y al fin muriò dos dias despues, à 24. de Agosto de 713. teniendo 61. años de edad, 44. de Compañia, y 27. de profession de quatro Votos. Y aunque sus heroycas virtudes, y grandes trabajos pedian de justicia se hiziesse aqui relacion de su vida; mas la falta de noticias, por la distancia, nos privan por aora de este exemplo, y consuelo, hasta mejor ocasion. Y esto es lo que hasta aora se ha obrado para reducir à los Zamucos, que esperamos se conseguirà felizmente, por el zelo de los fervorosos Missioneros.

LAUS DEO.

TA-

TABLA DE LOS CAPITULOS, que se contienen en este Libro.

Cap. 10.

sion

FIN DE LA TABLA.

